ALEJANDRO GRIMSON

¿QUÉ ES EL PERONISMO?

De Perón a los Kirchner, el movimiento que no deja de conmover la política argentina

VOLUNTAD POPULAR
¡PRESIDENTE!
GENIO Y FIGURA DE LA PATRIA



siglo veintiuno editores

Índice

Alejandro Grimson

¿QUÉ ES EL PERONISMO?

De Perón a los Kirchner, el movimiento que no deja de conmover la política argentina



siglo veintiuno
editores

Grimson, Alejandro
¿Qué es el peronismo?- 1ª ed.- Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2019.
Libro digital, EPUB.- (Singular)
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-629-901-5
1 Peronismo. 2. Historia Política Argentina. 3. Partidos Políticos Argentinos. I. Título.
CDD 320.982

<www.sigloxxieditores.com.ar>
Fotografía de cubierta: Sara Facio
Diseño de cubierta: Eugenia Lardiés
Digitalización: Departamento de Producción Editorial de Siglo XXI Editores Argentina
Primera edición en formato digital: marzo de 2019
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
ISBN edición digital (ePub): 978-987-629-901-5



Para mis hijos Matías y Lucas, por miles de razones

¿Por qué el peronismo parece incomprensible?

Claves para desentrañar el enigma en distintos momentos de su historia

Cualquier habitante de la Argentina y cualquier persona que haya observado la política del país con interés alguna vez preguntó, alguna vez escuchó: "¿qué es el peronismo?", "¿es de izquierda o de derecha?", "¿conviven todos ahí adentro?". Las respuestas han sido variadas, pero ninguna se recuerda con la potencia de la propia pregunta.

"¿Me explicás el peronismo?" Visitantes extranjeros, académicos o políticos con interés en la Argentina, jóvenes atraídos por la política... La pregunta puede surgir de cualquiera que no viva en medio del sentido común argentino. Quienes están inmersos en él pueden tener una opinión formada. Sin embargo, con el tiempo todas las certezas se desestabilizan. Y la pregunta regresa una y otra vez. Cada argentino entiende los significados que el peronismo tiene para él o para ella, los recuerdos, las emociones encontradas. Los más aficionados a la historia podrán contar lo que han leído, sus propios recuerdos, o los recuerdos que otros les han narrado. Pero cuando intentan traducir esas resonancias internas en una explicación coherente, su interlocutor una y otra vez queda insatisfecho.

Hay frases características. "Es el movimiento nacional y popular." ¿Un partido...? "No, el peronismo no es un partido, es un movimiento." ¿Qué diferencia hay? "El PJ es un partido, se presenta a elecciones. Los movimientos son mucho más que las herramientas electorales. Ha habido y habrá peronismo fuera del PJ." Todo esto no son más que rodeos para ir al grano. "Pero el peronismo ¿es laborismo o

fascismo, es de izquierda o de derecha?” “El peronismo es un sentimiento.” Sí, claro, pero es un sentimiento… ¿de izquierda o de derecha? “Es el pueblo, el pueblo el peronista, es sentirse parte del pueblo y de las políticas que han dado derechos, vida digna, justicia social.”

Hay mil y una teorías sobre el peronismo. Si pudiésemos atraparlo en una frase sería como tenerlo en una mano, y entonces podríamos mirarlo a los ojos. Así el peronismo nos diría qué hará con nosotros o podríamos guardarlo en un bolsillo e ir por la vida con un conocimiento especialísimo y secreto sobre el mayor de todos los enigmas.

¿Cuál es la verdad? La verdad es que el peronismo jamás será atrapado en una frase. Y, no obstante, muchos peronistas y antiperonistas creen que esta o aquella expresión de Perón condensa la historia del movimiento. Gran fraseólogo Perón, con capacidad de síntesis e ironía sin igual en la política argentina. Sin embargo, pocos saben cuándo dijo Perón esto o aquello: ¿1945, 1955, 1965, 1973? Y ahí viene una cuestión central: Perón y el peronismo están sometidos al tiempo. Lo dicho cobra sentido en momentos específicos.

El peronismo es tanto una consecuencia de procesos muy sedimentados en la cultura política argentina como un factor decisivo en su conformación en distintos momentos desde 1945. Por eso, renunciar a entenderlo sería renunciar a comprender la Argentina.

El peronismo ha sido, además, la identidad política popular más persistente del país. Nació en 1945 y hoy tiene más pregnancia que palabras como “comunismo” o “liberalismo”. Aun así, no es el partido más antiguo, entre los cuales se encuentra la Unión Cívica Radical (que tuvo su primer presidente en 1916 y, hasta ahora, su último entre 1999 y 2001) y el Partido Socialista (que en 2015 alcanzó por tercera vez el triunfo en la gobernación de Santa Fe). Desde

que se impuso en las urnas en 1946, el peronismo sólo perdió tres elecciones presidenciales (en 1983, 1999 y 2015), y estuvo muchos años proscripto.

Las respuestas antiperonistas acerca del peronismo podrán tener distintos énfasis, pero difícilmente dejen de mencionar que se trata de un movimiento político en el que ha participado Carlos Menem y Néstor Kirchner, Rodolfo Walsh y José López Rega, Evita e Isabelita, lo que subraya su supuesto carácter contradictorio e incomprensible. Sin embargo, para la inmensa mayoría de los peronistas, los nombres de López Rega o de Menem son repudiables. Pueden considerarse parte de ciertos problemas que los peronistas deben tener en cuenta en su historia, pero para los peronistas el desafío es diferente. Menos desmesurado, no deja de ser notable: es la convivencia de Herminio Iglesias y León Arslanián, Hugo Moyano y Horacio González, Sergio Massa y Cristina Kirchner, Gildo Insfrán y Axel Kicillof, Miguel Ángel Pichetto y Agustín Rossi.

Desde una perspectiva antropológica, que tome distancia de los debates de coyuntura sin por eso pretenderse neutral, el problema es muy distinto. No se trata de responder qué es el peronismo, sino de advertir que la pregunta está mal formulada. El peronismo no es algo, de una vez y para siempre. Ese tipo de definiciones pueden exigirse en un plano filosófico. Así se dirá que el socialismo es esto y el liberalismo aquello. Igualdad y libertad. Pero esas definiciones no tienen nada que ver con los socialistas y los liberales que han existido a lo largo de la historia en la Argentina. Son definiciones de manual. Y para acercarse al peronismo, el manual es el peor de todos los instrumentos. Ya veremos por qué.

En otros términos, es muy diferente debatir el significado de una definición de diccionario que analizar desde el punto de vista histórico qué sentidos tuvo la palabra “peronismo”

para diversos grupos en distintas épocas, cómo fue utilizada y transformada a lo largo de los años. Y cómo, en cualquier momento de la historia que se quiera escoger, nunca tuvo un único uso. Siempre hubo varios significados.

Los peronistas suelen decir que "el peronismo es un sentimiento". Lo mismo podría decirse del antiperonismo. Innumerables odios y amores, resentimientos y pasiones, ilusiones y desilusiones, fracturas y uniones, biografías y muertes, destierros y regresos, palabras e insultos, defensas y mitos de los argentinos están de una u otra manera relacionados con el peronismo desde 1945. "Descamisados", "nazis", "cabecitas negras", "fascistas", "villeros", "turbas", "patoteros", "grasas" son algunas de las palabras que se utilizaron en su contra. Ellos crearon o usaron otras para los antiperonistas en diferentes momentos: "contreras", "gorilas", "cipayos", "oligarcas", "radichetas", "vendepatrias".

¿Será que el peronismo, y por consiguiente la Argentina, resultan menos imposibles de comprender si evitamos tratar de encajarlos en categorías equivocadas? Procurar que una realidad compleja y rica quepa a la perfección en un esquema implica violentar los hechos. Este libro buscará ofrecer perspectivas flexibles y dejar que los hechos las desborden para que el lector pueda formarse sus propias opiniones.

Los tres principios

Hay tres principios básicos de las ciencias sociales para el análisis de los procesos políticos que no siempre han sido proyectados sobre el peronismo. Primero, no existe ningún hecho social que no sea relacional. Eso significa que es necesario entender el peronismo en relación con otra cosa. Desde 1945 hasta la actualidad nunca existió el peronismo sin su contrario: el antiperonismo. El peronismo no habría surgido con sus características sin los rasgos específicos del antiperonismo. Más allá de las posiciones, que todos

podemos tener (y el autor de este libro no es una excepción), si queremos ver las cosas desde otro ángulo será necesario comprender que peronismo y antiperonismo son, antes que nada, una relación. Una correlación histórica y cambiante a través del tiempo. Un modo de división, un lenguaje y una forma de conflicto. Nada del peronismo podrá captarse sin entender ese vínculo y sus momentos críticos.

Segundo, los procesos sociales y culturales son constitutivamente heterogéneos. Cuanto más los desconocemos, más homogéneos parecen. Cuando los miramos a mayor distancia, más uniformes se nos presentan. Así sucede con palabras como "Oriente", "Islam", "China", "indígenas", "villeros". Y también sucede con "peronismo". Pero el peronismo no es uniforme. Más cerca estaremos de comprenderlo si pensamos en plural y captamos sus heterogeneidades: *los peronismos*.

Tercero, no hay hecho político que no sea histórico. Ni el peronismo, ni el comunismo, ni el liberalismo *son* una cosa, sino que *han sido diferentes cosas*, *se han asociado a diferentes actores* y *han tenido consecuencias específicas* en situaciones históricas muy distintas. Conviene partir de entender que las circunstancias históricas son cruciales. Y que si bien los actores peronistas son parte de quienes constituyen esas situaciones, jamás actúan fuera de un marco relacional. En cada situación histórica intervienen también otros actores.

El peronismo parece *imposible* de entender porque resulta muy complejo pensar en términos históricos, relacionales y reconociendo las heterogeneidades. Este punto de partida permite comprender el objetivo y la estructura de este libro. Por una parte, preguntarse qué significó el peronismo en configuraciones culturales tan distintas como las de 1945, 1955, 1973, 1990 y el siglo XXI. Quiénes fueron los actores, cuáles fueron los cambios simbólicos y los intereses políticos, cuáles fueron las nuevas formas de la imaginación

y sus límites. Así, en vez de proponernos analizar más de setenta años de vida de los peronismos, abarcamos ese período pero nos concentramos en ciertos momentos de la historia, decisivos para desentrañar escenas, personajes y argumentos que dejaron sedimentos en la cultura política argentina. ¿Por qué escogimos esos momentos y no otros? Por un lado, porque creemos que los orígenes del peronismo, su derrocamiento, el regreso de Perón, el menemismo y el kirchnerismo son coyunturas fundamentales que, en conjunto, muestran algunos de sus principales rostros, significados y controversias. Por otro, porque durante los años de investigación, lecturas y vivencias que implicó la escritura de este libro, creímos que sobre cada uno de esos momentos teníamos algo para agregar a la discusión.

A diferencia de cualquier narrativa tradicional, el análisis de este libro escoge profundizar en eventos críticos (Das, 1996) y leer en sus densidades históricas la complejidad de las respuestas que necesitamos construir. Apela a la historia, pero no es un libro de historia. Narra hechos, pero no es un libro eminentemente narrativo. Señala los acontecimientos decisivos, pero se preocupa menos por un encadenamiento exhaustivo que por extraer de los momentos históricos algunas conclusiones, cuando es posible. Y algunas hipótesis.

La política en cuatro dimensiones

La razón más reiterada por la cual el peronismo parece imposible de entender es que se lo intenta ubicar en una de las dimensiones de la política: ¿es de izquierda o de derecha? Planteado así, el peronismo es una *cosa* que debe *encajar* en una línea. Dejaremos para más adelante el interrogante sobre si este método de encajar identificaciones políticas en un punto fijo de una línea puede o no ser aplicado con éxito a los partidos socialistas, comunistas, liberales u otros.

Explicar el peronismo obliga a escapar del análisis unidimensional para desplazarnos a un abordaje

multidimensional. A nuestro juicio, los fenómenos políticos no suceden de manera lineal, sino que tienen superficie, volumen y una cuarta dimensión. En este aspecto, un aporte relevante para el estudio del peronismo lo realizó Ostiguy (1997), cuando mostró que la distribución de las posiciones de los diversos peronismos podían abarcar todo el arco ideológico, desde la izquierda hasta la derecha, pero sin embargo tenían en común la tendencia a ubicarse en "zonas bajas" en contraste con las "zonas altas". Más allá de las críticas que puedan hacerse, Ostiguy no sólo señaló que el peronismo estaba anclado con firmeza en el tercio socialmente más bajo de la sociedad, sino también que adquiría sentido como lo popular en oposición a lo refinado, lo nacional en oposición a lo cosmopolita, y lo tercermundista en oposición a los países centrales. Así, proponía entender el peronismo como la activación política de lo socioculturalmente bajo, a menudo vinculado a liderazgos personalistas. Ostiguy ejemplifica esta contraposición "alto-bajo" en las diferencias entre la izquierda marxista y los montoneros, el PI de Alende y el sindicalismo de Ubaldini, figuras como Angeloz y Saadi. En general, en "lo alto" están concentradas las cuestiones democráticas, de división de poderes, libertad de prensa, mientras en "lo bajo" se ubican las preocupaciones sociales.

Así, Ostiguy ha mostrado que para comprender los peronismos resulta imprescindible considerar otras dimensiones. Al mismo tiempo, no agotó su análisis. Una tercera contraposición clave se refiere a la tensión entre dogmatismo y pragmatismo, decisiva para todo análisis político. ¿Cuán aferrado se encuentra un gobierno o un movimiento político a sus ideas y hasta qué punto está dispuesto a considerar las circunstancias específicas y las consecuencias reales de sus acciones? ¿Cuánto pesan sus principios y cuánto la *real politik*? ¿En qué medida prefiere

escoger o arriesgar su propia derrota antes que ceder ante presiones reales? O al contrario: ¿hasta qué punto está dispuesto a renunciar a sus ideales con tal de mantener o acrecentar su poder? Mejor dicho: ¿qué significa “poder”? ¿Significa llevar a cabo sus ideales o acceder al gobierno? Esta tensión entre principismo y realismo no es (como no lo es izquierda-derecha o arriba-abajo) una contraposición de dos extremos, sino una línea continua más, que tiene la alta complejidad de combinarse con las otras dos. A lo largo de este libro podrá constatarse nuestra preocupación transversal acerca de la eficacia de las acciones políticas. Lo cual remite a uno de los preceptos de las ciencias sociales referido a las consecuencias no deseadas de la acción.

Esta tensión principismo-pragmatismo también opone la acción que se realiza por su repercusión histórica (testimonial) a la que se lleva a cabo para producir un cambio concreto en una circunstancia. Hay políticos más preocupados por preservar cierta pureza ideológica, que aguardan su momento, con el riesgo de que ese momento nunca llegue; hay políticos que cambiarán en la dirección de sus convicciones aquello que sea posible, haciendo acuerdos con quien sea necesario, para poder ser efectivos y eficaces; habrá otros que renunciarán a sus convicciones.

Existe una cuarta dimensión en todo proceso político: el tiempo. La pregunta acerca de qué es una identidad política choca con que las identificaciones políticas nunca son algo fijo. Sólo existen en contextos y situaciones históricas. Y cada una de las dimensiones antes mencionadas se modifica a lo largo del tiempo. Los lugares que la izquierda, el centro o la derecha han tenido en los peronismos, la relación con las concepciones de la economía y de la democracia, las nociones de resistencia, gobierno, unidad nacional y tantas otras han ido cambiando (como en todas las fuerzas políticas).

La combinación de todas estas dimensiones y la preocupación constante por las consecuencias reales de las acciones políticas nos llevan a proponer un concepto particularmente útil para entender el peronismo: la capacidad hegemónica.

La capacidad hegemónica

Evidentemente, no aludimos a hegemonía en el sentido liberal del término que la asimila con autoritarismo, sino en el sentido gramsciano de articulación de alianzas que permitan la dirección intelectual y moral de la sociedad, la construcción de un sentido común, cediendo lo considerado no esencial para preservar lo esencial. Es un aporte crucial para pensar la política como construcción de consensos y consentimientos, como luchas que se despliegan en el sentido común, en el plano de las creencias y los hábitos. Es conocida la contribución de autores gramscianos acerca de la capacidad de articular heterogeneidades sociales y políticas, cuestiones como la sutura entre identidades distintas, cadenas de equivalencias que generan unidades en oposición a alteridades políticas. También es clave su aporte a las disputas culturales y políticas acerca de significantes como “peronismo” y otras identidades.

En el análisis antropológico e histórico resulta claro que un líder, un gobierno o una fuerza política tienen mayor o menor *capacidad hegemónica* en contextos políticos distintos. Es variable en el tiempo, a veces incluso en períodos muy breves. La mayor o menor capacidad de liderar articulando heterogeneidades, haciendo concesiones para preservar los objetivos y la dirección principal de la política o el gobierno depende de varios factores. Obviamente, muchos de ellos son “independientes de la voluntad”: contexto económico y político internacional, recursos y cualidades de los adversarios políticos, procesos económicos, sociales y culturales de la propia sociedad. Sin

embargo, hay otros factores que están relacionados con las capacidades de la propia fuerza política y sus liderazgos. Es muy cierto que los contextos internacionales y nacionales de 1946 y de 2003 fueron favorables para los presidentes, más aún en comparación con los cambios que hubo para 1955 o 2015. También resultan bastante evidentes las complejidades del contexto de 1973.

La pregunta por la eficacia de los proyectos políticos implica un análisis de su capacidad hegemónica. Esta no puede colocarse por fuera de la situación, en algún punto de tensión, entre izquierda-derecha, alto-bajo, purismo-pragmatismo. Porque las realidades económicas y los contextos internacionales cambian de manera incesante. Y con ellos, cambian los humores de las sociedades y los puntos de articulación de la capacidad hegemónica se van desplazando. Tomemos un ejemplo. Un aumento de los impuestos a los sectores de mayor riqueza o con ingresos más altos es una medida progresiva. Sin embargo, las minorías afectadas van a generar discursos que apelarán al interés general. Dirán que ese dinero que se apropia el Estado era para invertir y generar empleo –o sea, para el bienestar general–, en vez de afirmar que era para gastos suntuarios. Además dirán que si como resultado del esfuerzo alguien obtiene ingresos, el Estado ineficiente (porque en ese discurso el Estado siempre será ineficiente) no tiene derecho a robarse el dinero para beneficio de unos pocos. Si observamos ejemplos reales, tanto en la Argentina como en muchos otros países se dieron reacciones contra impuestos progresivos que afectaban a veces al 1, al 5 o al 10% de la sociedad. Así, aunque una medida más a la izquierda beneficie al 90% y perjudique al 10%, no siempre es sencillo generar una capacidad hegemónica que la haga posible.

Una complejidad similar, aunque por razones diferentes, presenta la tensión entre “purismo” y “pragmatismo”. Puede

suponerse que vivimos en una época "pragmática" y que las sociedades celebran resultados más que dogmas. El ejemplo más extraordinario sería la tesis de que la corrupción no importa mucho en tanto la economía marche más o menos bien. Pero cuando de la frase "roban pero hacen" no queda mucho del "hacer", las sociedades comienzan a molestarse. Pragmatismo absoluto, aunque disfrazado de purismo moral. Sin embargo, puede analizarse con facilidad que los reclamos habituales para que los políticos arriben a consensos son tan estruendosos como la denuncia de cualquier "pacto espurio", si realmente llegan a alguno. Un ejemplo histórico fue el Pacto de Olivos entre Menem y Alfonsín, que dio origen a la reforma constitucional de 1994. Un ejemplo opuesto fue la campaña electoral de Macri en 2015, en la cual él consideró, en contra de muchos consejos, que para triunfar no debía pactar con Massa, sino candidatearse con una identidad y un partido propios. A veces, el purismo rinde sus frutos.

Eso significa que la capacidad hegemónica es un verdadero arte, ya que no tiene recetas ni manuales fuera de la situación histórica. Por ejemplo, algunos políticos creen que allí donde hay polarización entre candidatos más progresistas y más conservadores, cada uno debe desplazarse hacia el centro en un intento de *catching all*. Sin embargo, en una elección como la de Donald Trump en los Estados Unidos, muchas interpretaciones indican que la candidatura de Hillary Clinton quitó entusiasmo de participación electoral a la juventud y, por lo tanto, no favoreció de manera automática a los demócratas. A Macri, en cambio, sí le funcionó su desplazamiento electoral hacia el centro en 2015. Y, de hecho, muy probablemente no habría triunfado en las urnas sin esa operación "de manual". Pero lo que los manuales no dicen es que Macri ganó las elecciones en un país que no estaba ni remotamente dispuesto a embarcarse en un camino económico neoliberal.

Y que en ese sentido, el llamado "gradualismo" fue en el inicio la apuesta a no perder en segundos la capacidad hegemónica del nuevo gobierno.

Considerar la capacidad hegemónica es imposible para los análisis puramente objetivistas de la política. Porque es una dimensión clave de la subjetividad política. Las acciones específicas de los líderes, de las fuerzas sociales y políticas, sus propias emociones e identificaciones tienen distinto grado de relevancia, a veces crucial. Para nuestra perspectiva, la subjetividad tiene un papel central. Comprender esas subjetividades implica comprender las condiciones en que se despliega el proceso político en su complejidad. Por un lado, la política sucede entre subjetividades: entre las organizaciones políticas, movimientos sociales y un sinnúmero de sujetos hegemónicos y subalternos. Por otro lado, las fuerzas políticas y sus estrategias concretas son condiciones subjetivas para el proceso social. Los modos en que esas fuerzas conciben a la sociedad, a sus votantes, al pueblo y la manera en que se conciben a sí mismas tienen enorme incidencia en la capacidad hegemónica y en el proceso histórico. La política es intersubjetiva.

Se puede afirmar, incluso, que la comprensión por parte de las fuerzas políticas de la relevancia de la subjetividad tiene enorme incidencia en su propia capacidad hegemónica y, por lo tanto, en el desarrollo de los sucesos.

La comparación

Tenemos entonces tres problemas. Primero, se cree que el resto de los fenómenos políticos son sencillos de explicar. Segundo, se intenta dar una interpretación del peronismo, en singular, cuando en realidad sólo puede comprenderse el peronismo en plural. Tercero, se pretende esclarecer el peronismo sin percibir que su contracara, el antiperonismo, resulta tan difícil de interpretar como el primero.

Nadie sabe por qué otros fenómenos políticos resultarían más sencillos de comprender. Sólo lo aparentan. Justamente lo fascinante del peronismo es que hace ostentación de complejidad. Otros, en cambio, *parecen* encajar en la línea izquierda-derecha y ser idénticos a través del tiempo. Sin embargo, el comunismo de la Rusia de 1917 no es en ninguna de las tres dimensiones de la política idéntico al de la URSS de mitad de siglo que, a su vez, poco tiene que ver con un pequeño partido comunista de fines del siglo XX en América Latina.

De la presunción de que izquierda-derecha es algo así como una organización "normal" de la distribución política se sigue que el peronismo sería una anomalía. Sin embargo, esa presunción no se verifica como una verdad universal. ¿Cómo explicar el PRI mexicano? En ese punto, se dirá que América Latina es una excepción, que los "populismos latinoamericanos" son una cosa extrañísima. ¿Cómo explicar entonces el Partido Comunista chino? Salvando el problema de las proporciones chinas, ¿se parece al partido bolchevique de Lenin de 1905? ¿O quizá tendría más similitudes con partidos con muchos años de gobierno, como fue en su momento el PRI mexicano o, con una historia muy diferente, el peronismo? Y el Partido Comunista de la URSS de los años de 1980, ¿a qué se parecía más? Seguramente no a un partido revolucionario de vanguardia. También puede considerarse un fenómeno excepcional. Quizás izquierda-derecha no sean categorías útiles si se pretende absolutizarlas.

La pretendida "normalidad" existe sólo en Europa occidental, lo cual es una forma de decir que lo que sucede en esa región del planeta se impone como "norma". Porque allí izquierda-derecha sí parecerían explicar las cartografías políticas. Pueden existir partidos comunistas, socialistas, liberales, demócratas cristianos o conservadores.

¿Cómo explicar entonces a Berlusconi en Italia, a Le Pen en Francia, o el crecimiento de la ultraderecha en los últimos años? ¿Cómo explicar a Franco, Hitler y Mussolini? ¿Cómo explicar el independentismo catalán? ¿Cómo explicar al Partido Verde alemán, surgido de movimientos ecologistas que hoy no tienen una orientación económica homogénea? Ni siquiera lo que sucede en Europa se construye como "norma", sino una lectura muy específica, muy esquemática de izquierda a derecha. Lo que se plantea como norma no es lo que sucede en Europa, sino una cierta interpretación europea de lo que sucede en Europa. Además, Europa, como todo lo humano, está sujeta al tiempo: los términos políticos más potentes se transforman históricamente. También presentan heterogeneidad entre países y hasta dentro de un mismo país, lo cual nos reenvía al peronismo.

Es interesante que con palabras como "liberalismo" o "socialismo" suceda que la definición puede responderse desde la filosofía o desde un caso histórico entre otros. Ahora bien, si se asume la complejidad de los socialismos en el siglo XIX o en distintos momentos del siglo XX, deberíamos preguntar: ¿qué relaciona a Felipe González, la URSS, los socialistas santafecinos, el PTS, Bachelet, Cuba y Mitterand? ¿Acaso deberíamos decir que "el socialismo es incomprensible"? Este libro abre un interrogante: ¿estaremos completamente errados cuando creemos que entendemos esos términos "universales"? El peronismo, como término local, es incomprensible porque no "encaja" en la definición global. Cuando una persona alude al comunismo, ¿se refiere al Manifiesto Comunista de 1848 o al gobierno soviético? ¿Y los Partidos Comunistas en el gobierno? Uno estaría tentado de plantear la tesis provocativa de que esos partidos se parecen un poco más al peronismo que a cualquier filósofo. Por la simple razón de que los partidos de gobierno guardan más similitudes entre

sí que la que puede tener cualquier estructura partidaria con una idea o un libro.

Ahora bien, ¿estamos seguros de que la distinción izquierda-derecha agota las percepciones sociales acerca de un proyecto, un partido o un candidato? Imaginemos una persona o una organización ubicada en el lugar que más nos guste a cada uno de ese espectro ideológico. ¿Es lo mismo para nosotros si es humilde o es soberbio? ¿Nos produce la misma impresión si no sabe hablar bien y se presenta vestido de modo que nos resulta ridículo que si lo hace de modo adecuado? ¿Qué significa "adecuado"? ¿Lo percibimos igual si desea una nación poderosa o una nación cosmopolita? ¿Qué es de derecha? ¿Desear una nación soberana? ¿Acaso la India de la Independencia, Cuba y Nicaragua fueron de derecha? ¿O hay algo que complica las relaciones izquierda-derecha cuando se entromete, por ejemplo, la nación?

La tensión nacional versus cosmopolita, soberanía versus inserción internacional, se resuelve de modos muy diferentes en países con historia imperial y en países periféricos. Mientras en los primeros los nacionalismos se asocian a la guerra de conquista y a la xenofobia contra los inmigrantes, en los segundos estos elementos no son centrales, si bien pueden estar presentes, ya que la capacidad de decisión autónoma, efectivamente soberana sobre los recursos y la política económica, nunca dejó de sufrir presiones y condicionamientos desde los países más poderosos.

Por otro lado, si alguien cree que "lo bajo" es de "izquierda", tendría que revisar sus marcos de análisis. José Rucci, Herminio Iglesias y Hugo Moyano hablan desde posiciones "bajas" (en el sentido de Ostiguy). Nadie vincularía ese lugar con la izquierda. Luis Zamora o Myriam Bregman son de izquierda, pero en la adecuada clasificación

de Ostiguy no se posicionan desde lo bajo, ya que son abogados de las clases medias comprometidos con las luchas sociales.

“Nacional” tampoco es sinónimo de “izquierda” en América Latina. La oposición entre nacionalistas y liberales ha atravesado buena parte de la historia y, de hecho, guarda una relación con la tensión peronismo-antiperonismo. Ha habido fuertes proyectos y políticas nacionalistas de derecha, a veces vinculados al catolicismo, ideas de construir naciones homogéneas, en algunos casos con inspiración hispana. También ha habido nacionalismos con procesos redistributivos, con vocación latinoamericanista. Las inferencias del estilo “si es esto es también aquello” no funcionan en una concepción mutidimensional.

A esto se suma otra dimensión, para complejizar más las cosas. Las tendencias autoritarias y totalitarias tampoco son de izquierda o de derecha. Nadie va a negar la feroz represión política de la URSS. Sin embargo, alguien podría decir: “Eso no es izquierda”. Muy bien, ¿izquierda sería algo democrático, nacional en un sentido no excluyente, cosmopolita en el sentido internacionalista? Esa u otras definiciones “perfectas” pueden ser la elección de cada uno. Nosotros estamos discutiendo con la experiencia histórica, con los políticos realmente existentes y la forma en que son percibidos por la sociedad. En lugar de buscar definiciones “correctas”, para diseñar un “buen manual”, elegimos analizar cómo los procesos políticos se clasifican a sí mismos y cómo son clasificados por otros.

Al igual que el liberalismo, el comunismo o el socialismo, el peronismo nunca ha tenido un único significado en la vida política real. Es decir, sólo se lo puede entender a partir de una definición si se destruye su heterogeneidad constitutiva. Heterogeneidad ideológica de los ministros del primer gabinete de Perón, tres de los cuales venían del

Partido Socialista, y de lo que Ranaan Rein y Claudio Panela (2014) llamaron (en referencia a esa época) la "segunda línea del peronismo". Heterogeneidad ideológica y política del peronismo de 1973 o de 2019. Y, por supuesto, de los peronismos en el devenir histórico.

Esto nos lleva a nuestra tesis relacional: no existe el peronismo tal como lo conocemos sin el antiperonismo. El peronismo-antiperonismo es una configuración relacional, un modo de división, un lenguaje y una forma del conflicto. El antiperonismo estuvo presente en el nacimiento del peronismo, y viceversa. Ni uno ni otro deberían leerse en términos de izquierda-derecha. La crítica a esos esquemas que dificultan la comprensión del peronismo quizás aporte a la comprensión de aspectos de otros fenómenos políticos. Algunos parecen transparentes porque no se cuestionan esquemas lineales.

Las peronologías han oscilado entre atrapar el peronismo en una sentencia magistral y tipologizar una cantidad pequeña de peronismos. Los análisis han procurado asirlo, reducirlo, simplificarlo y eso tuvo una consecuencia: el peronismo siempre ha desbordado a sus estudios. Desde el inicio, aunque de modo perdurable, las respuestas que se proponían a la pregunta sobre qué es el peronismo tendían a dos polos. Por un lado, se partía de una visión idealizada de la política europea, como si ofreciera sin fisuras un paradigma de la democracia y de la política racional. En este caso, el peronismo era visto como una anomalía argentina, un defecto irracional, al cual se le podían endilgar una serie de conceptos como totalitarismo, fascismo, dictadura. Por otro lado, de modo opuesto, se partía de una visión idealizada del peronismo, como encarnación de una Argentina auténtica, que sólo dejaba afuera lo extranjerizante y lo "cipayo".

Posteriormente, hay una rica historia de interpretaciones

acerca del peronismo, con contribuciones cada vez más interesantes, las cuales se mencionarán en los sucesivos capítulos. Pero ante "el peronismo" aparece para los argentinos la urgencia de establecer un juicio, positivo o negativo, categórico. Y a partir de ese juicio se acomoda toda la historia real del peronismo para fundamentarlo. Sin embargo, con estudios pioneros hace décadas y de manera especialmente productiva en este siglo, se fue abriendo camino otra posibilidad: analizar las mil caras de los peronismos, ver sus heterogeneidades, potenciar otras formas de comparación política.

Al revisar con pretensión de exhaustividad la bibliografía se detectan algunas curiosidades. La primera es que fue la sociología la disciplina que de lejos más se preocupó al inicio por comprender los orígenes del peronismo: Germani, Murmis y Portantiero, Del Campo y Torre. Luego, la historiografía comenzó a realizar aportes cruciales, como el de Daniel James. Pero sólo con la renovación generacional, en particular en el siglo XXI, tuvo gran incidencia el trabajo historiográfico y, en menor medida, un influjo antropológico que de ninguna manera es privativo de los antropólogos.

Antropología del peronismo: el juicio y la comprensión

Clifford Geertz (1996), uno de los antropólogos más relevantes del siglo XX, planteaba que debemos comprender aquello que no podemos compartir. Como la antropología se dedicó a estudiar sociedades y culturas con valores y prácticas muy distintos de los occidentales, detectó de modo temprano un riesgo de todo conocimiento humano: basarse en prejuicios acerca de qué es lo correcto y lo incorrecto, lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo. El problema no era sólo de orden ético –¿cuál es mi derecho a establecer aquello que los otros deberían pensar y hacer?–, sino que esos prejuicios

impedían conocer. ¿Cómo voy a comprender una creencia, un ritual, una institución que considero condenable?

En ese punto, los caminos se bifurcan. Por un lado, están quienes afirman que comprender implica justificar. Por otro, los que sostienen que necesitamos cancelar cualquier juicio.

Comprender implica descentrarse para entender racionalidades muy diferentes a las nuestras. O también para procesar nuestra propia cultura, tan naturalizada que a menudo somos incapaces de analizarla. Comprender prácticas y creencias distantes y distintas implica una suspensión del juicio que se denomina "relativismo metodológico". No es un relativismo ético, porque no renuncia a la posibilidad de juzgar. En cambio, exige la fase de la comprensión como condición de posibilidad de un juicio fundado.

Cuando se trata de analizar fenómenos políticos de masas partiendo de ideales democráticos, entender aquello que no podemos compartir se convierte en requisito de una cultura política democrática. Así, el normativismo es un obstáculo epistemológico, porque coacciona para mirar ciertos hechos e invisibilizar otros. Hay fenómenos políticos a los cuales resulta más sencillo permanecer relativamente indiferente. El peronismo provoca pasiones, en sus adherentes y en sus detractores.

La mayoría de los análisis del peronismo realizados por argentinos (aunque no todos, y cada vez menos) son básicamente pro o antiperonistas. Aquí proponemos cierto distanciamiento para pensar. No como un objetivo en sí mismo, sino como un medio que permite que aquellos que lo deseen puedan volver a acercarse a este fenómeno, de modos más reflexivos y complejos.

La pregunta acerca de la mayor o menor eficacia de los fenómenos políticos exige una distancia. Cuando se defiende o critica a un partido o candidato como un todo, se afirma

que nunca comete errores o, por el contrario, que es un error en su totalidad. La idea de que si deseo defender un fenómeno político nada es criticable es paralela a la de que si lo considero mi adversario todo apoyo que reciba se debe a algún tipo de “manipulación”. Estos lugares comunes son inaceptables si buscamos complejizar la relación entre conocimiento y política.

Pertenezco a la tribu de los que piensan que, si uno respalda una política, puede contribuir también con el análisis crítico, marcando errores que erosionan el respaldo de un proyecto. También en mi tribu pensamos que cuando un fenómeno político genera disgusto en uno mismo es crucial entender por qué concita el entusiasmo de otros. Es decir, aceptar una realidad amarga, ya sea porque alguien con quien uno disiente tuvo aciertos políticos o porque los votantes escogen algo que a uno lo aflige. La política no puede hacerse sin conocimiento, y este incluye también a lo no deseado y lo indeseable.

Todo esto contribuye a que la pregunta que más me interese sea por qué un proyecto político resulta eficaz, recoge apoyos, suscita adhesiones de distinto tipo. Por qué tiene legitimidad política, capital electoral y capital político. Quiénes lo acompañan, cómo, por qué, en qué contexto.

Ni escribo mi síntesis desde un lugar neutral, ni creo que esté exenta de errores. Estoy convencido de que los argentinos necesitamos balances nacionales de las experiencias políticas que más han conmovido a la sociedad. Nunca habrá unanimidad, no se trata de eso. En cambio, se trata de establecer un territorio nuevo para el debate, un territorio no bélico, donde las diferencias que tengamos puedan sostenerse en valores explícitos o interpretaciones distintas de hechos que, en cuanto tales, deberían ser sagrados. Puede haber múltiples posicionamientos sobre el 17 de octubre, pero en el capítulo 1 trataremos de mostrar

que hay hechos que no deberían ser discutidos. Lo mismo vale para 1955 (capítulo 3), para episodios como Ezeiza (capítulo 4), o para la relación de Perón con López Rega (capítulo 5). Habrá diversos balances sobre el peronismo, sobre los años setenta, sobre el kirchnerismo. Este libro pretende avanzar en nuevas lógicas para esos debates, de manera tal que tenga lugar un efecto de despolarización y que puedan construirse controversias más consistentes, no basadas en forzar los hechos.

Es muy conocida la afirmación de que "sólo los peronistas entienden el peronismo". Sin embargo, los antropólogos no podemos adherir a esas frases, porque eso implicaría que "sólo los X entienden el Xismo", sólo los antiperonistas entienden el antiperonismo, sólo los argentinos entienden la Argentina. Planteado de ese modo este postulado implica una teoría que instala la incomprensión generalizada entre los seres humanos. Por eso, la antropología tiende a mostrar que los X tienen una forma peculiar de comprender el "Xismo", es decir, que los actores involucrados aportan a la comprensión de su mundo, a la vez que necesariamente tienen una visión parcial y sesgada. Y esa concepción general se cumple bastante bien en el caso de los peronistas y el peronismo.

Para entender los orígenes del peronismo es necesario comprender los puntos de vista de los actores. El punto de vista del actor, se sabe, lejos está de explicar todo. De modo análogo, cualquier explicación está lejos de poder acercarse a la comprensión si no considera esos puntos de vista.

Porque los peronistas tienen y desarrollan diversas narrativas sobre sus orígenes, sobre su resistencia a la proscripción, sobre el regreso de Perón, sobre la persecución en la dictadura, etc. Pero casi no hay teorías peronistas acerca de por qué pudo triunfar la Revolución Libertadora, por qué Perón no consiguió regresar en dieciocho años, por

qué dejó a López Rega en el Ministerio de Bienestar Social y a su esposa en la presidencia de la República, por qué los dirigentes sindicales tienen escaso respaldo electoral de las propias bases obreras. Son todos interrogantes sobre dificultades y derrotas del peronismo. Y el peronismo, en general, rehúye al análisis de sus fracasos.

La utopía y el juicio

Ha habido tres matrices intelectuales a partir de las cuales se han realizado juicios negativos sobre el peronismo. La perspectiva clasista o racista, despreciativa de los sectores populares, no merece siquiera ser rebatida. Para simplificar podríamos llamar a las otras dos tradiciones, respectivamente, "liberales" y de "izquierda". Es muy cierto que en los hechos históricos las tres matrices muchas veces han estado entremezcladas (capítulo 2). Pero nos parece necesario tratar a los argumentos liberales y de izquierda como tipos ideales, para intentar así desentrañarlos.

Dentro de la matriz liberal abarcamos todas las críticas al peronismo en función de déficits democráticos y republicanos, incluyendo libertad de expresión, transparencia, división de poderes, etc. A priori, en términos ideales y desde los valores democráticos que hoy están presentes en la mayor parte de la sociedad argentina, el peronismo clásico sin dudas tuvo déficits relevantes. La pregunta por el contexto, sin embargo, complejiza la cuestión. Por un lado, porque a mitad de siglo XX de ninguna manera estaba generalizada en el mundo la noción ni las exigencias democráticas que se expandieron décadas después. Además, porque en la Argentina previa al peronismo sólo había habido una breve experiencia democrática entre 1916 y 1930. Pero, sobre todo, la cuestión es cuánto liberalismo político pudieron construir aquellos que decían encarnar los valores democráticos en esa época. Porque si el derrocamiento de Perón implicó su proscripción

y la del peronismo durante dieciocho años, debemos asumir que, o bien nadie encarnaba los valores liberales, o bien eran inaplicables en la Argentina de aquel momento. Un liberalismo genuino se habría movilizado para que cualquier ciudadano argentino pudiera decir la palabra "Perón" y pudiera votar al peronismo y al propio Perón si así lo deseaba. Y eso no ocurrió hasta que el peronismo decidió esquivar la proscripción en 1973. Sólo el gobierno peronista autorizó a Perón a presentarse a elecciones.

¿Qué significa eso? Que los argumentos liberales en la década del cuarenta, del cincuenta y del sesenta eran simplemente manipulados y olvidados según las conveniencias del corto plazo. Que no existía en la Argentina de esa época una corriente liberal poderosa, dispuesta a aceptar las reglas democráticas ganara o perdiera la contienda electoral. Para comprender esto conviene percibir que en aquellos años tampoco existía una corriente de dicho tipo en el resto de América Latina, ni en la mayoría de los países del mundo. En ese sentido, lo que hoy podemos considerar "déficits democráticos" del primer peronismo resultan más bien un déficit de la sociedad argentina y de la mayoría de las sociedades de la misma época.

Las críticas de "izquierda" se relacionan con la ausencia de transformaciones estructurales promovidas por el primer peronismo, con la falta de autonomía de la clase obrera y con la negativa a impulsar la movilización popular para frenar el golpe de Estado de 1955. Al igual que las críticas anteriores, todas estas objeciones y otras son opinables y debatibles. El mayor problema es que las críticas de izquierda también operan a través de una comparación entre la sociedad realmente existente y una sociedad ideal. Comparar la realidad con la utopía siempre puede ser una herramienta útil para impulsar mayores transformaciones.

Pero deja de serlo cuando esa comparación se realiza desde la soberbia, desde la certeza de que quien ejerce la crítica sabe cómo construir esa sociedad utópica. Más allá del hecho innegable de que muchas críticas provenientes de la "izquierda" se mezclaron con el racismo, con el golpismo o con el clasismo, lo cierto es que el rasgo común a todas ellas es la absoluta certeza de que si los dirigentes de izquierda hubieran gobernado la Argentina de esos años la habrían convertido en algo cercano al paraíso. Y, sin embargo, el paraíso no apareció en ningún lugar del planeta. En la Argentina de aquel entonces no había chances reales de erigir una sociedad socialista. Derrocado Perón por la Revolución Libertadora, la situación de los trabajadores empeoró. La salida al peronismo fue muy por derecha, no por izquierda.

El problema de la matriz liberal y de la matriz de izquierda no es que sus críticas carezcan de interés en abstracto. La dificultad es que se trata de críticas puramente abstraídas de la realidad histórica. El juego en aquel momento no se daba con corrientes liberales de masas, dispuestas a competir en elecciones libres con el peronismo, ni con corrientes obreras socialistas de masas que ofrecieran una solución diferente a las vicisitudes argentinas. En este libro nos ocuparemos en algunos casos de hipótesis contrafácticas. Pero la condición intelectual de una hipótesis de ese tipo es que podría haber sucedido en las circunstancias históricas reales. Y no sólo en la imaginación de manual (que es escasamente imaginativa).

Ante las estrategias políticas que, en contra de sus propias intenciones, producen derrotas, el análisis de la capacidad hegemónica permite una crítica que nada tiene de abstracta: es una crítica a lo existente sobre la base de lo que podrían ser los hechos históricos, no sobre la base de expresiones de fantasías morales.

Irracionalidad y emociones

Tal como suelen oponerse los estereotipos de lo masculino y lo femenino, se contraponen las identidades clásicas al peronismo. Supuestamente el liberalismo o el socialismo serían identidades que responden a ideologías racionales, con las cuales uno puede acordar o disentir, pero que tienen sus fundamentos lógicos. En cambio, el peronismo escaparía a la razón y estaría gobernado por una identificación irracional, emotiva y afectiva entre pueblo y líder.

El peronismo, y después el kirchnerismo, son categorías de identidad política que suponen emociones de alta intensidad, relacionadas con el amor, el carisma, la ilusión, la melancolía, el sufrimiento. En muchos casos la identificación de los seguidores con el líder implica que sus desgracias sean vividas como propias y despierten tristeza, odio o depresión, así como sus triunfos pueden originar lo contrario: alegría y euforia. Sólo que esas emociones no son opuestas a la racionalidad. Nada podría comprenderse acerca de las relaciones de los peronistas con Evita sin atender a esas emociones. Sin embargo, el hecho fundamental es que tampoco podría comprenderse la reacción brutal del antiperonismo contra Evita sin atender asimismo la dimensión emocional.

No hay identidades políticas de masas vacías de afectividad. No hay procesos sociales ajenos al afecto. Ni siquiera hay racionalidades políticas en las que no se jueguen emociones. Se trata de mundos, escenas, rituales y prácticas tan diferentes que parecen incomparables. Mientras una masa en apariencia desarrapada llora por una líder que vituperaba contra los millonarios egoístas, las clases acomodadas tienen sus rituales de etiqueta, de club, de caballerosidad, que son tan distintivos y constitutivamente emocionales como los otros. Son formas de los sentimientos de pertenencia. Tanto como el campamento de los jóvenes

que cantan alrededor del fogón canciones de la Guerra Civil española, sobre el "Che" Guevara o "Presente". Las lágrimas y la flema británica, los apretones de manos, los saludos distantes y los abrazos militantes son sólo variantes de las convenciones emotivas de lo social.

Esas ritualidades y pertenencias guardan relaciones complejas con las racionalidades de medios a fines y también con los ideologismos. A nadie le resulta sencillo distanciarse o romper con un grupo de amigos, sean de la unidad básica, de la fábrica, del sindicato o del Colegio Cardenal Newman.

No hay ningún proceso relevante en la historia del peronismo que pueda ser comprendido desde un sólo punto de vista. Es necesario observarlo desde múltiples ángulos. Si aprendemos a ejercitar esa rotación de perspectiva a la que nos obliga el peronismo, quizá podamos entender mejor otros fenómenos políticos. Es decir, la multidimensionalidad de la política es general, no algo peculiar del caso peronista. En definitiva, el hecho de que no comprendemos el peronismo revela un problema más profundo: necesitamos aprender a mirar de otro modo.

Identidad, sentido común y relaciones de fuerza

En este libro distinguimos tres niveles de análisis para la comprensión de las situaciones políticas. Todas ellas son tres dimensiones constitutivas que a veces suelen confundirse.

En primer lugar se encuentran los *actores políticos* propiamente dichos, los líderes o fuerzas que protagonizan una coyuntura, con sus capitales electorales y políticos, sus capacidades de incidencia en los hechos en el corto y en el mediano plazo. Por ejemplo, en contextos de democracias electorales, su posibilidad de aplicar ciertas políticas, de bloquear su implementación, de negociar, y también de establecer sus chances electorales a futuro. En un extremo puede haber gobiernos potentes con oposiciones dispersas.

El otro escenario límite se presenta cuando hay gobiernos con escaso capital político y con una oposición que se prepara para gobernar. Los distintos sectores sociales pueden identificarse con fuerzas políticas en el gobierno o en la oposición. Pueden ser, por ejemplo, peronistas o antiperonistas, o no adherir a alguna identidad política.

En segundo lugar, de modo relativamente autónomo, está la *relación de fuerzas* entre los sectores sociales. En una línea tradicional se habría dicho "relación de fuerzas entre las clases", una formulación que continúa vigente pero que no es exhaustiva, ya que también cuentan diversos movimientos sociales como el feminismo, los pueblos originarios, los movimientos por derechos humanos, ambientales, estudiantiles, LGBTQI, entre otros. La capacidad de un gobierno para imponer un plan, así como la capacidad de movilización social por la ampliación de derechos o para enfrentar determinada medida, no derivan de las identidades políticas, sino de esta relación de fuerzas. En esa relación inciden los grados de organización, las estrategias, las convicciones sociales, la legitimidad o ilegitimidad de ciertos discursos y políticas. Para las distintas agendas sociales y culturales hay etapas de visibilidad e invisibilidad, de avance o retroceso, de ofensiva o defensiva.

En tercer lugar, se encuentran las disputas por el *sentido común* de la población, que a la vez son cruciales en la definición de las relaciones de fuerza. Por supuesto que en el sentido común tienen su impacto las fuerzas políticas y sociales con sus respectivas identidades, pero también los imaginarios sociales, las formas de pertenencia, los valores compartidos, los medios de comunicación y una multiplicidad de intervenciones culturales difíciles de ponderar.

La dinámica política de cualquier coyuntura histórica es el

resultado del entrelazamiento de estas tres dimensiones, además de los procesos económicos y las tendencias internacionales. Así, el surgimiento del peronismo implica un cambio simultáneo en las tres: en las relaciones de fuerza, de los sentidos comunes y de las identidades políticas. Sin embargo, no siempre se produce esa coincidencia temporal; cada uno de estos niveles puede tener dinámicas diferentes. Un ejemplo entre tantos es que las relaciones de fuerza se transformaron drásticamente a partir del golpe de 1955, pero la incidencia del peronismo en el sentido común fue mucho más duradera que sus gobiernos.

La mirada generacional

Juan Carlos Torre sostiene que la relación de los intelectuales con el peronismo ha cambiado con el paso del tiempo: "Cada generación ha encontrado necesario reescribir la historia escrita por sus predecesores" (2011: 31). Así que parece conveniente aquí introducir la primera persona.

Pertenezco a una generación específica, digamos –algo caprichosamente– a aquella nacida entre 1965 y 1975. Quienes nacieron en 1960 fueron a la secundaria en la década del setenta y vivieron años muy intensos en lo político, pueden estar desaparecidos o tener compañeros de estudio desaparecidos. Los que nacieron en 1980 fueron a la secundaria durante el menemismo y no tienen recuerdos fuertes de 1982 y 1983. En cambio, quienes nacimos alrededor de 1970 (en mi caso, 1968) vivimos o el final de la dictadura o el inicio de la democracia en la secundaria. De hecho, mi primer recuerdo político es el de mi madre cuando me dijo, a mis 13 años, que no debía ir a la movilización del 30 de marzo de 1982 porque era muy peligroso, porque habría represión. Esta idea provenía de otras conversaciones, incluso algunas derivadas de haber estado viviendo de casa en casa en 1974, cuando un grupo de la

derecha peronista perseguía a mi padre, quien se identificaba con la izquierda peronista.

He mencionado a mis padres, porque allí es donde veo los cambios más relevantes en relación con el peronismo. Ambos, antes de conocerse, crecieron en familias antiperonistas. Y ambos estaban emocionados cuando votaron a Cámpora y a Perón. Nací en una casa sin televisor. Mi padre compró uno y lo instaló para que viéramos el regreso de Perón, mientras él se iba a la movilización como médico, para brindar ayuda sanitaria. En esa misma pantalla vi lo que sucedió el 1° de julio de 1974, cuando Perón falleció.

Hacia 1982, cuando se volvió a hablar cotidianamente no sólo de política, sino de partidos políticos, les pregunté a mis padres cuál era su identidad política. Ellos encontraron en la palabra "socialista" una referencia que no aludía a un partido específico, sino a una concepción del mundo. Era la época inicial de Mitterand y de Felipe González. Pero, en realidad, había diferencias entre ambos. Mi madre pertenecía a un sector que podía apoyar a Cámpora y al Perón de 1973, pero sin jamás considerarse peronista. Mi padre, en cambio, se hizo peronista en aquellos años. Una idea socialista en general podía traducirse en el peronismo. Con sus paradojas, claro. La cuestión es que, cuando hubo que votar en 1983, mi padre lo hizo por Luder, convencido de que ganaría Alfonsín, y mi madre, por Alfonsín, convencida de que ganaría Luder.

Cumplí 15 años en 1983. Entre marzo de 1982 y octubre de 1983 mi posición política fue variando cada dos meses, mientras me ilusionaba y me desilusionaba. Apoyaba las protestas de la CGT y escuchaba a políticos que hablaban en actos callejeros. Un día fui con mi madre a un acto de Alfonsín en la calle Monroe y nos emocionó encontrar a un gran orador. Durante algunas semanas fui alfonsinista,

después los intransigentes me cayeron simpáticos. Lo que no veía por ninguna parte era socialistas. Pero un día, un compañero de mi secundario, sentados en un banco de plaza, me dijo:

–¿Pero vos estás o no con el pueblo?

–Sí, claro.

–El pueblo es peronista. Si estás con el pueblo, sos peronista.

Me convenció por completo. Yo no fui consciente hasta décadas más tarde de que él no había inventado la frase. Era una frase de masas, sencilla y contundente, que durante décadas convirtió a decenas o centenares de miles de personas al peronismo. Mi adhesión peronista llegó a una tensión con mi madre, con quien finalmente hicimos un pacto. Ganara quien ganara el 30 de octubre de 1983, saldríamos a celebrar porque retornaba la democracia. Yo apostaba a ganador y cumplí con intenso desgano y humillación esa celebración. Recuerdo que íbamos en el automóvil y yo sacaba la mano con los dedos en V por la ventana.

En esa pequeña anécdota hay varias cuestiones. Pertenecí a una generación cuyas identidades políticas podían someterse a reglas que estuvieran por encima de ellas. Humillado, debía concurrir a la celebración que terminaba siendo de los otros. Pero los otros no eran tan otros como en la juventud de mis padres. Cuando ellos tenían mi edad, los otros eran "cipayos" o "nazis".

Más tarde milité en un partido de izquierda, durante varios años. Había muchas razones para que un partido de ese tipo creciera en la Argentina de los años ochenta. Sobre todo que nuestro antiimperialismo no podía canalizarse hacia la experiencia soviética. Otra razón es que no era

peronista, pero tampoco pertenecía a la tradición de la izquierda antiperonista.

Quienes despertamos a la vida política en los años ochenta fuimos la primera generación que podía acercarse a la política desde fuera de la lógica peronismo-antiperonismo. Desde 1945 hasta 1983 eso no había sido posible. Ese hecho marcó toda mi mirada sobre la Argentina y está en la base de este libro. Yo vi que el pueblo era peronista, pero los candidatos eran Luder, Herminio y después Menem. Con la derrota de Luder vi a muchos peronistas organizar la renovación. Con el triunfo de Menem y su gobierno vi a muchos peronistas dejar el partido. Y escuché a algunos decir: "Ya no puedo seguir siendo peronista". Eran, como tantos otros, los que amaban mucho más al pueblo que a Perón.

Con perspectiva histórica, se puede afirmar que el gobierno de Isabel inauguró el cuarto de siglo más desperonizado de estos últimos setenta años. Por supuesto, el peronismo mantuvo su enorme relevancia a nivel social y con referencias fuertes que iban desde Ubaldini hasta Cafiero. Sin embargo, aunque la intensidad peronista con Menem en 1989 fue importante, también fue históricamente fugaz. Sólo después de la crisis de 2001, el peronismo sería fuente lenta pero duradera de emociones potentes en el siglo XXI.

En más de setenta años, el peronismo o los peronistas han adquirido mil rostros. Significados múltiples a pesar de los cuales emergió en distintas coyunturas como un lenguaje y una identificación de reagrupamiento de la oposición o de organización del gobierno. Al comprender sus distintos proyectos en el tiempo, esperamos desentrañar aspectos constitutivos de la cultura política argentina. El "empate hegémonico" que señaló Juan Carlos Portantiero (1973), en alusión a la dificultad de cualquiera de los sectores sociales y

políticos por construir una hegemonía duradera así como a la capacidad de cada sector de bloquear las pretensiones hegemónicas de sus adversarios, se encuentra en el corazón de la realidad argentina contemporánea. No es un fenómeno económico, sino una relación de fuerzas en la cual la dicotomía peronismo-antiperonismo tiene un papel central.

1. El 17 de octubre de 1945 y la irrupción del peronismo

Hay mil y una versiones sobre el 17 de octubre, el día en que una multitud de trabajadores irrumpió en la vida política argentina y cambió el curso de los acontecimientos históricos. La mayoría de las narraciones cuenta que los obreros marcharon sobre la ciudad de Buenos Aires y ocuparon la Plaza de Mayo. Pero en aquel momento hubo también quienes lo interpretaron como una acción combinada de la policía con sectores lúmpenes que fueron arrastrados a esa movilización. Eran unos pocos miles, eran un millón. Todo lo que se puede decir ha sido dicho sobre aquel día. ¿Existe la realidad o sólo versiones? Hay hechos que efectivamente sucedieron, otros que sólo ocurrieron en la imaginación de algunas personas y otros sobre cuya existencia jamás podremos estar seguros. ¿Los manifestantes estaban "descamisados" o usaban sacos? ¿Concurrieron de manera espontánea o manipulada? ¿Quiénes eran? ¿Migrantes del noroeste, "cabecitas negras", o había diferentes sectores de trabajadores? ¿Llegaron a la Plaza a las seis de la mañana o a las seis de la tarde? ¿Fue una huelga general de la CGT?

Estas y otras preguntas expresan hasta qué punto el relato sobre lo sucedido aquel día, que se construiría luego como la fecha de nacimiento simbólica del peronismo, continúa siendo objeto de disputa en la Argentina, controversia muchas veces alocada y poco atenta a los hechos conocidos. Para establecer qué ocurrió ese día hay dos grandes problemas. En primer lugar, el relato mítico que se construyó alrededor del 17 de octubre durante los primeros gobiernos de Perón, reforzado por una liturgia que lo celebraba y renovaba con cada aniversario. En segundo lugar, aún setenta años después existen versiones

antiperonistas que no entienden de manera cabal qué pasó aquel día que cambió a la Argentina. Los medios de entonces consideraban normal la represión policial y solían protestar ante la “pasividad” de las fuerzas de seguridad (la ausencia de represión brutal), recriminaciones que todavía persisten en ciertos ámbitos.

Sin embargo, hay algo más. Algo muy polémico, pero a mi juicio claramente demostrado por la mejor investigación académica. Desde aquel día muchos antiperonistas creyeron –y aún sostienen– que Perón organizó todo lo que sucedió el 17 de octubre. La investigación ha dejado en evidencia que no fue así, e incluso mostrado que habría sido imposible por una simple razón. Una de las consecuencias del 17 de octubre fue cambiar el panorama político y tornar factible la candidatura de Perón. Pero la otra fue que el lugar que ocuparon los trabajadores en el primer peronismo fue más preponderante que el que Perón mismo había imaginado originalmente. Ambos elementos tienen que comprenderse para captar por qué ese día implicó un antes y un después para la política argentina.

Muchas versiones del 17 de octubre coinciden en algo: los narradores creen saber la verdad y están convencidos de que, al revelarla, el país al fin será liberado de sus fantasmas. Quizá la verdad sea que no hay vida ni país sin fantasmas. Así y todo, es diferente una sociedad que debate interpretaciones de hechos históricos de otra que llega al absurdo de discutir los hechos históricos mismos. Por eso, tratar de arribar a un acuerdo sobre qué sucedió puede ayudarnos a resolver nuestras propias controversias.

El 17 de octubre no fue un fenómeno de movilización nacional. Si bien fue relevante en Rosario, La Plata (Berisso y Ensenada), Córdoba, Tucumán, así como en otras provincias que se sumaron a la huelga general del 18 de octubre, lo cierto es que por peso industrial, demográfico y político, el

hecho central ocurrió en la ciudad de Buenos Aires y su periferia, aunque no debería perderse de vista el vínculo entre algunos de sus protagonistas con la Federación Obrera Tucumana de la Industria del Azúcar (Fotia) o con el sindicalismo de San Juan o Rosario.

Continuarán las investigaciones y controversias sobre aquellas fechas y sobre los peronismos, en plural. Los buenos debates, como los buenos análisis, no desconocen lo evidente, no ignoran los avances del conocimiento, no aceptan reproducir la mitologización. Saber qué ocurrió es crucial para poder asumir una posición. Con ese criterio, leí ejemplares de ese día, días previos y posteriores de los diarios que se publicaban entonces en Buenos Aires: *La Prensa*, *La Nación*, *Crítica*, *La Razón*, *La Época*, *Noticias Gráficas*, *Clarín*, *El Mundo*. Leí también los libros escritos por protagonistas (Ángel Perelman y Cipriano Reyes), los textos que recopilan testimonios (Fermín Chávez), los relatos de intelectuales (Scalabrini Ortiz, Borges, Martínez Estrada) y las narraciones históricas (Luna, Torre, Godio). Con esos materiales construí mi propia versión del 17 de octubre, que aquí presento como si hubiera sido una crónica periodística publicada en la edición vespertina de un diario del 18 de octubre de 1945.

HABLÓ PERÓN ANTE UNA MULTITUDINARIA MOVILIZACIÓN EN PLAZA DE MAYO

Después de las 23 hs se dirigió a trabajadores que colmaban la Plaza. El país parado por la huelga general de la CGT

Ayer por la tarde, una multitud de trabajadores colmó la Plaza de Mayo y logró la liberación de Perón, que había estado detenido en la Isla Martín García desde el 13 de este mes. Desde las primeras

horas de la madrugada, sindicatos autónomos, delegados y activistas interrumpieron el trabajo de varias empresas del Conurbano bonaerense. Una vez que su taller o fábrica paraba la producción, los trabajadores se dirigían a la empresa vecina para buscar igual resultado. Apelaban en su discurso a la necesidad de una movilización popular para liberar al coronel Perón, incluso diciendo que podía ser ejecutado. Se afirma que cuando no tuvieron buena acogida no siempre guardaron los buenos modales. La CGT, en su reunión del 16 de octubre que culminó a la medianoche, había declarado la huelga general para hoy, pero con anterioridad otros dirigentes obreros, agrupados en el "comité intersindical", ya habían tomado la decisión de que la huelga general y la movilización tendrían lugar en el día de ayer. Esta desinteligencia, que algunos esperaban que hiciera fracasar ambas jornadas, parece haber duplicado la contundencia de la movilización y ha producido un cambio en el panorama político argentino.

Cuando ayer en la mañana el comité intersindical comenzó a parar fábricas y a agrupar obreros, hacía ya dos días que habían empezado las huelgas en Rosario, Tucumán y Berisso. De hecho, los delegados de los frigoríficos y los del azúcar agrupados en la Fotia parecen haberse insuflado ánimos mutuamente. La consigna era exigir la liberación de Perón. Los trabajadores de la provincia de Buenos Aires se decidieron a ingresar en la Capital. Por el sur provenían las columnas más gruesas desde Avellaneda, Lanús, Berisso y Ensenada. También entraban desde el norte, por Vicente López y Villa Martelli, y venían otros desde

San Martín o desde el oeste, por la Avenida Rivadavia.

Alrededor de las 9, eran varias decenas de miles los que iban a cruzar el Puente Pueyrredón cuando de repente fue levantado: los trabajadores permanecieron estupefactos, mientras que, a la espera de los acontecimientos, se formó un piquete del escuadrón policial en el mismo lugar.

Durante la mañana hubo varias situaciones de represión policial. A las 7, en Brasil y Paseo Colón, la policía desarticuló el avance de alrededor de mil personas que se dirigían hacia la Casa de Gobierno. A las 8.30 fue disuelta una manifestación en Independencia y Paseo Colón. A las 9.30, se dispersó a unas diez mil personas reunidas frente al Puente Pueyrredón.

Los trabajadores que llegaban hasta el Riachuelo interpretaron que se trataba de una maniobra para impedirles cruzar y asumieron actitudes diferentes. Un grupo cambió de rumbo para intentar pasar por el puente del ferrocarril. Otro grupo, más entusiasta, se lanzó directamente a las aguas y las atravesó a nado. La mayoría, sin embargo, esperó con expectativa. De hecho, una hora después los puentes habían vuelto a bajar y los manifestantes ingresaron en la Capital con sus cánticos en defensa de Perón y sus banderas argentinas.

Ante el lanzamiento de gases lacrimógenos, los manifestantes volvían a reorganizarse y avanzar. A las 9.45, la policía registró una columna de cinco mil personas por la Avenida Vieytes. Media hora después una manifestación en Montes de Oca cubría diez cuadras. Otros treinta minutos más tarde, unas veinte mil personas avanzaban por Bernardo de

Irigoyen hacia Avenida de Mayo. A las 12.10 una columna de diez cuadras transitaba por Corrientes. Mientras, en Cangallo y Montevideo y en Callao y Córdoba se reorganizaban movilizaciones con gente que cubría otras diez cuadras.

Los cartelones con el rostro de Perón y las banderas argentinas eran acompañadas de cánticos: "Yo te daré, / te daré, patria hermosa, / te daré una cosa, / una cosa que empieza con 'p': / Perón". Los gritos desencajados de esos cuerpos sudorosos perturbaban la vida de la urbe: "La patria sin Perón / es un barco sin timón".

En su marcha, las columnas se encontraban enfrascadas en discusiones y situaciones cargadas de tensión con la policía que intentaba disuadirlos para que no continuaran avanzando. Todo esto demoraba aún más a la multitud, que ya de por sí tenía sus propios motivos para progresar con lentitud: a su paso, sea en Barracas, San Cristóbal o Chacarita los manifestantes trataban de convencer a otros trabajadores de que cerraran las puertas de sus talleres y se plegaran a la movilización.

Los obreros de distintas zonas de La Plata o Avellaneda iban a pie, pero detenían todo tipo de transporte para hacerse llevar hasta la Capital. Al parecer, sin cobrar boleto varios convoyes partieron de La Plata, con destino a Capital, con centenares de obreros. Según otros, los trenes y vehículos eran escasos para la cantidad de gente que deseaba desplazarse a Buenos Aires. Muchos ferrocarriles interrumpieron su funcionamiento, aunque no resulta claro en qué proporción por adhesión de trabajadores o por boicot de los manifestantes. A medida que las movilizaciones avanzaban, la mayor

parte de los comercios cerró sus persianas.

Hacia el mediodía eran escasos los trabajadores que habían llegado hasta la Plaza de Mayo. A esas horas el Comité de Huelga de la CGT salía de conversar con el ministro de Guerra, general Eduardo Ávalos, quien les pidió que levantaran la huelga general prevista para el día de hoy, requerimiento que los dirigentes sindicales rechazaron mientras que, por otra parte, hicieron responsable al gobierno de cualquier situación de represión. El mismo Comité visitó luego al coronel Perón en el Hospital Militar, donde se encontraba desde la mañana temprano. Varias columnas de obreros se dirigieron hacia allí, mientras otras permanecían a la espera de noticias. A las 14, varios miles de trabajadores se concentraron en la Avenida Luis María Campos. Ante el temor de que los manifestantes avanzaran, se ordenó a los soldados apostados dentro de la dependencia que amenazaran con utilizar sus ametralladoras para contenerlos.

Durante toda la jornada las noticias se sucedieron vertiginosamente. Pocos sabían al comenzar el día 17 que habría una movilización, que Perón había sido trasladado al Hospital Militar, que la CGT declaraba huelga para el 18. De hecho, durante la mañana hubo trabajadores que se plegaron a las movilizaciones creyendo que Perón podía ser fusilado en la Isla Martín García. Una vez movilizados, sin embargo, no les alcanzaba ni con saber que estuviera en el Hospital Militar, ni con que el general Ávalos prometiera velar por su seguridad y, en realidad, nada iba a sosegarlos salvo ver al propio coronel en persona.

Según altas fuentes militares, desde la mañana el avance de las columnas generó tensión en el gobierno que encabeza el general Edelmiro Farrell. La represión puntual de la policía no era suficiente para detener el movimiento, a tal punto que hacia el mediodía se percibió una pasividad total de esa fuerza. Incluso hay rumores de que algunos suboficiales se habían plegado a la movilización. En la mañana, el jefe del Regimiento 10 de Caballería telefoneó al general Ávalos solicitando permiso para reprimir. Por su lado, el ministro de Marina, Héctor Vernengo Lima, exhortaba a adoptar medidas de fuerza. Ávalos se negó, porque creía que no había peligro y porque no quería que se produjera una represión violenta.

A las 15.15 había una manifestación de siete cuadras en San Juan y La Rioja, media hora después otra de unas nueve cuadras llegó al Congreso. Desde las 16 en adelante, en los balcones de la Casa Rosada, frente a los cuales se multiplicaba la presencia de los manifestantes, se sucedieron hechos disparatados. El general Ávalos, determinado a evitar que corriera sangre, salió a los balcones para dirigirse a la población. Cuando quiso hacer uso de la palabra enfrentó una rechifla que le impidió hablar. Con indignación, solicitó que llamaran al coronel Domingo Mercante, mano derecha de Perón, con el objetivo de que un allegado convocara a la desmovilización y pacificara los ánimos. Ya en el balcón, nadie sabe si por ingenuo o por inteligente, Mercante abrió diciendo: "El general Ávalos...", lo que provocó una rechifla inmediata que interrumpió su discurso: tampoco él pudo hablar.

En medio de tanta confusión, distintas figuras, entre las que se encontraba el director del diario *La Época*, Eduardo Colom, comenzaron a afirmar que a las 18.30 el coronel Perón hablaría en la Plaza de Mayo. Mientras la noticia se propagaba por las radios, nuevos sectores se sumaban a las movilizaciones. Quienes estaban en el Hospital Militar también iniciaron su marcha hacia la Casa Rosada, un trayecto de más de seis kilómetros. Cada vez se escuchaban con mayor estruendo sus cánticos: "Nos quitaron a Perón / pa' robarse la nación".

Entre los manifestantes había algunos vestidos con saco e incluso sombrero, pero se iban incorporando otros que venían en mangas de camisa, con las camisas abiertas y arrugadas o directamente vistiendo cualquier ropa de trabajo. Podían verse también personas y grupos de las más diversas ascendencias: algunos que habían sido parte de las migraciones de los últimos años venidas desde las provincias, pero también otros que eran los hijos de las migraciones anteriores llegadas desde el otro lado del Atlántico. Morochos y rubios, morenos y blancos, aindiados y gringos, todos trabajadores bajo una misma consigna. Era la multitud más heterogénea que se hubiera visto hasta ahora por nuestras calles y avenidas.

Los porteños se paraban en las veredas a observar el inédito espectáculo. A la mayoría de ellos les resultaba chocante que por calles del centro de la ciudad anduvieran vociferando mujeres y hombres muy mal vestidos, algunos con ropas sucias, otros con rostros y colores de piel insólitos. Había quienes preguntaban "¿y estos quiénes son?", "¿de

dónde han salido?”. Había quienes sentían lástima por estos “pobrecitos”, “desharrapados”. Y también había otros indignados que hablaban de una “invasión”, de los “marcianos” o de “agentes a sueldo del naziperonismo”. El contraste social con las dos recientes movilizaciones antiperonistas –los refinados concurrentes a la Plaza San Martín del 12 de octubre y los manifestantes de la Marcha de la Constitución y la Libertad del 19 de septiembre– no podía ser mayor. Aunque si se observaba con más detalle, entre la multitud se podía distinguir tanto a empleados del Estado bien vestidos como a trabajadores pobres que habían caminado durante horas, todos gritando por Perón, vistos a los ojos de terceros como “adictos” al coronel.

Incluso más trabajadores comenzaron a desplazarse a esta Capital por la tarde. Al parecer, muchos se enteraron por las radios o por sindicatos que en un principio no se habían adherido a la protesta. Además, como la información circulaba por empresas y talleres, hubo quienes decidieron plegarse después del horario laboral. A las 16.30 una vez más el Puente Pueyrredón fue levantado y, si bien se repitieron escenas similares a las vividas por la mañana, poco tiempo después volvió a ser habilitado.

En Plaza de Mayo aumentaba la cantidad de manifestantes. Algunos, que habían recorrido kilómetros a pie, se quitaron el calzado y se refrescaron en las fuentes. Además de las diferentes vestimentas, había hombres y mujeres, en su mayoría jóvenes, así como grupos de niños.

Entre las 18 y las 19 la Plaza se colmó hasta que se hizo casi imposible desplazarse a su interior. El

bochornoso calor de la jornada cedería muy lentamente, cuando el coronel Perón se entrevistó con el presidente Farrell. Alrededor de las 23, Farrell apareció en los balcones de la Casa Rosada y anunció que a continuación hablaría Perón. Estallaron los aplausos. Con diarios, los manifestantes encendieron antorchas improvisadas.

El locutor invitó a entonar las estrofas del Himno Nacional, mientras el coronel Perón preparaba las palabras que pronunciaría. Promediando su discurso, desde la multitud se escuchó con insistencia la pregunta: “¿Dónde estuvo?”. El coronel intentó evitar cualquier respuesta, pero, ante el reclamo de aquel sinnúmero de personas, señaló que no quería recordar el sacrificio que había hecho y que volvería a hacer por los presentes. Ese diálogo entre un líder y la multitud resultó tan inédito como el resto de la jornada.

El coronel Perón cerró su discurso afirmando que ya no había motivos para realizar la anunciada huelga general, pero pidió que se llevara a cabo con festejos. La respuesta de los asistentes fue comenzar a gritar: “¡Mañana es San Perón, que trabaje el patrón!”. Por último, Perón pidió que abandonaran la Plaza con cuidado, en particular se dirigió a las mujeres obreras que estaban presentes. Y por último solicitó a los manifestantes que permanecieran unos minutos más “para llevar en mi retina el espectáculo grandioso que ofrece el pueblo desde aquí”. La mayoría se quedó un tiempo más en la Plaza y luego inició el regreso a sus hogares. Sin embargo, como la huelga general ya estaba en marcha, no había transporte público. Por lo tanto, los manifestantes que no podían retornar a sus casas se acomodaron

en distintas zonas de la Plaza y pasaron la noche allí. En la mañana de hoy el centro de Buenos Aires estaba vacío, excepto por estos grupos que, a medida que iban despertando, retomaban el clima festivo del día anterior.

Durante la mañana recorrieron distintas partes de la ciudad haciendo escuchar otra vez sus cánticos, y estampando en paredes o vehículos diferentes leyendas con tiza. La zona céntrica y los barrios aledaños fueron escenarios de este espectáculo. Cuando el sol llegaba al mediodía, los grupos se detuvieron poco a poco para descansar y, al cierre de esta edición, retomaron su actividad en las calles.

Buenos Aires vivió muchos años orgullosa de su faceta europea, de su tez blanca y de sus reglas de etiqueta, especialmente para ingresar en el centro de la ciudad. Es una urbe que ayer y hoy vivió una división entre el clima festivo que dominaba sus calles –celebrado por estas personas y grupos provenientes de la periferia–, y el temor y el rencor con que muchos vecinos contemplaron la movilización desde las veredas, sus balcones o sus ventanas. Entre residentes, colegas de otros diarios y dirigentes políticos se escucharon algunas palabras en alusión a los manifestantes como "turbas", "hordas", "*lumpenproletariat*", "malón", "chusma", "descamisados", "negros", "cabecitas negras", "tribus" o "malevaje". Este tipo de menciones en referencia a trabajadores argentinos amenazan la esperanza de que se haya tratado de una mera división pasajera. Atentan contra la ilusión, aún viva en muchos, de que no se perpetúe por los tiempos de los tiempos.

Finalizada la crónica, retomemos entonces algunas preguntas históricas.

¿Cuál fue el papel de la CGT en estos acontecimientos? Para empezar, es necesario recordar que la CGT estaba dividida y que fueron los dirigentes de base, vinculados a la coordinadora intersindical, quienes tomaron una decisión contundente al iniciar la movilización del 17 con un solo objetivo: la liberación de Perón. Por su parte, el 16 de octubre a última hora la CGT declaró el paro general para el 18, pero evitó mencionar a Perón. La tesis de algunos autores, como Juan Carlos Torre, sostiene que la relevancia de la declaración de la CGT

> no debe ser tampoco subestimada. En esa hora crítica, ella sirvió a los sindicatos que estaban en estado de alerta desde el 15, y a los trabajadores en general que formaban parte del vasto movimiento colectivo, *dándoles así el impulso de pasar a la acción, en la confianza de que contaban con el respaldo de las organizaciones sindicales más poderosas* (Torre, 1995b: 75; el destacado me pertenece).

Se puede estar de acuerdo –o no– con esta afirmación, pero no hay datos contundentes que la respalden. Ni en el texto de Perelman, ni en el Gay, ni en el de Reyes existe mención alguna que permita tal línea de interpretación. Esta otra afirmación del mismo autor resulta en cambio más clara: tanto los preparativos como la canalización de la movilización obrera estuvieron a cargo de varios sindicatos, federados y autónomos, que actuaron ante la situación de emergencia "como dirección alternativa a la CGT" (Torre, 1995b: 17).

La pregunta sobre el número de manifestantes es muy difícil de responder con algún grado de precisión. Puede sostenerse, por las cantidades mencionadas en las crónicas, que en Buenos Aires estamos mucho más cerca de hablar de

una movilización de cien o doscientas mil personas que de un millón. Pero para comprender su efecto, vale comparar esta cifra con las doscientas mil personas que había logrado movilizar la Unión Democrática bajo una marcha planificada, anunciada y organizada que se había realizado el 19 de septiembre anterior. El 17 de octubre en cambio se trató de una movilización casi espontánea, sin organización, que hizo presentes a rostros y cuerpos antes invisibilizados, y que ahora ocupaban la plaza pública central y las principales avenidas de la ciudad. Por eso fue un hecho que produjo un impacto sin precedentes. La consecuencia concreta fue la liberación de Perón y el llamado a elecciones, aunque entonces su triunfo en las urnas no estaba en absoluto garantizado (y en realidad nunca lo estuvo). De todos modos, el 17 de octubre le dio un impulso extraordinario y, de hecho, el Partido Laborista se fundó una semana después.

¿Estuvieron los manifestantes todo el día en la Plaza reclamando la liberación de Perón? ¿O, por el contrario, como sugiere el testimonio de Troncoso (2005), en realidad no había prácticamente nadie en la Plaza y el peronismo forjó un relato?

Es evidente que el gobierno peronista construyó significados muy específicos para el 17 de octubre y, desde 1947, lo instituyó como un ritual (Plotkin, 2007). Ahora bien, si uno lee las crónicas de los diarios, en especial la muy informada de *La Nación*, y la compara con testimonios como el de Cipriano Reyes, no caben dudas de que la Plaza había recibido muy poca gente hasta la tarde del 17. La mayor cantidad de manifestantes comenzó a llegar más hacia las 17, 18 o 19, y se concentraron allí hasta la medianoche.

Que la Plaza sólo se colmara realmente de gente a esa hora ¿significa que no fueron importantes las movilizaciones que habían tenido lugar desde la mañana temprano? Las

crónicas de los distintos diarios narran que la policía dispersó columnas de varios miles en diferentes horas de la mañana. Es claro, como apunta Juan Carlos Torre, que el hecho de que no se perpetrara una represión brutal y una masacre en manos del Ejército se debió a que el general Ávalos se impuso a Vernengo Lima.

Pero de esto no debe inferirse que no hubo ninguna represión policial. Así, durante el día, las columnas ingresaron a la Capital, avanzaron, fueron dispersadas, volvieron a reunirse y a avanzar. Era una marcha lenta. Algunas radios daban noticias de estas protestas y de la presencia de Perón en el Hospital Militar, sobre la avenida Luis María Campos. Varios miles o decenas de miles de personas se concentraron en aquel lugar hasta alrededor de las 14 y, desde allí, demoraron unas tres horas en marchar hasta Plaza de Mayo. Por otro lado, también los contingentes que venían desde el sur se retrasaban con los puentes que subían y luego bajaban. Probablemente, muchos otros trabajadores decidieron sumarse a la protesta una vez finalizado su horario laboral, entrada la tarde.

Cómo se gestó la movilización: desarticulaciones

¿Cómo se gestó el 17 de octubre? ¿Fue a partir de una orden de Perón, de Evita, de la CGT? ¿Fue una movilización espontánea?

El papel de Perón y Evita en estos hechos ha sido objeto de acalorados debates. La evidencia histórica muestra que el rol de Evita no fue relevante (Navarro, 1995) y que durante los días previos Perón estaba más ocupado pensando en su retiro que en su presidencia (Luna, 1971). Incluso la conspirativa idea según la cual la movilización surgió a partir una orden de Perón a Mercante, su mano derecha de aquel entonces, quien luego a su vez impartió las directivas a los obreros, es una teoría que presenta dos problemas. Es inimaginable que Mercante no hubiera revelado años

después que él mismo había organizado todo lo que sucedió aquel día. Pero aunque lo hubiese confesado, el hecho es que en la mañana del 17 de octubre Perón y Mercante estaban arrestados, nadie tenía por qué temerles. Más bien, por el contrario, eran hombres derrotados.

Los dirigentes sindicales no planeaban ir más allá del acto de despedida de Perón del 10 de octubre. La solidaridad con aquella figura vencida parecía ser un compromiso moral que incrementaba la identificación con el líder (véase Gay, 1999: 38). Pero con el cambio de rumbo del gobierno, la detención de Perón y la ofensiva patronal se generó una gran agitación entre los trabajadores y comenzaron a coordinarse reuniones sindicales para decidir la postura a adoptar.

Consideremos ahora la idea de que la declaración de la huelga de la CGT para el 18 fuera la explicación de que los obreros se manifestaran el 17 de octubre (véase Matsushita, 1983). ¿Cómo se entiende que no esperaran un día más? ¿Por qué los trabajadores sincronizaron con ese reclamo saliendo un día antes a la calle? No hay evidencia alguna de que los grupos no lo habrían hecho sin la declaración de la CGT. De hecho, así lo observa Torre:

> Si en la votación del Comité Confederal hubiese prevalecido la postura de los dirigentes que preferían postergar la huelga general, lo más probable es que se hubiera producido una división en las filas sindicales, pero no que el grueso de los sindicatos y la masa obrera partidarios de pasar a la acción desistiera de ello (2005).[1]

Además, es preciso reparar en un detalle relevante: como la huelga se votó el 16 de octubre a las 23.45, es difícil creer que la noticia circulara a tan alta velocidad como para producir un hecho que se inició en la madrugada del día siguiente.

La declaración de la CGT no debe ser subestimada ni

sobreestimada. ¿Qué sería sobreestimarla? Adjudicarle un papel que no tuvo: no hay una sola evidencia empírica de su incidencia en la movilización del 17 de octubre, ya que esa jornada sucedió con autonomía de una CGT que no tenía en aquel entonces la relevancia que adquirió después. Por eso, no parece certero afirmar que aquel día la CGT hubiera operado "más bien como agente de coordinación de una acción colectiva gestada con independencia de ella" (Torre, 1995c). ¿Qué sería subestimarla? No percibir que, en el momento de la decisión, la CGT declaró la huelga general para el 18, lo cual implicó haber tomado partido ante sus seguidores y ante Perón. Por eso, la CGT y su comité de huelga pudieron reacomodarse rápidamente en el transcurso del 17. Por la mañana se reunieron con Ávalos, quien les exigió que levantaran la huelga del 18, a lo que se negaron. Horas más tarde, los dirigentes protagonizarían las negociaciones políticas en las que no participaron ni Cipriano Reyes ni otros que tuvieron un rol crucial en la movilización.

La idea de que la movilización se iba a producir en cualquier caso no es una idea de historiadores, sino que estuvo presente en los debates de la CGT del 16 de octubre. Bustamante, un sindicalista de la industria de la carne dijo:

> Si este cuerpo no resuelve la huelga general les puedo asegurar que se producirá lo mismo, por el estado emotivo de los trabajadores. [...] Les aseguro, sin ánimo de presionarles, que si aquí no se vota la huelga, en Rosario se irá al paro lo mismo (cit. en Torre, 1995b: 65-66).

Y Lombardi, dirigente de la UTA, afirmó:

> Ninguno de ustedes ignora que el momento es sumamente grave, pues corremos el riesgo de perder el control del movimiento obrero que tanto trabajo nos ha costado organizar. Las masas obreras, para

> qué vamos a negarlo, nos están arrollando en forma desordenada (cit. en Torre, 1995b).

Benigno Pérez sostuvo:

> Los obreros de todo el país están con los ojos puestos en la CGT y piden que esta defienda a Perón, y si no lo hacemos nos perderán confianza, especialmente los del interior (Acta, 414, cit. en Del Campo, 1983: 218).

Es decir, los dirigentes percibían una desarticulación y consideraban que esta división podía provocarles daños irreversibles. La votación de 16 a 11 a favor de la huelga del día 18 no es representativa del estado de ánimo de los gremios industriales, que eran minoría en esa reunión. En rigor, solo los ferroviarios se oponían a la medida y fue eso lo que prolongó las deliberaciones.

Por lo tanto, podemos procurar otros modos de entender la coordinación del 17 y los rasgos que adoptó la movilización. A nuestro juicio, se explica por lo siguiente:

1. La existencia de un comité de enlace intersindical de la zona sur, a la que Torre refiere como dirección alternativa a la CGT. Es decir, una red de sindicatos de diferentes niveles que ya habían tomado la determinación de pasar a la acción.
2. La aglutinación territorial de la industria y de la clase obrera en barrios muy específicos de Buenos Aires. La tradicional segregación residencial y la concentración industrial han favorecido en diferentes momentos procesos de coordinación. Esto implica que la decisión de algunos pueda ser conocida por muchos otros, porque hay comunicación cara a cara.[2]
3. La recepción de la noticia por parte de decenas o centenares de dirigentes obreros, como Perelman, que actuaron del mismo modo durante la mañana. Los

dirigentes intermedios decidieron de inmediato acompañar el proceso.

4. El papel de la radio, que a partir de determinada hora propagaba la noticia, a favor y en contra.

5. Entre tensos diálogos con la policía, el levantamiento del puente para cruzar el Riachuelo, episodios de represión y negociaciones varias, el avance de la movilización hacia la ciudad, que había comenzado a tempranas horas de la mañana, era lento y pausado, pero también lograba incorporar nuevos cuerpos en su marcha. Los manifestantes se detenían a su paso en talleres y fábricas para pedir a los obreros que se sumaran y muchas veces encontraban respuestas positivas. Se afirma que desde el mediodía la policía cambió de actitud, e incluso algunos uniformados se adhirieron a la movilización. De a poco, otros trabajadores se plegaban engrosando las columnas que avanzaban hacia la Plaza de Mayo.

6. El dato de que Perón estaba en el Hospital Militar, que hizo que numerosos grupos se dirigieran hacia allí. Hasta las 18 no se había anunciado que Perón hablaría en Plaza de Mayo.

7. La afirmación de Troncoso de que en Plaza de Mayo no hubo mucha gente hasta las tres o cuatro de la tarde no indica, como él pretende, que fuera una movilización menor. Sobre este punto, Ramos decía: "Las manifestaciones obreras, aisladas al principio, se funden en columnas cada vez más imponentes. [...] Al caer la tarde, el sector céntrico de la ciudad es irreconocible" (2006: 87). La movilización sólo fue completamente masiva desde las 1

8. A nuestro entender la sincronización no fue resultado de la espontaneidad, tampoco del hecho de

> saber que habría huelga al día siguiente. Fue fruto de la coordinación de dirigentes intermedios que trabajaron los días previos y durante esa mañana para que otros sectores se plegaran. Objetivo que consiguieron.

Por eso, porque no había otra articulación, tampoco había una sola persona capaz de desmovilizar a esa plaza que no fuera el propio coronel Perón, y el gobierno estaba obsesionado en que no hubiera incidentes. Nadie iba a poder simplemente decir a los manifestantes que Perón estaba bien y lograr que esas miles de personas regresaran a sus casas sin más. De hecho, Ávalos lo intentó en varias oportunidades. Pero en ese momento de movilización, alegría y angustia entremezclada, el lazo con Perón era insustituible.

Un acontecimiento, múltiples experiencias

Plotkin señala que "no fue un evento homogéneo", sino que "hubo múltiples 17 de octubre" (2007: 96). Quisiera tomar esta idea y desarrollarla en un sentido algo distinto a como lo hace su autor. Podríamos decir, en principio, que diferentes sectores que estuvieron presentes o no esa noche en la Plaza vivieron y significaron de distinto modo aquel acontecimiento. Hasta ahora, hay más datos y análisis acerca de lo que significó para los trabajadores del sur del Gran Buenos Aires, varios dirigentes sindicales, el gobierno y los sectores medios y altos de Buenos Aires.

Tomemos el caso de dos testimonios muy conocidos, los de Reyes (dirigente de la carne) y Perelman (dirigente metalúrgico): el primero participó activamente de la organización de la movilización, mientras que el segundo se vio sorprendido por los hechos y se plegó una vez que ya estaban en marcha. El Comité de Enlace Intersindical del que participaba Reyes contaba con una central de informaciones con la que los jefes de las distintas columnas debían mantener contacto telefónico tanto para informar como para

ser informados de la situación. Este tipo de datos permite discutir hasta qué punto se puede hablar de "espontaneidad" en este contexto. Si bien los trabajadores no fueron convocados por Perón ni por la CGT, ni se publicó un aviso en el diario, tampoco se trató de una decisión sin organización y comunicación.

Por otro lado, muchos dirigentes que no se sumaron desde el inicio de la jornada se fueron acoplando en el transcurso del día. Por eso podemos decir que el 17 tuvo una temporalidad heterogénea, porque hubo quienes lo planificaron, quienes se sumaron de inmediato, quienes no supieron de qué se trataba y quienes dudaron.

Esto se expresó con claridad en la cartografía de la movilización. Marechal dijo que era temprano en la mañana cuando escuchó el tumulto de las columnas que se desplazaban por las calles. Scalabrini Ortiz afirmó que sólo en la tarde del 17 comenzaron a llegar "las primeras columnas de obreros". ¿Alguien miente o ambos dicen la verdad? Marechal alude a la Avenida Rivadavia, en la zona oeste; Scalabrini al centro mismo de la ciudad, a los alrededores de la Plaza de Mayo.

Los acontecimientos se desencadenaron desde temprano el 17. Así lo atestiguan Perelman, Marechal, Reyes, el diario *La Nación*. Pero Troncoso insiste en que al mediodía la Plaza estaba desolada y en que había poca gente a las 17. La afirmación de Troncoso, en todo caso, indica que no hubo una multitud todo el día apostada en la Plaza (porque estaban en el Hospital Militar y en otros lugares de la ciudad), pero es compatible con la otra versión que sostiene que al atardecer la Plaza de Mayo se colmó.

Más arriba señalamos que durante la mañana la policía demoró el avance de las columnas, ya sea levantando puentes, disparando al aire o negociando con los manifestantes.[3] Si los sucesos no hubieran sido lo

suficientemente contundentes, sería imposible comprender por qué

> en la mañana del 17, el teniente coronel Gerardo Gemetro, jefe del Regimiento 10 de Caballería, telefoneó a Ávalos, que se hallaba en el Ministerio de Guerra, solicitándole permiso para actuar en vista de la pasividad de la policía; Ávalos negó su consentimiento, en parte porque entendía que la situación no era peligrosa; pero también porque no deseaba que hubiese un derramamiento de sangre (Potash, 1971: 396).

En efecto, no había nadie en ese momento en Plaza de Mayo, pero los oficiales de Campo de Mayo recibían informes de que columnas obreras se dirigían en esa dirección. Por eso, "desde primera hora de la mañana del 17, el ministro de Marina Vernengo Lima exhortaba a su colega de gabinete a que adoptase medidas de fuerza" (Potash, 1971: 397). En efecto, entre los altos mandos circulaban informaciones preocupantes y el propio Troncoso publicó algunas de ellas. Las comisarías de la Capital transmitieron partes que daban cuenta de la cantidad de personas que avanzaban hacia el centro. A las 16.30, cuando según Troncoso nadie había llegado aún a Plaza de Mayo, Ávalos llamó a Mercante a la Casa Rosada con la orden de desconcentrar a los manifestantes.

Alrededor del mediodía, por el motivo que fuera, la policía cambió de postura y prácticamente cooperó con los obreros y, como señalamos más arriba, hasta hubo grupos de suboficiales que se plegaron a la protesta. Este gesto fue luego utilizado para decir que la institución colaboró desde el inicio, lo cual pretende insinuar o afirmar que fue una movilización organizada por la propia policía. Para comprender la temporalidad de la ubicación de las columnas,

su aparente "demora" en llegar a la Plaza de Mayo, hay que considerar ese cambio de actitud de las fuerzas de seguridad.

Cada grupo organizado en la Intersindical tenía un responsable de información que debía comunicarse por teléfono cuando fuera posible con el equipo de "Información general", lo cual les permitía tener un panorama acerca de lo que estaba sucediendo, así como de las acciones de la policía y el gobierno.

Cipriano Reyes menciona que las radios informaban sobre las movilizaciones (1984: 227, 230-231), casi todas descalificando la protesta –salvo radio "El Pueblo"–, pero que incluso así favorecían a la situación al difundir los episodios que estaban teniendo lugar en las distintas partes de la ciudad. Él mismo cuenta haber estado en las oficinas del diario *La Época* escuchando dos radios a la vez para saber qué estaba sucediendo (entrevista en Klappenbach, 1997: 274). Un testigo de los sucesos, muy detallista en su registro del tiempo, señaló que "a las 18.30 comenzó a llegar mucha gente a la Plaza de Mayo porque se había enterado por radio de los hechos que ocurrían" (Cardellini, en Michelini, 1994: 51). Este relato coincide con lo que informó *La Nación* el 18 de octubre, y también con lo que sostienen Matsushita (1983: 293) y Cipriano Reyes sobre aquel día.

Sin embargo, así como los puentes se levantaban y luego bajaban, o como la policía tiraba gases y luego apoyaba, es probable que las radios transmitieran la información con distintos matices. Pero el hecho de que, de una manera u otra, hayan comunicado sobre lo que estaba sucediendo resulta un factor clave para comprender el crecimiento de la movilización hacia el atardecer.

Gay (1999: 44) y Matsushita (1983) señalan que la CGT había indicado el abandono de las tareas desde las 17. Pero varias décadas después, Gay admite que el Comité de Huelga del 18 no promovió ni dio instrucciones precisas para ir a

Plaza de Mayo el 17 y que los telefónicos no movilizaron a su sindicato (1999: 182-183). Tanto Gay como Reyes serían protagonistas, una semana más tarde, de la fundación del Partido Laborista.

La pregunta contrafáctica

¿Qué habría sucedido el 17 de octubre si hubiese tenido lugar una represión brutal con decenas de muertos? Juan Carlos Torre (2005) propone esta pregunta contrafáctica en un texto muy sugerente en el que analiza la decisión de Ávalos de no reprimir y sus consecuencias históricas. En su reflexión, Torre afirma que aquella masa de trabajadores habría retrocedido ante la represión. De haber sucedido esto, continúa, Perón no habría sido presidente al menos en 1946 (el autor juega aquí con la idea de que Perón podría haber ganado las elecciones de 1952, pero ya sin las condiciones económicas favorables). Por lo tanto, concluye Torre, la Argentina no habría conocido una identidad política populista de la pregnancia y relevancia del peronismo. Existieron "populismos" en diversos países latinoamericanos, pero aunque ha habido movimientos que perduraron varios años ninguno tuvo la persistencia del peronismo. El gobierno de Vargas en Brasil no generó "varguismo" y algo similar podría decirse de otros países. De todos modos, el campo de la historia contrafáctica supone justamente eso: hipótesis que no pueden demostrarse. Pero, al mismo tiempo, esas hipótesis tienen implicancias fuertes en nuestras interpretaciones históricas y políticas.

Por eso, quiero proponer otra hipótesis contrafáctica sobre la idea de una brutal represión el 17 de octubre de 1945. Porque creemos que lo sucedido en aquellos años en la Argentina y otros países de América Latina claramente muestra diversos cambios estructurales, culturales y políticos. La manera en que se resolvieron esas transformaciones en la Argentina, Brasil, Colombia u otras

regiones fue muy distinta. Pero el hecho de que haya habido procesos bastante contemporáneos en varios países pone en evidencia hasta qué punto las decisiones puntuales (como la que debía tomar Ávalos acerca de si reprimir o no) podían torcer el rumbo de los acontecimientos en un marco histórico que trascendía cualquier resolución individual. En otras palabras, si Perón tenía posibilidades o no de ser presidente dependía de un sinfín de sucesos. Más debatible es que si se hubiera ejecutado efectivamente una represión el 17 las cosas habrían ocurrido como Torre describe.

Propondré un ejemplo. En esos años estaba cobrando presencia un líder popular y populista en Colombia. Se trataba de Jorge Eliécer Gaitán, un hombre con una intensa carrera política y atractivo carisma. Gaitán fue brutalmente asesinado en 1948 cuando tenía chances de ganar la presidencia. La reacción popular fue conocida como "el Bogotazo": una inmensa movilización sin dirección política, una irrupción de las masas en toda la ciudad y los alrededores del Palacio de Gobierno, que se expandió a otros lugares del país. El asesinato de Gaitán y la imposibilidad de darle una solución política abrieron los setenta años de guerra civil y violencia política que Colombia todavía intenta cerrar.

Lo que quiero decir es que si el 17 de octubre hubiese habido una brutal represión, una de las hipótesis contrafácticas que se pueden sostener es que la Argentina habría terminado en una extensa guerra civil. ¿Por qué? No se trata de suponer simplemente que los trabajadores habrían retrocedido, que la Unión Democrática habría gobernado. Se trata de entender que una derrota de los trabajadores el 17 de octubre modificaba las relaciones de fuerza de manera drástica. La patronal, que avanzaba con firmeza en los últimos días, habría redoblado sus apuestas después de una derrota obrera. Muchas de las conquistas del

último año podrían haber sido derogadas luego. Pero, sobre todo, la derrota de la movilización pacífica y la imposibilidad de dirimir ese conflicto en elecciones libres habrían inaugurado el capítulo de la violencia una década antes en la Argentina. Y quizá, como sucede hoy en Colombia, setenta años después no estaría aún cerrado.

Por cierto, esto implica una interpretación acerca de los orígenes del peronismo. Para nosotros el peronismo es la consecuencia de la incapacidad de las élites económicas y políticas de construir un proyecto hegemónico. Ante el fracaso de las corrientes representadas en la Unión Democrática para incluir a los trabajadores en el desarrollo económico argentino, el peronismo significó una solución que evitó en el momento y postergó en el tiempo el estallido de una guerra civil.

¿Es verosímil esta hipótesis? El hecho fáctico es que eso fue lo que ocurrió en otros países latinoamericanos. Una condición para que suceda es que haya una potente matriz de exclusión social y simbólica. Como mostraremos en el próximo capítulo, esa matriz racista y clasista era hegemónica en la Argentina.

[1] Torre ha analizado como nadie los detalles de estos hechos. Sin embargo, es muy probable que pueda haber sobreestimado la relevancia política que tuvo en ese momento decisivo su objeto de estudio: la vieja guardia sindical.

[2] En esos años, en Avellaneda y Lanús "algunas calles como la avenida Mitre o Pavón se convirtieron en caminos bordeados de fábricas y talleres" (Lobato, 2004: 235).

[3] Hay autores que señalan que por ingenuidad del general Ávalos el ministro Hortensio Quijano había aprovechado para designar al frente de la policía a Mittelbach, hombre leal a Perón. Pero, según Potash, Ávalos percibió el error y el 15 de octubre firmó el Decreto 25.614 por el que designaba como jefe de policía al coronel Emilio Ramírez, "ahora enconadamente antiperonista. Ramírez juró el 16 de octubre y renunció al día siguiente" (1971: 388).

2. El 45: los orígenes del peronismo en una sociedad racista y clasista

Para comprender un fenómeno tan polisémico como el peronismo, nada mejor que estudiar sus orígenes, no tanto a través del análisis de decisiones políticas o de las acciones de figuras relevantes, sino mediante el estudio de algunos aspectos sociales y culturales específicos que lo hicieron posible. Este capítulo se centra en ciertos hechos de 1945 con el objetivo de rastrear allí determinados significados y escisiones originarias entre peronismo y antiperonismo enraizadas en algunas palabras novedosas para aquel momento, como "descamisados" y "cabecitas negras". Esas expresiones, que a la vez redefinían términos antiguos como "criollo" y "argentino", pusieron en escena una matriz de racismo y clasismo que es constitutiva de la política argentina, y que aún hoy resulta clave para la interpretación de los orígenes del peronismo.

1945 es un símbolo. ¿Del origen del peronismo? ¿Del final de la Segunda Guerra Mundial? ¿Del comienzo de la belicosidad política? ¿De la integración de las masas a la política? ¿De la incomprensión absoluta como rasgo estructural de la política argentina? 1945 carga con múltiples significados, tantos como el peronismo.

Ese año dividiría en dos la historia nacional. En 1945 estalló el sistema de clasificaciones sociales de la Argentina y surgió una serie de nuevas categorías de identificación. La profusa investigación académica sobre los orígenes del peronismo ha analizado y debatido hasta qué punto puede hablarse de continuidad o ruptura en lo que hace a dimensiones como la política de intervención del Estado en la economía, las acciones estatales para generar un vínculo

con los sindicatos u otros procesos. Cabe interrogarse, también, acerca de la continuidad o ruptura que presentan aspectos de la cultura y la identidad política, de clase y étnica, tanto en el peronismo como en el antiperonismo. Cada uno de estos elementos condensará una serie de visiones e intervenciones respecto de las cuestiones de la desigualdad y de la ciudadanía.

Creemos que no es posible comprender la política argentina sin analizar el papel constitutivo que el racismo ha jugado en su conformación. Los sucesos y debates sobre 1945 ofrecen uno de los escenarios más ricos para estudiar esa relación. No sólo porque sirven para mostrar cómo reaccionó la sociedad establecida ante la irrupción de las masas en la escena política, sino también porque permiten observar cómo actuó el peronismo ante las distintas interpelaciones y los nuevos juegos de alteridad que ocuparon el centro de la escena.

El episodio nuclear de 1945 fue el 17 de octubre, que abrió un período de disputa social y política acerca de quiénes eran sus protagonistas. La cuestión crucial, tanto en aquel entonces como en las décadas posteriores, fue comprender exactamente quiénes eran los que habían irrumpido en las calles de Buenos Aires apoyando a Perón. “Las masas”. ¿Y quiénes eran “las masas”? ¿Qué rostros tenían, cómo se vestían, cómo hablaban, cómo cantaban, cómo eran nombradas y cómo se llamaban a sí mismas? Desde ese preciso día los distintos actores sociales y políticos buscaron establecer un significado coherente para identificar a aquellos protagonistas. A partir de la definición de quiénes eran podía deducirse el sentido de los hechos. Así, emergieron formas de identificación que procuraron generar una consistencia y una estabilidad clasificatoria.

Desde esta perspectiva, 1945 es más un símbolo que un año calendario. Los principales acontecimientos culminan en

las semanas posteriores al triunfo de Perón el 24 de febrero de 1946. Podríamos decir que "1945" finaliza en esa fecha. Ese día ambos bandos políticos creían haber ganado; por eso, el lunes 25 la Unión Democrática felicitó a las Fuerzas Armadas por la limpieza del acto electoral. Pero los resultados del escrutinio demoraron casi un mes y sólo en el transcurrir de los días la victoria electoral de Perón se tornó evidente. Cuando todos asumieron ese hecho, se abrió una nueva etapa política en la Argentina.

¿Dónde situar el inicio de 1945? ¿En el terremoto que destruyó en 1944 la ciudad de San Juan y convirtió a Perón en una figura cada vez más conocida? ¿En la rendición alemana que envalentonó a la Unión Democrática que se identificaba con los aliados y vinculaba al gobierno con el nazismo? Mi lectura es que, si bien la lógica de la confrontación estaba latente desde tiempo atrás, un hito particular la desencadenó por completo: la publicación de un manifiesto contra las políticas sociales del gobierno militar que distintas organizaciones del comercio y la industria difundieron en el mes de junio de 1945.

Por otro lado, el hecho de que en 1945 finalizara la Segunda Guerra Mundial está lejos de ser una cuestión anecdótica. En primer lugar, porque desde los años veinte comenzaron a organizarse en la Argentina grupos de lucha contra el fascismo, que fueron cobrando cada vez más repercusión pública. En segundo lugar, porque después de la crisis de 1930 la Argentina había iniciado un proceso de industrialización sustitutiva de importaciones. Ese vertiginoso crecimiento, por el cual la producción industrial superó al agro justamente en las pampas, implicó un período de crecimiento económico sin redistribución (Murmis y Portantiero, 2004). En tercer lugar, porque los sectores favorables a los Aliados sospechaban que el gobierno militar que había asumido el 4 de junio de 1943 simpatizaba con el

Eje, y sólo aceptó poner fin a la neutralidad y declarar la guerra en marzo de 1945. Los opositores a Perón plantearon el escenario político argentino como si fuera una derivación de la confrontación de la Segunda Guerra Mundial: Aliados contra nazifascistas.

Por eso, cuando un coronel de ese gobierno comenzó, a fines de 1943 y sobre todo en 1944, a realizar importantes reformas laborales y sociales, amplios sectores políticos consideraron que se trataba de iniciativas demagógicas y amenazas fascistas en ciernes. Esta percepción ha perdurado en el tiempo e incluso hoy es posible encontrar argentinos que creen que Perón era un fascista. Ni los contundentes argumentos contra esa representación, como los de Gino Germani en 1956, ni la cuantiosa investigación académica[4] han tenido aún la suficiente repercusión como para permitir una mejor comprensión de aquellos años.

Un límite para la comprensión puede explicarse mediante uno de los temas centrales de este libro: el carácter constitutivo del racismo y el clasismo en la política argentina.

La situación política de 1945

El 4 de junio de 1943 un golpe de Estado interrumpió el régimen de fraude electoral que desde hacía una década regía el país (véase Halperin Donghi, 1961: 43). Dentro del gobierno de facto, que mantenía la neutralidad argentina en la Segunda Guerra Mundial, iría creciendo la figura del coronel Perón. Desde la especialmente creada Secretaría de Trabajo y Previsión, Perón iniciaría un vínculo con los dirigentes sindicales y una transformación de la política social que incluyó una serie de nuevos derechos (vacaciones pagas, jubilaciones, convenios de trabajo, fueros laborales, etc.). A partir de su intervención luego del terremoto de San Juan (Healey, 2013) y gracias a su creciente utilización de la

radio como vía de comunicación, Perón se haría cada vez más conocido en la sociedad.

Su proyecto político preveía que el Estado se constituyera en árbitro de los conflictos entre clases, y procurara la conciliación. La situación política, sin embargo, hizo que paulatinamente se apoyara en los sindicatos y los trabajadores. De ese modo, el peronismo de 1945 fue el resultado de una combinación entre ese proyecto original y el nuevo peso que había cobrado el movimiento obrero, con una presencia mucho mayor de la que jamás se había imaginado.

Si bien durante 1944 cada vez más sindicatos y dirigentes llegaron a acuerdos con Perón, al mismo tiempo la mayoría mantenía una distancia política. En aquel momento tendían a verlo como un funcionario militar, personajes de los cuales desconfiaban, tanto por sus experiencias previas como por sus tradiciones políticas. Una gran parte de los dirigentes se había formado en el socialismo, eran miembros de sindicatos con historia anarquista o estaban ligados al Partido Comunista. Incluso los más pragmáticos que buscaban obtener beneficios para sus afiliados fueron renuentes durante un tiempo a manifestar su adhesión o "agradecimiento" a la gestión de la Secretaría de Trabajo y Previsión.

Por su parte, el antifascismo recibió al golpe de 1943 como un enemigo al que había que enfrentar. A pesar de cambios en los elencos de gobierno que desde la perspectiva de hoy resultan evidentes, sobre todo por la salida de los nacionalistas de derecha cuando Perón impuso su posición de declarar la guerra al Eje en marzo de 1945, la caracterización del gobierno como fascista o nazi no haría más que profundizarse. Si bien algunos políticos radicales dialogaban con Perón, también mantenían su distancia y comenzarían a considerarlo como un potencial competidor

electoral. Por último, pero no menos importante, en la medida en que se profundizara la política social, los sectores patronales se mostrarían cada vez más disconformes.

El 16 de junio de 1945 se publicó el "Manifiesto del Comercio y la Industria", también conocido como el "Manifiesto de las Fuerzas Vivas", una declaración de importantes entidades patronales contra la política social del gobierno. El documento expresaba la preocupación de las "fuerzas económicas" por el ambiente de agitación social que malograba "la disciplina y pujante eficiencia del esfuerzo productor". Denunciaba "el clima de recelos, provocación y rebeldía" que excitaba el espíritu de hostilidad y reivindicación de los trabajadores, y defendía los principios del liberalismo económico, así como cuestionaba el intervencionismo estatal. Este manifiesto contribuyó de modo decisivo a la toma de posición explícita por parte de los sindicatos. Comenzó una batalla de solicitadas a favor y en contra de las medidas sociales del gobierno. En uno de sus varios discursos Perón declaró: "Se dice que mi prédica va dirigida siempre hacia los salarios y las condiciones de trabajo, en vez de orientarse hacia los valores morales de la población"; y con una de sus características frases punzantes remató: "Me explico por qué esas fuerzas prefieren los valores morales: es que a los otros hay que pagarlos" (cit. en Altamirano, 2007: 12). A esa altura del conflicto, frases de aquel tipo generaban tanta repulsa en los empresarios como fascinación en los sectores populares.

Muchos sindicatos respondieron al discurso con diversas declaraciones y mediante un mitin callejero "en defensa de las mejoras obtenidas por los trabajadores por intermedio de la Secretaría de Trabajo y Previsión" que organizaron el 12 de julio. Ante una concurrencia de unas setenta mil personas, hablaron diferentes dirigentes sindicales. Allí surgió el cántico "ni nazis ni fascistas, peronistas", que es el

primer registro que existe del uso público de esa identificación. También en ese acto aparecieron algunos carteles que decían “Perón presidente”.[5]

Esto significa que el pasaje de la distancia a la cercanía política no se produjo debido a las medidas implementadas por Perón, sino por el rechazo que estas suscitaban en los sectores del poder económico. La definición de los socialistas acerca del proyecto del gobierno como fascista planteó una disyuntiva a muchos dirigentes sindicales y trabajadores.

A inicios de septiembre de 1945 terminó la Segunda Guerra Mundial y hubo celebraciones eufóricas en Buenos Aires durante varios días. Todos los partidos políticos convocaron el 19 de septiembre a una marcha de la Constitución y la Libertad, que congregó unas doscientas mil personas, desde el Congreso de la Nación hasta Plaza Francia, al norte de la ciudad.[6] Fue una celebración multitudinaria. De inmediato, se hizo presente la principal exigencia de la oposición: el traspaso del gobierno a la Corte Suprema de Justicia.

Esto expresaba una pretensión de “rendición incondicional” del gobierno, pero el Ejército no estaba dispuesto a ceder a ese requerimiento, que percibía como una derrota humillante para la institución. Sin embargo, se abrían grietas políticas y los sectores que disentían con Perón comenzaron a alzar la voz. Por su parte, los sindicatos rechazaban la idea del traspaso del gobierno a la Corte. Un experimentado dirigente del gremio telefónico, Luis Gay, que sería presidente del nuevo Partido Laborista y después víctima política de Perón, explicó mucho tiempo más tarde:

> Para la ciudadanía, y muy especialmente para las organizaciones sindicales, la Corte era sinónimo de reacción. [...] el proletariado, abandonando dudas y prevenciones explicables, no tardó en tomar partido: contra el capitalismo y la Corte (Gay, 1999: 23).

En este contexto, las presiones políticas iban en aumento. El 9 de octubre la oficialidad de Campo de Mayo exigió y obtuvo la renuncia de Perón a todos sus cargos: secretario de Trabajo y Previsión, ministro de Guerra y vicepresidente. Los dirigentes gremiales le solicitaron que realizara un discurso de despedida. Luis Gay comenta: "Nosotros creíamos que el hombre estaba liquidado, esa es la pura verdad". "No había en el pensamiento de nadie", agrega, "ni nuestro ni de él, la posibilidad de que el movimiento obrero se constituyera en una fuerza política suficientemente fuerte como para cambiar el curso de los acontecimientos" (Archivo de Historia Oral, Instituto Torcuato Di Tella, cit. en Del Campo, 1983: 214).

El gobierno no sólo autorizó el acto de despedida el 10 de octubre, sino también la transmisión por radio del discurso de Perón, en el cual el temor a la violencia desatada de las masas ocupó un lugar muy peculiar. Ante unos setenta mil trabajadores, reunidos en pocas horas, Perón repasó y revindicó la obra de la Secretaría de Trabajo y Previsión. Los concurrentes recibieron sus las palabras coreando consignas como "Perón presidente" y "Un millón de votos", expresiones que indicaban una posible salida política para los organizadores del acto y para el propio Perón. Todavía tendría que desarrollarse una de las semanas más vertiginosas de la historia argentina para que se concretara el llamado a elecciones.

Quizá Perón pensaba en ese momento en las futuras elecciones. Sin embargo, sería anacrónico creer que podía concebir un 17 de octubre por la sencilla razón de que lo que sucedió resultaba inimaginable sin una serie de acciones del gobierno, de la oposición política y de la patronal en los días sucesivos. Durante el feriado del 12 de octubre se generó una movilización espontánea contra el gobierno por parte de sectores conservadores y de la alta sociedad en la Plaza San

Martín y en los alrededores del Círculo Militar. Los manifestantes exigían el traspaso del gobierno a la Corte. Al día siguiente, Perón fue detenido y enviado a la Isla Martín García, lo cual provocó mucha incertidumbre y temor en los sectores obreros. En cambio, la oposición política celebraba y la patronal no demoró en mostrar cómo sería el país sin Perón. Pagó la primera quincena de octubre descontando el feriado del 12, deducción que no correspondía debido a una medida de Perón. Ante el reclamo obrero, en las empresas se respondía: "Se lo cobran a Perón". Algunas compañías reforzaron esa idea con carteles en los que se leía, por ejemplo, "El aumento de sueldos se lo cobran a Perón" (véase Acta CCC-CGT, 16/10/1945, cit. en Torre, 1988).

Son múltiples las fuentes que confirman la alegría y el resentimiento de la patronal. Nuestra tesis es que este ánimo de venganza fue un aporte invalorable a la construcción del peronismo. En aquellos días se revelaron las fuerzas sociales que derrotarían a Perón y las implicancias que esto tendría para los obreros. La percepción en términos de confrontación entre la patronal y los trabajadores se desprende de la visión de sus protagonistas. Luis Gay dice que la resistencia por parte

> de las llamadas fuerzas vivas –"demasiado vivas", como las calificara el léxico de la calle– *fue la que alineó, casi en un solo frente, declaradamente favorable a la política social de la Revolución, a los trabajadores de toda la República*, incluso aquellos que habían permanecido en una actitud de recelosa expectativa o de pasiva hostilidad (Gay, 1999: 19, y véase también 188; el destacado me pertenece).[7]

En otras palabras, la reacción antiperonista fue una condición para el surgimiento del peronismo. No puede comprenderse el origen del peronismo sin esta dimensión relacional. Y, del mismo modo, en las transformaciones

posteriores del peronismo ha sido constitutiva esa dimensión relacional con "lo otro", el antiperonismo.

Los invisibles en las calles

El diario antiperonista *Crítica* anunció la detención de Perón con el titular: "Ya no constituye un peligro para el país". Aquello que tanto alivio llevaba a los "democráticos" era interpretado de modo muy distinto por los trabajadores. Cipriano Reyes, dirigente del numeroso gremio de la carne, afirma que los líderes sindicales debieron contener a las bases para que no se lanzaran a la huelga general antes del fin de semana del 13 y 14 de octubre (Reyes, 1984: 214). Como se relató en el capítulo 1, el 15 comenzaron huelgas y movilizaciones en Tucumán, Rosario y Berisso.

Y llegó el 17, el día en que, como señala Sigal, "Buenos Aires cambió de dueño" (Sigal, 2006: 277). En el contexto de la improvisación de su discurso de aquella noche ante una Plaza de Mayo desbordada, Perón propuso una categorización de los participantes en la primera palabra de su discurso: "¡Trabajadores!". Si bien ese término puede parecer obvio, veremos que los peronistas apelarían a diferentes categorías, con distintos matices de significado, para denominar a sus seguidores. Sin embargo, para poder comprender esas connotaciones, antes debemos considerar las reacciones de la oposición.[8]

Los porteños –esa sociedad establecida y orgullosa de habitar una ciudad cosmopolita, blanca y europea– percibieron la presencia de esos grupos y columnas en las calles de la ciudad con la extrañeza de lo desconocido. Estupor, vergüenza, desprecio, indignación, compasión, desinterés, tristeza, temor son algunas de las emociones que manifestaron. Esa afluencia de personas significaba, por decir lo menos, una ruptura total de la cotidianidad. Se trataba de algo insólito. La multitud real chocó con la imaginación instituida.

Con esa "invasión" se abrió un problema que, con distintas intensidades, se prolongaría por años: estalló el régimen de clasificaciones sociales y las viejas categorías debieron reemplazarse por otras. Una dimensión de la nueva disputa política sería una lucha por los modos de nominación de los protagonistas.

Los habitantes de Buenos Aires observaban a los manifestantes "con la misma aprensión con que verían a los *marcianos*" (Luna, 1971: 271; el destacado me pertenece). Martínez Estrada escribió en 1956 que

> el 17 de octubre Perón volcó a las calles céntricas de Buenos Aires un sedimento social que nadie habría reconocido. Parecía *una invasión de gentes de otro país*, hablando otro idioma, vistiendo trajes exóticos y, sin embargo, era parte del pueblo argentino. [...] Sentimos escalofríos viéndolos desfilar en una verdadera horda silenciosa con carteles que amenazaban con tomarse una revancha terrible (Martínez Estrada, 2005: 55-56; el destacado me pertenece).

¿Cómo clasificar a los marcianos o a los extranjeros? Desde el día anterior, el diario *Crítica* utilizó denominaciones políticas en oposición a categorías sociales: "Trataron de desfilar los elementos 'peronistas'", "Todos ellos 'hombres guapos'", "En franco tren de provocar incidencias y dirimirlas a balazos" (*Crítica*, 16/10/1945), "Peronistas armados impidieron la entrada al trabajo, esta mañana, a los obreros de la carne. Tratarán de ganar el centro de la ciudad" (*Crítica*, 16/10/1945). También el propio 17, el diario *El Mundo* difundía: "Elementos adictos al exvicepresidente de la República intentaron poner en práctica un plan de perturbación del orden [...] la anunciada huelga ha hallado escaso eco entre los trabajadores" (*El*

Mundo, 17/10/1945). En la tarde de ese día *Crítica* afirmaba que

> el anunciado movimiento popular de los peronistas ha fracasado estrepitosamente, en un ridículo de extraordinarias proporciones. Las multitudinarias e imponentes columnas [...] se han trocado en grupos dispersos que recorren las calles con paso cansino.

Son "grupos aislados que no representan al auténtico proletariado argentino" (*Crítica*, 17/10/1945). Así, el término "peronista" en esos artículos periodísticos se opone a "trabajadores", a "obreros de la carne" y a "población".

Alteridad e inestabilidad categorial

Ante un fenómeno inédito, se abrió un período de inestabilidad categorial, en el cual distintos oradores y articulistas buscaron palabras para describir los hechos. Dada la explosión del régimen de categorías de identificación, buena parte de lo que describiremos inicialmente tenía una pretensión "restauradora" del régimen anterior.

En diarios, periódicos y discursos abundan términos como "hordas", "turbas", "masas", "*lumpenproletariat*", "malevaje", "malón", "chusma", "obreros", "descamisados", "negros", "alpargatas" o "tribu". Muchas de estas expresiones tenían una larga tradición, pero otras fueron inventadas ante el proceso de confrontación que se agudizó en 1945. Las categorías utilizadas por los antiperonistas intentaron con distintos énfasis mostrar que eso era lo contrario del pueblo, de los "auténticos obreros". Son denominaciones despreciativas, que combinan las denuncias de los "adictos" y otras referencias explícitamente políticas con nociones clasistas y racistas. La palabra "cabecita negra" nunca se escribe como forma denigratoria: tiene toda su potencia en la oralidad.

El tradicional diario *La Nación* fue modificando los modos de nominación. Así, el 18 de octubre (en el artículo de tapa) afirma que "grupos de obreros" se manifestaron en apoyo al coronel Perón y queriendo hacer "oír sus gritos" afectaron la "vida de la urbe". Pero por más disruptivo que pueda haber sido su comportamiento se trató de "la concentración y el paso de obreros que se dirigían al centro y la Plaza de Mayo". "La concentración obrera", insisten, ha cambiado el panorama político. Una "multitud" afluyó a Plaza de Mayo. La espera "no desalentó a la gente reunida". El diario critica las acciones: "comisiones de obreros" exigieron el cierre de los comercios, lanzaron pedradas contra el diario *El Día* (de La Plata), hicieron piquetes que impidieron el acceso de los "timoratos". En Berisso "desde hace dos días se estuvo preparando el ambiente popular, en su mayoría obreros", "personas vinculadas de una u otra manera al trabajo de los frigoríficos". Es decir, estos artículos refieren a los manifestantes como trabajadores, algunos o muchos de los cuales se comportaron de modo inapropiado.

En cambio, pocos días después, el editorial de *La Nación* alude al "insólito y vergonzoso espectáculo de los grupos que se adueñaron durante un día de la Plaza de Mayo, el asalto a diarios en varias partes del país, el ataque a residencias particulares y el saqueo de varios comercios". Ahora, esos grupos han dejado de ser obreros. En este editorial, no son nada. Los "obreros" están mencionados en el texto como parte de los grupos ciudadanos que se manifestaron a favor de la democracia, en alusión a los muy pocos sindicatos dirigidos por socialistas y comunistas que se habían opuesto a la movilización y las huelgas del 17 y 18 de octubre. El artículo insiste en que Perón quebró la tradicional política de conciliación de clases, al intentar inculcar la idea a los trabajadores de que las "fuerzas vivas"

los explotaban, para lanzar su candidatura presidencial (*La Nación*, 21/10/1945).

Es decir, en la crónica de *La Nación* del 18 de octubre predominaba la sorpresa o estupefacción, pero no había calificaciones sobre los manifestantes, aunque sí sobre el comportamiento de algunos involucrados: la pasividad de la policía, las acciones que obligaron a cerrar talleres o comercios, los cánticos agresivos, el acampe de gente en Plaza de Mayo a la espera de que terminara la huelga general, el ataque a autoridades universitarias, la presencia de jóvenes, niños y niñas. En cambio, su editorial posterior enmarca estos acontecimientos en una historia argentina de lucha contra "la barbarie" apelando a la matriz de interpretación elaborada por Sarmiento a mediados del siglo XIX.

Hacia fin de mes, *La Nación* publicó una larga lista de declaraciones, desde universitarias y sindicales hasta profesionales y políticas, en las cuales se insistía con que quienes se manifestaron en esos días no eran "auténticos obreros", "auténticos patriotas", "auténticos trabajadores". Quedaba claro lo que no eran, pero no cómo iban a designar ahora a aquellos que antes habían sido denominados "obreros".

Con el correr de los días, estas declaraciones de grupos vinculados a la Unión Democrática ofrecieron interpretaciones que ni siquiera registran a los manifestantes dentro de categorización alguna; para ellos no son nada. Se trata de una rotunda denegación de reconocimiento. En todo caso serían empleados a sueldo, pequeños grupos de clientelismo o incluso policías. Todo lo cual se resumiría de allí en más con una palabra para leer en clave: eran peronistas. Ese término, lejos de describir a los adherentes a Perón, tendrá siempre, en cada contexto, una recarga, un espesor semiótico.

El diario *La Capital* de Rosario describió de esta manera a los participantes de las movilizaciones: “La mayoría del público que desfiló en las más diversas columnas por las calles lo hacía en mangas de camisa” (*La Capital,* 19/10/1945). ¿Cómo nominar a esa gente? ¿“Público”? El aspecto a destacar era que no llevaban saco, “sólo” llevaban camisa. Y seguía:

> Vióse a hombres vestidos de gauchos y a mujeres de paisanas [...] muchachos que transformaron las avenidas y plazas en pistas de patinaje, y hombres y mujeres vestidos estrafalariamente, portando retratos de Perón, con flores y escarapelas prendidas en su ropas, y afiches y carteles.

La alteridad, escurridiza, es señalada sobre la base de rasgos de la vestimenta: estaban en mangas de camisa, “vestidos estrafalariamente”. El autor de este artículo, el día anterior, había hecho una referencia similar al mencionar a “los numerosos hombres, mujeres y niños exóticamente vestidos que bailaban por las calles” (*La Capital*, 18/10/1945). El clima festivo es contundente e incluso revela cierta preparación: carteles, retratos, flores, escarapelas.

En contraste, la escritora Delfina Bunge de Gálvez publica un artículo en *El Pueblo* el 25 de octubre en el que utiliza el término “desharrapado”. Intentando conmover a los cristianos con ese “pueblo pacífico” que salió a las calles, dice:

> Jesús debió efectuar su milagro a favor de turbas semejantes a estas, de “desharrapados”... (Y de paso: es incomprensible este *reproche* que se les aplica: si son “desharrapados”, culpa será de los exiguos sueldos que no les dan para más).[9]

Así, en esta visión católica pietista, la distancia no es adjudicada a una naturaleza de los pobres, sino a una responsabilidad de los más acomodados.

Los titulares del periódico socialista *La Vanguardia* del 23 de octubre son elocuentes: “Candombe blanco” y “El saldo del Malón”. Además, esas alusiones aparecen contrapuestas a la actitud de los socialistas, los “auténticos trabajadores”, el “coraje civil” o “los verdaderos hombres de trabajo”.[10] La matriz interpretativa en estos casos es claramente sarmientina. El dirigente socialista que la enuncia y que seguirá a la cabeza de su partido por años es Américo Ghioldi. Durante mucho tiempo, dice, creyeron que en la cruenta lucha entre civilización y barbarie la Argentina ya no estaba entre las “republiquetas south americanas”, modo en que los “pueblos cultos de la tierra” califican a las turbulentas sociedades latinoamericanas. “Ahora”, continúa, “avergonzados, disminuidos y entristecidos hemos descubierto que había un fondo de primitividad y miseria listo para ser utilizado por caudillos militares”. Ghioldi pone énfasis en el lugar desde el cual interpreta los acontecimientos: desde la civilización y los pueblos cultos del planeta. Además, pone en evidencia algo que muchos han pasado por alto: el componente de emocionalidad constitutivo de este punto de vista. Ghioldi se siente avergonzado y triste. Borges diría después que ante esos sucesos se sintió “avergonzado e indignado” (declaraciones a la revista *Che*, 18/10/1960).

Bajo el título “Candombe blanco”, otro artículo compara al dictador Rosas con Perón y a las masas de 1845 con las de 1945. Se describen “las desoladoras jornadas” como “saturnales a la criolla” y “festividades de tipo rosista”. Porque Rosas había movilizado a la “masa doliente que negreaba sus coros en candombes” y protegía a “unos pocos negros”, de “barrios orilleros”, que un día “se pasearon por las calles de Buenos Aires, ebrios de entusiasmo, precedidos de sus candombes y marimbas”. El 17 y 18 de octubre “hemos tenido en Buenos Aires visiones de candombes. Sólo

el color estaba ausente". Y el artículo remataba agudamente: "Ese candombe blanco tenía de clase obrera argentina en 1945, lo que en 1845 tenía de pueblo porteño el candombe negro. Es decir, nada".

La figura de "candombe blanco" afirma el carácter blanco de una movilización de alma negra. La idea de que había algo "blanco" allí mostraría ser altamente perecedera. Mientras tanto, "criollo", "negro" o "candombe" ya portaban significados sedimentados, sólo que ahora se dirigirían contra el peronismo. En las semanas siguientes este lenguaje iría ampliándose y propagándose. Por ejemplo, en un artículo titulado "Ha llegado la hora de combatir", *La Vanguardia* sostiene que Perón

> creó la conciencia de lucha en un *conglomerado amorfo* que hoy, como en la época de Rosas, aspira a ocupar posiciones que nosotros debemos defender, no para nosotros, pero sí para aquellos a quienes el pueblo mande a ocuparlas. Cuando la *muchedumbre amorfa y descamisada* gritaba en las calles "Alpargatas sí, libro no", comprendimos que su triunfo, si llegase, habría de terminar con la civilización para restaurar la barbarie (*La Vanguardia*, 30/10/1945).

Por su parte, *Orientación* –publicado por el Partido Comunista–, en la misma línea, refería a comparaciones con Rosas así como expresaba frustración y desencanto por una sociedad que no era tan civilizada como se creía. *Orientación* refiere a "pequeños sectores" engañados, "en especial a jóvenes y mujeres recientemente incorporados a la producción y del interior", "sin conciencia de clase", "los insignificantes, los desclasados, los traidores de siempre". También los califica como "hordas de desclasados" y "pequeños clanes con aspecto de murga". Un manifiesto del PC del 21 de octubre ya había anticipado esta visión

estigmatizante: sostenía que el “nazifascismo” se apoyaba sobre un “malón”, que representaba un “peronismo bárbaro”. Desde su perspectiva, el “malevaje peronista” se arrojó “contra la población indefensa”. Así, a través de los campos semánticos sarmientinos nomina quiénes eran estos protagonistas, incluidas las referencias a la época de Rosas (véase Correa, 2013).

La idea de que se trataba de “sectores engañados”, de que Perón habría sembrado “confusionismo obrero”, presente en panfletos y declaraciones, implica un mínimo reconocimiento de que sí había trabajadores. Ambos semanarios citan palabras de dirigentes sindicales para ilustrar uno de los problemas centrales:

> la torpe oposición de algunos industriales o terratenientes a conceder favorablemente pedidos formulados por las organizaciones obreras [es] caldo de cultivo para la agitación frenéticamente demagógica del peronismo (*La Vanguardia*, 23/10/1945).

“Si Perón contó con algún aporte obrero en sus actos últimos se debió a la actitud cerril de esos patrones a pagar los jornales del 12 de octubre. La demagogia peroniana se veía así facilitada” (*Orientación*, 24/10/1945). Es decir, en contraste con otros artículos, estos admiten que quizás haya habido algunos obreros. Sin embargo, ese tímido reconocimiento no mitiga la “denuncia” denigratoria sobre los manifestantes. Este inestable diagnóstico se decidirá pronto a favor de quienes creían en la total ausencia obrera.

La cuestión racial del malón y la barbarie también estaba presente en la postura de Ghioldi y del Partido Socialista: “En los bajos y entresijos de la sociedad hay acumulada miseria, dolor, ignorancia, *indigencia más mental que física*” (*La Vanguardia*, 23/10/1.945; el destacado me pertenece). Eso caracterizaba al lumpenproletariado que según su

interpretación había protagonizado la jornada. De este modo, la inestabilidad categorial se va resolviendo a partir de nociones que intersectan clase, etnicidad y racialidad. En algunos casos también la dimensión del género entraba en juego, ya que la presencia contundente de mujeres era otro motivo de escándalo.

La importancia de las interpretaciones del socialismo y el comunismo trascendían a sus propios lectores. En distintos diarios puede encontrarse un impacto explícito de este relato en la búsqueda de dar sentido a los inéditos acontecimientos.

Tres perspectivas para un modo de mirar

La habitual frase acerca de lo difícil que es comprender el peronismo debe extenderse al antiperonismo: la unión de la derecha y los poderes económicos con la izquierda reformista y prosoviética. En el esfuerzo por entender la génesis del antiperonismo podremos constatar una de las tesis de este libro: el peronismo nació y se configuró como un espejo invertido del antiperonismo. Este último cumplió un papel decisivo en los orígenes de esa identificación política: sin el antiperonismo realmente existente, no habría sido posible el peronismo tal como lo hemos conocido.

La postura antiperonista surge en 1945 a partir de la combinación de tres perspectivas: la tradición antifascista, el enfoque patronal, y la concepción sarmientina de civilización y barbarie con sus implicancias racializantes.

El antifascismo en la Argentina se origina a mediados de los años veinte y deviene en "un conjunto de afectividades ideológicas convergentes" (Pasolini, 2006: 47). Toda limitación de la libertad era considerada una actitud fascista o protofascista. El ascenso del peronismo, contemporáneo de las postrimerías de la guerra, apareció como la concreción más evidente de las alarmas que hacía años se habían encendido. Varios aspectos biográficos y políticos de Perón coadyuvaban a esa visión, como el hecho de que había

estado en Italia en 1939-1940, su carrera militar, la presencia de los nacionalistas en el gobierno de 1943 o su anticomunismo.

No se trataba de una alucinación. El antisemitismo y los proyectos fascistas no eran fenómenos sólo europeos y cuando asumió el gobierno militar en junio de 1943 clausuró la publicación *Argentina Libre*, así como la institución cultural dirigida por comunistas argentinos, y fueron encarcelados intelectuales y políticos. Varios pensadores de la derecha nacionalista, como Martínez Zuviría, se incorporaron a reparticiones gubernamentales, al tiempo que se impulsaba una severa censura en todo el país. Cuando intelectuales y políticos publicaron un manifiesto para exigir "democracia efectiva", el gobierno los destituyó de sus puestos; entre ellos estaban Bernardo Houssay, Américo Ghioldi y Julio Payró. Las universidades públicas fueron objeto de despidos masivos con interventores nacionalistas. A fines de 1943, se abolieron los partidos políticos y se decretó la enseñanza católica obligatoria en las escuelas.

Sumados a la neutralidad argentina en la guerra, estos hechos constituyeron "el lente a través del cual los grupos autoproclamados liberales y democráticos interpretaron el surgimiento de Perón y su movimiento" (Nállim, 2006: 94). Esa lectura

> ciertamente simplificaba las tensiones y disputas internas en el gobierno militar, los cambios que sufrió a lo largo de su existencia entre 1943 y 1946, y los motivos profundos del fenómeno peronista (2006: 94).

La publicación *...Antinazi* identificó la democracia política con la libertad económica. Por eso, condenaba al gobierno por sus políticas sociales, a las que veía como una dañina intervención del Estado en la economía vinculada a una

actitud demagógica de corte fascista (Nállim, 2006). Ante la adhesión sindical debatían si se trataba de demagogia o cooptación. En concordancia con estas posturas, en julio apoyaron el manifiesto de las "fuerzas vivas" contra la política social del gobierno. Además, aludían al "principio nazi del capitalismo dirigido" a través del cual se engaña al pueblo y se "somete a obediencia [...] al capitalista, al miembro del consorcio, al gran propietario, al gran industrial, al dueño de la empresa creadora de riqueza" (cit. en Nállim, 2006: 97). Para *...Antinazi*, la disyuntiva electoral era "ciudadanía o candombe", dilema con resonancia de escisión étnico-racial (*...Antinazi*, nº 35, 25/10/1945; nº 52, 21/02/1946; véase Adamovsky, 2010). Fueron ese liberalismo económico y ese eurocentrismo las dimensiones que permitieron encontrar una congruencia con la perspectiva patronal.

Sobre esta última, la mejor descripción que puede hacerse es que los integrantes de este grupo estaban "más ávidos de preservar sus privilegios que de avanzar sus intereses económicos. Así vemos que los empresarios se resisten a la legislación social y a la negociación salarial" (Torre, 2012: 170). La frase de Torre es sumamente interesante, porque contrapone los privilegios a los intereses económicos. Llevada a sus últimas consecuencias, esta afirmación abre la posibilidad a lo impensable: la irracionalidad, lejos de corresponder axiomáticamente a los sectores populares, podría haber estado presente en los sectores dominantes. Su resentimiento ante el desafío a sus privilegios jerárquicos les impidió defender racionalmente sus intereses. Ya hemos señalado el papel protagónico de los sentimientos en esa configuración. Así, la sociedad establecida, al advertir que su propio Estado ya no la protegía como antaño, al percibir un proceso de autonomización, devino un sector (o una masa) "en disponibilidad". Para este sector, la acusación al

gobierno de nazi fascista es el modo histórico peculiar que toda aquella indignación adquiere en el contexto del final de la guerra (véase Campione, 2003). En otras palabras, cuestiones como la “irracionalidad” o la emocionalidad en general mencionadas en relación con el surgimiento del peronismo tienen un papel crucial en los orígenes del antiperonismo.

La tercera perspectiva que se va a combinar con el antifascismo y la posición patronal es la matriz sarmientina de civilización y barbarie (Svampa, 2006: 315-317). Se trata de una visión jerárquica, clasista y racista. El imaginario europeísta y blanco que dominaba Buenos Aires en 1945 desconocía la existencia de esa la población que habitaba en la periferia urbana y más allá. O, si se topaba con ella en situaciones laborales o de empleo doméstico, el sentido común jerárquico, clasista y racista tornaba inviable cualquier problematización de la igualdad. Es sabido que la “igualdad” bien puede ser un valor deseado y promovido “entre iguales” (entre quienes se consideran iguales a uno), y excluir a sectores completos de la población, incluso a grandes mayorías.

Todavía no ha sido suficientemente expuesto y aceptado el papel constitutivo del racismo en la política argentina. Las calificaciones de los socialistas a los trabajadores que adhirieron al peronismo no sólo obedecieron a una reacción visceral. El mítico fundador del partido, Juan B. Justo, había afirmado:

> Y así como en la época de las continuas convulsiones internas, el trabajo manual del inmigrado era el más regular y seguro, pues no se requerían sus brazos para la guerra, en la época más tranquila que le sucedía, la cabeza del obrero extranjero era la más despejada y activa en la elaboración popular de ideas políticas, libre como

> estaba de los abyectos atractivos y torpes sugestiones de la política criolla ("Socialismo", *La Vanguardia*, 1920, p. 102).

Un cuarto de siglo más tarde, Américo Ghioldi cita esta frase y explica en un curso publicado las transformaciones que ha implicado la inmigración después de la batalla de Caseros en 1852:

> La composición étnica ha variado fundamentalmente con relación a la época colonial, en la cual predominaban los indios, negros, mulatos y mestizos sobre los blancos europeos. Las razas mestizas dominaron por su gran número durante gran trecho de la historia argentina y por fin, gracias a la inmigración europea de la última mitad del siglo pasado, la raza blanca triunfa sobre los indios, negros, mestizos y mulatos. Las consecuencias múltiples que derivan de estas constancias son inmensas en todos los órdenes del progreso, de las costumbres, de la cultura y de la civilización (Ghioldi, 1946: 20).

Ghioldi reivindica el "gobernar es poblar" de Alberdi, y aclara que para el padre fundador se trataba de "poblar con europeos" (1946: 21). A continuación lamenta que, a diferencia de los Estados Unidos, la Argentina no haya sido selectiva con la inmigración europea.

Como publicación especial del partido en 1946, este no es un mero momento de enojo o un desliz. Estamos ante un curso y una "teoría". Esa teoría muestra que el problema mayor del Partido Socialista no eran Perón y sus características, sino el que se explica por la teoría racial que sustentaba su acción política civilizatoria: un desprecio profundo por las "razas inferiores", una celebración de la raza blanca como símbolo del progreso. Ningún matiz, ninguna pregunta, ninguna invitación a la interacción. Es

una concepción absolutamente dicotómica: blanco es civilización y progreso, no blanco (indio, negro, mestizo, mulato) es el pasado y el atraso.

La clase obrera, dice Ghioldi, máximo dirigente socialista, "realiza en el país una actividad propia y autónoma que difiere fundamentalmente de la actitud asumida por los gauchos en su posición instintiva y regresiva"; la clase obrera "no se pone al servicio de ambiciones caudillistas" (1946: 82). Los sucesos políticos de 1945 devienen impensables desde esta matriz y, de hecho, el Partido Socialista ya no volvería a tener peso significativo en el siglo XX.

En 1945, con el nazismo derrotado, las ideas racistas estaban en las antípodas de las ideas democráticas. Entre las paradojas argentinas se encuentra el hecho de que los actores políticos que se organizaban desde hacía años para luchar contra el nazismo eran los que cargaban en sus filas con un racismo que nadie consideraba ni juzgaba como tal. Era una sociedad que no reconocía esa dimensión constitutiva.

Seguida de la irrupción de un fenómeno novedoso que provoca inestabilidad categorial, se revela una tendencia a encontrar nuevos o antiguos términos en función de las perspectivas clasificatorias previas. El antifascismo argentino llegó a su punto máximo cuando la furia los invadió después del 17 de octubre (*...Antinazi*, 25/10/1945; véase Nállim, 2006). La violencia de sus palabras, así como su liberalismo económico, habían convertido el gigantesco movimiento antifascista en una versión muy peculiar: en la Argentina se produjo una "convergencia perversa" (Dagnino, 2004) entre el antifascismo, la perspectiva patronal y la civilizatoria.[11]

Las tres perspectivas se conjugaron en una coyuntura política singular. Luego de abandonar su neutralidad con

Pearl Harbor, los Estados Unidos reclamaron que todos los gobiernos latinoamericanos hicieran lo mismo. Contra esa posición no sólo se erigían los germanófilos, sino también sectores pro Aliados y los intereses británicos en la Argentina. Después de ser invadida, la Unión Soviética también había abandonado la neutralidad y reclamaba la declaración de la guerra. Por otra parte, en el terreno de la política argentina, Perón iría a competir en la arena electoral con todos los partidos tradicionales que encontraron en la forma de la lucha contra los vencidos en Europa el mejor modo de presentarse a sí mismos.

Una década más tarde, Gino Germani sostuvo que en el surgimiento de los totalitarismos europeos estuvieron presentes en las clases medias dimensiones psicosociales, como la amenaza ante "el sentimiento de prestigio social y jerárquico, y de superioridad nacional y racial" (Germani, 1962: 242). Nuestro argumento es que esto también ocurrió en las clases medias argentinas de 1945 y fue determinante en la constitución del antiperonismo. Es lo que Adamovsky llamó una "reacción jerarquizadora" (Adamovsky, 2010: 276).

Heterogeneidad de los trabajadores

Un mito histórico domina hasta hoy las explicaciones más habituales sobre el origen del peronismo: la idea de que la industrialización había desatado una gigantesca migración interna, y que esos migrantes constituyeron una nueva clase obrera que fue la base social del peronismo. El autor de este relato fue Gino Germani, que veía en esos nuevos obreros una masa sin tradición política, a diferencia de una vieja clase obrera, europea o descendiente de europeos que sí la tenía.

Antes de mostrar el error de este mito, hay que comprender que en su perdurabilidad contribuyeron también autores peronistas, para quienes esos migrantes, venidos desde el interior y con rasgos indígenas, serían la

verdadera Argentina. Así, el diagnóstico de diversos autores acabó siendo compartido (y equivocado), mientras que las valoraciones, por su parte, eran inversas. Vale destacar que uno de los grandes aciertos de Germani, la temprana distinción entre el peronismo y el fascismo, nunca tuvo la pregnancia en el imaginario social que logró tener esta otra afirmación.

A esta supuesta división étnica y política, numerosos autores contrapusieron una idea de homogeneidad obrera: como clase explotada cuando "culmina un largo ciclo de acumulación sin distribución" (Murmis y Portantiero, 2004: 178), por el papel protagónico de la "vieja guardia sindical" (Torre, 2011, 2012; de otro modo, Del Campo, 1983), por "homogeneización en torno a la condición obrera moderna" (Torre, 2012: 181), por "la relativa homogeneidad racial y étnica de la clase trabajadora argentina" (James, 2010: 25).

Existe un supuesto que sostiene que la unidad o división a nivel político de la clase obrera expresa un fenómeno estructural. Es decir, que una clase estructuralmente más homogénea, sea por condiciones de trabajo, de explotación, de producción o de características étnicas, tenderá a una mayor homogeneidad política. O, según el mismo supuesto, pero a la inversa, que una clase cada vez más heterogénea, por ejemplo por motivos migratorios, tenderá a una mayor heterogeneidad política. Sin embargo, mostraremos que la unificación política de la clase obrera en 1945 se produjo en un contexto de alta heterogeneidad. El temor ante la ofensiva de los sectores patronales parece haber cumplido un papel clave en los acontecimientos que produjeron la unidad identitaria de la clase obrera.

La heterogeneidad obrera en 1945 se percibía en la desigualdad de ingresos –muchas veces ligada a niveles muy diferenciados de calificación, pero también a la diversidad territorial (muy relevante en el país)–, en las diferencias

étnicas, los rasgos fenotípicos y los distintos modos de significarlos, en la desigualdad de género, así como en las diferencias de edad o los niveles de sindicalización y de tradición sindical.

En primer lugar, la desigualdad clásica entre trabajadores calificados y no calificados iba en aumento hacia 1945, por la propia heterogeneidad de la industria, de los trabajadores de los servicios más complejos y de otros que vivían en la miseria. Resulta sencillo percibir la distancia entre las condiciones de trabajo de los servicios telefónicos o ferroviarios (con sindicatos antiguos y poderosos) y las de los grandes frigoríficos, por no mencionar la situación de la industria de la caña de azúcar en la provincia de Tucumán. La alusión a los ferroviarios, los obreros de la carne o los trabajadores del azúcar no es caprichosa: se trata de tres sectores que, de distinta manera, tuvieron un papel clave en el surgimiento del peronismo.

En segundo lugar, otra dimensión distintiva de la heterogeneidad presente en la clase obrera era la territorial. En un país de las dimensiones de la Argentina, las variaciones geográficas producen también diversidad laboral. Había grandes distancias entre los trabajadores de la ciudad de Buenos Aires, los quebrachales, el azúcar o la vid. Por ejemplo, en el Chaco convivían extranjeros e indígenas. En las empresas extranjeras coexistía una minoría de trabajadores estables con una mayoría empleada en condiciones de superexplotación. También el guaraní y otras lenguas indígenas eran idioma corriente entre varios grupos de trabajadores (Di Tella, 2003: 115 y ss., 137).

Detengámonos ahora en el punto focal del mito sobre los orígenes del peronismo: el papel de las migraciones. Germani sostenía que el peronismo “fue un movimiento que expresó, sobre todo, a la gran inmigración interna, originaria de áreas todavía tradicionales y compuesta de personas que

por primera vez se hallaban en contacto real con la sociedad nacional" (Germani, 1963: 362). Pero hay un detalle que él no explica y es que en 1947 los migrantes internos eran el 17% de la población en el Área Metropolitana de Buenos Aires (1963: 330). Más de la mitad de esos migrantes provenían de "provincias pampeanas" (Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos, La Pampa) y menos de la mitad del noroeste. Ya en su momento Halperin Donghi (1975) llamó la atención sobre la exageración de Germani. Además, rechazó la sobrevaloración de la migración europea como factor de modernización, y señaló su analfabetismo, su fuerte catolicismo y su tradicionalismo. Investigaciones sucesivas mostraron que no existió una corriente migratoria desde zonas tradicionales aisladas, como la que imaginaba Germani, con capacidad de dar base por sí sola al surgimiento del peronismo. Los datos arrojados por esos estudios indican una diferencia relevante entre los movimientos demográficos y su percepción social y sociológica.[12]

Otras investigaciones históricas afirman la idea de la heterogeneidad constitutiva de la clase obrera que sostenemos aquí. En el Gran Buenos Aires, "los establecimientos fabriles eran como un mosaico de las diversas culturales provinciales, en especial del centro y norte del país" (Lobato, 2004: 233). "El trabajo de miles de personas se desempeñaba en los espacios del Gran Buenos Aires, cuyo rasgo distintivo era la heterogeneidad" (2004: 234).

Por otra parte, existía una heterogeneidad ideológica y política vinculada a la cultura de la izquierda europea que

> se había desarrollado combinando la reflexión política con las prácticas y costumbres de los obreros del viejo continente. Muchos de los valores, el vocabulario, los códigos de conducta y hasta la

estética que definía el izquierdismo se habían forjado muy lejos de Argentina (Adamovsky, 2012a: 94).

En el fragmentado universo plebeyo muchos no conocían o se sentían cómodos con esas pautas venidas de lejos, que a veces se contraponían a hábitos locales muy arraigados. Hubo cierto desfase entre el bajo pueblo real y el ideal del “buen obrero” que algunos tenían en mente (2012a: 94-95).

También podemos preguntarnos hasta qué punto la heterogeneidad política puede organizarse en dos tradiciones, la criolla y la europea, o si es factible no sólo pensar en diferentes tradiciones criollas, sino también en distintas tradiciones europeas, así como en diversas relaciones entre ambas.

La confirmación de la hipótesis de Halperin Donghi respecto del apoyo al peronismo por parte de los migrantes internacionales o de sus hijos ha deconstruido de modo definitivo la dicotomía entre viejos y nuevos trabajadores. En un análisis basado en la reconstrucción de los padrones electorales del Área Metropolitana en 1946, Cantón y Acosta (2013: 43) realizan un aporte decisivo al establecer tendencias en el voto peronista según dimensiones de estratificación social y el carácter migratorio o no de la población. En primer lugar, los autores indican que, sobre el total de trabajadores manuales (es decir, clase trabajadora), menos del 20% eran migrantes (cuando Germani suponía que se acercaba a 73%).[13] En segundo lugar, los migrantes “autóctonos”, nacidos en las zonas supuestamente más “atrasadas”, eran sólo el 15,3% del total de los migrantes internos en Capital Federal y el 9,9% en el Conurbano (Cantón y Acosta, 2013: 47). ¿Qué sucedió con el voto en 1946? En Capital Federal, el voto peronista estuvo ligado a los trabajadores manuales, fueran migrantes o no. En el Conurbano, la única variable significativa era la presencia de

trabajadores manuales no migrantes.[14] Así, el voto peronista en el Conurbano se compondría de un 8% de migrantes y un 92% de no migrantes y naturalizados.

Entonces, como hemos señalado, la clase trabajadora de 1945 era heterogénea en calificación, derechos, realidad territorial, tradiciones culturales, sentido común, idioma, organizaciones gremiales y perspectivas ideológicas. Ahora bien, ¿hay elementos suficientes para constatar la heterogeneidad de los participantes del 17 de octubre? En las fotografías disponibles (véase Amaral y Botalla, 2010) de aquel día se aprecia una clara multiplicidad de características entre los manifestantes. No aparece ninguna homogeneidad de vestimenta ni fenotípica. Si comparamos esas fotos con las descripciones que se han hecho luego y a lo largo de los años, parece que la participación de un grupo más empobrecido o bien se magnificó o bien no fue fotografiado. Pero en cualquier caso, fue un componente relevante de una multitud en la que también había sectores medios con sacos, corbatas y sombreros.

Tampoco se puede afirmar que existiera homogeneidad fenotípica, ni de zonas de nacimiento, ni de tradiciones sindicales entre los dirigentes sociales de aquel momento. Luis Gay (telefónicos) había nacido en Buenos Aires, al igual que Ángel Perelman (metalúrgicos) y Ángel Borlenghi (comercio). Cipriano Reyes (carne) era oriundo de Lincoln, Juan Bramuglia (abogado de la Unión Ferroviaria) había nacido en Chascomús y María Roldán (carne) en San Martín, provincia de Buenos Aires. Así podríamos seguir con importantes dirigentes de Buenos Aires, Rosario, Tucumán, San Juan y de otras regiones.

Los trabajadores que participaron de la movilización del 17 de octubre pertenecían a diferentes ramas de actividad, que abarcaban desde obreros de la carne y metalúrgicos hasta empleados del Estado. Entre los manifestantes

identificables a través de testimonios hay migrantes del interior, habitantes del Conurbano y porteños.

La mayoría de las descripciones de aquellos meses hicieron hincapié en lo que resultó más disruptivo y sorprendente: la pobreza, las ropas, los rostros morenos. Los relatos se concentraron en la condena moral de la incultura y el interior, pero poco y nada se dijo sobre los sacos y los sombreros, ni sobre los trabajadores sin ascendencias indígenas.

En la foto más famosa del 17 de octubre se ven manifestantes con sus pies dentro de una de las fuentes de la Plaza de Mayo. Esa acción, que sería denostada como violación de las normas de comportamiento ("Metieron las patas en la fuente"), quedó en la historia como un ícono de rebeldía. Quizá por eso fue poco analizada como muestra de heterogeneidad. Pues en esa misma imagen se ven, además de hombres, mujeres y niños, dos muchachos con traje: se trata de Juan Molina y su hermano, ambos nacidos en la periferia de Buenos Aires, en Caseros, por entonces trabajadores de una fábrica de gaseosas. No eran migrantes, ni internacionales, ni internos. En 1952 Molina fundaría el Sindicato de la Sanidad en Hurlingham, también en el Gran Buenos Aires. En la foto, los hermanos están elegantemente engominados. Un sombrero está apoyado detrás de uno de ellos. A su izquierda, se observa un hombre en camisa y a la derecha a otro en camiseta. Más atrás, otro muchacho con la camisa arremangada y un pañuelo al cuello. Es Amando Ponce, santiagueño, es decir, migrante del noroeste argentino. Trabajaba como cadete en una sastrería militar, a una cuadra de la Plaza. Ese día ambos tenían 17 años, la juventud de la mayoría de los participantes. Quien está sentado con saco más claro, de perfil, es Celso Pivida. Había ido hasta su casa a ponerse el traje para ir al centro. Trabajaba en una empresa lanera, en Avellaneda, y era

delegado. Más atrás se ven mujeres y otros hombres, con diversas vestimentas, pero ninguno "desharrapado". Una sola bandera: la argentina. La heterogeneidad estuvo siempre a la vista de todos, pero a plena luz del día fue arrasada.

La diferencia se fabricó como diferencia de clase, de educación, de estilo y se racializó. Pero quienes pretendían tener algún recato respecto de las ideas raciales (que claramente no eran la mayoría) nada hicieron para enfrentar esa racialización. Apenas se animaron a resignificarla trastocando la diferencia "negra" en "rural", "étnica", o "de culturas políticas".[15] Esto explica por qué las calificaciones de "negro" y "cabecita negra" estaban ausentes en la escritura pero omnipresentes en la oralidad.

Un caso contrastante que, sin embargo, no ha sido leído de este modo, fue Raúl Scalabrini Ortiz. Este intelectual que provenía de Forja, conmovido, captó y subrayó la heterogeneidad y la describió en 1948.[16] Su poética frase sobre el 17 de octubre, "era el subsuelo de la patria sublevado", hizo que se olvidaran o pasaran por alto elementos clave de su descripción. ¿Cómo era ese "subsuelo"?: "Llegaban cantando y vociferando, unidos en la impetración de un solo nombre: Perón. *Era la muchedumbre más heteróclita que la imaginación pueda concebir*" (Scalabrini Ortiz, 1972: 26; el destacado me pertenece). La idea de heterogeneidad aquí precede a cualquier otra. Y, piensa Scalabrini Ortiz, no se puede concebir o imaginar algo más diverso que esa multitud. Al menos en la Argentina, agregaríamos. Sin embargo, Félix Luna (1971) relata que él y muchos otros colegas pertenecientes al estudiantado universitario no sabían siquiera que ese grupo disímil existía. Por eso, el 17 de octubre modificó el horizonte de la imaginación social y política.

¿Cómo era la heterogeneidad del "subsuelo"? Continúa

Scalabrini Ortiz:

> Los rastros de sus orígenes se traslucían en sus fisonomías. El descendiente de meridionales europeos, iba junto al rubio de trazos nórdicos y el trigueño de pelo duro en que la sangre de un indio lejano sobrevivía aún (1972: 26).

Este sería un tríptico básico de las heterogeneidades fisonómicas entre los trabajadores argentinos. Todos los matices desfilaban por las calles: españoles o italianos, a veces de tez oscura pero siempre contrastante con el rubio del norte europeo también presente, y junto a los mestizos venidos desde las provincias del norte argentino.

E insiste para quien no haya comprendido: era "una multiplicidad casi infinita de gamas y matices humanos, aglutinados por el mismo estremecimiento y el mismo impulso, sostenidos por una misma verdad que una sola palabra traducía: Perón".

Muchos años después, el antropólogo Hugo Ratier afirmó de manera similar:

> No sólo el cabecita hizo el 17. Hubo mucho rubio, mucho hijo de gringo, mucho porteño en sus cansadas columnas. El llamado al antagonismo contra los "negros" fue un recurso más para dividir a la falange proletaria. Recurso que es difícil hallar expresado públicamente. Circulaba más bien por los subterráneos del rumor, del chiste político, vivo siempre en la expresión oral (Ratier, 1971: 33).

Esta falsa homogeneidad puede haber sido elaborada para dividir o estigmatizar, pero también se mitologizó y cristalizó en la concepción de lo "auténticamente nacional".

La unificación

¿Cómo es posible que en ese panorama heterogéneo haya surgido una identificación política unificada? En primer

lugar, la adhesión de los trabajadores al peronismo tuvo una racionalidad económica y social, ya que la política social de Perón implicaba beneficios muy concretos para ellos (Murmis y Portantiero, 2004). En segundo lugar, la potencia de la interpelación de Perón se relacionaba con "su capacidad para redefinir la noción de ciudadanía" en términos sociales (véase James, 2010: 27). En tercer lugar, en esa sociedad excluyente y jerárquica, el peronismo en 1945 también significaba para los obreros orgullo, respeto y dignidad (James, 2010: 40). En otras palabras, tanto en las políticas sociales como en los discursos y las acciones de Perón se jugó un problema de reconocimiento para amplios sectores de la población, inescindible del acceso a derechos.

Allí donde los trabajadores se percibieron reconocidos por Perón, se sintieron persistentemente negados o excluidos por los antiperonistas. Como hemos señalado, la unificación política de la clase obrera no es producto de una homogeneidad económica, fenotípica o étnica; más bien se generó en circunstancias de intensa heterogeneidad en todos estos aspectos. En cualquier caso, la unificación identitaria fue no sólo el resultado de la acción de Perón y el Estado, sino sobre todo consecuencia de la ofensiva unificada que amenazaba sus logros. Cuando el heterogéneo bloque del no peronismo devino antiperonismo recalcitrante, las dicotomías trabajadores y patrones, capital e interior, blanco y no blanco, visible e invisible, excluido y respetable adquirieron la potencia de las identidades políticas emergentes.

Por su parte, esa heterogeneidad constitutiva de lo popular, en vez de traducirse en identificaciones políticas distintas, fue englobada en una única identificación que permitía imaginar a todos los trabajadores en oposición a la oligarquía y la patronal. Al condensar estos últimos la categoría de lo antinacional, incluso a los trabajadores

extranjeros se los podía reconocer como miembros de la comunidad. En los meses previos al 17 de octubre no hay ninguna escena contundente que cierre la heterogeneidad política de la clase obrera. En cambio, diversos eventos, como el acto de 12 de julio o del 10 de octubre, fueron forjando una unidad.[17] Los debates registrados en las actas de la CGT del 16 de octubre dejan entrever una multiplicidad de opiniones acerca de cuál sería la mejor estrategia a seguir.

Si esa heterogeneidad podía tomarse como fuente potencial de división, Perón vino a representar cierta idea creciente de unidad. Justamente, el odio visceral de los sectores más altos hacia Perón resultaba un dato elocuente para los trabajadores. Aunque los beneficios sociales palpables y el reconocimiento eran poderosos agentes de identificación, sin aquella aversión no se habría producido un movimiento político tan unificado.[18]

Juegos de alteridad

Los grupos o colectivos humanos, como regla general, son bastante más heterogéneos que el modo en que se los percibe. Esta magnificación se vincula con ciertos modos de ver y de categorizar en situaciones de fuertes tensiones sociales, pues en esos casos se exacerba la tendencia de todo grupo a homogeneizar sus alteridades. En realidad, sólo un esfuerzo especial para conocer a esos "otros" puede permitir desarmar prejuicios y comprender complejidades. Por supuesto, ningún esfuerzo de ese tipo sucedió en el auge de las luchas políticas en la Argentina de 1945.

Esto afectaba tanto a los peronistas como a los antiperonistas. Un periodista de *La Época*, el diario peronista, había afirmado que quienes se habían reunido en la Plaza San Martín el 12 de octubre de 1945 eran las "cien familias de la plutocracia". Sin embargo, el hecho de que la Unión Democrática obtendría el 45% de los votos en febrero

de 1946 muestra que esa fuerza política expresó algo mucho más complejo y heterogéneo que una élite minúscula.

Así, el peronismo y el antiperonismo se constituyeron mutuamente en estas interpelaciones, aceptaciones o rechazos. A partir del 45 comenzaron a elaborarse nuevas denominaciones en la historia argentina, a la vez que sentidos de términos antiguos fueron mutando paulatinamente. Cabe mencionar expresiones como “grasa”, que aludía a una persona de baja condición social, o “grasita” –muy utilizado por Eva Perón en usos coloquiales y afectuosos, por lo general, en referencia a “mis grasitas”–. Por otra parte, después de 1945 aparecieron palabras también prolíficas que los peronistas utilizaban para calificar a los antiperonistas. Una de las más habituales fue “contrera”, que refería a los opositores como personas que estaban en contra de todo lo que hiciera el gobierno. Asimismo, se tornó muy habitual el calificativo “cipayo” para hacer referencia al supuesto carácter de “vendepatria” de quien era vituperado. Hacia el final de la década emergió también el perdurable “gorilas”.

De todas las interpelaciones a las que recurría el antiperonismo, nos centraremos aquí en tres: “fascistas”, “descamisados” y “cabecitas negras”. ¿Qué hizo el peronismo con esas estigmatizaciones? A estos tres juegos de alteridad distintos, respondió de manera diferente. El más sencillo, y sobre el cual hemos hecho suficientes referencias, es el término “fascista” o “nazifascista”. Originado en una metáfora de los sucesos europeos de la época, su pretensión de literalidad era total. Los peronistas, desde el inicio, rechazaron de plano esta interpelación. En el acto sindical del 12 de julio de 1945, la palabra “peronista” surge por primera vez en un contexto de impugnación a aquella calificación: “Ni nazis, ni fascistas: peronistas”.

Muy diferente fue lo que ocurrió con las palabras

"descamisado" o "cabecita negra". En ambos casos se trata de un juego que consiste en una operación sincedóquica con pretensiones denigratorias. El procedimiento general es tomar al sector más estigmatizado de un grupo heterogéneo e identificar al total del conjunto con ese sector. Se trata así de magnificar un elemento socialmente instituido como negativo, a partir de etiquetas clasistas o racistas, para generalizar esa característica al resto del grupo.

Desde esta perspectiva, a trabajadores con múltiples vestimentas se los designará como "descamisados", a otros de diversos fenotipos y tradiciones se los denominará "cabecitas negras" o "nuevos obreros sin tradición política". Pero ninguna de estas fórmulas podría aceptarse como una descripción apropiada para ningún sector de las "masas".

El peronismo operó de manera contrastante en relación con ambos términos: invirtió el significado despectivo del término "descamisado" y lo convirtió en parte central de su identidad, mientras que hizo silencio en lo que respecta al calificativo de "cabecita negra". Veamos cómo se desarrollaron estas reacciones.

Descamisados

El término "descamisados" comenzó a utilizarse después del 17 de octubre para designar a sus protagonistas. Entre otras publicaciones, fue utilizado en *La Vanguardia*, periódico del Partido Socialista, en un artículo titulado "El tango de la candidatura" (*La Vanguardia,* 23/10/1945: 8). En un tono irónico que se burlaba de los sucesos de aquella fecha, hacía alusión a "murgas carnavalescas con sus muchachones descamisados y elementos del hampa". El significado de la palabra "descamisado" es llamativo. El *Diccionario de la Real Academia Española* señala una acepción coloquial −"sin camisa"−, y otra despectiva −"muy pobre, desharrapado"−. En 1945, en la Argentina, tuvo significados distintos. El hecho de estar en camisa, sin saco,

"en mangas de camisa", escandalizó a varios cronistas. Se observa en fotografías que varios manifestantes estaban con saco. Sin embargo, eran mayoría sin saco y con camisa, lo cual era escandaloso en el centro de Buenos Aires.

Buenos Aires era muy formal en el vestir en 1945. En el centro se acostumbraba utilizar saco y corbata, trajes de colores oscuros y sombrero, nunca la cabeza descubierta. "Los porteños, con su típica frivolidad y narcisismo, habían llegado a pensar que todo el país era así", relata como testigo el sociólogo José Miguens. Nadie había visto a los obreros industriales que se concentraban en los alrededores de la Capital. "Y de pronto comenzaban a aparecer desde todas las calles, muertos de cansancio", "hombres y chicos en alpargatas, con la *cabeza descubierta*, con pantalones muchos de ellos desflecados y *camisas abiertas* por el calor; mujeres con chicos en brazos con *camisolas* largas sin ninguna forma de *vestido*, se iban concentrando en la Plaza y llenándola" (José Enrique Miguens, cit. en Chávez, 1996; el destacado me pertenece). Es decir, vestían camisas o camisolas, pero el contraste con la formalidad de la ciudad lo convertía en "un espectáculo asombroso. Buenos Aires nunca había visto una cosa así" (Chávez, 1996).

Si bien, como hemos señalado, muchas personas que participaron del 17 de octubre llevaban saco y camisa, el término "descamisado" se torna posible porque viene a remarcar la diferencia y a generalizarla homogeneizando a los participantes de la movilización como pobres que ignoran el estilo urbano y no siguen las reglas de etiqueta. De esta manera, un sector despreciado y fácilmente estigmatizable para la sociedad establecida, según sus criterios jerárquicos, pasa a representar al todo heterogéneo.

Desde el punto de vista de los sectores dominantes, las ropas permitían inferir la calidad de las personas que estaban desfilando. Suele creerse que la expresión

"descamisado" surgió porque los protagonistas de las marchas no tenían camisa o porque se la habían quitado en el transcurso del día por el calor. Pero en realidad, esta palabra alude a que no usaban chaqueta o a que llevaban la camisa abierta.

Son famosas las anécdotas de trabajadores que pedían sacos prestados para ir al centro. Eso indica varias cosas. Primero, que no tenían planeado ir a la Plaza cuando salieron de sus casas, es decir, la inmensa mayoría se enteró de la convocatoria en la puerta de sus trabajos donde se encontraban con delegados o líderes. Además, pedían sacos porque querían ir al centro adecuadamente vestidos –como indicaban las costumbres que conocían–. Sin embargo, la sociedad jerárquica no tuvo clemencia. A los ojos porteños estaban mal vestidos y eso planteaba una fuerte condena estética.

El mismo 17 por la tarde el diario *Crítica* afirmó que "aparte de otros pequeños desmanes, sólo cometieron atentados contra el buen gusto y contra la estética ciudadana afeada por su presencia en nuestras calles" (*Crítica*, 17/10/1945: 1). Félix Luna polemiza con los críticos de los manifestantes, y con tono irónico describe la contundente matriz de lectura de los cuerpos:

> Claro está que se dieron escenas desagradables desde el punto de vista estético: no era un espectáculo grato el que ofrecían esas mujeres desgreñadas, esos muchachotes de astrosa pinta, esa gente sucia, sudada y vociferante. Para ver gente linda había que haber ido cuatro días antes a la Plaza San Martín (Luna, 1971: 311).

Las ropas y sus implicancias estéticas demostraban que no eran personas con las mismas cualidades intelectuales de la sociedad establecida. Esa identificación de la pobreza

material con la pobreza intelectual instituía la irracionalidad de escuchar sus reclamos o sus posiciones.

"Descamisado" era un vocablo polisémico: significaba tanto "pobre", como "mal vestido" o "sin saco". Esta ambigüedad habilitó una productividad política que se percibe en el acto por el cual Perón invirtió el significado del término. Perón asoció a los "descamisados" con los *sans-culottes* franceses, una imagen poderosa contraria a todo lo que el antiperonismo buscaba demostrar. El 14 de diciembre de ese año, en un acto que iniciaba la campaña electoral en la Avenida 9 de Julio, Perón dijo:

> Desfilaremos por nuestras calles tranquilos, entusiastas de nuestra causa, sin calificar a nadie de chusma ni de descamisado, para contrapesar a aquellos que han lanzado el calificativo despectivo. ¡Tendremos el corazón bien puesto debajo de una camisa, que es mejor que tenerlo mal debajo de una chaqueta! (Luna, 1971: 412).

Cuando terminó, en medio de aplausos, Perón tomó un asta que a modo de bandera llevaba atada una camisa. Cuando agitó el estandarte, la multitud celebró eufórica. Perón denunciaba el "calificativo despectivo", lo revindicaba positivamente y lo convertía en un símbolo del peronismo. El símbolo respondía a la pregunta acerca de "quiénes eran".

A partir de allí se instituyó un ritual que comenzó a imponerse en los actos peronistas de diferentes dirigentes. En un momento determinado de sus discursos, se quitaban el saco y quedaban en mangas de camisa, lo que despertaba el fervor de los asistentes. Incluso, si no lo hacían, el público podía reclamar esa acción. El 17 de octubre de 1947

> Perón, como era costumbre, inició su discurso con la chaqueta puesta, pero ante la insistencia de la gente, accedió a quitársela (lo que haría sistemáticamente en los años sucesivos) para señalar

su condición de "primer descamisado" (Plotkin, 2007: 198).

Las imágenes de los trabajadores que circularon en la propaganda gráfica entre 1946 y 1955 tuvieron tres versiones diferentes en sus atributos: descamisado (en particular para la conmemoración del 17 de octubre), obrero industrial y peón rural (Gené, 2005: 12). En las imágenes oficiales, en general los trabajadores están con camisas o camisolas, muchas veces arremangados o con las camisas abiertas. Luego, "descamisado" devino un término mucho más abarcativo. Así, Perón pidió

> grabar la historia del descamisado desde la Colonia, desde el indio encomendero que fue el primer descamisado, hasta la etapa del 17 de octubre... Debe tomarse la época de la colonización, donde tenemos al descamisado trabajando la tierra. Luego tomarlo en la Independencia, con su caballo, luchando por ella. Ahí tenemos al "deshilachado" de Güemes (Perón, 1952: 70).

Eva Perón afirmó: "Para mí los hombres y mujeres de trabajo son siempre, y ante todo, descamisados" (1951: 115). Y continúa:

> Descamisados fueron todos los que estuvieron en la Plaza de Mayo el 17 de octubre de 1945. [...] Aun si hubo allí alguien que no lo fuese, materialmente hablando, un descamisado, ese se ganó el título por haber sentido y sufrido aquella noche con todos los auténticos descamisados; y para mí ese fue y será siempre un descamisado auténtico (1951: 116-117).

También son descamisados quienes hagan lo mismo hoy o mañana que "los primeros descamisados", porque "es el que se siente pueblo", "aunque no vista como pueblo, que esto es lo accidental" (1951: 117).

Como plantea Gené,

> el descamisado ocupó la más alta jerarquía en el panteón peronista. Fue, en la memoria colectiva, símbolo del origen y del triunfo, el sujeto como extensión de un pueblo que se incorpora a la historia nacional (Gené, 2005: 83).

Sin embargo, "descamisados" no habría siempre. El propio Perón consideraba que había logrado terminar con esa situación. Ante la Asamblea Legislativa, dijo en 1952 que gracias a los logros sociales de su gobierno

> los que eran "descamisados" en 1945 ya no son "descamisados", aunque les guste y nos guste llamarlos así como un homenaje al "descamisado" que todos los peronistas llevamos en el corazón (cit. en Ciria, 1983: 310).

En 1947 se planificó construir un Monumento al Descamisado. Hasta ese punto se imaginó llevar la lúcida inversión realizada con efectividad por Perón en 1945. Evidentemente, si no se hizo es porque hubo algo que no convenció al propio Perón. Su gobierno concretó cosas bastante más complejas que monumentos.

Es razonable preguntarse por qué "descamisado" y no otras categorías. Al lado de "descamisado", "desharrapado" parece una descripción muy baja, de ropas rotas, de mayor pobreza. "Descamisado", como oposición al traje, con una camisa "junto" a la bandera argentina, resultaba un complemento más adecuado para "trabajadores". Esta categorización que servía para definir la identidad peronista fue sin duda una respuesta a una acusación. El propio término implica una negación de y una contraposición con los "encamisados", y así, a través de un juego de alteridad, explicitaba su carácter relacional. En aquel momento inicial guardaba una fuerte ironía que se fue diluyendo en la ceremonialidad de los años posteriores.

Perón y el peronismo encontraron un modo de incorporar a la definición de "quiénes eran" un significante más recargado que "trabajadores", ya que implicaba en su propia enunciación el desprecio de la "gente decente". Quitarse el saco en público era todo un símbolo: cada uno tenía un saco y llegaba al acto vistiéndolo; lo importante era el ritual identitario que se producía en el acto voluntario de quitárselo, para quedar en camisa o incluso con la camisa arremangada. Este gesto significaba el rechazo a las formas tradicionales de la "decencia" establecida, y no que se fuera dejar de usar saco en toda ocasión.

Se trata de la apropiación de un significante muy distinta de la asunción indígena o de la operación realizada para afirmar positivamente "*black is beautiful*". El peronismo, al menos en su vertiente oficial y principal, nunca actuó de ese modo. En la ambigüedad, se jugaba una posición que podía parecer ambivalente, pero que en realidad era más compleja. A diferencia de una fuerte "cultura obrera" o "popular" completamente alternativa a la visión hegemónica, el peronismo no propuso un modelo cultural distinto, sino, en todo caso, una vía más amplia de acceso a ciertos bienes o símbolos compartidos.

Cabecitas negras

Buenos Aires es "una ciudad de raza blanca. [...] Es la ciudad blanca de una América mestiza. En ella un negro es tan exótico como en Londres. Y un gaucho también". Son palabras muy satisfechas que escribe en 1945 Florencio Escardó, al publicar su *Geografía de Buenos Aires*. Escardó era médico, fue titular de una cátedra que realizaba trabajo social y asistencial. Más tarde sería decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires y vicerrector de la misma casa de estudios. Para él, Buenos Aires, además,

> es mucho más blanca (blanquísima) que Nueva York, que para conservarse blanca tiene que hacer

> racismo a piedra y lodo. Tampoco tiene aindiados ni mulatos. Sus hombres y mujeres no poseen todos el mismo color ni en la piel ni en el cabello, pero son blancos (1945: 18).

Esto es una “buena posibilidad eugénica” que coincide con que Buenos Aires sea “la sede de los colonizadores y no de los colonizados” (1945: 18). Cuando en su “época de oro”, Eudeba decidió reeditar su libro en 1966, las palabras anteriores permanecieron intactas.

De esa matriz europeísta proviene la idea de “marcianos” que ya hemos citado:

> Lo más singular del 17 de octubre fue la violenta y desnuda presentación de una nueva realidad humana [...]. Y eso es lo que resultó más chocante a esta Buenos Aires orgullosa de su rostro europeo: reconocer en esa horda desaforada que tenía el *color de la tierra*, una caricatura vergonzosa de su propia imagen (Luna, 1971: 273; el destacado es mío).

Un contundente contraste se produce entre el “rostro europeo” y el “color de la tierra”, que aparecía para la sociedad establecida como algo completamente ajeno a sí misma. Esa irrupción “no provocó el rechazo que provoca una fracción política partidista frente a otra: fue un rechazo instintivo, visceral, por parte de quienes miraban desde las veredas el paso de las turbulentas columnas” (Luna, 1971: 273). “*Rostros morenos y pelos renegridos* conformaban el rostro proteico de esa multitud pobremente vestida” (Luna, 1971: 275; el destacado me pertenece).

Luna cuenta en clave autobiográfica que él y sus amigos, en general universitarios, creían que realmente no había peronistas. Las chicas con las que salían siempre resultaban pertenecer a las filas de la oposición. En la descripción de su propia experiencia como joven radical el 17 de octubre de 1945, dice:

> Los mirábamos desde la vereda, con un sentimiento parecido a la compasión. ¿De dónde salían? ¿Entonces existían? ¿Tantos? ¿Tan diferentes a nosotros? [...] Ese día, cuando empezaron a estallar las voces y a desfilar las columnas de rostros anónimos *color tierra*, sentíamos vacilar algo que hasta entonces había sido inconmovible (1971: 321; el destacado me pertenece).

En 1945, la actitud despectiva y racista en política tenía antecedentes en el siglo XIX. La élite tradicional ya había aludido con menosprecio a "los negros radicales", en referencia a quienes apoyaban a Yrigoyen (Cantón, cit. en Fayt, 1967: 343).

En nuestro país, el término "negro" presenta la complejidad de que no guarda ninguna relación simple o directa con características fenotípicas. La definición de la Argentina europea y blanca plantea un problema desde su mismo origen. En realidad, alude a la migración civilizatoria imaginada por los fundadores, mucho más que a la migración efectiva que llegó desde España e Italia, en la cual el blanqueamiento total no deja de ser algo inconveniente.

Me refiero a que en la Argentina no hay necesariamente una relación directa entre la nominación "negro", los rasgos fenotípicos y el color de piel. Esto no ha sido señalado de manera adecuada. Las clasificaciones fenotípicas argentinas guardan una distancia significativa con el color de piel que, sin embargo, es utilizado tanto por la sociedad como por investigadores como un parámetro metonímico. Es metonímico en el sentido de que supone que una persona blanca o negra, de tez oscura o indígena tendrá ciertos rasgos. Sin embargo, en términos más sutiles, el color de piel no es en realidad un indicador riguroso de los rasgos fenotípicos. Por dar un ejemplo, podrían encontrarse inmigrantes italianos del sur cuya piel es más oscura que la

de personas de origen guaraní, o españoles de piel más oscura que los descendientes de tehuelches. Esta cuestión cromática adquiere otro significado en las clasificaciones sociales del color en la Argentina, ya que “blanco” y “negro” aluden más que al tono de piel a la jerarquía de clase y a la jerarquía étnica de las personas. Por más que su piel sea más blanca que la de algunos sectores medios, los más pobres, con cierta forma de vestirse, de hablar, de moverse, entran en la categoría de “negros”.

Por eso, a todos los peronistas se los podía considerar “negros” en un país que la sociedad establecida consideraba “sin negros”. La pregunta acerca de “quiénes eran” los que inundaron las calles el 17 de octubre se convirtió en un verdadero embrollo porque implicaba interrogarse también, aunque de modo muy peculiar, sobre “quiénes son” los argentinos.

El clasismo racializado de la mirada europeísta y blanca tendió a identificar a todos los trabajadores con inmigrantes del noroeste y a convertirlos en “cabecitas negras”. El estallido del imaginario blanco desde 1945 encontró diagnósticos y pronósticos en otro autor. El médico Juan Carulla veía con espanto “el resurgimiento de *la raza de color*” en América, proceso que él designaba como “América se *negrea*” (1951: 264), queriendo decir “ennegrece”. Su angustia aumentó, según describe, ante “la revelación evidente de que la Argentina también se negrea”, prueba de lo cual era que las últimas manifestaciones callejeras que había presenciado en Buenos Aires estaban “compuestas, en su gran mayoría, de mestizos y aun de indios” (1951: 264). Este testimonio no sólo es un ejemplo de racismo, sino también de la sinonimia argentina de “negro” con “indio” y “mestizo”.

¿Quién es el “cabecita negra”? Es del interior (no de Buenos Aires) y tiene ascendencia indígena. Viene de

provincias en las que al parecer no ha llegado la modernidad, zonas rurales. Queda enmarcado en las dicotomías argentinas de tradición y modernidad, civilización y barbarie, capital e interior, urbano y rural, culto e inculto (Svampa, 2006).

Las categorías de discriminación no siempre se prestan a definiciones simples y unívocas. Se supone que el "cabecita negra" alude al color de pelo, en general al "pelo duro" y muchas veces a una piel oscura. "Piel oscura" es una fórmula ambigua: no significa "afro" y la oscuridad de la piel, como hemos señalado, puede no ser una cuestión específicamente cromática, sino de jerarquía social. En teoría, el cabecita negra refiere en particular al obrero llegado desde las provincias, de rasgos aindiados, con el cabello hirsuto y renegrido.

De este modo, se construye un "otro" negro (en el sentido argentino de "no blanco") que resulta crucial para poder definir la propia identidad blanca, europeísta, urbana, educada y antiperonista. La presencia de los "cabecitas negras" en la Capital hizo añicos el elaborado mito de la homogeneidad y singularidad argentina, al tiempo que produjo como reacción una visión racial de una clase media blanca superior durante la época peronista (Adamovsky, 2010; Garguin, 2007). La clase media (y un número de intelectuales posteriores) denostaron y racializaron a los militantes peronistas (Winston, 1983: 312; Milanesio, 2010). Esto resolvía varios problemas al mismo tiempo: acusaba de indignos a quienes apoyaban a Perón, los homogeneizaba como no blancos y, por último pero no menos importante, afirmaba la identidad blanca de los estigmatizadores.

La denominación de "cabecitas" surge como racialización de los seguidores de Perón, que sin embargo no tenían un rasgo racial definido. En su vida posterior, al combinarse con el término "negro", esta palabra mostrará una capacidad

definitoria amplia en relación con los sujetos a los que se refiere. ¿Por qué? Porque se trata de expresiones raciales que aluden a personas “inferiores”, con “menos educación”, “poca cultura”, que “no saben comportarse”, son “peronistas”. En la actualidad, en sus usos racistas, el término “negro” en la Argentina alude a personas de cualquier color de piel, pero siempre inferiorizables por razones sociales, políticas, culturales, urbanas o cualquier otra (Frigerio, 2006; Adamovsky, 2012b; Grimson, 2012).

La invisibilización y la hipervisibilización son dos juegos de alteridad distintos. En 1945 se produjo un pasaje de uno a otro. Todas las diferencias fueron exacerbadas. Por ejemplo, se adjudicó la política caudillista a las zonas tradicionales cuando todos sabían que había casos célebres en la frontera con la Capital, como el paradigmático Barceló en Avellaneda. También se cuestionaba la falta de experiencia democrática de los migrantes internos. Esto no sólo presume esa “falta de experiencia”, sino también supone una experiencia de las zonas “modernas” puramente imaginaria. En todo el país sólo se habían celebrado elecciones con sufragio universal masculino entre 1916 y 1930, un período que tampoco podía idealizarse sin olvidar eventos de fraude electoral en algunas provincias (por ejemplo, Córdoba o San Juan) o las intervenciones a muchas otras. Tampoco los inmigrantes europeos traían consigo una “larga experiencia democrática”. Fue una época de valoraciones poco fundamentadas. Al exotizar a los protagonistas populares del apoyo a Perón, esa hipervisibilización exotizaba también al propio peronismo.

¿Eran los seguidores de Perón realmente heterogéneos, y la sociedad establecida veía más “cabecitas” de los que había en la realidad? ¿O todos los peronistas eran “cabecitas”? En las imágenes del 17 de octubre de 1945 y de las movilizaciones posteriores, en los retratos de dirigentes

sindicales y fundadores del Partido Laborista, en todas las fotografías de los peronistas, se observan personas con diferentes colores de piel y rasgos físicos. Pero los antiperonistas optaron por anular rotundamente esta heterogeneidad social, cultural y fenotípica.

Más tarde, intelectuales peronistas construyeron una mística y una épica a través de la idea de una nueva clase obrera "auténticamente argentina", en oposición a los trabajadores llegados desde Europa. Para algunas interpretaciones muy cercanas al peronismo, esta clase obrera tenía marcas de la patria, de la nación, de los que pelearon la independencia, del folclore, de la cultura nacional; en definitiva, atributos que se opondrían al cosmopolitismo europeizante de Buenos Aires. Los intentos de "inversión" del término "cabecita negra", como los de Ramos (1957) y Belloni (1962), son posteriores a 1955. Jamás provendrían del propio Perón ni de los principales dirigentes peronistas.

Pensar a los "cabecitas negras"

Durante los diez años del primer peronismo y durante los diez años posteriores, no se publicó un solo análisis académico que considerara la cuestión de los "cabecitas negras". A pesar del desarrollo de las ciencias sociales, la herida que exponía el racismo argentino iba a quedar relegada. En 1961, Germán Rozenmacher publicó un cuento titulado "Cabecita negra" que narraba situaciones racistas en Buenos Aires, a la vez que postulaba una metáfora más abarcativa sobre las clases medias. En 1966, en las páginas finales de *El medio pelo en la sociedad argentina*, Arturo Jauretche introducía por primera vez el problema del racismo argentino y su negación. El individuo o grupo "medio pelo" es aquel que trata de aparentar un estatus superior al que en realidad posee. Desde una posición de crítica del sentido común, Jauretche abordaba la

configuración económico-social e imaginaria de las aspiraciones de distinción que constituyen un estilo de posicionamiento ante la sociedad. Analizaba el dispositivo de jerarquizaciones étnicas y raciales que se remontan a Sarmiento y que mostraron su vigencia en el surgimiento del peronismo (Jauretche, 2010a: 306 y ss.).

Dos estudios muy diferentes, en distinta relación con el campo académico, nos permiten aproximarnos a los significados sociales que el término "cabecita negra" tenía para las clases altas y medias de Buenos Aires. El primero es un análisis sociológico de De Imaz, que implementó una encuesta a miembros de la clase alta de Buenos Aires a fines de los años cincuenta, después de la caída de Perón.

En 1958-1959, De Imaz pregunta con agudeza: "A veces la gente habla de 'negros' o de 'cabecitas negras'. ¿Considera usted que esos términos son simplemente despectivos o que reflejan realmente a un grupo social?". El 55% afirmó que "reflejan a un grupo social", mientras el 36% dijo que eran términos despectivos. Después preguntó: "¿Cree usted que dichos titulados 'negros' o 'cabecitas negras' también podrán con el tiempo ascender en la escala social? O mejor, ¿que ascenderán?". El 49% respondió que no ascenderán y el 42% dijo que "ascenderán o podrán ascender".

De Imaz describe un listado de motivos por los cuales, para sus entrevistados, ascenderán o podrán ascender: "porque poco a poco se educan y adquieren cultura"; "porque debe haber algunos inteligentes"; "por la acción del tiempo"; "porque el mestizaje no es valla infranqueable"; "siempre que tengan condiciones"; "porque tienen aptitudes para lograrlo"; "individualmente, en grupo no". Motivos en general imprecisos y, en todo caso, reticentes en su convicción de que estos grupos pudieran ascender: ni muchos, ni juntos, ni ahora; dependerá de varias condiciones.

Pero quienes dicen que no ascenderán afirmaban: “por su falta de educación y cultura”; “porque les faltan aspiraciones”; “por causas raciales”; “dado el medio negativo en el que viven”. También hay encuestados que responden “por falta de principios”; “por ser haraganes o ineptos”; “porque no les interesa mejorar”; “son tarados”; “carecen de capacidad y voluntad”; “les falta moral”.

De manera sugerente De Imaz dice tener dudas “de que estas respuestas puedan interpretarse exclusivas del grupo social” encuestado, insinuando que tal vez también incluya a sectores medios (1965: 53-55). Nótese que en la cuidadosa formulación de sus preguntas, De Imaz utiliza como sinónimos “negros” o “cabecitas negras”.

El otro estudio es el trabajo antropológico realizado por Ratier, que por primera vez toma como objeto de estudio al “cabecita negra”. A partir de datos recolectados en su trabajo de campo en zonas populares, pero también desde su experiencia, Ratier combina la denuncia con un análisis de los significados del término.[19] Se trata de un texto pionero en la investigación del racismo argentino, de las expresiones “cabecita” y “negro”, de las relaciones clase y raza, o de la noción de “blanquitud” (1971: 9). Ratier confronta el imaginario de que “la Argentina no es un país racista” con las prácticas de exclusión de los no blancos. En sus escritos enfatizaba “el matiz político que puso sal en el enfrentamiento cuasirracista de porteños y provincianos: ser ‘negro’ era ser peronista, y viceversa. Y los negros pisaban fuerte” (1971: 13). “En el choque entre porteños y ‘cabecitas’” aparece “el racismo argentino” (1971: 15). ¿Racista o cuasirracista? La ambigüedad se da porque Ratier entiende que es más “un racismo por omisión que por afirmación” (1971: 17), porque se piensa más de lo que se dice que las “razas” europeas son superiores. Pero “el racismo forma parte principal del bagaje ideológico con que se organizó el

país después de Caseros” (1971: 18). Y en 1945 “todas las armas son buenas en el enfrentamiento, incluido el prejuicio racial. Son ‘negros ensoberbecidos’, ‘cabecitas negras’” (1971: 32). Al igual que en el estudio de De Imaz, aquí “negros” y “cabecitas negras” funcionan como sinónimos.

Al mismo tiempo, Ratier desbiologiza el racismo, en el sentido de que percibe que el condimento racial se encuentra en un enfrentamiento político y social. Por eso, insiste con que entre quienes apoyaban a Perón no sólo había “mestizos”, sino también rubios y gringos (1971: 33). Señala atentamente que en las celebraciones del 1º de mayo y el 17 de octubre durante la década peronista en la Plaza de Mayo, “no había sólo ‘cabecitas’. Pero no importa: la denominación social los englobaba” (1971: 38). Es decir, se designaba como “cabecita negra” a quien apoyaba a Perón, aunque no fuera ni mestizo ni provinciano. En síntesis, si eran “adictos” a Perón eran vistos como negros, y es en este sentido que Ratier sostiene que la identificación política estaba racializada.

Como “cabecita negra” ha sido un término de la oralidad, sólo aparece en textos posteriores. Son textos poco citados, porque las grandes disciplinas y los autores consagrados nunca se han ocupado de analizar estas cuestiones. El racismo argentino puede negarse porque tiende a ser visto como un elemento anecdótico y desagradable. No se tiene en cuenta la siguiente tesis: la sociedad argentina está constituida sobre las jerarquizaciones de ese racismo que no se ha estudiado, salvo en las nuevas generaciones.[20] El hecho es que después de Ratier, durante al menos un cuarto de siglo no hubo nuevos trabajos sobre el racismo como dimensión central de la vida política en la Argentina.

En 1973, en su última contribución a los debates sobre el peronismo, Gino Germani también dedicó unas líneas a la noción de “cabecita negra”. Citemos *in extenso*:

> El componente "criollo" de la nueva clase trabajadora fue tan prominente que produjo la aparición de un estereotipo: el "cabecita negra", *que a su vez fue sinónimo de peronista.* Como todo estereotipo, poseía grandes distorsiones, *pero también una fuerte base de realidad.* Fue reconocido por todos: la clase obrera y la media, los peronistas y los antiperonistas, si bien con reacciones emocionales opuestas. [...] *En un país tan llamativamente libre de prejuicios étnicos, este estereotipo adquirió peso emocional debido a su contenido político e ideológico, desapareciendo en el período posperonista* (1973: 466; el destacado me pertenece).

La "fuerte base de realidad" se constata para Germani en el hecho de que todos coincidían en la existencia de una "nueva clase obrera", para algunos "auténtica", para los otros "falsa". Extraño procedimiento metodológico para comprobar la veracidad de un estereotipo. Es claro que nociones como "sentido común" todavía eran ajenas a nuestros principales sociólogos. Por supuesto, los consensos clasificatorios implican justamente eso: nunca prueba de veracidad. Pero además llama la atención que, después de décadas de caso omiso sobre el término, sólo puede hablarse de él en el mismo acto en que se declara su entrada en desuso. Sólo comprendiendo cuán constitutiva es esta visión de la Argentina puede pensarse la vigencia de este silencio para gran parte de varias generaciones. Declarada su desaparición en 1973, "negro" tiene hoy una enorme vitalidad estigmatizante que desmiente el imaginario de una Argentina "libre de prejuicios étnicos" (véanse Grimson, 2012, 2014; Adamovsky, 2010; Frigerio, 2006; Segato, 2007; Caggiano, 2010).

Sin inversión

En el caso de la expresión "cabecita negra", el peronismo

no realizó la operación de inversión que había hecho con “descamisado”. Esto es relevante para comprender el modo en que reaccionó ante los términos “cabecita negra” y “negro”. No hubo una reivindicación positiva de una identidad negra, indígena o mestiza en el gran movimiento de masas ni en los grandes discursos. Nunca se diseñó el monumento al cabecita negra, nunca fue enaltecido por Evita o Perón.

No hubo un desafío abierto a la idea de una Argentina blanca. Los trabajadores querían incorporarse a la sociedad, incluso buscaban la aceptación de quienes los denigraban. El poder del estigma “negro” fue gigantesco porque jamás se lo enfrentó de manera explícita. Al funcionar como calificativo de una identidad de clase y política, era claro que cualquier persona que abandonara ese conjunto dejaría de ser “negro”. Para Winston, la explicación era que

> el término “descamisado” en lugar de “cabecita negra” describe con mayor precisión al trabajador peronista medio. Ambos términos se aplicaron con sorna a los peronistas por sus enemigos, pero el régimen abrazó el concepto de descamisado mientras cabecita negra se convirtió prácticamente en una expresión prohibida bajo Perón. Esto por sí solo sugiere que el movimiento quiso apelar a toda la clase trabajadora y no a un segmento sobre otro (Winston, 1983: 313; la traducción me pertenece).

Si bien este argumento es interesante, hoy podemos ver las cosas de otro modo. Que el peronismo prefiriera el término “descamisado” porque sonaba más “abarcativo” o “inclusivo”, no puede ser el motivo principal por el cual no reivindicara del mismo modo la expresión “cabecita negra”: no todos los trabajadores eran literalmente descamisados, ya que al interior de la clase obrera había desigualdades salariales y de vestimenta. Muchos ferroviarios o empleados

de comercio, por mencionar algunos ejemplos, no eran descamisados. Es decir que “descamisado” es también una sinécdoque tanto en su origen estigmatizante como en su identificación.

“Descamisado” era un término que aludía a la etiqueta y por lo tanto daba lugar a la confrontación, la disputa y la apropiación. “Negro” y “cabecita negra” eran tan poderosamente despectivos que ni siquiera podían ser enunciados y denunciados en voz alta. Podrían haber sido rechazados una y otra vez por el Estado como términos racistas desde 1946, y no pretender construir a partir de ellos una identidad abarcativa. Pero para eso había que proponer un nuevo imaginario social, heterogéneo en términos fenotípicos y étnicos.

¿Por qué no hubo una reivindicación de los cabecitas negras? El imaginario de la Argentina blanca y europea, que está en la base del mecanismo de estigmatización, producía en los trabajadores cierta ambivalencia. “Negro” era el excluido, el no argentino, pero ellos querían ser ciudadanos argentinos y formar parte del conjunto social. La opción de atacar de manera directa el imaginario homogeneizante parecía arriesgada cuando lo que Perón planteaba era una promesa y un discurso de inclusión. Sólo con posterioridad y para grupos acotados se fue construyendo un relato épico de los cabecitas negras. Sin embargo, en 1945 no tenía ningún valor de reivindicación para los trabajadores.

A diferencia de sociedades como la estadounidense del sur de mediados del siglo XX, en la cual la jerarquía y la exclusión se perpetúan sobre la base de un lenguaje explícitamente racial, la Argentina peronista no exige en el mismo sentido construir un movimiento de reivindicación positiva de una identidad denigrada. El Estado termina superficialmente con esa denigración y avanza en términos jurídicos con nuevos derechos. Por ello, el funcionamiento

de las articulaciones entre identificaciones políticas, de clase y raciales funcionan de un modo muy distinto en la Argentina, Brasil o los Estados Unidos, como bien señaló Segato (2007). En la Argentina, durante décadas, la identificación política ha implicado un lenguaje con connotaciones de clase y raciales (Grimson, 2012).

Junto a ese lenguaje "moderno", obrero, sindical, peronista, habitarían otros procesos culturales, en los que aquellas historias se recrearían, sin desafiar abiertamente los modos de imaginar la comunidad nacional.

Argentinos, patriotas

La idea de que los protagonistas del 17 de octubre eran argentinos no es una descripción del lugar de nacimiento, sino una reivindicación política. Se hizo alusión a la patria y la nación durante toda la jornada, tanto en las banderas argentinas como en los cánticos, ya señalados en el capítulo 1: "Yo te daré, / te daré, patria hermosa, / te daré una cosa, / una cosa que empieza con 'p': / Perón". Mientras aquí había cierta alegría, en otros cánticos había mucha preocupación: "La patria sin Perón / es un barco sin timón". También en otros la nación resonaba en una denuncia: "Nos quitaron a Perón / pa' robarse la nación" (Riel, 1945: 63). Ese mismo día en algunas movilizaciones hubo referencias a lo gaucho y lo criollo, vinculado a nociones de nacionalidad. Incluso esa dinámica había llegado a un cántico que hoy suena extraño, pero que entonces decía "mate sí, whisky no", expresión que contiene ideas nacionales evidentes, pero también referencias de clase.

Cuando Perón salió al balcón a las 23, el locutor pidió a todos que cantaran el himno nacional.[21] La primera palabra que pronunció Perón desde el balcón fue "trabajadores". Sólo que no sonó así como se escribe, sino que fue un grito interpelante, que le daba nombre a toda esa

Plaza, y al cual la multitud respondió con enorme entusiasmo. En su discurso, también dijo:

> Esto es el pueblo. Esto es el pueblo sufriente que representa el dolor de la madre tierra, el que hemos de reivindicar. Es el pueblo de la patria, el mismo que en esta histórica plaza pidió frente al Cabildo que se respetara su voluntad y su derecho.[22]

Establecía así la relación entre quienes representaban el dolor de "la madre tierra" –expresión cara a cualquier criollismo con influencia indígena–, el pueblo del 25 de mayo de 1810 y quienes ahora estaban en la plaza. Si bien la voluntad es de integración, Perón nunca irá más allá de estas alusiones ambiguas, y episodios como el Malón de Paz (Lenton, 2010) dejarán en claro que la integración implica diluir diferencias y particularismos.

En esa situación, Perón –según Verón y Sigal– "reconoce a los trabajadores como argentinos" y "constata la inaceptable contradicción entre el carácter de argentinos y la situación en que estos se encuentran". Afirman, además, que "bajo la mirada de Perón, los trabajadores se descubren como argentinos" (Sigal y Verón, 1986: 47). Las alusiones de autoidentificación con lo nacional en contraste a la Unión Democrática, que representaría lo extranjero, atravesaron distintos momentos. El punto culminante se produjo cuando el gobierno de los Estados Unidos publicó el *Libro Azul*, semanas antes de las elecciones de febrero de 1946, en el cual se acusaba al gobierno argentino y a Perón de contactos con el nazismo. En lugar de defenderse, Perón mandó a publicar el *Libro Azul y Blanco* y a centrar la campaña electoral en una única consigna: "Braden o Perón".

La peculiar actuación del embajador estadounidense Braden como jefe de la oposición, la falta de crítica de los partidos políticos argentinos acerca de ese rol y el rechazo

que esa actitud despertaba en amplios sectores, colaboraron en la estrategia peronista de identificarse con la nación.

Lobato plantea que

> en la tradición inaugurada por el discurso oficial del peronismo, los trabajadores nativos portadores de la nacionalidad eran los que ocupaban un lugar privilegiado en el nuevo campo de representaciones simbólicas (Lobato, 2004: 63).

Así, la cuestión nacional estuvo presente desde el inicio en las representaciones peronistas y se articuló de modo peculiar con las referencias criollas.

Criollos

Alrededor de 1945, "criollo" era claramente un término en disputa (véase Adamovsky, 2014). Por un lado, estaba asociado a un valor negativo, como en las argumentaciones de la izquierda contra la "política criolla". Por otro, en un discurso ante los ferroviarios a mediados de 1944, Perón dijo que a estos trabajadores se los podía considerar como

> modelo de organización sindical, en primer término porque representan un sindicato *netamente criollo*, como nosotros lo anhelamos [...], indicando eso lo que puede ser una buena organización regida por dirigentes auténticamente trabajadores, argentinos, patriotas y con un verdadero sentimiento del gremialismo nacional (cit. en Del Campo, 1983: 146; el destacado me pertenece).

En los días previos a la asunción de Perón, la prensa que lo apoyaba –como *La Época*– recordó unos versos del *Martín Fierro* de José Hernández. No sólo aquellos más sencillos como "Debe el gaucho tener casa / escuela, iglesia y derechos". También otros que muchos interpretaban como premonitorios: "Tiene el gaucho que aguantar / hasta que lo

trague el hoyo / o hasta que venga algún criollo / en esta tierra a mandar” (Luna, 1971: 487).

Con belleza poética, también el gaucho (ahora devenido metáfora de lo popular) tenía una opción de hierro: aguantar hasta la muerte o que el criollo mande. Postular a Perón como el criollo que venía a mandar, como profecía del Martín Fierro, adquiría otra intensidad. Y retomaba una percepción más extendida.

Hacia fines de 1944 los dirigentes de la recientemente fundada Unión Obrera Metalúrgica tuvieron una reunión con la Secretaría de Trabajo y acordaron un encuentro en el que Perón le hablaría a los metalúrgicos. Decenas de miles se hicieron presentes. Cuando Perón instó a los trabajadores a formar un sindicato poderoso para defender los derechos y la soberanía nacional, hubo una interrupción. Un metalúrgico gritó: “¡Así habla un criollo!”.

Las banderas y cartelones se agitaron en signo de aprobación a la exclamación de aquel obrero (véase Perelman, 1961: 53).[23] Esa interpretación (implicada en el grito y los aplausos) no fue un hecho aislado. Durante la campaña electoral, relató Raúl Bustos Fierro,

> en Salta, doscientos jinetes rodearon el tren y nos dieron una serenata con sus guitarras. Una delegación de indios visitó el tren en Jujuy. Las únicas palabras que dijeron en español fueron: “Perón jefe indio” (Page, 1999: 177).

El 28 de diciembre, en su campaña electoral, Perón llegó a La Rioja. En su discurso dijo: “Nuestro movimiento enraiza ya con la época en que el conquistador representaba a la oligarquía y el criollo a la plebe” (cit. en Luna, 1971: 416).

En 1947 hubo una polémica entre el dirigente socialista Alfredo Palacios y el canciller Bramuglia, que anteriormente había pertenecido al mismo partido. El primero lo había

mencionado al argumentar el papel de aquel partido en la legislación obrera.[24] La dura respuesta del canciller terminó con un recuerdo de un viejo criollo analfabeto, de quien, dijo, había aprendido "a ignorar el menosprecio de los sabios".[25]

Estos usos de "criollo" trascendían el universo político y cristalizaban en formas de desprecio de clase por parte de la élite. Adolfo Bioy Casares, un escritor miembro de las clases tradicionales, escribió en su propio diario sobre el autor Martínez Estrada que "era enjuto [...], labios finos, voz criolla. [...] Su ignorancia era enciclopédica". Y menciona un supuesto error de pronunciación del inglés. "No sé por qué me dio por imaginarlo como un viejo cochero criollo", con "una perceptible sabiduría hecha por ignorancia y de malos sentimientos". Dos veces utiliza el término "criollo" para referirse a Martínez Estrada, asociándolo a la ignorancia. En sus memorias, escribe que Martínez Estrada no quería molestar a Perón (véase Ferrer, 2014: 341-343). Hay una percepción secuencial de Bioy Casares por la cual la desigualdad de estatus se vincula a lo criollo y al peronismo que, por otra parte, a Martínez Estrada (2005) le resultaba revulsivo.

Si tomamos los significados reivindicatorios señalados por Perelman y asociados al Martín Fierro, también podemos inferir otras grietas culturales y comunicativas entre las amplias corrientes populares que recuperaban lo criollo, y quienes denunciaban la "política criolla" y utilizaban el adjetivo de modo despectivo.

El gobierno peronista siempre habilitó esos discursos criollistas, pero jamás puso en cuestión las ideas de la nación blanca. Predominaba la imagen de homogeneidad del pueblo, en la cual la única diferencia relevante eran los disidentes que, por lo tanto, se identificaban como antipopulares, antiperonistas y antinacionales. Al mismo

tiempo, sin embargo, su confrontación inicial con el comunismo y los Estados Unidos llevaron por distintas vías a acentuar fuertemente una reivindicación de lo nacional, que adquiría potencia emocional con prácticas y representaciones criollistas.

Perón, ¿mestizo?

Rosas y Perón, cada uno en su caso, fueron considerados por sus adversarios como “dictadores” o “tiranos”, pero no se lanzaban estigmatizaciones raciales contra sus personas. Si Rosas manejaba a “los negros”, Rosas no era negro. Que Perón “manipulara” a los “cabecitas” no lo convertía en uno de ellos.

Y, sin embargo, Perón tenía ascendencia indígena, lo cual viene a mostrar, de modo elocuente, hasta qué punto operan aquí las “razas” como modos de clasificación. Los rasgos fenotípicos pueden indicar la “negritud”, pero también las ropas o los modos de hablar. Igualmente, la posición social puede asegurar el “blanqueamiento”.

Todas esas ambivalencias u omisiones acerca de los “cabecitas negras” y sus connotaciones de mestizaje se plasman en la invisibilidad general, para peronistas y antiperonistas, de las ascendencias indígenas del propio Perón. La importancia de esto es que en otros contextos identitarios ese origen podría haberse traducido en el presidente mestizo o indígena, tanto en términos reivindicativos como denigratorios. Pero sólo hubo ausencia total de alusiones, tal como Perón había deseado.

Por ejemplo, ya en 1944 un dirigente sindical dice que Perón es “el primer trabajador”. Esa categoría personalizada será referida numerosas veces por él mismo y por sus seguidores, incluida luego en la célebre “Marcha peronista”. Cuando se fundó el Partido Laborista, los dirigentes sindicales le ofrecieron a Perón ser “el primer afiliado”, algo que el líder no aceptó porque no quiso adherir a uno u otro

de los partidos que lo apoyaban, que prontamente disolvió después de su triunfo. A nadie se le ocurrió, por supuesto, que Perón fuera “el primer cabecita negra”.

“Cabecita negra” no era una definición vinculada sólo a rasgos fenotípicos, al carácter migratorio o a la sangre indígena. En el caso de Perón, como en muchos otros, la clase predominaba sobre otros rasgos y era la dimensión que “blanqueaba” al conjunto. Por supuesto que esto fue resultado de un esfuerzo y una labor de ocultamiento en función de poder acceder y ascender en la carrera militar.

La cuestión indígena no parecía estar ausente en Perón el propio 17 de octubre. Terminó su discurso diciendo: “Quiero, en esta oportunidad, como simple ciudadano, mezclado en esta masa sudorosa, estrechar profundamente a todos contra mi corazón, como lo podría hacer con mi madre”. Además, como ya hemos citado, dijo: “Esto es el pueblo sufriente que representa el dolor de la madre tierra, el que hemos de reivindicar”. Es interesante que en un discurso como este, que se conoce hace tanto tiempo, haya pasado desapercibida una ambivalencia que, a mi juicio, es relevante.[26]

La madre de Perón era hija de una tehuelche y un santiagueño de habla quechua. Perón aludió muy poco a ella en sus discursos y en los hechos, y en los años siguientes siempre se mantuvo apartado de esa rama de su familia. Perón era “mezclado” y durante su infancia patagónica había llegado a comprender un poco el tehuelche (ya “araucanizado”) que era la lengua de los peones (véase David, 2013: 22). Barreiro (2000) ha detallado los esfuerzos de Perón por ocultar su ascendencia indígena, que en el contexto del racismo predominante fue necesario cuando su carrera militar era sólo una aspiración. Además, debía ocultar que era “hijo natural”, algo muy mal visto en la época, ya que sus padres se habían casado después de su nacimiento.

Pero retornemos al discurso del 17 de octubre. El lector podría decirnos que la referencia a la "madre tierra" y a su propia "madre" no dan cuenta de modo contundente de ninguna referencia indígena. Que, en realidad, parece una mención ambigua y poco clara. Aquí creemos que radica una de las claves en el manejo de lo "indígena" en aquellos días. Se lo invisibiliza, a veces se lo cubre con sacos y gomina, otras veces se realizan alusiones ambivalentes.

Por eso, tampoco llama la atención la postura de Perón sobre la raza. En ocasión de un homenaje a Cervantes celebrado el "Día de la Raza", Perón refirió de modo específico a este concepto. El contexto era el de un homenaje a España y a su obra civilizadora en América; un reconocimiento de nuestra adhesión a la cultura occidental. Esto se contradice con aquello que tiempo atrás había sostenido, la idea de que lo criollo se opone a lo colonial. Es decir, en el marco de una matriz civilizatoria, cercana en aspectos clave a una versión hispanista de Sarmiento, reivindicando lo que hoy llamamos "la conquista", Perón dice:

> Para nosotros, la raza no es un concepto biológico. Para nosotros es algo puramente espiritual. Constituye una suma de imponderables que hace que nosotros seamos lo que somos [...]. Ella es la que nos aparta de caer en el remedo de otras comunidades, cuyas esencias son extrañas a la nuestra, pero a las que con cristiana caridad aspiramos comprender y respetamos. Para nosotros, la raza constituye nuestro sello personal indefinible e inconfundible (Perón, 1947: 7).

El punto que interesa es que "raza" no es biología, sino un "estilo de vida" (Perón, 1947: 8). El presidente de un país con múltiples colores de piel no desea imponer una jerarquía entre ellas, sino una homogeneidad. Esa homogeneidad no

podría ser el resultado de ninguna biología, sino de algo a la vez "indefinible e inconfundible". No es menor que sea "indefinible": así el propio presidente puede sentar las bases de esa pertenencia.

La escisión

La aparición de los inexistentes en la ciudad blanca constituyó un trauma para la sociedad establecida. ¿Setenta años después está en condiciones de repensar y comprender el papel decisivo del racismo en los acontecimientos políticos? Se trata de reflexionar sobre el racismo argentino que nos atraviesa, que nos hace como sociedad.

Hay hechos e interpretaciones de aquel 1945 que hacen que todavía hoy nos interpele una frase de John William Cooke: "El peronismo es el hecho maldito del país burgués". Porque el exorcismo ha consistido en inscribir al peronismo en un relato más abarcativo que establece continuidades en el proceso histórico argentino. En un libro muy importante, Acha y Quiroga (2012) retoman la noción de "hecho maldito" y despliegan una aguda crítica de la "normalización de la historiografía sobre el peronismo". Esa normalización implicaría la ubicación del peronismo en una narrativa de la democracia argentina. Así, su carácter reformista habilitaría los procesos paulatinos de ampliación de la ciudadanía, que habrían permitido alcanzar la ciudadanía social en términos de Marshall. En esa perspectiva el peronismo habría sido "distribuidor pero no disruptor" (Acha y Quiroga, 2012: 29).

¿Se produjo una plena integración política de las masas populares? Si esto hubiera sucedido, jamás se habría expropiado –como se hizo desde 1955– la ciudadanía política de los trabajadores a través de la proscripción del peronismo por dieciocho años. Si eso hubiera sucedido, en la clase política argentina, en el mundo empresarial y en el mundo académico, la heterogeneidad de rasgos fenotípicos e

identificaciones étnicas sería mucho mayor a la actual, que es casi nula.

"Peronistas" fue la categoría de identificación que más vertiginosamente crecería a partir de julio de 1945, asociada de distintos modos a la nacionalidad, lo criollo, los descamisados, los cabecitas negras, los obreros, los trabajadores, el pueblo. Setenta años después, con drásticos cambios de significado a lo largo de su historia, el término tiene plena vigencia. La sociogénesis de aquella palabra ha mostrado que en la institución de sus sentidos serían tan relevantes Perón y sus seguidores como sus adversarios. Estos últimos elaboraron vocablos cuyos sentidos fueron invertidos, como "descamisados", y utilizaron otros que establecerían una frontera que las principales enunciaciones peronistas no querrían traspasar.

La aparición pública de los inexistentes y su empoderamiento, sus diferencias estéticas que suponían desafíos a las jerarquías de clase, la combinación de su denigración con su triunfo electoral, convirtieron el peronismo en un hecho indigerible para el imaginario establecido. "Un hecho maldito", que amenazó con destruir la propia definición de la identidad social, porque mostró que la Argentina era más heterogénea que cualquier relato uniformizante.

Este capítulo podría verse, con justicia, como un intento de contribuir a evitar cualquier domesticación de los orígenes del peronismo. A nuestro juicio, son demasiados los elementos que el mundo cultural, político y académico hasta hoy no puede asimilar de aquel 17 de octubre. En primer lugar, el mentís que implicó sobre el imaginario europeísta. [27] En segundo lugar, aún hoy la cuestión de los "cabecitas negras" es indigerible, porque el imaginario racista aún no ha sido asumido ni se ha desplegado una política de Estado contra las nociones de "negro", "cabecita", "negro de alma" y

otras. En tercer lugar, las inversiones mencionadas no lograron una articulación no dicotómica en un modelo que incorpore las heterogeneidades argentinas. Es decir, no sólo es un problema el prejuicio hacia lo indígena o lo mestizo. También son simplificadas las visiones existentes acerca de las herencias europeas y las interacciones de esa multiplicidad.

Por último, pero no menos importante, el 17 de octubre es una metáfora de la ocupación por parte de los sectores populares de la vida social, los espacios públicos y, en los años posteriores, los espacios de ocio y consumo. Es decir, condensa en las imaginaciones hegemónicas una "igualdad intolerable", el derecho de los considerados inferiores a actuar radicalmente como si no lo fueran. Esto demuestra la falsedad de esa supuesta inferioridad y, por lo tanto, pone en evidencia la inestabilidad de las jerarquías.

La capacidad del peronismo de asociar su identidad política a la idea de pueblo y de nación se encuentra sin duda entre los motivos de su persistencia a lo largo del tiempo. Paradójicamente, en esa misma articulación se plantea a la vez su potencia y su limitación. Si resulta indiscutible que en febrero de 1946 y en los años sucesivos las grandes mayorías populares votaron y adhirieron con entusiasmo al peronismo, también resulta elocuente que cualquier cosa que haya sido la totalidad de la nación fue, sin duda, más compleja y siempre desbordó al peronismo. Esa distancia entre la parte mayoritaria y la totalidad estaría entonces, y no sólo entonces, en el epicentro de los dilemas de los modos de la imaginación de la representación política.

Incluso porque "su" racismo es "nuestro" racismo; tanto porque somos todos parte de una sola sociedad, como por el hecho de que los sentidos comunes y las hegemonías, lejos de ser "externalidades", son constitutivas y transversales. Cuando Gramsci aludía a la cultura popular como un

"conglomerado indigesto de fragmentos", podía leerse como una advertencia: si alguna vez alguien cree que sólo los antiperonistas dicen frases como "negros de mierda", bien valdría el estallido de las carcajadas.

Porque así como el peronismo es consecuencia del antiperonismo, lo inverso también es cierto. La configuración cultural argentina se organizó sobre esta nueva escisión, que rememoraba tantas otras anteriores. Y de ese modo, los múltiples significados del peronismo a lo largo de sus setenta y cinco años de historia aluden directa o indirectamente a esa hendidura y esa dicotomía. La emocionalidad, el rencor, la imposibilidad de reconocimiento, atravesaría las dinámicas políticas con una intensidad polarizante. La elección de 1946 no anuló esa tensión. Evitó, sí, el estallido de una violencia desenfrenada. Pero esa violencia se tomaría revancha e iniciaría una nueva época cuando sus bombas explotaron sobre cientos de cuerpos en la Plaza de Mayo una década más tarde. De estos acontecimientos y de lo que ocurrió después de esa masacre se ocupa el próximo capítulo.

---

[4] Véanse Torre (2012), James (2010) o Rein (2006), entre otros.

[5] Félix Luna señala que en los primeros meses del año 1945 "–y hasta varios meses después– ningún argentino osaba denominarse 'peronista'" (1971: 139). Pero menciona que, antes del acto de julio, los socialistas tenían problemas en el terreno sindical "con los núcleos que ya comenzaban a definirse como 'peronistas'" (1971: 71).

[6] Que Plaza Francia fuera el destino de esta movilización es sorprendente, ya que era y es una zona muy exclusiva de Buenos Aires.

[7] Como señala Acha, "la idea de Estado como agente unitario es una construcción histórica y es reciente; no es una categoría del entendimiento. Para los sectores populares sólo comenzó a ser inteligible en el nivel nacional con el primer peronismo" (2004: 202). Esta tesis permite comprender el 17 de octubre como una reacción ante la evidencia de que ese Estado, que recién aparecía en las vidas cotidianas de los trabajadores, podía volver a evaporarse.

[8] Para relatos y análisis de los sucesos del 17 de octubre, véanse Gambini (1971), Torre (1995a), Senén González y Lerman (2005).

[9] Luego Bunge de Gálvez y su marido, Manuel Gálvez, integraron la

minoritaria lista de intelectuales peronistas.

[10] Expresiones presentes en tres titulares: “Los auténticos trabajadores condenan los bochornosos sucesos de la semana pasada”, “Frente al pistolerismo, levantaremos nuestro coraje civil”, y “Los verdaderos hombres de trabajo inclinaban la cabeza, avergonzados”.

[11] Evelina Dagnino propuso la noción de “convergencia perversa” en alusión a la articulación que existió a fines de siglo XX entre una perspectiva supuestamente basada en valores de equidad con la política neoliberal como estrategia de cambio social. Aquí aplicamos este concepto a la convergencia de la postura antifascista, basada en valores democráticos, con visiones clasistas y racistas.

[12] Aún en 1999 el Indec difundía información inédita sobre el mismo censo respecto de la movilidad territorial de la población. En 1947, en Capital y el Gran Buenos Aires, entre el 40 y 50% de los argentinos tenían padres argentinos; el resto, padres extranjeros, o uno argentino y otro extranjero. Por lo tanto, el peronismo jamás podría haber triunfado en 1946 sin votos “tocados” por la “migración ultramarina”, sea esta “modernizadora” o no. En los barrios populares de la Capital, durante los años 1945-1955 “la nueva población se integró matrimonialmente con la preexistente, con una alta proporción de vínculos con extranjeros” (Acha, 2008).

[13] Véase Germani (1973: 591).

[14] Además, el analfabetismo y las zonas rurales del Conurbano presentan correlaciones negativas con el peronismo. Allí se mantuvo un apoyo a partidos tradicionales nucleados en la Unión Democrática.

[15] Sonia Álvarez señala que la categoría “migrantes internos” en realidad significaba “aindiados y no blancos” (2017).

[16] Aunque la edición del libro *Yrigoyen y Perón* es de 1972, este texto de Scalabrini Ortiz fue publicado originariamente en 1948. Esta diferencia de casi veinticinco años llevó a algunos historiadores a creer que la narración había sido escrita muchísimo tiempo después de los hechos.

[17] El 12 de julio fue el acto organizado por los sindicatos en respuesta al Manifiesto del Comercio y la Industria. El 10 de octubre, el acto para despedir a Perón al día siguiente de su renuncia a los cargos.

[18] La conceptualización de la lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia de Laclau (2005) resulta muy apropiada para analizar estos procesos. Evito, sin embargo, el término “populismo” porque se encuentra tan cargado de supuestos en distintos autores que, a mi juicio, lejos está de ser una cuestión teórica saldada.

[19] Ratier consideró su texto como autobiográfico (Guber, 1999: 109).

[20] La renovación de los estudios sobre peronismo en relación con los procesos culturales y de identificación, en particular James (2010), la nueva historia cultural (varios autores editados por Karush y Chamosa, 2010), la cuestión étnica y racial

investigada por Adamovsky (2012b, 2014), la reposición del carácter "disruptor" del peronismo como "hecho maldito" de Acha y Quiroga (2012), así como la renovación de los estudios antropológicos sobre la Argentina (sería injusto proponer nombres propios que sinteticen un proceso abarcativo), habilita e impulsa el argumento de este trabajo, tanto respecto del lugar de las categorías racializadas como de sus visibilidades académicas.

[21] Algunos cronistas sostienen que fue un recurso para ganar tiempo porque Perón no sabía muy bien qué decir. Esto puede ser verídico, pero no niega el hecho de que por el motivo que fuese se entonó el himno y no otra cosa.

[22] El discurso completo del 17 de octubre fue transcripto en los diarios y reproducido en innumerables publicaciones.

[23] Aunque este relato de Perelman es bastante conocido, cabe señalar que ha dado lugar a diferentes interpretaciones. Por ejemplo, en su análisis del sindicalismo, Hugo del Campo hace referencia al mismo relato y lo cita, pero saltea –deja entre paréntesis [...]– esta mención al "criollo" (Del Campo, 1983: 183). Es decir, mientras desde su perspectiva se trata de un detalle sin importancia, para nosotros en cambio es un dato relevante.

[24] Se trata de un tema que merece desarrollo para entender al antiperonismo. La idea de que Perón robó las leyes al Partido Socialista, difundida por dirigentes de ese partido, resultaba incoherente con la crítica de que esas leyes eran demagogia o algo despreciable. La reivindicación de la autoría intelectual era el síntoma de un cambio, pero ese cambio no perdía la modalidad de la denuncia.

[25] *El Mundo*, *La Nación* y *Clarín*, 9/8/1947.

[26] Dice De Ípola que ateniéndose al contenido lato del discurso "lo que en él aparece como más significativo es, justamente, su notoria insignificancia" (De Ípola, 1995: 131). Agrega que de tan abundantes en lugares comunes patrióticos y la mención sentimental a su madre, "las palabras de Perón parecían tan vacuas que sus mismos destinatarios se vieron compelidos a interrumpirlas", interrogando al orador acerca de "¿dónde estuvo?" (1995: 132). ¿Para quién resultan vacuas? Hay un viejo riesgo del análisis del discurso que, por otra parte, De Ípola fue pionero en señalar. Por los registros que existen, es probable que ninguno de los exaltados concurrentes calificara como vacuas aquellas palabras, sino todo lo contrario. La interpretación de que las preguntas de los asistentes son un resultado de la supuesta vacuidad del discurso es bastante inapropiada si consideramos que los famosos "diálogos" entre Perón (después también Evita) y la multitud se estaban inaugurando con esa pregunta, pero sólo para replicarse en tantos otros momentos decisivos.

[27] La vigencia actual de ese imaginario excede a este trabajo (véase Grimson, 2012).

3. 1956: apogeo y crisis de los antiperonismos

Hemos argumentado que 1945 dividió en dos partes el siglo XX. Una peculiaridad de la Argentina es que no fue la única fecha que marcó un antes y un después en su historia. Si 1976 fue, por supuesto, una de ellas, 1955 fue otra. La violencia que se evitó el 17 de octubre de 1945 estalló en 1955 en un episodio sin parangón: aviones de la Marina bombardearon la Plaza de Mayo y produjeron una masacre, con más de trescientos muertos y setecientos heridos.

No debemos procurar comprender el antiperonismo invirtiendo el método que nos permitió aproximarnos al peronismo, sino continuándolo. Es decir, trataremos de encontrar cómo y dónde se produce la improbable sutura de una heterogeneidad. En el capítulo anterior explicamos la "convergencia" entre antifascismo, perspectiva patronal y racismo civilizatorio en 1945, pero es necesario ir más allá. Porque el antiperonismo, como configuración de sensibilidades, pertenece a una tradición que lo antecede largamente: se trata de la tradición civilizatoria e iluminista que presupone que la condición de realización de la Argentina es la extirpación de la barbarie, sea a través de la educación, sea a través de la conquista. Bajo esta premisa, se desenvuelve una extensa e intensa emocionalidad contra los indios, el gauchaje y los caudillos, que se extenderá después contra los trabajadores y sectores populares. Es un tipo de sensibilidad porque aquellos autores o personas que pueden *pensarlos* como seres humanos no consiguen *sentirlos* como iguales. Su sensibilidad se encuentra perturbada por la vestimenta, las formas de hablar, las comidas o las acciones políticas de los sectores populares. Incluso las visiones pietistas y las prácticas de beneficencia se sostienen en el presupuesto de que no se trata de seres humanos iguales.

De esta manera, el antipopulismo como ideología se confunde con lo antipopular como configuración de sensibilidades. Esa sutura produce setenta años de antiperonismo. Sin embargo, este nunca pierde del todo su heterogeneidad, que lo vuelve inestable a través del tiempo. Aparece como un bloque homogéneo en momentos clave de batallas políticas, como el caso de 1955.

Así como la historia argentina no se puede comprender sin captar los significados del peronismo, tampoco es posible hacerlo sin entender los antiperonismos. Porque si bien en las ilusiones del peronismo es recurrente su identificación con la nación y con el pueblo, fuera del cual sólo quedaría un reducto oligárquico y cipayo, no se puede negar que el antiperonismo realmente existente ha representado por décadas un porcentaje muy alto de la sociedad argentina. Nunca menor a un tercio de los votos en cualquier elección, el antiperonismo se ubicó por lo general alrededor del 40% de las urnas y obtuvo en algunas situaciones más de la mitad de los sufragios.

Aunque no representara más que ese porcentaje, lo cierto es que no se conocen países con oligarquías de ese tamaño. Así, el antiperonismo expresa el carácter inexorablemente plural de una sociedad nacional que se ha negado una y otra vez a percibirse como tal. Si el peronismo y el antiperonismo sólo existen en esa relación de antinomia, es porque ambos conviven en ella. Los peronistas, cuya autopercepción podría llevarlos –y a veces los ha llevado– a creerse una mayoría natural (hasta 1983 estuvieron convencidos de que nunca podrían perder una elección sin proscripciones), sin embargo, cuentan con una frase en su repertorio que indica que en el fondo son conscientes de que no son una mayoría automática: “Sin el peronismo no se puede, con el peronismo no alcanza”.[28] Es decir, no alcanza para vencer, de allí su pretensión “frentista”. De ahí también las diferentes formas

de identificación en las que el PJ aparece como instrumento de un “movimiento peronista” que lo excede y que a su vez es la vertiente principal de un más amplio “movimiento nacional y popular”.

Desde ya, en ciertas argumentaciones peronistas ese peso electoral del antiperonismo es interpretado como consecuencia de un poder económico y político, y del poder de los medios de comunicación. Si así fuera, cuando tales condiciones de poder no existieran, el antiperonismo debería notar una reducción en su caudal electoral. Pero eso no ha sucedido ni en el peronismo clásico ni en el kirchnerismo. Incluso Perón manifestó que triunfó en las elecciones de 1946 con los medios de comunicación en su contra y fue derrocado en 1955 con los medios de comunicación a su favor.

En realidad, a diferencia de lo que el peronismo y el antiperonismo han imaginado tantas veces los unos para los otros, esto es, a sus adversarios como un error y un problema coyuntural, el caso es que la sociedad argentina es constitutivamente plural. Es decir, resulta imposible describir el desarrollo de las últimas siete décadas y difícil imaginar un futuro cercano sin incluir tanto al peronismo como al antiperonismo. No se trata de una cuestión menor: si el adversario fuera un problema que va a extinguirse, las ilusiones de ocupar el conjunto del espacio político cobrarían alta intensidad. Si, por el contrario, el adversario fuera parte constitutiva de una sociedad plural, la intensidad se daría en el terreno de la disputa política por constituir mayorías. Resulta sencillo comprender que sólo en el segundo caso tiene lugar una vida plural y democrática.

Hemos indicado que el peronismo no sería lo que es sin el antiperonismo. Por esas cosas del lenguaje, parecería que el segundo nació de una reacción ante el primero. Sin embargo, la matriz de una Argentina europea, blanca y “civilizada” fue

fundacional del proyecto nacional en el siglo XIX. Eso marcó a fuego un límite para el tipo de horizonte político, económico y cultural al que las élites argentinas apuntaban. A pesar de excepciones y brechas, las cuales no podré detenerme a analizar aquí, hubo una línea de continuidad contundente. Esa nación europea y blanca se concebía y se diseñaba sobre el imaginario de una sociedad homogénea. Por lo tanto, "lo otro" de la "civilización" –la barbarie, lo bajo, lo popular– podía tener diferentes destinos: ser exterminado, ser incorporado a través de dispositivos educativos o, cuando ambas alternativas fracasaban, ser excluido.

Ese proyecto de exclusión tambaleó en diferentes momentos de la historia, especialmente en 1916 y en los años posteriores, hasta que se tornó por completo inviable con la industrialización y la urbanización posteriores a la crisis de 1930. En lugar de rediseñar el proyecto hegemónico a partir de la inmensa transformación socioeconómica que se produjo en el país, en las élites predominó un profundo desconocimiento y rechazo hacia la creciente presencia de los sectores obreros y populares en la escena política. En cambio, el plan político y económico de los coroneles vinculados a Perón proponía un capitalismo con mayor protagonismo estatal, que reconocía la existencia de esta población trabajadora excluida.

En la etapa inicial, Perón buscó que su proyecto de conciliación y arbitraje fuera aceptado por sectores de la élite económica y por sectores de la Unión Cívica Radical. [29] El rechazo rotundo por parte de los principales poderes económicos y de los partidos políticos tradicionales supuso un cambio de rumbo. La estrategia de Perón sería inviable excepto que se apoyara en los trabajadores y las organizaciones obreras en mucha mayor medida de que lo inicialmente había planeado. Es por eso que el peronismo es

el resultado de la combinación de las iniciativas de Perón, la negativa de los sectores tradicionales y la respuesta masiva de los trabajadores. Así las cosas, tratar de comprender el peronismo principalmente a través de los discursos o el pensamiento de Perón resulta insuficiente. El peronismo es complejo porque no es la consecuencia mecánica de un plan, sino que es el resultado imprevisto de esta relación histórica, con un protagonismo popular inesperado para cualquier proyecto. Si la resistencia inicial contra las medidas de Perón había ido *in crescendo*, la irrupción política de los trabajadores generó una reacción aún mayor. Y cuando el peronismo se instituyó como gobierno y las nuevas condiciones económicas extendieron la presencia popular en espacios antes exclusivos de la sociedad establecida, la reacción se intensificó aún más en términos culturales.

El parto

Desde 1945, el primer parto del antiperonismo fue la peronización de los trabajadores aquel año (tema que desarrollamos en el capítulo dos). Su segundo parto fue la peronización de amplios sectores de las clases medias y su radicalización política, cuyos primeros síntomas se remontan a 1956. Pero mientras el primero ocurrió en el vértigo de unos pocos meses, el segundo se dio en fases sucesivas. Comenzó con el distanciamiento de sectores medios e intelectuales respecto del gobierno de Aramburu en 1956 y el posterior acercamiento a Frondizi. Los años sesenta fueron el escenario de diversas radicalizaciones influidas por las revoluciones cubana y china y el Mayo Francés. La peronización de sectores medios y su confluencia con el movimiento obrero peronista fueron la condición para el nuevo triunfo político de Perón en 1973. Pero esa peronización se había iniciado con una ruptura en el antiperonismo que se remonta a 1956 y en la que nos detendremos aquí.

En 1955, desde el punto de vista de los vencedores, nada había para interpretar o comprender acerca del fenómeno peronista. Su única "verdad" habría sido convertir el país en una cárcel, como insinuó Victoria Ocampo. Por lo demás, se había tratado de una enorme falsificación, una "ilusión cómica", en palabras de Borges. "Hubo dos historias", escribió en la famosa revista *Sur*:

> Una, de índole criminal, hecha de cárceles, torturas, prostituciones, robos, muertes e incendios; otra de carácter escénico, hecha de necesidades y fábulas para consumo de patanes.

Esa concepción implicaba una noción antipluralista, que no concebía la existencia de un sector peronista de la población. La supuesta adhesión popular al peronismo sólo podía explicarse como consecuencia de la corrupción o la manipulación. Nada más alejado en esta perspectiva de las diferencias políticas que constituyen los conflictos de las democracias. La desperonización era para ellos sinónimo de desnazificación. Es decir, el peronismo debía ser eliminado. En el número que la revista *Sur* dedica al peronismo inmediatamente después de su derrocamiento, no hay lugar para el análisis reflexivo ni la compresión, sino para la denuncia y la ironía. A fines de 1955 muchos intelectuales comparaban a Perón con Hitler, tal como habían hecho diez años antes.

En la política real, esto se tradujo en la extensa proscripción, así como en la persecución, el encarcelamiento y los fusilamientos de opositores. La Revolución Libertadora no pretendió nunca liberar al país del autoritarismo, sino librarlo del peronismo a través de recursos característicos de toda dictadura (como la ilegalización) y de la inauguración de un tipo de violencia política insólita para la época. Por eso, el frente único antiperonista se desequilibró en pocos

meses y se resquebrajó, lo que abrió una fase de intensa inestabilidad institucional.

En septiembre de 1955 buena parte de los sectores medios apoyaron el derrocamiento de Perón y eran antiperonistas. El escenario se agudizó un año después con un sector relevante que se sentía tan alejado del coronel como del gobierno.

El antiperonismo como configuración de sensibilidad

Las heterogeneidades del antiperonismo se condensan en tradiciones ideológicas y partidarias, que resultan a su vez de formas de imaginar la argentinidad, de sensibilidades variadas y arraigadas.

El papel de estas pasiones fue detectado de manera temprana por el historiador y político Milcíades Peña. En un análisis sin duda polémico acerca del giro económico de Perón en sus últimos años, este autor señala que para 1955, incluso si no hubiera habido insalvables diferencias de política económica, "densos núcleos de las clases dominantes habrían de conservar intacta una pasión política antiperonista que sólo podría satisfacerse con el derrocamiento de Perón" (1965: 17). Aquí hay dos cuestiones cruciales. La primera es que la pasión política es una fuerza tan relevante como los cálculos de intereses (y a veces más relevante). La segunda se aplica a cualquier escenario hipotético de configuraciones dicotómicas exacerbadas. Cuando la división cultural y política es irreversible, cualquier giro ortodoxo en la política oficial no reduce el odio de la oposición, ya que esa pasión no está sustentada en análisis de ese tipo. Una situación de fragilidad y ajuste tenderá más a reducir los apoyos que a modificar la intensidad de las oposiciones.[30]

Para captar las pasiones del antiperonismo es conveniente recalar en el concepto de estructura de sentimiento, que

fuera planteado por Raymond Williams. Esta noción apunta a formas vividas de percepción y sensibilidad, que no pueden ser derivadas de esquemas ideológicos o políticos. La potencia de esta idea radica en que las estructuras de sentimiento, aunque más difusas que una ideología, resultan tanto o más eficaces como guías para la acción: son aquello que genera atracción o repulsa, que oponen lo bello a lo espantoso, pero no en el plano de lo normativo o del gran libro, sino en las vidas reales de las personas. Williams planteaba que las "estructuras del sentir" eran una hipótesis cultural. En estudios sobre el peronismo y sobre la Argentina (entre otros, véanse James, 2010; Carassai, 2015) la hipótesis se confirma. Sin embargo, tales corroboraciones no siempre tienen el peso específico de la palabra "estructura". Por ello, preferimos aludir a "configuraciones" de sensibilidades.

Si bien esas sensibilidades y sentimientos tienen ciertas líneas de fuerza especialmente potentes, a diferencia de los sistemas ideológicos con relativa coherencia interna presentan aspectos contradictorios y articulables. El clasismo y el racismo pueden estructurar una sociedad con analogías con las sociedades de casta, que son sistemas rígidos en los que hay una estratificación jerárquica por la cual cada miembro pertenece a un estamento según su nacimiento, y resulta imposible cambiar de posición. Esto era propio de la sociedad colonial. Sin embargo, la estratificación jerárquica, con ciertas posibilidades de movilidad ascendente y descendente, persiste hasta hoy. Las chances de movilidad social ascendente fueron muy importantes en la Argentina previa al peronismo, pero en esa época predominaba la característica de que la mayor parte de la sociedad estaba excluida de los derechos políticos, del acceso a ciertos espacios de la ciudad o a la educación secundaria. El "hecho maldito del país burgués"

implicaba que la aparición de las masas en la escena política y social desafiara esa jerarquía.

Por su parte, el racismo es una sensibilidad que genera, como mostramos en el capítulo dos, un desprecio hacia aquellos considerados seres inferiores, ajenos al universo de la razón, guiados brutalmente por sentimientos. Como estudió De Imaz a fines de la década del cincuenta, ese racismo era claro en las clases acomodadas. Y, de hecho, persiste hasta hoy. De modo paradójico, este racismo no atiende razones ni argumentos y se encuentra, como acusa a sus víctimas, él mismo guiado de manera cruel por sentimientos, en este caso de superioridad.

Evita condensaba en su persona diversas dimensiones de ese odio, acrecentado asimismo por el machismo. Mujer, plebeya, recién llegada, oradora, reivindicadora de "los grasitas" y "descamisados", acicate de las jerarquías establecidas.

> La burguesía argentina odiaba intensamente a esta plebeya advenediza que se encumbraba despotricando con ella, y ofreciéndola al odio de la chusma. ¿Qué podían hacer las damas aristocráticas para obligar a sus sirvientas a guardar las distancias, si la poderosa esposa del Presidente predicaba con el ejemplo que era patriótico insultar a los patrones? (Peña, 1965: 13).

Tibor Mende, un periodista francés que visitó la Argentina en 1951, ha dejado un testimonio de esa rabia impotente que alimentaba la burguesía contra Evita. Allí donde el desprecio de clase y de género se atizaba con el hecho de su migración interna o de ser hija "natural", más aún se enardecía en la dinámica de la confrontación política en la que reina tanto el odio como el temor. Las clases populares, en cambio, veían en Evita todo lo contrario. Mende afirmó que "los trabajadores argentinos se sienten

orgullosos de ver a su Cenicienta colectiva suntuosamente ataviada y cuajada de brillantes" (Mende, 1956: 172). Agrega que el encanto y la feminidad de Evita merecen un estudio sociológico. Y pregunta por qué habría Evita de resistirse "a dar una lección a la aristocracia arrogante y estúpida que la vejó y la insultó en el momento en que ella creía haber encontrado su verdadera vocación" (1956: 174).

Desdén, rabia, odio. Monseñor Gustavo Franceschi diez años antes había detectado que el problema principal del antiperonismo era el odio. El 8 de noviembre de 1945 escribió sobre esta cuestión en la nota principal de la revista *Criterio*, de orientación católica. Tras afirmar que no tenía ninguna intención partidaria, Franceschi distinguía la antipatía del odio. Mientras la antipatía hacia otra persona provocada por su modo de expresarse, tendencia política o raza, es espontánea, el odio es voluntario, consciente, implica desear un mal para el otro y conlleva un pecado. Más grave aún se torna la antipatía cuando tiene motivos de índole pública y política, y se convierte en odio. Cada uno tiene derecho a defender a su grupo, "*pero cuidando de no confundir la justicia con el interés*, cosa fácil por demás, que convierte al agredido en agresor" (Franceschi, 1945: 439; destacado en el original). Si el odio "se generaliza en una sociedad, si son categorías enteras de ciudadanos las que se vuelven así unas contras otras", la colectividad dividida perecerá (1945: 440). Más allá de que el propio Franceschi fue cambiando de visiones y posiciones, su análisis captó cuestiones clave.

Durante algunos años ese odio parecía haber menguado, pero sólo estaba aguardando el momento para retornar vigorosamente. La muerte de Evita fue celebrada con júbilo por sus detractores. En los muros de Buenos Aires se escribió la expresión "Viva el cáncer". Y ese mismo clima estalló en 1955:

> Los templos se transformaron en comités políticos, las procesiones religiosas en ardientes manifestaciones antiperonistas. Las calles céntricas de Buenos Aires revivían los días de 1945. Señoras soberbiamente vestidas salían enardecidas de las misas de las once para enfrentar valerosamente a la policía, y para corear el grito de guerra de la muy cristiana oposición: "Perón, Perón ¡Muera!" (Peña, 1965: 18).

En medio de esos sentimientos se encontraba en estado latente el temor ante la conflictividad social. Por ejemplo, en el manifiesto de fundación del Partido Demócrata Cristiano en la Argentina –proceso que estuvo ligado al enfrentamiento entre Perón y la Iglesia católica que se inició en 1954– se establecía que no podía tolerarse la "agudización artificial de la lucha de clases" y la "desconfianza de los desposeídos en la buena fe de los demás". Se trataba de un rechazo análogo al manifiesto de junio de 1945 acerca de la excesiva conflictividad y el rencor. Pero (y este es un rasgo del antiperonismo) no se hacía mención alguna al rencor de los poseedores.

El vértigo del golpe

En 1955, los hechos se sucedieron una vez más de manera vertiginosa. El 12 de junio hubo una inmensa movilización antiperonista con la bandera del Vaticano. Unas doscientas mil personas asistieron a la procesión de Corpus Christi, que había sido prohibida por el gobierno. El 14 de junio la CGT realizó una huelga general. El 16 de junio, la aviación naval bombardeó la Plaza de Mayo y la Casa de Gobierno con el objetivo de asesinar a Perón. La CGT ordenó movilizarse a Plaza de Mayo. A las 15.30 y a las 17 la aviación naval volvió a bombardear y produjo una masacre con más de trescientos cincuenta civiles muertos.

> Las terrazas de los barrios residenciales se erizaban

> de aplausos para los aviadores. [...] La ferocidad puesta en el ametrallamiento y el bombardeo mútiles de las concentraciones de trabajadores desarmados fue un anuncio, meridianamente claro, de los métodos democráticos con que se pensaba liquidar el peronismo (Peña, 1965: 19).

A las 18 el Ejército, que permanecía leal a Perón, controló las bases rebeldes.

El 16 de junio, entre los dos apoyos con los cuales aún contaba Perón, esto es, la CGT y el Ejército, la primera salió debilitada, y el segundo, fortalecido. Perón postergó las elecciones para la Asamblea Constituyente que se había convocado para “separar la Iglesia del Estado” y redujo de manera drástica las restricciones a la libertad de prensa. Los medios radiales y gráficos pudieron informar sobre la oposición, y los partidos hicieron uso de la radio.

Mientras tanto, la planificación del golpe se delineaba rápidamente. El 31 de agosto Perón ofreció su renuncia a la CGT y esta convocó a una movilización a Plaza de Mayo para rechazarla. Allí, el propio Perón, que deseaba evitar a costa de su gobierno la hipótesis de milicias obreras, afirmó furioso que “por cada uno de los nuestros que caiga, caerán cinco de los de ellos”. No resultaba una amenaza útil para organizar a los obreros movilizados, aunque sí para enardecer el odio antiperonista.

El 16 de septiembre los rebeldes iniciaron el golpe definitivo. Su triunfo nunca pudo ser explicado por una superioridad militar de los sediciosos (Horowitz, 2015). En ese plano, según Peña, los rebeldes no habían debilitado a los “leales”, pero “habían derrotado su lealtad” (1965: 21). Por su parte, la CGT había resuelto que si Perón era derribado, la organización respondería con una huelga general. Sin embargo, una vez que Perón renunció y escapó,

los dirigentes sindicales pidieron a los obreros que guardaran calma.

Fueron meses cruciales para la historia argentina. ¿Qué habría ocurrido si Perón hubiera armado milicias obreras para combatir? Sin duda, se habría iniciado una guerra civil, tal vez de varios años de duración. Pero es imposible conocer su desenlace: ¿habría finalizado con una derrota histórica, catastrófica para la clase obrera, de la cual le habría costado décadas recomponerse? O por el contrario, ¿habría terminado en su triunfo, con el aniquilamiento del antiperonismo, seguramente la expropiación de medios de producción claves, mayor poder obrero y un proceso más profundo o revolucionario de cambio social?

Ahora, si es legítimo preguntarse quién podría haberse impuesto en una contienda en la que Perón y la CGT estuvieran unidos, sin Perón la derrota estaba asegurada y habría sido calamitosa. Criticar a la CGT por no haber concretado la huelga general después de la renuncia de Perón es criticar a alguien por no haber cometido suicidio. La famosa resistencia peronista va a tener la relevancia que tuvo porque el revés político de 1955 sólo devino derrota social unos años más tarde.

Las restricciones a las libertades en el peronismo

Para que un estudio sobre el peronismo no caiga en la propia grieta que debe analizar, es perentorio señalar que en varios momentos Perón alimentó el antiperonismo. El peronismo clásico tuvo diversas facetas. Legislación social para los trabajadores y educación católica obligatoria en las escuelas. Acceso cada vez más amplio a la vivienda y la vida urbana, y restricciones a las libertades públicas. Y así podríamos enumerar otras medidas. Se trataba de un gobierno orientado a la "justicia social" con claros rasgos autoritarios. Lo cual no significa en absoluto que fuera totalitario, de hecho no lo era. Distintas decisiones lo

confirman, como por ejemplo que la oposición participó en todos los procesos electorales, incluyendo la elección de vicepresidente en 1954 tras la muerte de Hortensio Quijano, en la que el peronismo se impuso por amplia mayoría.

Es tan cierto afirmar que en toda la década peronista clásica hubo elecciones como que en los últimos años se incrementaron los rasgos autoritarios del gobierno, con cierre de diarios, persecución y presos políticos. El antiperonismo fortaleció entonces su identidad democrática por contraposición. Pero se pueden sostener dos argumentos que morigeran esta idea: era una época en la que existían muy escasas democracias plenas en el mundo y, por otro lado, cuando la oposición gobernó, reveló que los rasgos autoritarios del primer peronismo no eran nada comparados con aquello que los "democráticos" estaban dispuestos a implementar. Sin embargo, comprender las implicancias de los rasgos autoritarios del peronismo es imprescindible para entender las bases sociales del antiperonismo.

Ahora bien, el derrocamiento de Perón en 1955 fue también la consecuencia de una derrota política del primer peronismo. No tanto debido a problemas económicos, como a la acumulación de problemas o desaciertos en la construcción política. No me refiero sólo a las medidas criticables desde otra época histórica, sino a acciones que restringían o reducían la capacidad hegemónica del peronismo.

En ese sentido, y a sabiendas de los riesgos de criticar con los valores de hoy las medidas tomadas hace setenta años, resulta claro que las limitaciones en el uso de la palabra, de la libertad de prensa, así como el carácter represivo, no ampliaban las bases de sustento del peronismo, y por el contrario, las reducían. La idea de que el gobierno podía tener un éxito político por el desafuero del entonces jefe de la bancada de diputados radicales, Ricardo Balbín; el

supuesto de que conseguiría algo con la obstaculización a las campañas electorales de los opositores, o con las restricciones políticas a las universidades son el resultado de una mirada que no consideró las complejidades y las relaciones de fuerza. Durante un acto de la CGT en Plaza de Mayo, en abril de 1953, grupos de la oposición hicieron estallar dos bombas que provocaron seis muertos y decenas de heridos. En respuesta a este acto criminal se organizó la famosa quema del Jockey Club y también de varios locales de partidos opositores, incluyendo la destrucción de la biblioteca con mayor documentación sobre la historia del movimiento obrero, en la llamada Casa del Pueblo del Partido Socialista. A partir de 1954 se inició el enfrentamiento entre Perón y la Iglesia, que se agudizaría cada vez más. En la clásica lectura que sólo contempla la dimensión "izquierda-derecha", tanto la ley de divorcio como el proyecto de separación de la Iglesia del Estado siempre son reivindicadas por los sectores progresistas. En el contexto específico en que tuvo lugar ese conflicto, sin embargo, es muy claro que tales determinaciones afectaron seriamente la capacidad hegemónica del gobierno, ya que no sólo un sector muy poderoso quedó marcado como adversario, sino que importantes sectores que apoyaban a Perón (por ejemplo, en el Ejército) se vieron cuestionados en su identidad católica con larga tradición.

De hecho, para la historiografía del peronismo, no queda claro el origen y el nivel que alcanzó la confrontación. En la revisión más exhaustiva, Acha y Quiroga (2012) plantean la pregunta acerca de los motivos que dieron inicio a aquellos sucesos. No porque desconozcan las principales hipótesis, sino porque a la distancia ninguna resulta convincente. ¿Acaso si no se hubiera enfrentado con la Iglesia Perón habría permanecido en el gobierno varios años más? Posteriormente, Gerchunoff (2018) recurre a la ficción para

intentar recomponer esos procesos. Se trata de una ficción que no falsea los límites de la bibliografía sobre el tema y pretende mantenerse dentro de ese terreno. Sin embargo, el propio proyecto muestra que Gerchunoff necesita imaginar cómo pensaba Perón para poder ofrecer una explicación de 1955.

El antiperonismo se alimentó de todas esas medidas que debilitaban la capacidad hegemónica peronista. A la vez, representó otros procesos: por ejemplo, "el odio despertado por Eva Perón y su obra social, donde los opositores acérrimos jamás distinguieron entre el afecto popular y los excesos propagandísticos" (Ciria, 1983: 30). Por un lado, era criticable que *La razón de mi vida* fuera lectura obligatoria en las escuelas. Pero más impacto tuvo para la historia argentina que el antiperonismo nunca entendiera la relevancia de la actividad social de Eva Perón. Jamás comprendió los sentimientos que despertaba en las clases populares. Así, se fue moldeando la idea dicotómica del peronismo como justicia social y del antiperonismo como abanderado de la democracia.

¿Qué podían pensar los miles de beneficiarios de las acciones de Evita cuando escuchaban las brutales críticas contra ella? ¿Qué podían pensar los trabajadores cuando Perón era atacado? El antiperonismo no hacía mella porque, si por un lado la publicidad oficial exageraba (y lejos estuvo de ser un caso único en la historia argentina), por el otro, la oposición consideraba sin más que el peronismo era el mal endemoniado del país. Existía una distancia abismal entre la publicidad oficial que llevaba a niveles absurdos el papel de Perón (o el gobierno que se extralimitaba con la idea de colocar su nombre y el de Eva a dos provincias argentinas), y la oposición que nunca pudo siquiera comprender qué representaba el peronismo.

El antiperonismo gobernó la Argentina a partir de 1955.

Los peronistas tienen extensos argumentos para explicar por qué 1945-1955 fue un gobierno con justicia social. Sin embargo, los antiperonistas no pueden afirmar que entre 1955 y 1973 hubo plena democracia. Perón no pudo regresar al país hasta 1972 (cuando volvió por primera vez, sólo por unos días). Si bien, como hemos señalado, su gobierno había restringido las libertades y había llegado incluso a tener presos políticos, una barrera permaneció infranqueable: Perón jamás mandó a fusilar a un enemigo. Cuando el general retirado Luciano Benjamín Menéndez fue juzgado por el intento de golpe de Estado de 1951, hubo un pedido de fusilamiento por "traición a la patria", pero la decisión del tribunal fue condenarlo a varios años de cárcel. En cambio, los antiperonistas cometieron un asesinato masivo antes de asumir el gobierno, en el bombardeo a la Plaza de Mayo en 1955. Cuando finalmente derrocaron a Perón, proscribieron el peronismo de la vida política durante dieciocho años, lo cual puede ser considerado, con razón, como una de las peores tragedias políticas que sufrió la Argentina antes de 1976, junto con el bombardeo y el fusilamiento de peronistas en 1956.

En sólo un año, asesinatos y masacres de por medio, el antiperonismo fue cuantitativa y cualitativamente más violento que el peronismo. Así como cualitativamente más antidemocrático. Todo esto iba acompañado de ataques constantes a los derechos de los trabajadores, y de la imposición de un programa de redistribución de la riqueza completamente regresivo.

Tal panorama se vincula asimismo a un distanciamiento entre el proyecto de Perón y el peronismo clásico. Perón quería ubicarse por encima de los conflictos de clases y generar un proyecto nacional con amplio consenso o unanimidad por parte de los sectores políticos argentinos. Pero nada de esto sucedió. Las disputas sociales, las

demandas obreras y las reacciones patronales en su conjunto no permitieron la construcción de un acuerdo en el “justo medio”. Ante la retirada y oposición patronal, el peronismo en 1945 debía respaldarse en los obreros o evaporarse. Y antes de que pudiera terminar de resolver, fueron los obreros quienes decidieron.

Tampoco en el gobierno de Perón podía haber consenso cultural. Porque existía una amplia Argentina católica que no sólo había respaldado a Perón hasta 1954, sino que tenía un papel protagónico en muchas provincias. Además, porque las universidades “liberales” habían sido epicentro de la movilización contra Perón. Así, su gobierno generó innumerables tensiones, injusticias y faltas de libertades en los claustros. Y fue ahí donde encontró uno de los límites derivados de sus propias políticas respecto de las clases medias ilustradas.

Más allá de lecturas jurídicas o éticas, en términos políticos los triunfos electorales de Perón eran muy amplios. Pero ya sea que hubiera continuado ganando en los comicios o perdido una votación presidencial, nada habría sido mejor para la historia argentina que haber dirimido electoralmente las diferencias políticas.

Los antiperonismos

Han existido diversos antiperonismos. El primero, que cuajó en la Unión Democrática, fue el que se enfrentó a Perón en la elección de 1946, con plena confianza en su triunfo. La derrota electoral cambió para siempre al antiperonismo. Como habitualmente sucede en el auge de los populismos clásicos, al antipopulismo le resulta difícil construir un programa político que interpelara a las mayorías. En los márgenes en los que Perón les permitía hacer política electoral, muy estrechos por aquellos años, el antiperonismo no conseguía elaborar una alternativa atractiva para los votantes, algo que se atribuía, desde ya, a

la “tiranía” peronista, y los convencía de ser los auténticos demócratas.

El segundo antiperonismo protagonizó el golpe de 1955, pero con la finalidad de establecer un marco muy específico: la idea de que el conflicto no había dejado “ni vencedores ni vencidos”. Se pretendía replicar así la frase histórica de Urquiza después de la batalla de Caseros en 1952, cuando derrotó a Rosas y buscó establecer la paz. El proyecto nacionalista y católico de Lonardi fue la propuesta de reconciliación bajo una nueva hegemonía. En este sentido, el triunfo de Lonardi, paradójicamente, sólo se consideraba a sí mismo viable si lograba imponer concordia.

El camino que se proyectó no fue un antiperonismo militante, persecutorio, represivo, brutal. Por el contrario, se buscó negociar con los sindicatos y construir acuerdos. Sin embargo, en pocas semanas ese plan devino inviable, aunque no por las pretensiones de Lonardi ni por la predisposición de un sector amplio de la dirigencia obrera. Lonardi había cometido un error de cálculo: el antiperonismo militante era incontrolable para su gobierno. Arrasaba con sindicatos y locales, amenazando al mismo tiempo a los trabajadores y a sus líderes. Los comandos civiles, la ocupación de los sindicatos y la ofensiva patronal en los lugares de trabajo plasmaron una venganza en el plano microsociológico, en cada fábrica, en cada espacio laboral, donde los trabajadores empezaron a defenderse por su propia cuenta y los dirigentes sindicales se vieron desbordados. Aunque estuvieran dispuestos a llegar a algún consenso, resultó imposible. Durante el breve gobierno de Lonardi, como sugiere James, la jefatura sindical peronista de ningún modo tuvo las manos libres para obrar como mejor le pareciera. La acérrima resistencia que la militancia de base presentó en contra del golpe a Perón, y la dura respuesta que encontró del otro lado, contribuyeron a determinar cómo se

desenvolvieron los acontecimientos en aquellos meses. En los hechos, en la base de la sociedad existía una polarización no sólo de ideas, sino también emocional y física, era un antagonismo tan profundo que acabó rápidamente con el plan de concordia. En opinión de “los liberales”, Lonardi hacía demasiadas concesiones.

El fracaso de su gobierno fue producto de la potencia política del antiperonismo recalcitrante. En las estructuras de poder, en el Ejército, la Marina y en la mayoría de los partidos antiperonistas no había lugar para negociaciones y acuerdos de ningún tipo. Mientras Lonardi intentaba pactar con los dirigentes sindicales, la prepotencia antiperonista había conquistado una parte militante de la sociedad civil. Los vencedores avanzaban con un *nunca más* sobre los vencidos.

Bajo este escenario se generaron las condiciones para la hegemonía de un tercer antiperonismo, esta vez encabezado por Aramburu y con un nuevo objetivo: extirpar la “aberración”. Así se inició una potente avanzada patronal a la cual los obreros intentaron resistir con huelgas. El gobierno, por su parte, respondió con represión en aumento y con arrestos a muchos dirigentes sindicales. Dos ejes del plan económico, la productividad y a la racionalización del trabajo, serían recurrentes en las décadas venideras. El encarcelamiento de estos líderes hizo que la oposición de las bases se volviera mucho más espontánea, instintiva, confusa, acéfala, en términos de James. La resistencia obrera, lejos de verse liquidada, buscó otras vías de supervivencia, por lo que surgieron nuevos dirigentes a nivel de la base e incluso en posiciones intermedias. Uno de los rasgos clave del tercer antiperonismo fue la desarticulación de la máxima dirección sindical, resolución que no volvería a ocurrir en experiencias posteriores, en las cuales los grupos de poder preferirán en todo caso liquidar a las comisiones internas, como en 1976.

Surgió, entonces, el problema electoral. El primer antiperonismo, que se autodenominó “democrático”, terminó aceptando el resultado de la votación de 1946. Pero el tercero sólo convocó a elecciones con absoluta proscripción del peronismo, por lo que nunca lo enfrentó en las urnas. La cuestión ya se insinuaba problemática en 1956, cuando se comenzó a llamar a elecciones en los sindicatos y en la mayoría volvieron a ganar los peronistas. Ante el temor de que las elecciones libres llevaran al triunfo a viejos dirigentes, el gobierno decidió anularlas.

1955 abrió una etapa de antiperonismo recalcitrante, virulento. Nada sería igual en la historia argentina después de esos acontecimientos. Los logros sociales de los primeros años del peronismo clásico fueron tan relevantes como la forma específica que adquirió este antiperonismo para producir un rasgo decisivo de la cultura política argentina: la identidad peronista sería el epicentro de nuestra vida política durante décadas. La paradoja es que el golpe antiperonista de 1955 se proponía exactamente lo contrario de lo que consiguió, con lo cual cabría como caso extremo en la teoría sociológica de Weber que planteaba la posibilidad de “consecuencias no deseadas de la acción”. Su objetivo explícito y traducido a una serie de medidas era “desperonizar” el país, pero el resultado que lograron no sólo se desvió de esa meta, sino que fue el opuesto.

Al revisar en retrospectiva estos objetivos y estrategias resulta muy evidente que tales acciones no podían llevar en la dirección deseada. Se podría decir que este es un rasgo más general de la cultura política argentina: los principios que definen la propia identidad pueden aceptar “excepciones” para todas las coyunturas y casos necesarios. Ese fuerte pragmatismo y coyunturalismo extrañamente produce que los actores duden de aquello que consideran principios y convicciones, como si funcionaran en un nivel

de abstracción tan elevado que no necesitaran rebajarse a la aplicación a los casos concretos.

Esto otorga una relevancia particular a la noción de lo "realmente existente".[31] Más allá de las opiniones que puedan suscitar las proclamas democráticas y republicanas del movimiento antiperonista, lo que interesa comprender es cómo funcionó el antiperonismo realmente existente.

Era una fuerza que tenía un problema básico: había llegado para instaurar la *democracia*, pero no podía llamar a elecciones libres. Esa paradoja se sostuvo durante casi tres años, bastante más del tiempo necesario para convocarlas. El motivo era el temor a enfrentarse a un dilema lógico: haber dado un golpe de Estado para instaurar una democracia y que las elecciones las ganara de nuevo el derrocado peronismo. La "solución" fue la proscripción del peronismo, es decir, la renuncia a la libertad y a las elecciones libres.

No fue "sólo" la proscripción electoral. El Decreto 4161 de marzo de 1956 prohibió pronunciar el nombre de Perón, de Eva, o cualquier referencia al peronismo. Quien violara esta reglamentación podía tener una pena de prisión entre treinta días y seis años y quedaba inhabilitado para desempeñar cargos públicos. La "desperonización" de la sociedad argentina incluía juzgar a Perón por traición a la patria y someterlo a distintos juicios penales. Se proscribió a todos los líderes peronistas y se prohibió desarrollar actividad gremial a todos los dirigentes que habían actuado en la CGT desde 1952. También se disolvieron las comisiones internas, entre muchas otras medidas "democráticas". En 1956 se produjeron los fusilamientos de decenas de opositores. Lejos de cualquier idea de democracia, los antiperonistas alcanzaron niveles de violencia que eran imposibles de imaginar hasta entonces. Se presentaban como protagonistas de la liberación contra los nazis, cuando resulta bastante claro de qué querían liberarse

en verdad: de la libre expresión y la voluntad popular. Como si todo esto fuera poco, robaron el cadáver de Eva Perón.

Es muy adecuada la metáfora de Horowitz, quien afirma que la Revolución Libertadora terminó en 1973. Más allá de ciertas variaciones relevantes, hasta ese entonces el Estado se regía por un mismo proyecto: construir un país sin peronismo. Podemos señalar algunas diferencias entre los dos presidentes que fueron elegidos por el voto en esos dieciocho años de proscripción, es decir, Arturo Frondizi y Arturo Illia. Ambos habilitaron algunas formas de participación electoral del peronismo. En el caso de Frondizi, esta concesión le costó su derrocamiento, porque el peronismo ganó la provincia de Buenos Aires. Evidentemente, sea por diferencias al interior del antiperonismo, o por una cuestión de relaciones de fuerza, había algo insostenible en la proscripción completa del peronismo. Sólo los golpes de Estado podían garantizarla.

¿No podían acaso los antiperonistas percibir la evidente contradicción entre lo que decían y lo que hacían? Claro que podía haber algunos hipócritas, pero se trataba de un problema más profundo. La misma idea que guió la interpretación del 17 de octubre –esto es, que la irrupción de las voces populares era tan detestable como lo era para Occidente el nazismo– produjo una escisión. Hubo quienes permanecieron incólumes a los diez años de peronismo y en 1955 pensaban igual que en 1945. Sin embargo, la toma de poder por parte del antiperonismo realmente existente mantuvo a sus fieles, pero también produjo otras visiones y sensibilidades.

Antiperonistas en crisis

En cuestión de meses, 1955 reveló que existían diferentes antiperonismos, y por eso abrió un nuevo derrotero para las interpretaciones sobre el peronismo. Hasta el 16 de septiembre de 1955, el antiperonismo parecía uno solo: “los

democráticos”. Imposible, por ello, encontrar antiperonistas que admitieran su implicancia en los bombardeos a la Plaza de Mayo de junio de 1955. Por su magnitud y su simbología fue el hecho inaugural de otra etapa de la violencia política en la Argentina. También era imposible encontrar antiperonistas que se mofaran del nombre que recibió la dictadura que se impuso en septiembre: la “Revolución Libertadora”.

Ahora bien, las acciones políticas del antiperonismo generaron rápidamente controversias. En 1956 cobraron estado público debates con personalidades tan diferentes como Mario Amadeo, Ernesto Sabato y Gino Germani, quienes de manera temprana percibieron que el camino escogido producía consecuencias muy distintas a las proclamadas. Esto es relevante porque es distinto que la perspectiva histórica permita comprender las paradojas del antiperonismo a que en aquel momento personalidades “insospechadas” de peronismo señalaran algunos de esos problemas.

Las diferencias entre antiperonismos fueron evidentes y atravesaron el debate intelectual. Amadeo, canciller de Lonardi, publicó uno de los libros que abriría el debate, titulado *Ayer, hoy y mañana,* en el que planteaba que había cuatro antiperonismos. Uno era el más conservador, que consideraba el peronismo como un hecho pasajero, una enfermedad, una fiebre que con unas aspirinas (el golpe) se había resuelto. Este sector, encabezado por Aramburu, expresaría la incomprensión más radicalizada y extrema, que no intentaría ninguna reflexión sobre el peronismo y procedería directamente a procurar su extirpación.

La segunda variante también era conservadora, pero no creía que el peronismo fuera un mal pasajero, sino un problema persistente. La controversia era si se trataba de un fenómeno superficial o profundo, un pequeño desvío en la

historia argentina o una falla grave de la sociedad. Para esta segunda visión, el peronismo era la consecuencia de la manipulación de los bajos instintos de la plebe.

En tercer lugar estaba la izquierda liberal, que tenía puntos de convergencia muy fuertes con el sector conservador, en el sentido de que creía que ese "cáncer" podía resolverse a través de la educación, de la civilización. Para Amadeo, finalmente, un cuarto sector antiperonista era la izquierda antiliberal, es decir una izquierda que apoyaba los procesos redistributivos pero rechazaba la figura y la conducción de Perón.

Podríamos sumar en último lugar la posición del propio Amadeo, vinculada al nacionalismo católico, que apuntaba a desplegar un proyecto para superar al peronismo, cautivar a las masas y, en todo caso, desperonizar, pero no por la vía de la civilización ni de la represión, sino a través de la seducción y la inclusión. Es decir, una estrategia guiada por un lema que rezara: "Ni vencedores ni vencidos, ustedes son parte".

Así queda enunciado un problema que recorre la historia argentina. La incapacidad de los gobiernos antiperonistas o no peronistas de elaborar un proyecto económico social más conveniente para los trabajadores que el del peronismo. Ya veremos las expresiones de los antiperonistas, frustrados con los resultados concretos de la "Libertadora". Y su fracaso hasta 1983 para establecer un gobierno más democrático, surgido de elecciones libres. Por eso, cuando el plan económico y político de Aramburu se erigió con claridad, el antiperonismo sufrió una escisión.

El liberalismo realmente existente

Así, el apoyo al gobierno de Aramburu se resquebrajó en 1956. No en el sentido de tornar viables las ilusiones de Perón y de Cooke de una insurrección que devolviera el poder al peronismo. Perón regresaría muchos años después

y sin ninguna insurrección. Lo que sucedió en 1956 fue que la heterogénea oposición al peronismo antes de 1955 se encontró ante el gobierno de los antiperonistas más furibundos. Ni sus bombardeos, impunes para siempre, ni la "desperonización" que negaba los derechos políticos de todos los peronistas, ni la represión eran medidas que podían ser apoyadas por todos los sectores. Como sucedió otras veces, intelectuales que se oponían por muchas razones al peronismo descubrieron de pronto que, desde su punto de vista, había algo "tan malo" o "incluso mucho peor".

En términos políticos, hay cuatro consecuencias principales de la enorme frustración que generó tanto la Revolución Libertadora corta (1955-1958) como la larga (hasta 1973). La primera fue el triunfo de Frondizi en 1958 con el voto peronista. La segunda fue la creciente peronización de las clases medias durante fines de los sesenta y principios de los setenta. La tercera fue el regreso de Perón.

La cuarta consecuencia fue la más perdurable de todas. Con las políticas represivas, de persecución y ajuste, la Revolución Libertadora provocó una transformación de los significados del peronismo para amplios sectores de la población. Si Perón y el peronismo en el gobierno habían hecho mérito para pasar a la historia, paradójicamente, el gobierno del antiperonismo recalcitrante terminó colaborando para que así fuera. El peronismo se destacaba en comparación con sus sucesores y de esta manera devino la identidad política más relevante de la Argentina. Con gran ironía, sintetizó el propio Perón: "No es que nosotros seamos tan buenos, sino que los demás son peores".

En el mundo intelectual, los años 1955, 1956 y 1957 fueron escenario de una explosión de publicaciones relevantes sobre el peronismo: *Sur*, la revista *Contorno,* libros de

Martínez Estrada y Sabato. Abelardo Ramos y Jauretche publicaron algunas de sus principales obras en esos años. La revista *Sur* elaboró un número que planteaba, con bastante uniformidad, un rechazo brutal hacia el peronismo. Cerrado, claro y contundente, este tipo de posturas no daba lugar a preguntas acerca de por qué había surgido el peronismo, qué fue lo que habían hecho los no peronistas para que el peronismo existiera, qué era el "pueblo" argentino o por qué este había elegido esa opción. No se interrogaban sobre cuestión alguna, sobre los errores, sobre lo que ellos mismos no percibían.

En algunos casos tal posición inflexible podría ceder levemente. Pero en Borges, jamás. El más extraordinario de nuestros escritores nunca se hizo preguntas ni cuestionamientos. Jorge Luis Borges, para cuyas ficciones no alcanzan los elogios, puede haber entendido todo menos el peronismo. Simplemente, él creía conocer todas las respuestas. Pero en realidad carecía de preguntas. Todas las cosas del universo podían centrarse y reflejarse en el Aleph, a excepción del peronismo. Pero esa cerrazón política que arrastró a Borges a tristes enredos, por decirlo de alguna forma, no caracterizaba al conjunto del campo intelectual. Muy temprano se abrió allí una crisis, un impulso destinado a comprender que tuvo resultados diversos. No sólo las explicaciones tradicionales parecían tergiversadas, sino que eran el fundamento de una política (la del gobierno) que algunos intelectuales no podían compartir.

Esta franja gris es difícil de percibir porque en la lectura política argentina, siempre marcada por una fuerte dicotomía, tienden a ser fácilmente ubicados en uno u otro extremo. Pero al poco tiempo del derrocamiento de Perón comenzaría la divisoria de aguas. El *Informe preliminar acerca de la situación económica* de Raúl Prebisch, elaborado en octubre de 1955 para el gobierno militar, que planteaba

medidas devaluatorias que implicarían –decía el documento– un alza de precios internos que afectaría a artículos de consumo popular, fue duramente cuestionado por Jauretche. Entre los partidos que apoyaban el derrocamiento, Oscar Alende planteó su preocupación por los planes de austeridad y los sacrificios de los asalariados, más aún si eso significaba establecer un "Estado gendarme". Alende reclamaba que el movimiento triunfante fuera una revolución popular para demostrar que "la democracia es superior a la dictadura", es decir, que ese gobierno dejara claro "que por este sistema se hace más factible la felicidad del pueblo que por los sistemas dictatoriales" (cit. en Altamirano, 2012: 73).

¿Palabras vacías? No, palabras que describen la postura de un fragmento de los antiperonistas que deseaba –pero no pudo– mostrar a los ciudadanos que sería más beneficiosa la "democracia", aun basada en la proscripción. Como Mario Amadeo, que aludía a "ese vasto sector de la población argentina que puso sus esperanzas en la figura que dio su nombre al régimen caído y que, a pesar de sus errores y sus culpas, le sigue siendo fiel". Porque esa masa, continuaba, "está crispada y resentida" (1956: 89). Y señalaba que el "éxito o el fracaso del intento de unir al país depende, en buena medida, de cómo se interprete el hecho peronista" (1956: 91).

Malestar y ruptura

De maneras muy distintas, Ernesto Sabato, Rodolfo Walsh, Ezequiel Martínez Estrada, Gino Germani y también los intelectuales nucleados en la revista *Contorno* dieron cuenta de un malestar que revelaba una erosión de los apoyos a la dictadura. En 1956, Martínez Estrada había publicado un apresurado libro sobre el peronismo, titulado *¿Qué es esto?* En enero de 1956 fue un éxito de ventas. Pero es muy dudoso que ese volumen pudiera llegar a imprenta

después de que Aramburu reemplazara a Lonardi en el gobierno. Y menos aún que su autor pudiera comprender la implicancia de ese viraje. De resultas, el libro hace más hincapié en el antiperonismo de lo que quizás el propio Martínez Estrada hubiera querido en el mes de marzo, y ciertamente a fines de 1956.

> Fue leído, en su tiempo, como alegato inmisericorde en contra del gobierno peronista, un equívoco que se le adosó al libro para siempre, a pesar de que poco tiempo después Martínez Estrada reconsideraría algo más benévolamente a Perón, una vez que sus sucesores le terminaron por parecer mucho peores, por sus intenciones y por su ineficacia, y también por necios y falsos (Ferrer, 2014: 283).

En medio de párrafos que parecían escritos una década antes, porque repetían antiguos clisés sobre el movimiento fiel a Perón, Martínez Estrada dejaba entrever un dilema: el peronismo

> reveló a los argentinos la existencia de algunos miembros indeseables de la familia, pero que eran primos y hermanos nuestros [...] Nos dieron miedo y debieron darnos compasión; pensamos que deberíamos pedir desalojo por la fuerza pública en vez de hallarles instalaciones decorosas en las habitaciones y no en el corral (Martínez Estrada, 2005).

El "nosotros" y el "argentinos" es aquí bien complicado; pero el problema es transparente. Diez años después de 1945, otra vez había quienes soñaban con el corral y el desalojo. Es lamentable que no se tildara de indeseables a quienes defendían estructuras jerárquicas. Pero ya comenzaba a interpretarse tímidamente que el peronismo

era también un fruto de esa incomprensión del antiperonismo.

De hecho, Borges no se enoja con Martínez Estrada por el libro, sino por sus declaraciones en marzo de ese año, en Montevideo, en las que supuestamente defiende a Perón. Allí donde Borges veía "patanes", Martínez Estrada veía un pueblo y se preguntaba por sus motivos. Y, además, Martínez Estrada comenzó a percibir la retórica liberal de 1956 casi como un fraude. "Cada vez que a mi pueblo se lo ha sacado de un establo ha sido para meterlo en una pocilga. Es nuestra vieja costumbre de estancieros la de tratarlo como rebaño" (cit. en Ferrer, 2014: 331). Y declara con contundencia: "Señores acusadores, Perón ha sido un gobernante superior a vosotros" (2014: 333). Borges y Martínez Estrada expresaron en 1956 dos formas opuestas de los antiperonismos. Mientras el segundo se iba distanciando cada vez más de las acciones del gobierno y se planteaba nuevos interrogantes sobre el peronismo, Borges devino un defensor inclaudicable del gobierno militar. Llegó a describirlo como "la gloria de la patria" y después de los fusilamientos de José León Suárez comentó: "Hay que hacer lo que es justo hacer". Reprobó la actitud de Martínez Estrada por elogiar indirectamente a Perón. Martínez Estrada, por su parte, crítico desde el inicio en la integración de intelectuales al nuevo gobierno, fue implacable: lo incluyó entre los "turiferarios a sueldo", por su puesto de director de la Biblioteca Nacional, profesor de la UBA, además de Premio Nacional de Literatura y miembro de número de la Academia Argentina de Letras (Ferrer, 2014: 337).

Por otro lado, Ernesto Sabato fue nombrado interventor de la revista *Mundo Argentino* por la dictadura de 1955. Al año siguiente denunció las torturas a militantes obreros y debió renunciar a su cargo. También en 1956 publicó, como

respuesta al libro de Mario Amadeo, *El otro rostro del peronismo*, en el que se lee una famosa anécdota:

> Aquella noche de setiembre de 1955, mientras los doctores, hacendados y escritores festejábamos ruidosamente en la sala la caída del tirano, en un rincón de la antecocina vi cómo las dos indias que allí trabajaban tenían los ojos empapados de lágrimas. Y aunque en todos aquellos años yo había meditado en la trágica dualidad que escindía al pueblo argentino, en ese momento se me apareció en su forma más conmovedora. Pues ¿qué más nítida caracterización del drama de nuestra patria que aquella doble escena casi ejemplar? Muchos millones de desposeídos y de trabajadores derramaban lágrimas en aquellos instantes, para ellos duros y sombríos. Grandes multitudes de compatriotas humildes estaban simbolizadas en aquellas dos muchachas indígenas que lloraban en una cocina de Salta.

Había algo radicalmente incomprendido en el peronismo y el solo hecho de formular la pregunta por sus significados para los sectores humildes era considerado un sacrilegio por parte de los antiperonistas recalcitrantes. El relato de esta anécdota abre un problema análogo al que inquietó a Martínez Estrada. Se hace presente un malestar por la distancia abrumadora que los separaba del sentir de los sectores populares, ilustrado por el contraste entre el brindis alto y el llanto bajo, metáfora de esa escisión jerárquica de clase, a la vez étnica y territorial.

Por eso, la decisión de Sabato de publicar las denuncias contra la represión política no es sólo ética, sino también política. Desde su punto de vista, no sería a través de la tortura y de la violación de los derechos el modo en el que habría que derrotar políticamente al peronismo. En una

carta abierta al presidente de la República, el general Aramburu, Sabato acusaba: "Los valores éticos que habían dado justificación a la Revolución Libertadora estaban a punto de malograrse provocando una nueva frustración colectiva". Según sus reflexiones, el peronismo había hecho emerger de manera lamentable y mala una verdad histórica reprimida. Había una verdad en el peronismo y era necesario entender su otro rostro para poder dar una respuesta.

Gino Germani expresó con elocuencia esta crisis al interior de los antiperonismos. Si bien estaba convencido de que el peronismo era un fenómeno totalitario, cuando publicó su texto en 1956 resulta clara su intención de interpelar a las nuevas autoridades. Leído en su contexto, el artículo de Germani es un intento por persuadir a los antiperonistas de que para "desperonizar" al pueblo había que otorgarle beneficios y dignidad (esta última en un sentido material y simbólico) iguales o mayores a los que les había otorgado el peronismo:

> La llamada "desperonización" de la masa de las clases populares argentinas constituye un problema muy distinto. Por un lado, se trata innegablemente de un problema de educación e información; por el otro, este solo aspecto sería completamente insuficiente. Lo que se precisa a este respecto no reside de ningún modo en un *cambio de mentalidad, sino en ofrecer a la acción política de esas masas un cambio de posibilidades que les permitan alcanzar sus objetivos "reales"* [...]. Tal acción debe poder ofrecer a partir de los aspectos más inmediatos de su vida y de sus intereses: el trabajo y los problemas conexos. No puede hablarse en el caso de las clases populares argentinas de una "impermeabilidad a la experiencia"; mas la oportunidad de una experiencia

> positiva debe colocarse *realmente* al alcance de sus posibilidades actuales. Y esto depende no sólo de la política social del gobierno, sino también de la orientación de los partidos políticos y, además (y muy especialmente), del comportamiento de la clase empresaria y sus agentes (Germani, 1962: 252).

Se esbozaba allí el programa político de una "desperonización" que no fuera antiobrera. Pero la Revolución Libertadora estuvo lejos de aplicar esta estrategia en su sentido extenso, ya que incluso los planes industrializadores postergaban "el tiempo social" y apelaban a la represión. Sin dudas el malestar de Germani no va más allá, no llega a explicar las razones e implicancias de esa desperonización fracasada. En este punto, los "democráticos" no alcanzaban a vislumbrar que el antiperonismo, al igual que el peronismo, estaba constituido por una heterogeneidad ideológica para la que tampoco servía la visión del mundo en términos de "izquierda" y "derecha".

La pregunta recurrente es por qué el peronismo persistió a lo largo de las décadas. La primera respuesta es por lo que implicaron las dictaduras para definir, en los hechos históricos, *lo otro* realmente existente del peronismo. La segunda respuesta es que cuando podemos encontrar casos diferentes, gobiernos no peronistas democráticos, los condicionamientos económicos, de las Fuerzas Armadas y el dogmatismo del antiperonismo recalcitrante los tornaron inviables. Por supuesto, se ha objetado de manera extensa que lo que los tornó inviable fue el sindicalismo. Pero eso no es más que seguir argumentando, en contra de la propuesta de Gino Germani, desde un antiperonismo antiobrero.

La pregunta contrafáctica es si, más allá de las diferencias entre figuras como Amadeo, Sabato o Germani, era posible una política distinta. Para que eso sucediera, era necesario contar con recursos económicos que permitieran mejorar las

condiciones de vida de la población. Pero había un problema: la Revolución Libertadora venía a reducir el poder adquisitivo de los trabajadores, su influjo en la fábrica y su capacidad de organización sindical. En cierto sentido, más allá de su habilidad de artífice que logró un éxito electoral increíble, Frondizi intentó desplegar un proyecto de industrialización con inversiones extranjeras y, a partir de ahí, dar pie a un proceso de desarrollo que en su hipótesis podía hacer viables otros escenarios. Sólo que este programa implicaba a su vez el incremento tanto cuantitativo como cualitativo de la clase obrera industrial. Y eso no podía convertirse (eventualmente) en un apoyo electoral sustentable hasta "pasar el invierno", como dijo su ministro de Economía, Álvaro Alsogaray. Es así que el aumento de la conflictividad laboral se tradujo en el involucramiento de las Fuerzas Armadas en la represión contra los trabajadores a través del Plan Conintes, que estuvo vigente hasta 1961.

Son esas frustraciones las que dieron lugar a procesos que tomaron una dirección contraria a la pretendida "desperonización del pueblo". El resultado fue el acercamiento de intelectuales al peronismo –o directamente su peronización– (véanse Altamirano, 2012; Neiburg, 1998). En ese sentido, el número de la revista *Contorno* publicado en julio de 1956 fue otro síntoma de ese fenómeno. Los jóvenes intelectuales reunidos en esa revista –León Rozitchner, David e Ismael Viñas, Oscar Masotta y Noé Jitrik, entre otros– necesitaban revisar su propio antiperonismo ante la brecha que se abría con el gobierno de la Revolución Libertadora y ante la evidencia de una masa obrera peronista. "Entre el proletariado y nosotros hay un abismo", dirá Rozitchner con dolor.[32] La política y la cartografía del nuevo gobierno no generaba otra cosa que rechazo en estos intelectuales con amplias lecturas marxistas y sartreanas. "Estamos seguros de ganar muy poco

asignando por decreto la maldad intrínseca un régimen salvo, eso sí, justificar todas las maldades del régimen que lo ha seguido”, escribe Masotta. Aquí se insinúa una crítica de gran relevancia: el maniqueísmo, que no es propiedad exclusiva del antiperonismo. En esa misma clave, Halperín Donghi cuestionaba la identificación del peronismo con el fascismo.

Allí radica el desafío de *Contorno*. Hay sólo una cosa más importante que cuestionar el peronismo, y es que ese cuestionamiento pueda confundirse con el que realiza la burguesía y el liberalismo. El procedimiento, que hizo escuela, consiste en separar a la clase obrera de Perón, a la vez que recorrer un camino autocrítico. Ese es el desplazamiento intelectual que condensa *Contorno*. Entre todos sus programas, se destaca una frase de Rozitchner, que tuvo escasa repercusión práctica: “El pensamiento que quiera comprender el fenómeno del peronismo de las masas debe entonces comenzar por quebrar su situación formal, la perspectiva ‘humanista’, y ver el mundo como ellos lo ven”. Es la postulación de un giro que hoy llamaríamos antropológico. Y que sin embargo permanece, incluso hoy, inacabado.

Los rasgos centrales del antiperonismo

El antiperonismo recalcitrante, el que afirmaba que Perón era nazi, que era un tirano, que sus seguidores eran pobres analfabetos, el que apoyaba abiertamente la proscripción, siempre fue una potente minoría. Si hubiera sido mayoría, habría ganado una elección sin proscripciones. Si no hubiera tenido potencia, no habría gobernado. Para esto supo tejer alianzas y articulaciones con sectores no peronistas. Pero no es lo mismo la variedad de no peronismos que la variedad de antiperonismos.

La vida del antiperonismo es tan extensa como la del peronismo. Nace con él y se extiende hasta la actualidad. En

primer lugar, el antiperonismo se basa en el europeísmo que considera que las alternativas políticas ideales se encuentran en el viejo continente (sea la socialdemocracia, la democracia cristiana, el liberalismo u otras variantes) y cree que lo que sucede en Europa organiza la interpretación de los conflictos que se dan en el resto del mundo. De allí que el parto del antiperonismo fueran las palabras "nazismo" y "fascismo".

El segundo rasgo de todo el antiperonismo es su liberalismo, que coloca los valores del individuo por sobre la sociedad. Según este liberalismo, no todos los seres humanos nacen iguales, por lo cual para adquirir ciertos derechos hay que tener educación o una formación civil, o cualquier otro medio. En el siglo XIX, las leyes de varios países excluían del voto no sólo a las mujeres, sino a "los negros", a los analfabetos, y en muchas partes del mundo sólo podían votar quienes eran "propietarios". Aunque esas leyes fueron abolidas paulatinamente, la noción básica de que hay individuos que tienen más valor que otros perduró en el tiempo.

> El liberalismo argentino, desde sus comienzos, ha tenido una profunda desconfianza respecto de la capacidad del pueblo para autogobernarse, lo que ha comprometido más que en otros sitios su apego a la democracia e incluso al Estado de Derecho. Prominentes políticos e intelectuales liberales apoyaron la interrupción del orden constitucional en repetidas oportunidades (Adamovsky, 2017: 89).

Entre sus características distintivas, el liberalismo argentino cuenta con el antipluralismo. No promueve la convivencia con sus adversarios políticos, sino que incita a su extirpación a través de combinatorias de persecución judicial, represión y proscripción. Lo otro del liberalismo es acusado en reiteradas ocasiones de "irracionalidad".

Esto nos lleva a su tercer rasgo, que es la defensa de ciertas jerarquías. Sin embargo, esta dimensión se ha suavizado en las últimas décadas, si comparamos con la Argentina de 1945, en la que predominaban fuertes atributos de una sociedad jerárquica, incluso aspectos de castas, con mecanismos de inclusión y exclusión. Setenta años después las cosas han cambiado, pero no lo suficiente: en nuestro país se sigue afirmando que "aquí no hay negros", pero también que "todos los pobres son negros", "todos los peronistas son negros", "todos los sindicalistas son negros", que las marchas populares son "protestas de negros". Esto refleja la idea de que los seguidores de los sindicatos o los partidos opositores al liberalismo carecerían de voluntad propia: asisten a manifestaciones porque los llevan, porque les pagan, o por "el choripán y la Coca Cola". Quienes afirman esto creen que, cuando ellos mismos toman una decisión, se trata de una acción racional y voluntaria, pero no opinan que quienes piensan y sienten diferente sean igualmente racionales.

El cuarto rasgo del antiperonismo es que combina la racionalidad con la emocionalidad. Tanto en 1945 como en 1955 los sentimientos de odio y la rabia fueron muy frecuentes. En ese sentido, es interesante considerar una definición muy habitual pronunciada por los peronistas: "El peronismo es un sentimiento". Debe señalarse que el antiperonismo también es un sentimiento. O, si se prefiere, en términos más conceptuales puede decirse que es una "estructura de sentimiento". Un sentimiento de superioridad social respecto de los peronistas, acompañado de clasismo y racismo. Un sentimiento de frustración ante los triunfos peronistas. Un sentimiento de aprensión ante los avances políticos del peronismo, que se traducen en acusaciones de autoritarismo y dictadura. ¿Acaso no hubo medidas o rasgos autoritarios en gobiernos peronistas? Sí, pero el misterio es

por qué a los antiperonistas no les genera el mismo temor el autoritarismo o la corrupción de los antiperonistas. Su miedo y rechazo no se dirige entonces al autoritarismo en sí, sino sólo a las acciones peronistas que ellos perciben e interpretan de esa manera.

El quinto rasgo del antiperonismo es su binarismo. Esta característica la comparte con el peronismo, en el sentido de que la Argentina ha constituido una disputa política dicotómica, desplegada en términos de identidades más que de ideas. Así como es relevante interrogarse acerca de la persistencia de ciertos aspectos del peronismo, la misma pregunta debiera hacerse respecto de las características del antiperonismo.

Esa combinación de un pluralismo político sin peronismo y esa dicotomización nos permite sostener que el sexto rasgo del antiperonismo es su belicosidad. Las apelaciones discursivas a la idea de enemigo terminan dando lugar a una gran contradicción lógica: defender el pluralismo soñando con proscripciones.

Ismael Viñas, en ese número de *Contorno*, fue uno de los primeros "no peronistas" que realizó una caracterización del antiperonismo. ¿Desde qué perspectiva? Para Viñas, el peronismo supo captar el sentido revolucionario de las masas, pero lo convirtió en mero símbolo y argumenta que esa teatralización ha vaciado la fuerza revolucionaria del proletariado. La Revolución Libertadora, por su parte, sólo ha conformado a sectores de la alta y pequeña burguesía, que vieron en el peronismo "el ataque contra sus intereses materiales o contra sus valores jerárquicos nacionales". Así, critica a los grupos "progresistas" por apoyar a la Revolución Libertadora. Los conceptos de "chusma" y "descamisados" expresan los prejuicios heredados del repertorio aristocrático. La burguesía constituyó la oposición y enarboló un lenguaje de la "inmoralidad

peronista”, denunciando la corrupción de sus funcionarios. Aunque, según Viñas, esa corrupción era cierta, los argumentos eran deshonestos: “Así, un enriquecimiento que le parece moral, lícito cuando es practicado por particulares [...] se convertía en crimen cuando lo practicaban otros –en especial funcionarios públicos–” (*Contorno*, edición fascimilar, p. 234).

En este texto Viñas señala aspectos centrales del antiperonismo: su visión jerárquica, su clasismo, la defensa de intereses minoritarios, su doble estándar (rasgo que sorprendentemente aún perdura).

Estamos analizando la configuración de una percepción y una sensibilidad antiperonista persistente a lo largo de las décadas, de carácter relacional, que se ha convertido en sentido común. Con momentos de indiferencia, momentos de encierro, momentos de rabia, momentos de odio (véase Carassai, 2015). Con circunstancias que la han favorecido y otras que le han jugado en contra de su crecimiento, su despliegue y su intensidad. Coyunturas minoritarias y mayoritarias.

Las múltiples facetas del antiperonismo generan circunstancias de retroceso y de expansión. Su irritabilidad depende en parte de los protagonismos populares que desprecia, de presencias del Estado que le resultan agobiantes, de cambios sociales que percibe como pérdidas de poder, del acicateo de los discursos que respeta, sean políticos, intelectuales o periodísticos. Pero también depende de las consecuencias económicas y políticas de los propios gobiernos antiperonistas. Y, por último, pero no menos importante, de los discursos y prácticas de los dirigentes del peronismo que pueden tender a incrementar la polarización o procurar neutralizarla, aprovechando las brechas de los diversos antiperonismos.

El peronismo no comprende al antiperonismo, así como

este tampoco entiende al primero. En primer lugar, porque ambos existen como minorías relevantes que todo indica, bajo una u otra forma, que seguirán teniendo un peso importante en la sociedad argentina. Mientras ambos aspiren a vivir en una sociedad sin sus respectivos adversarios políticos, algunas de sus estrategias siempre resultarán fallidas. En ciertos contextos, cada uno tiene chances de reducir el peso de sus competidores, pero no de eliminarlos por completo, porque esa oposición expresa a una porción significativa de la sociedad argentina.

Tanto peronistas como antiperonistas tienden a ver al otro como una entidad altamente homogénea, pese a que en realidad se trata de dos formaciones heterogéneas. Esa visión uniformizante impulsa un modo de confrontación que una y otra vez se revela incapaz de dar sustentabilidad a alguno de esos proyectos. El carácter cíclico de la política argentina deriva en buena medida de esa situación de "empate" en términos de relaciones de fuerza en el mediano plazo (véase Portantiero, 1963). Ese empate implica que ninguno de los proyectos logra perdurar en el tiempo.

El antiperonismo tropezó una y otra vez con el resurgimiento del peronismo. Para comprender por qué, es necesario entender qué era el peronismo para los sectores populares. Y aquí intervienen las diferentes interpretaciones y sus implicancias políticas. Si, como sostenía la visión clasista y racista, el peronismo era el producto de la barbarie y la falta de educación, no se logra entender por qué dieciocho años de "educación" antiperonista terminaron en el triunfo electoral de Cámpora. Si se concibe que el peronismo, en cambio, era pura racionalidad instrumental de los obreros, que lo apoyaban porque en él encontraban beneficios, se llega a la conclusión de que el antiperonismo no consiguió desarrollar en dieciocho años un solo plan económico que no implicara afectar regresivamente la

distribución. Sin embargo, si ese hubiera sido el problema, podría haber surgido una alternativa laborista o socialdemócrata desperonizada. Eso indica que la idea de que el peronismo también (además de racionalidad) implicaba un sentimiento de dignidad y de pertenencia generó que se percibieran como equivalentes los ataques a Perón, a los sindicatos, a las conquistas obreras. Esas equivalencias tan potentes en el plano simbólico (que es un plano constitutivo de la realidad) permiten comprender por qué el antiperonismo, en 1973, constata el fracaso de su proyecto político, que se resume en el retorno de Perón al país.

---

[28] En el nivel de la conducción más cercano a Perón, este problema estuvo presente en la elección presidencial de 1973. Lanusse había impuesto la cláusula del ballotage suponiendo que el peronismo y sus aliados no alcanzarían el 50%. Algunos dirigentes máximos creían que Oscar Alende acompañaría a la candidatura peronista. Cuando formaron la Alianza Popular Revolucionaria, pensaron que era casi imposible evitar el ballotage. La candidatura del Frejuli, que encabezaba Héctor Cámpora, quedó décimas debajo del 50% y la UCR, con Ricardo Balbín como candidato, renunció a un ballotage inútil.

[29] Véase el discurso de Perón ante la Bolsa de Comercio el 25/8/1944.

[30] En un libro reciente y desde una óptica historiográfica opuesta, Gerchunoff (2018) también sostiene que el giro económico de Perón no redujo la oposición antiperonista.

[31] Esta fórmula nació en referencia a los países soviéticos que supuestamente fundaban su existencia en ideales socialistas. Aunque sus principales enemigos eran potencias imperialistas y anticomunistas, muchas críticas también se fueron desarrollando a partir de la distancia entre sus ideales proclamados y sus realidades sociopolíticas. Así, una cosa era la crítica a los ideales socialistas, y otra, la crítica a los socialismos realmente existentes.

[32] Todas las referencias de *Contorno* remiten al nº 7-8, publicado en julio de 1956.

4. Perón y los jóvenes Montoneros

El choque entre el ala ortodoxa y el ala izquierda del peronismo

Dos asesinatos políticos, con resultados e impactos opuestos, son acontecimientos clave para comprender la historia de Montoneros. El 29 de mayo de 1970, un grupo detuvo en su propio departamento al general Pedro Eugenio Aramburu. Lo trasladó a una estancia cercana al pueblo bonaerense de Timote, lo sometió a un "juicio del pueblo", lo sentenció a muerte y lo ejecutó. Cada uno de estos hechos fue acompañado de una acción propagandística. Con la destacada notoriedad que le dio el asesinato de un expresidente surgió Montoneros a la vida pública. El 25 de septiembre de 1973, dos días después del triunfo electoral de Perón, el secretario general de la CGT, José Ignacio Rucci, fue asesinado al salir de su casa en el barrio porteño de Flores. Recibió veintitrés balazos y su custodia no pudo hacer nada. Nadie se atribuyó la autoría de aquel homicidio, pero a las pocas horas el máximo dirigente de Montoneros, Mario Firmenich, enunció la frase "fuimos nosotros", que corrió de boca en boca por la organización, hasta culminar en una fractura política.

Al igual que el almirante Rojas, Aramburu condensaba el odio del pueblo peronista por haber encabezado el gobierno que más había avanzado en la lucha contra el peronismo a través de la proscripción, las torturas y los fusilamientos. Aramburu representaba a aquella parte del Ejército y de la sociedad convencidas de que la Argentina no tendría futuro si seguían existiendo peronistas. Mientras tanto, para muchos peronistas era imposible imaginar el porvenir del país si seguían existiendo personas como Aramburu.

Amplios sectores del peronismo y de la izquierda no peronista recibieron con satisfacción el asesinato del expresidente. La noticia generó una corriente de simpatía inmensa hacia Montoneros que, en aquel momento, era un pequeño grupo. Aunque desde algún tiempo ya habían surgido otras organizaciones armadas peronistas, como las FAP y las FAR, la densidad simbólica de ese hecho implicó que muchos militantes se identificaran con la acción y, por lo tanto, con sus autores. "Duro, duro, duro, somos los Montoneros que mataron a Aramburu" era un canto orgulloso de identidad de Montoneros, pero que podía ser entonado por militantes de otras organizaciones también. Con la elección de su nombre, con el asesinato y con su muy activa intervención en la campaña electoral de marzo de 1973, Montoneros ocupó un lugar cada vez más central en la Tendencia Revolucionaria del peronismo.[33]

El surgimiento de Montoneros era signo de que un sector de la juventud de las clases medias, que habían sido epicentro del antiperonismo en 1945 y en 1955, había cambiado por completo la posición de la generación anterior. Mientras sus padres habían construido su identidad en oposición no sólo a Perón, sino a los sectores populares que irrumpieron en la ciudad y la vida pública, sus hijos construían la suya como parte de ese pueblo otrora estigmatizado. La larga Revolución Libertadora que va de 1955 a 1973 no sólo proscribió el peronismo: hizo peronista a una generación de clases medias. Significó una ruptura entre generaciones, muy propia de la época. Así como un acercamiento entre clases, novedoso y problemático.

Por su parte, Rucci era odiado por una gran parte de esa juventud y de la izquierda peronista. Pero el odio puede ser una categoría muy general. No es lo mismo respecto del general Aramburu que había proscripto el peronismo, que de un dirigente peronista considerado por ellos como un

“traidor”. Eso era lo que entonaba la militancia de la izquierda peronista: “Rucci, traidor, te va a pasar como a Vandor”.

Augusto Timoteo Vandor, secretario general de la UOM durante una década, asesinado en 1969, había sido el símbolo del sindicalismo argentino que pretendía ser un factor de poder, no ya un foco de resistencia. Dado el importante rol que cumplen los sindicatos cuando el peronismo no está en el gobierno, Vandor había sido el dirigente más relevante –pero de ninguna manera el único– que había propuesto en los primeros años sesenta “un peronismo sin Perón”. Había postulado un candidato a gobernador en Mendoza en 1965, en una abierta confrontación con Perón. Perón envió a Isabel a la Argentina, quien participó de esa campaña electoral en la que el peronismo dividido perdió en su conjunto, pero el dirigente metalúrgico perdió con Perón. Un año más tarde, Vandor apoyó el golpe de Onganía de 1966 y pactó con el gobierno militar.

En contraste, desde que asumió como secretario general de la CGT, Rucci se había puesto directamente bajo las órdenes de Perón. Se negó a pactar con los militares, confrontó con la izquierda sindical, polemizó con Tosco (máximo símbolo del clasismo), y enfrentó también a los sectores más acuerdistas de la CGT, al colocar el regreso de Perón en el centro de los objetivos de la CGT. El asesinato de Rucci fue el punto de inflexión de 1973: de la lucha contra el antiperonismo a la disputa al interior del peronismo. Fue un hecho que reflejó además la incomprensión por parte de Montoneros de que los dirigentes sindicales antimarxistas, que ellos acusaban de traidores, representaban a un sector del peronismo y a una parte relevante del grupo que brindaba apoyo a Perón.

Cuando, varias décadas después, Mario Firmenich relató el secuestro de Aramburu, sostuvo:

> Para nosotros era un hecho histórico. [...] Era decirle a los Lavalle y a sus descendientes, “Señores basta, que ahora también ustedes pueden morir fusilados como los Dorrego”, se había acabado la impunidad oligárquico liberal para masacrar al campo nacional y popular. Dorrego puede fusilar a Lavalle.[34]

Más allá de la hipérbole y la grandilocuencia, lo más sobresaliente de este testimonio es que no propone ninguna metáfora para el asesinato de Rucci. No afirma su autoría ni responsabilidad, pero dice que era un burócrata sindical que había jugado un rol positivo para lograr el regreso de Perón al país y uno negativo desde el 20 de junio en Ezeiza. No se encuentran aquí referencias al siglo XIX.

Para la conducción montonera, el fracaso del acto popular por la llegada de Perón había inaugurado trágicamente una nueva etapa. En las luchas al interior del peronismo, se dejaban atrás las polémicas políticas y las refriegas para pasar al uso desmedido de las armas. El 20 de junio de 1973, Montoneros tuvo dos duros golpes: por un lado, miembros de su grupo fueron parte de las víctimas que recibieron los disparos y, por otro, como organización peronista no tuvo control alguno sobre el acto, y de hecho fueron los derrotados políticos el día después de los acontecimientos. Esa situación abrió una disyuntiva crucial para Montoneros. Debían elegir si responderían desde su posición adoptando la misma lógica de sus adversarios internos o si disputarían la propia lógica de esa confrontación.

En cualquier caso, el contraste entre los significados de los asesinatos de Aramburu y Rucci no podría ser mayor. Aramburu era “lo otro” ante lo cual se unificaba todo el peronismo. Rucci, en cambio, simbolizaba al sector sindical en la interna peronista y también la lealtad a Perón. ¿Por qué este contraste permite comprender la dinámica de la

relación entre Perón y Montoneros? ¿Cómo abordar estos intensos años setenta y entender a los distintos actores de ese drama? Una de las ilusiones más extendidas e intensas que hubo en la Argentina en el siglo XX quedó apresada en un laberinto. Ninguno de los protagonistas pudo captar el panorama de conjunto, relativizar sus propias fuerzas, entender las de otros sectores. Y, a partir de esa incomprensión, nadie ofreció una salida factible para aquella situación laberíntica. Así, en un lapso increíblemente breve, la potencia devino tragedia.

Los años setenta son infinitos y pueden ser analizados desde muy diferentes perspectivas. Aunque existen controversias jurídicas, morales y políticas, este capítulo no interviene en esos debates. En todo caso, procura entender a los diferentes actores de ese drama.

Uno de los inconvenientes para estudiar la primera mitad de los setenta es que resulta difícil captar la heterogeneidad política realmente existente, la fuerza efectiva de Perón y de cada uno de los peronismos. A inicios de esa década había una multiplicidad de actores con perspectivas muy disímiles. Un rasgo general de la época es que para cada uno de esos sectores resultaba imposible entender el punto de vista de los otros. Uno de los desafíos pendientes en los análisis es tratar de captar elementos de esas perspectivas. Es decir, complementar las narrativas de esos años desde el punto de vista de la militancia revolucionaria. Generar un desplazamiento que permita abarcar así otros proyectos políticos que también eran decisivos en aquel momento.

Esa heterogeneidad a veces se pasa por alto al reducir la controversia a la derecha y la izquierda peronistas. Ese clivaje sin dudas jugó un papel determinante, pero no fue el único. Por un lado, dentro de la Tendencia Revolucionaria había no sólo diversidad de organizaciones, sino también de concepciones. La confusión de la izquierda peronista con

Montoneros es producto de una simplificación, pero también de que fue esta organización la que finalmente tuvo un rol decisivo en el proceso histórico de esos años. Sin embargo, varias organizaciones y militantes criticaron con dureza las decisiones de la conducción de Montoneros. De igual modo, agrupar bajo la etiqueta "peronismo ortodoxo" o "derecha peronista" a todo aquello que no fuera Montoneros o la Tendencia Revolucionaria es fruto de otra equivocada simplificación.

El mapa de los peronismos de 1972-1973 es complejo y dinámico. De manera esquemática se puede señalar la existencia de sectores claramente de derecha, como el Comando de Organización de Brito Lima, que desde 1973 convergerían con la rama liderada por López Rega. Si bien este último y sectores importantes del sindicalismo podían compartir una postura dado que coincidían en su enfrentamiento con Montoneros, desde la muerte de Perón la distancia se fue incrementando, a tal punto que con el Rodrigazo se produjo una ruptura política que obligó a López Rega a abandonar el país. También existieron sectores minoritarios, encolumnados detrás de Perón, como Guardia de Hierro y el Frente Estudiantil Nacional (FEN), más tarde unificados en la Organización Única del Trasvasamiento Generacional (OUTG), que nunca tomaron las armas. Esto es relevante porque la memoria de los setenta muchas veces se narra desde la voluntad revolucionaria. Pero no sería correcto creer que sólo en esas voluntades había estrategias en conflicto. También las había entre sus adversarios.

El vértigo político

Una dimensión clave de toda cultura y proceso político es la temporalidad. La Argentina parece un caso extremo, en el cual en pocos meses o años se concentran eventos políticos decisivos. Sólo entre 1973 y el 1º de julio de 1974, la sucesión de acontecimientos es impresionante: la elección y asunción

de Cámpora como presidente, la liberación de los presos políticos, las tomas de establecimientos, el regreso de Perón, la masacre de Ezeiza, la renuncia de Cámpora y la asunción de Lastiri, la elección de Perón, el asesinato de Rucci, la asunción de Perón, la aparición pública de la Triple A, el asalto del ERP en Azul, la remoción del gobernador de la Provincia de Buenos Aires Oscar Bidegain, la destitución del gobierno de Córdoba, el conflicto público entre Perón y Montoneros el 1º de mayo de 1974, y la muerte de Perón.

Si hubiera que escoger una jornada clave, en la que se concentraron las mayores tensiones de la época, sería el 20 de junio de 1973, el día del regreso de Perón a la Argentina. Una demanda histórica que había adquirido un carácter mítico y aludía tanto a su regreso físico como a las implicancias sociales de ese retorno. La vuelta de Perón condensaba para grandes sectores todas las ilusiones de una recuperación económica y de justicia social. Con la pluma, la palabra, los cánticos, los sentimientos, con las luchas y también con las armas, la creencia establecía que sólo podría haber justicia si Perón volvía y, al mismo tiempo, que su regreso implicaría necesariamente la construcción de un país mejor. "Mejor" cobraba distintos significados según quién lo definiera; podía ser "justo, libre y soberano", la "patria peronista", la "patria socialista" u otras variantes. Con el líder en el exilio, esas variantes reforzaban el mito y su potencia.

El 20 de junio se produjo la movilización más multitudinaria de la historia argentina. Era el mito que se hacía realidad, que impulsaba la alegría inmensa de miles de personas que, sin embargo, no podían saber lo que estaba por suceder, que no podían saber que Perón descendería en el aeropuerto del Palomar, que no habría acto de reencuentro. No podían saber que doce meses y diez días después Perón fallecería.

Los años inmediatamente previos y posteriores son parte de este vértigo. El Cordobazo de 1969, la caída de Onganía, el asesinato de Aramburu y la aparición de Montoneros en 1970, el crecimiento de la guerrilla peronista y no peronista, la crisis de la dictadura, la masacre de Trelew, la convocatoria a elecciones, el primer regreso de Perón en 1972. Y después del 1° de julio, la asunción de Isabel, el robustecimiento de la Triple A, el Rodrigazo, la salida de López Rega del gobierno y del país, el paso a la clandestinidad de Montoneros, el Operativo Independencia contra el ERP en Tucumán y el golpe del 24 de marzo de 1976.

Si se la compara con Brasil, que tuvo una dictadura desde 1964 a 1985, o con Chile, que estuvo bajo el mando del mismo dictador desde 1973 a 1989, la Argentina aparece como un caso diferente. Este carácter vertiginoso influye tanto en los actores políticos como en el estudio de estos fenómenos.

También es vertiginoso el viraje en el punto de vista de Perón, su relación con Montoneros y los sindicatos, y los cambios políticos en la conducción de Montoneros. Cámpora asumió el 25 de mayo de 1973, Perón regresó el 20 de junio, al día siguiente dio su discurso que se alineaba con la ortodoxia peronista, el 13 de julio renunció Cámpora, el 23 de septiembre Perón obtuvo el 62% de los votos, el 25 fue asesinado Rucci, el 1° de octubre Perón se reunió con el presidente Raúl Lastiri, los gobernadores y las máximas autoridades justicialistas y emitió una "directiva reservada" que denunciaba la infiltración marxista en el movimiento y establecía directivas para su depuración.

En enero de 1974, el PRT-ERP atacó el cuartel de Azul, en la provincia de Buenos Aires. Perón habló al país y afirmó que "aniquilar cuanto antes este terrorismo criminal es una tarea que compete a todos los que anhelamos una Patria

justa, libre y soberana". Denunció a las autoridades de la provincia de Buenos Aires por incapacidad o tolerancia, lo cual provocó la renuncia del gobernador Bidegain, relacionado con la Tendencia. El gobernador cordobés Obregón Cano y su vicegobernador Atilio López fueron obligados a renunciar poco después. El propio Perón reprendió en público a los diputados de la Tendencia Revolucionaria y ocho de ellos también renunciaron. El 1º de mayo se produjo la ruptura pública entre Montoneros y Perón en Plaza de Mayo.

Dos meses después del fallecimiento de Perón, Montoneros anunció su paso a la clandestinidad, decisión que profundizaría su militarización. Cuando la política quedó subordinada a tácticas militares, los dirigentes sindicales y territoriales se encontraron ante disyuntivas dramáticas.

Una época extraña

Les tocó en suerte vivir una época extraña. El mundo de la Guerra Fría, escindido entre el occidente capitalista y el comunismo soviético. El mundo de la Revolución China, de la liberación de Argelia y de la Revolución Cubana. El mundo de Mayo del 68 y del Cordobazo. El mundo de Allende y el Che Guevara. Un mundo en el que los militantes creían que su acción podía cambiarlo todo, que lo que ellos hicieran podía incidir manera decisiva en los acontecimientos.

En la Argentina, entre las inspiraciones para la transformación que llegaban de distintas partes del planeta y el hecho de que la mayoría de los trabajadores era peronista, los vientos de un cambio revolucionario recalaron en puertos múltiples. Dos sectores centrales fueron la izquierda peronista y no peronista. Las palabras "revolución" o "socialismo" no eran utilizadas sólo por la izquierda. En sus discursos, Perón aludía a la revolución, a la guerra

revolucionaria, a la toma del poder y al socialismo nacional. José Ignacio Rucci utilizaba también términos como "revolución" y "socialismo nacional". Más que definir una identidad política, esas palabras eran la arena de disputa de diversas identidades.

Una gran parte de la generación que rondaba los 20 o 25 años en 1970 creyó que podía construir un país sin explotación. Y fueron miles quienes comprometieron sus cuerpos y sus energías, su tiempo y sus vidas, a esa tarea. Su determinación fue absoluta y durante varios años creció persistentemente. Trascendió las divergencias teóricas y políticas de aquel entonces: la insurrección popular, el foquismo, la guerrilla urbana, la larga marcha, el clasismo, el trabajo barrial, estudiantil o sindical. Eran todas opciones que a veces parecían contradictorias, y a veces complementarias.

Para muchos, esa patria socialista, ese mundo sin explotación sólo podía lograrse junto con el pueblo. En ese punto, el peronismo introducía la principal escisión. Para la izquierda no peronista, tanto en sus opciones armadas como no armadas, había que lograr que el pueblo rompiera con el peronismo. El peronismo, sus estructuras y dirigentes eran considerados obstáculos que debían superarse para conseguir la conciencia política y la organización que exigía un proceso revolucionario. Había que construir una alternativa para que, cuando el pueblo se desilusionara del peronismo, encontrara una opción política revolucionaria viable.

La izquierda peronista, que podía compartir algunos de estos objetivos en abstracto, partía de un razonamiento muy diferente. El pueblo era peronista. Y lo era porque el peronismo había desafiado como ningún otro a los intereses oligárquicos y había sentado las condiciones para la mejor época que los trabajadores jamás habían vivido. Si el cambio

era con el pueblo y este era peronista, resultaba imposible pensar un cambio fuera del peronismo. Desde esta perspectiva, el problema no era el sentimiento peronista del pueblo, que algunos compartían desde muchos años antes y otros más recientemente, sino la burocratización de las direcciones políticas y sindicales. Se postularon y lucharon para reemplazar a esas conducciones (y en este punto coincidían con el resto de la izquierda), pero sin sustituir el peronismo, sino buscando imprimirle un sentido revolucionario. Mientras en la concepción de la izquierda no peronista, el peronismo tenía un sentido claro y definido, para la izquierda peronista justamente se trataba de disputar ese sentido.

Ahora bien, ¿cómo abordaron esas disputas la conducción de Montoneros y sus centenares de agrupaciones en distintos ámbitos? En primer lugar, reafirmaron sus ideales, que ligaban la vuelta de Perón a la “patria socialista”. En segundo lugar, se postularon como vanguardia en la lucha contra la dictadura y por el retorno de Perón. En tercer lugar, denunciaron a la “burocracia sindical”. Por último, demostraron en las calles su creciente poder de movilización, al buscar “primerear” y enfatizar su presencia para ganar en ese espacio la batalla que comenzaron a intuir que podían perder en el Palacio.

Eso implicó una guerra de acusaciones entre el “peronismo ortodoxo” y la izquierda peronista. Allí donde Montoneros afirmaba que esos dirigentes no eran verdaderos trabajadores, sino que se amparaban en una máscara para encubrir sus intereses mezquinos, el llamado peronismo ortodoxo acusaba a los montoneros de utilizar un disfraz peronista para infiltrarse en el movimiento y conducir en otra dirección los destinos del país. En ambas contraposiciones entre una simulación y una verdad anidaba

la rivalidad que todos creían que Perón vendría a resolver. Y el primero en creer que lo haría era el propio Perón.

Para comprender la derrota de esta voluntad revolucionaria de los setenta es necesario complementar dos perspectivas. Por un lado, la histórica, el medio siglo que transcurrió desde el inicio de los acontecimientos que nos ocupan. Por otro, las ambivalencias y controversias que surgieron en aquellos años. No es equivalente el espanto o resquemor con que muchos años después se puede juzgar una acción que la duda u oposición que sus contemporáneos expresaron en ese momento. No queremos restar relevancia a la mirada actual ni a los juicios que hoy puedan realizarse sobre el pasado. Sin embargo, muy distinto es cuando hubo desaveniencias en aquel momento. En este segundo caso se subraya que el camino finalmente escogido no era inevitable. Más allá de que hoy podamos pensar que una derrota de esa voluntad revolucionaria parecía inexorable, la manera en que se dio y sus implicancias no emergieron sólo de la reacción que provocó este proyecto, sino también de un camino específico que Montoneros asumió. Así como los seres humanos podríamos vivir vidas muy diferentes pero finalmente vivimos una sola (Geertz, 1987), los proyectos políticos tienen distintas alternativas. Su historia es la historia de lo que hicieron, de lo que decidieron no hacer y de las concepciones, de las ideas, que los impulsaron en una dirección y no en otra.[35]

El rompecabezas

Hay procesos históricos que son una fuente inagotable para el cine, la literatura y el ensayo. ¿Cuándo se escribirá la última novela sobre la guerra civil española o el nazismo? Aún seguimos repensando a través de la ficción y de la investigación cuestiones de la Revolución Francesa. Los años setenta argentinos pertenecen a ese tipo de hechos. La cantidad de historias individuales y colectivas parecen

infinitas. Son una fuente inagotable en un sentido historiográfico y en un sentido literario. Nuestras interpretaciones de esos años están necesariamente atravesadas por estas narrativas que han sido cruciales para avivar la memoria, para modificar sentidos, para humanizar números, para ampliar el campo de lo pensable. Y a veces también para construir mitos. Debemos entenderlos, observarlos desde otros puntos de vista, formular otras preguntas, encontrar nuevas informaciones.

Ese rompecabezas jamás podrá resolverse sin la palabra de los protagonistas: de las bases, los cuadros, los dirigentes, los hijos. A la vez, parece imposible armarlo en la multiplicidad de historias. Diversas intervenciones desplazaron las fronteras de lo decible, de lo imaginable y generaron polémica. Son una contribución mayor. Sobre todo cuando convierten la potencia de su compromiso político en una tentativa por entender lo sucedido. Incluso cuando eso nos deja estupefactos, quizá desanimados por unos días. Muchos relatos apuntan en ese sentido, más allá de sus matices y diferencias. Muchos otros relatos, sea por idealización o condena moral, han renunciado a tratar de entender, a intentar explicar algo a las futuras generaciones. La condición para comprender es renunciar a la "instrumentalización" de la memoria y a la autojustificación. Es asumir que van a convivir diferentes interpretaciones.

Desde mi punto de vista, el esfuerzo por comprender es una deuda con aquellos miles que entregaron todo por sus propias ideas. No lo lograron por muchísimas razones y estas deben ser analizadas y debatidas con la misma franqueza con la cual ellos quisieron cambiar el mundo. Su legado es su compromiso, no las concepciones teóricas o estratégicas que pudieron agravar su derrota. Quienes rechazan todo balance franco, quienes se refugian en las intenciones para no indagar las consecuencias reales de

ciertos hechos, pretenden congelar ese legado en acciones que fueron equivocadas e inaceptables. Por eso, eludir el balance es la destrucción del legado: porque en vez de rescatar esa potencia de la convicción, se busca escudriñar cada suceso y justificar cualquier decisión. Así, la petrificación de la generación de los setenta dificulta nuevas concepciones teóricas y políticas. Es muy cierto que todo balance debe tener la precaución de que se realiza conociendo una historia que nadie en 1973 podía siquiera imaginar. Sin embargo, esa cautela para evitar los anacronismos no significa que sea interesante debatir los setenta como si no supiéramos cómo terminaron las cosas. Esto, sin duda, es clave para captar los puntos de vista de sus protagonistas, pero para hacer un balance también es necesario comprender las consecuencias reales de las acciones políticas.

Para abordar este tema hay un gran obstáculo. Es la trampa moral que evita el debate político: o se apoya "la teoría de los dos demonios" o se reivindica todo lo que hizo la generación del 70. La teoría de los dos demonios equipara el terrorismo estatal con la violencia política guerrillera, lo cual es inaceptable jurídica, moral y políticamente. La segunda opción es de una ingenuidad completa porque, si consideramos las ideas y trayectorias políticas de los desaparecidos, asesinados y exiliados después de 1976, encontraremos que no eran homogéneas. En los años previos al golpe, ellos y ellas ya habían pasado a la acción y también disentido entre sí. Sería imposible estar a favor de todo lo que hicieron, porque hicieron cosas diferentes.

Se ha mezclado la discusión jurídica con la moral, y esto a su vez con el debate político. Cuando se plantea una crítica política a una decisión o una acción, se trata justamente de eso, de una crítica política. Para que un análisis verdaderamente reflexivo sea posible es imprescindible

escapar tanto a las trampas de la teoría de los dos demonios y de la instrumentalización de la memoria.

Es por eso que necesitamos debates históricos sobre estos procesos políticos. Porque precisamos no sólo entender y recordar el terrorismo de Estado, sino también analizar y debatir acerca de las actuaciones de los movimientos revolucionarios. Sobre todo, cuando se percibe que algunas concepciones claramente equivocadas persisten de modo sorprendente a lo largo del tiempo y pueden ser razones de nuevas derrotas. Nadie tiene autoridad para negar la necesidad de un balance político de los setenta.

En ese sentido, mi objetivo es puntualizar algunos elementos específicamente políticos de la experiencia montonera, la primera experiencia masiva de la izquierda dentro del peronismo, de una izquierda peronista. Es un diálogo con otras voces, pero desarrollado aquí desde el punto de vista de la eficacia política. Es decir, un análisis de las consecuencias de sus acciones respecto de los objetivos políticos que ellos mismos se habían fijado. Desde ya que la violencia política puede y debe analizarse desde un punto de vista moral, ético, filosófico. Pero es clave que el lector comprenda que ese no es el enfoque escogido en este capítulo. Además, quien pretenda relatos heroicos o estigmatizaciones es recomendable que no los busque en este libro.

El proyecto político de Montoneros y su paradoja

En América Latina la izquierda recuperó de diversas formas a líderes populares, nacionales o regionales. La figura de Zapata fue reivindicada por la izquierda mexicana; en Nicaragua, la de Sandino ayudó y contribuyó a construir una identidad política que culminó con la Revolución Sandinista en 1979; la figura de Simón Bolívar acompañó el acto fundacional de la guerrilla colombiana del M-19. Para sectores de la izquierda latinoamericana, los grandes

representantes populares reflejaban su intento de demostrar la continuidad de su proyecto con luchas históricas.

La diferencia con Montoneros era abismal en términos lógicos. En 1973 Perón estaba vivo. Montoneros lograba extenderse y consolidarse a través de la construcción y el fortalecimiento de la imagen de un Perón revolucionario, al grito de "Perón-Evita, la patria socialista". Avanzaba cautivando a sectores originalmente reacios al peronismo y también organizando cuadros y agrupaciones peronistas con fuerte tradición. Cuanto más se acercaba 1973, mayor era su crecimiento y más agudas las tensiones con los otros sectores dentro del peronismo.

La clave de la disputa política pasó a ser el propio Perón, el "verdadero" Perón. Esto, que ha sucedido en todas las latitudes con líderes ya fallecidos, ocurrió en la Argentina de los setenta, con Perón en el exilio. Pero Perón regresó. Y, al final, gobernó.

Si bien los gobiernos con alta popularidad suelen ser polisémicos, algo ambiguos o incluso contradictorios, la escena de 1973-1974 se tornó dramática porque las discordancias entre los mil rostros del peronismo devinieron irresolubles.

Perón creyó que él podía sintetizar esas heterogeneidades. Ya lo había hecho en 1945, pero bajo tres condiciones muy distintas a 1973. Primero, las contradicciones entre ellas eran incomparablemente menores. Segundo, en 1945 existían condiciones macroeconómicas que permitían políticas distributivas. Si seguimos la definición de Néstor Kirchner según la cual la política es "*cash + expectativas*", podemos decir que en 1945 Perón asumió en un contexto en el que ambos elementos estaban dados, mientras en 1973 las expectativas eran mucho mayores (la revolución) y el *cash* era imaginario.

En tercer lugar, la uniformización de 1945-1946 se produjo

en el antagonismo con Braden, con poderes económicos y bajo el temor de que se anularan los derechos conquistados. En 1973-1974, a pesar de estar rodeados de dictaduras militares en el Cono Sur, los viejos resquemores contra la dictadura pasada o el desvelo ante la idea de una dictadura peor parecieron desvanecerse.

Hubo un giro que visto cincuenta años después parece inexplicable: la alteridad contra la que se disputaba ya no eran las Fuerzas Armadas. Se difuminaron los peligros con los que amenazaban los proyectos golpistas. El *otro* ya no era "antiperonista" o "gorila": eran sectores internos del Movimiento. Tanto la izquierda como la derecha luchaban contra aquellos a quienes consideraban "falsos peronistas". Se veían a sí mismos como "verdaderos" o "auténticos" y consideraban en términos morales como "traidores" o "infiltrados" a los otros.

Este giro abismal en la definición de la alteridad política sólo se explica por una autoconfianza excesiva e irrealista. Es como si un hecho, la inmensa presencia de Perón, les hubiera hecho perder de vista el contexto general. La izquierda actuaba como si existieran certezas acerca del futuro socialista. El peronismo ortodoxo, como si la capacidad de Perón fuera absoluta. Ambos coincidían en un punto: los dirigentes del otro bando del peronismo eran el problema que debía ser extirpado.

Así, los conflictos internos pasaron a ocupar prácticamente todo el espacio político peronista. Los diferentes sectores del movimiento daban por seguro el triunfo de su partido, como si no hubiera alteridades antiperonistas. Sus únicos "otros" significativos pasaron a ser sus adversarios dentro del peronismo. No hubo un antagonismo que abarcara al conjunto y que regulara esas disputas entre fracciones.

Por su parte, Perón podía ser todos sus rostros. Podía

simbolizar todas las ilusiones. Mientras no regresara, concentraba los significados más opuestos: la comunidad organizada y el hecho maldito, el pacto social y el socialismo, el orden y la revolución.

Perón abordó los últimos años de lucha contra la dictadura alentando la guerra revolucionaria y las acciones de las formaciones especiales. Desde el exilio, incitó al camino revolucionario de la juventud desde fines de los sesenta. Esto puede observarse en las películas de Pino Solanas y Octavio Getino, tanto en *La hora de los hornos*, como en *La revolución justicialista* y *Actualización política y doctrinaria para la toma del poder*. Al mismo tiempo, se mantenía dentro de un lenguaje con matices propios, con afirmaciones dirigidas a las otras vertientes del peronismo. Así se fue intensificando lo que Altamirano (2012) llama "la hermenéutica del peronismo": la disputa por el significado de la palabra y de los silencios de Perón.

¿Creían sus dirigentes en 1970 que Perón podía ser el líder de una patria socialista? ¿Cambiaron de opinión en 1973? En realidad, en mayo de 1970, quienes eran parte de Montoneros ni siquiera podían imaginar las proporciones que su organización tendría tres años después. Tampoco podían pensar el retorno de Perón como algo que sucedería en ese breve lapso de tiempo. Eso significa también que las preguntas se hacían desde otro punto de vista. Tanto Perón como la patria socialista eran algo lejano en 1970, pero en el vértigo del triunfo electoral de 1973 eran anhelos que se percibían muy cercanos.

Durante la dictadura 1966-1973, encuadrarse en el peronismo era una forma de hacer política contra los militares y contra todo lo establecido en ese momento.[36] Además, en ese contexto nacional e internacional de radicalización política, la ilusión de que Perón fuera el camino a la revolución social trascendía en mucho a los

dirigentes y militantes montoneros. Esa posición le permitió a Montoneros convertirse en una potencia política hacia 1973. Quienes adherían encontraban en esa articulación una síntesis fabulosa de la aspiración a un camino nacional al socialismo. La paradoja es que esa fuente de su potencia era la misma fuente de su limitación. La ilusión era vana, tenía pies de barro.

Romantizaban a un Perón que tenía una concepción muy específica acerca del papel de la guerrilla: era un instrumento para regresar al poder. Una vez que se alcanzaba el poder, la guerrilla ya no servía, había que gobernar y, para eso, deshacerse de ella. Esta era la concepción que Perón tenía en mente cuando designó a la guerrilla como "formaciones especiales", alusión que alimentó uno de los característicos problemas de interpretación de aquellos años.[37] Para los montoneros, la palabra de Perón les otorgaba legitimidad. Para Perón, sin embargo, su definición contemplaba la salvedad de que en el lenguaje militar la formación especial siempre está supeditada a la conducción estratégica, cumple un papel decisivo en el desgaste del enemigo y se disuelve después del triunfo.

La acumulación política realizada bajo la idea del Perón revolucionario no tenía al inicio como objetivo inmediato hacer la revolución, sino tratar de presionar para que el proceso político fuera hacia la izquierda y para poder heredar a Perón a través del famoso "trasvasamiento generacional". Con esas palabras, Perón no sólo anunciabaque se iniciaría otra etapa, sino también que él la conduciría. A través de esa ilusión de "heredar" se entiende la consigna "Perón o muerte". Cuando Perón regresa al país, indica que Montoneros debe alinearse con él bajo cualquier condición. Eso divide la historia y a Montoneros. La conducción y gran parte de la militancia no estaban en

absoluto dispuestas a seguir la orden de Perón sin más. Querían *negociar* con el General, compartir la conducción. La consigna “Perón o muerte” perece rápidamente.

Algunas decisiones anteriores de Perón pueden ser leídas como avances de las posiciones de izquierda en el peronismo. Por ejemplo, las designaciones de Cámpora como delegado en reemplazo de Jorge Paladino, después como candidato presidencial, de Juan Manuel Abal Medina como secretario general del Movimiento, de Galimberti como miembro del Consejo Superior del Movimiento Peronista, de tres ministros muy cercanos a la Tendencia Revolucionaria en el gabinete de Cámpora.

Sin embargo, esas medidas también pueden ser interpretadas de una manera complementaria que, a nuestro criterio, es la principal: apuntaban a una política de incorporación en la cual todos los sectores fueran parte del nuevo gobierno, pero no para hacer una revolución en el sentido que la izquierda peronista le daba a esa palabra. Cuando Galimberti recomendó formar milicias populares fue expulsado del Consejo Superior. Simplemente porque no estaba allí para hacer *su* política, sino que su rol era incluir a todos los sectores para así llevar adelante la política de Perón. Cuando Cámpora, en el gobierno, no pudo o no supo cómo desplegar esa política de Perón, se inició el distanciamiento.

Si se consideran los dos sectores con mayor nivel de mutuo enfrentamiento en aquel momento, las estructuras sindicales tradicionales y la juventud, es evidente que los primeros tenían una lógica política opuesta a los segundos. No sólo en términos ideológicos, sino en otra dimensión. El camino de un peronismo sin Perón, iniciado por el sindicalismo de Vandor, había sido derrotado y la postura de Rucci se había impuesto. Por lo tanto, al interior de la estructura sindical prevalecía un sindicalismo que no

pretendía estar al mando, sino articularse bajo la conducción de Perón.

En contraste, la juventud pretendía liderar, y se concebía a sí misma como la vanguardia de un proceso revolucionario. Perón sería considerado como líder en la medida en que avanzara en la dirección que ellos creían adecuada. Mientras Perón interpretaba las incorporaciones de la Tendencia Revolucionaria como una síntesis que sólo él conducía, Montoneros las entendía como pasos adelante en una disputa con el peronismo ortodoxo. Esa pretensión de liderazgo implicaba que el peronismo asumiera un significado y renunciara a otros, con la posibilidad de que se generaran tensiones y hasta un choque con Perón. Paradójicamente, implicaba incluso la hipótesis de un peronismo sin Perón.

Montoneros seguía creciendo en adhesión de nuevos miembros y en popularidad mientras se mantenía abierta la ilusión de un Perón socialista para sus militantes y simpatizantes. Su mayor muestra de capacidad de movilización se puso en escena el 20 de junio, cuando apareció ante amplios sectores como la vía que permitiría hacer realidad ese sueño. Pero cuando se comenzó a cuestionar la posibilidad de que Montoneros expresara realmente el peronismo de Perón, la organización sufrió primero un estancamiento y después un retroceso indetenible, tanto en poder como en influencia.

Sólo dos meses después empezaron a evaluar de manera explícita la posibilidad de un peronismo sin Perón. Con Perón vivo en la Argentina. Y con Perón electo. En ese momento se produjo el asesinato de Rucci y la primera gran ruptura. El debilitamiento político de Montoneros fue correlativo al avance de los sectores del peronismo ortodoxo en términos de poder y de robustecimiento militar. Y en ese

marco se generó la creciente militarización que agudizó el aislamiento social y político de la organización.

Rodolfo Puiggrós percibía este panorama cuando decía que "Perón había sido el gran intermediario con las masas que había tenido Montoneros" (Bonasso, cit. en Pigna, 2016: 200). La ironía es clara: Montoneros se había vuelto un movimiento masivo a través de Perón, pero el "intermediario" había decidido enfrentarlos. Montoneros no habría sido lo que fue sin Perón, pero no podía ser lo que quería también a causa de Perón. Sus militantes soñaban con una patria sin opresión. Pero su estrategia había devenido en un laberinto.

Ezeiza

Ezeiza parece un acontecimiento inabarcable. Es al mismo tiempo tres cosas: un conjunto de hechos, las distintas maneras de narrarlos y las formas en que esas narrativas son interpretadas hoy. Esta madeja enrevesada se condensa en Ezeiza como metáfora de esos años: cantidades inmensas de argentinos movilizados para cumplir el sueño de reencontrarse con Perón sufren la frustración de años de lucha arrebatados en pocas horas. Ese reencuentro mítico ya no podría suceder como recepción multitudinaria. La escena imaginada, que creían iban a protagonizar, se revelaría imposible. Y para comprender cómo se forjó esa imposibilidad resultan imprescindibles narrativas claras, contundentes. En el análisis de Ezeiza se torna evidente la dificultad por establecer los hechos, por pensarlos a la distancia, fuera del escenario de 1973.

Este desafío se me presentó aún más claramente cuando, en mis intentos de leer los materiales con esa distancia, conversé con algunos colegas que me aseguraban que la masacre de Ezeiza había resultado en el asesinato de trescientos o quinientos militantes montoneros. Que todo había sido fríamente planificado. Y que Perón había avalado

todo lo sucedido. Esas tres creencias tienen problemas serios con los hechos que en verdad ocurrieron y parecen mucho más resultado de una interpretación propia de la disputa de ese momento, como si todavía habitáramos en ella, que un intento por comprender los acontecimientos.

La idea de que fue una emboscada para los Montoneros, de que los estaban esperando, está bastante extendida. A veces se descarta la posibilidad de que haya sido un plan de Perón y se la reemplaza por la noción de que eran necesarios muertos para venderle a Perón que era culpa de la izquierda y así impulsarlo hacia la derecha. Un ajedrez mecánico que habría funcionado a la perfección.

Sobre la base de los hechos que se han podido establecer, nuestra visión es muy distinta. La "emboscada" había sido previa a Ezeiza. Había elementos para percibirla, pero la perspectiva que prevalecía en la conducción de Montoneros dificultó o imposibilitó esa lectura. Veamos. En primer lugar, la balanza política sobre el control de la vuelta de Perón ya encontraba a la izquierda peronista muy debilitada en los hilos del Palacio. Perón estaba molesto con Cámpora. Aunque el ministro del Interior, de quien dependía la Policía Federal, era cercano a la Tendencia, fue excluido del operativo. El Estado, el presidente, el ministro y el gobernador también fueron apartados, y la organización de la recibimiento quedó a cargo de una comisión integrada por José Ignacio Rucci, Lorenzo Miguel, Juan Manuel Abal Medina (padre), Norma Kennedy y el teniente coronel Jorge Osinde, que era entonces subsecretario de Deportes, respondía a López Rega y tendría gran protagonismo en los hechos. Dos días antes del 20 de junio, Juan Manuel Abal Medina fue atropellado por un auto y estuvo varios días en silla de ruedas. Él mismo lo consideró un accidente y no un atentado (Duzdevich y otros, 2015: 115). Es decir, el 20 de junio no había en esa comisión ningún representante de la

izquierda peronista y los responsables institucionales habían sido marginados. En ese marco, el peronismo ortodoxo daba por descontado el control del palco y de la "seguridad" del acto. Ese hecho era considerado un triunfo. Pero tal éxito era relevante sólo si ese control se podía mantener en el palco y sus alrededores. Es decir, debían asegurarse de que los considerados "infiltrados" no se acercaran a Perón.

El "tío" Cámpora convocó en una reunión urgente a líderes de organizaciones armadas días antes del regreso y les pidió que hicieran llegar a todos los sectores el pedido de que "no causasen disturbios ni confrontaciones" (Verdinelli, 2012; en Duzdevich y otros, 2015: 116). Sin embargo, hoy resulta claro que la conducción montonera estaba cercada por sus propias certezas. No escuchaba pedidos de ese tipo y pasaba por alto datos contundentes de la realidad. Estaban convencidos de que ellos eran la fuerza revolucionaria que iba a encontrarse con Perón, eran la "verdadera" representación del pueblo. Y creían que todo aquello que se interpusiera entre ellos y el General era un obstáculo entre él y el pueblo. En ese sentido, su tarea era entrar en contacto lo más cercanamente posible con Perón. Pero no en el marco de una negociación o un acuerdo, del cual en realidad habían sido excluidos. Tampoco, por supuesto, con violencia armada planificada, porque eso habría sido insensato y opuesto a la finalidad buscada.

Descartadas diferentes hipótesis, Montoneros tomó la decisión de que "la columna sur [del Gran Buenos Aires] no entraría por la ruta a Ezeiza, sino por el costado, marchando hacia el palco" (Verdinelli, 2012). En una reunión previa se informó: "Vamos a ir a rodear el palco, poner nuestro cartel". Jorge Gaggero sostiene que se "estaba definiendo una escalada en el enfrentamiento que puede explicar una parte de la tragedia". Se refiere "al delirio del enfrentamiento de aparatos" (Verdinelli, 2012).

Esta imagen de Ezeiza como escenario de una disputa, presente en los dos sectores organizados del peronismo, era muy distante del clima festivo que dominaba a la inmensa multitud que se movilizó.

En la más destacada investigación periodística que se ha desarrollado hasta ahora sobre Ezeiza, Horacio Verbitsky detalla claramente cómo el peronismo ortodoxo tomó posiciones en los alrededores del aeropuerto. Con considerable anticipación a la fecha, ocupó un Hogar Escuela con hombres armados. El 19 de junio, entre trescientos y mil civiles armados se ubicaron cerca del palco.

> Su consigna era impedir que se acercaran columnas con carteles de la Juventud Peronista, de la Juventud Trabajadora Peronista, las FAR, Montoneros y otras agrupaciones menores. Detrás del vallado se identificaban con brazaletes verdes y un escudo negro los guardias de la Juventud Sindical. Los custodios del estrado empuñaban carabinas, escopetas de caño recortado, ametralladoras y pistolas (Verbitsky, 1986: 84).

Esta vigilancia paramilitar del palco y sus alrededores estaba planificada de manera clara. Era la consecuencia del triunfo político de desplazar al ministro del Interior, la Policía Federal y controlar la Comisión. Su objetivo era explícito: impedir que se acercara la izquierda peronista.

Pero la izquierda peronista se acercó. ¿Iban armados para derrotar militarmente a quienes tenían el controldel palco? No, en ningún momento tuvieron un plan militar para el 20 de junio. ¿Consideraban esa ocupación del palco un hecho ilegal e ilegítimo que no los amedrentaría? ¿O desconocían ese despliegue? Aquí hay una zona más gris. Que lo ignoraran por completo mostraría de su parte una significativa debilidad política.

¿Es novedosa la idea de que hubo errores de la izquierda

peronista en Ezeiza? En absoluto. Horacio Verbitsky lo planteó del siguiente modo:

> La izquierda peronista cometió errores que la condujeron indefensa al desfiladero del 20 de junio. Ignoraba que eran tan *peronistas* las posiciones de sus adversarios internos como las propias y planteó la pugna en términos de lealtad a un hombre cuyas ideas no conocía a fondo. [...] Imaginó que su mayor capacidad de movilización y organización de masas bastaría para inclinar la balanza a su favor frente a la dirigencia sindical burocrática. Creyó que sería posible compartir la conducción con Perón en cuanto este reparara en su poder. Se acostumbró a interpretar la realidad política en términos de estrategia militar, pero no previó que se recurriría a las armas para frenar esa marcha impetuosa. Fue a un tiempo prepotente e ingenua (Verbitsky, 1986: 13).

El desafío es pensar Ezeiza como *relación* entre el peronismo ortodoxo decidido a controlar el palco y la izquierda peronista determinada a convertir ese acontecimiento en una asamblea. Montoneros buscaba demostrarle a Perón su poder de movilización, cuál era la articulación de fuerzas, rodear al líder del "pueblo revolucionario". Si algo *no* era Ezeiza para Montoneros era justamente un escenario de enfrentamiento militar. Ellos no sólo no querían tiros en Ezeiza, ni siquiera los imaginaron. Querían mostrar banderas. Si Montoneros lo hubiera considerado como espacio de disputa violenta, aquel día habría arrojado una cuenta de muertos y heridos mucho mayor. Pero, al mismo tiempo, Montoneros no entendió que su plan iba a ser impedido por la fuerza.

¿Cuáles fueron los hechos más violentos de Ezeiza? Recordemos que el palco estaba controlado por hombres del teniente coronel Osinde con armas largas. La columna sur de

Montoneros (algunos miles de personas) no ingresó por la ruta principal, sino que avanzó hacia el palco por la ruta 205.

> Mientras la cabeza de la columna logró ubicarse muy cerca del palco en el sector derecho, el resto realizó un giro por detrás para intentar situarse en el sector izquierdo. En los anuncios previos se señaló expresamente que la zona posterior del palco estaba vedada al público. El movimiento de la columna sur, al intentar "pasar al otro lado" por atrás, probablemente dio origen a la confusión de suponer que se quería rodear y copar el palco (Duzdevich y otros, 2015: 120).

Carlos Flaskamp afirma que "este movimiento parece haber sido mal interpretado por la custodia, que supuso que la columna sur se aproximaba al palco con la intención de tomarlo por asalto y abrió fuego" (cit. en Duzdevich y otros, 2015). Un militante universitario peronista cuenta que en los días posteriores a Ezeiza se debatió mucho que "pretender avanzar sobre el palco en forma articulada, a una hora determinada" había sido una "irracionalidad total" (Duzdevich y otros, 2015).

Allí comenzó el primer tiroteo. Luego, los hombres de Osinde confirmaron que ellos mantenían el control del palco y del Hogar Escuela. Sin embargo, el desconcierto que generaron el tiroteo y las corridas fue inusitado. Ese grado de confusión se constata en varios hechos. El primero es que el general Iñiguez, a las órdenes de Osinde, creyó que los montoneros habían tomado el palco. Verbitsky relata que

> Iñiguez entendió alarmado que FAR y Montoneros rodeaba el Hogar Escuela y a las 17.10 sentenció: "Indudablemente el palco ya no está en manos de fuerzas leales, está cargado de francotiradores, no se puede pasar en las proximidades. Tiran a mansalva, incluso sobre ambulancias y coches particulares".

Verbitsky comenta que “esta fantástica ocupación del palco [...] sólo transcurrió en la mente nublada del general golpista” (Verbitsky, 1986: 94). Esa confusión de Iñiguez deriva no sólo de su paranoia, sino también de que no entendía quién disparaba y contra quién. Creyó, entonces, que era una locura en manos de sus enemigos. Pero era una locura en manos de su propio bando.

El segundo hecho es que hubo trece muertos. De los trece, según Verbitsky, tres pertenecían a Montoneros o sus agrupaciones juveniles, uno a la custodia del palco organizada por Osinde y se desconoce la filiación organizativa de los nueve restantes. Nunca se pudo sistematizar la información sobre los 365 heridos. De los identificados, entre el 46 y el 61% llegó desde los barrios que participaban de la columna sur agredida. El resto, es decir, entre el 39 y el 54%, no pertenecía a la columna sur.

El tercer hecho es que las personas que el grupo de Osinde secuestró y torturó en el Hotel Internacional ubicado en el propio aeropuerto tampoco eran militantes montoneros. En realidad, no se conoce ninguno identificado que haya sido parte de la Tendencia. En cambio, sí se sabe que algunos torturados eran miembros de la Juventud Sindical o del sindicalismo ortodoxo. Lo cual indica el nivel de desorientación de los hombres leales a Osinde.

Hay distintas interpretaciones de la “Masacre de Ezeiza”. Una afirma que estaba todo fríamente planificado. El aspecto más sólido de esta versión son las consecuencias políticas de aquel día. Perón no se encontró con esos millones que habían generado la movilización más numerosa de la historia argentina, quedó convencido de la culpabilidad de la izquierda y más rodeado que antes por la derecha peronista. El problema de esta versión es que la historia política no funciona de manera mecánica. Por ejemplo, el 17 de octubre benefició a Perón, pero él no lo planificó. Para saber cómo se

produjo un hecho y quién estuvo a cargo de su organización no basta con saber quién se benefició de él.

La segunda visión afirma que fue producto de las tensiones y pujas de la época, que la derecha peronista no planificaba matar ni masacrar, pero sí controlar el palco. Creyeron erróneamente que iban a ser desafiados en ese control y dispararon a diestra y siniestra, actuando de manera impulsiva y por fuera de lo planificado. La "seguridad" ejercida por civiles armados de una derecha peronista paranoica estaba predestinada a terminar mal, más aún si el cálculo y la estrategia política de sus adversarios eran completamente equivocados.

Son dos hipótesis. En una hay una conspiración: estuvo organizado, preparado, planificado. La otra interpreta que estaba todo dado para que una chispa hiciera volar todo por los aires. El nivel de tensión política no podía ser mayor. Se encontraban dos programas incompatibles que Perón quería hasta ese momento sintetizar bajo su propio proyecto.

Este debate también es una metáfora de las controversias acerca de 1973-1976. Resulta valioso el informe que redactó Julio Troxler, subjefe de la Policía de la provincia de Buenos Aires, sobre los sucesos. Sobreviviente de los fusilamientos de 1956, héroe de la resistencia peronista, fue asesinado por la Triple A en septiembre de 1974. Troxler explica que los grupos que controlaban el palco, al mando de Osinde, tenían "armas de fuego de potencia". Agrega:

> Se evidencia que estaban dispuestos a impedir a cualquier costo a impedir [sic] que otros grupos con los que mantienen diferencias políticas, pudieran acercarse al puente y palco oficial. Se llevan adelante algunas escaramuzas de pequeños grupos que intentan llegar al puente y palco oficial, que es rechazada violentamente por el grupo que había copado las instalaciones.

Y continúa:

> Varias columnas compactas, sobre la hora del arribo del Sr. Perón y Cámpora, llegan a las proximidades del puente y palco oficial con el objeto de incorporarse en el lugar, en forma pacífica y sin ostentación de armas de fuego, rebasan las vallas que los grupos a las órdenes del señor Osinde habían colocado.

A esto agrega que los grupos que estaban sobre el puente y el palco "rechazan violentamente la llegada de las columnas e inician fuego con armas cortas y largas".

De un lado, represores y asesinos; de otro lado, personas sin ostentación de armas que cometen el error político de no comprender que están ante un grupo de asesinos y de no entender qué implicancias puede tener que aquella jornada acabe con muertos, alterando el significado de "Ezeiza" para siempre.

Ahora bien, Ezeiza revela otro problema: la falta de comprensión por parte de Montoneros acerca de la heterogeneidad de los peronismos. Verbitsky lo señala sin detenerse mucho en el tema: la izquierda peronista "ignoraba que eran tan peronistas las posiciones de sus adversarios internos como las propias" (Verbitsky, 1986: 13). Creían que el peronismo revolucionario era el "auténtico". No entendían que además había peronismos reformistas y conservadores. También creían que eran el sindicalismo combativo peronista, pero hubo muchos sindicalismos peronistas, antes, durante y después de Montoneros. La izquierda peronista pensaba que los dirigentes sindicales no representaban nada, cuando en realidad sí simbolizaban a importantes sectores de trabajadores. La afinidad política no informa nada acerca de su representatividad.

Allí se ubica uno de los nudos problemáticos. La idea de que la radicalización popular terminaría "barriendo" con la

"burocracia sindical" o los "dirigentes traidores" fue un deseo que nunca se concretaría. Porque no sólo el peronismo era heterogéneo, la sociedad argentina era compleja y la clase obrera tenía visiones divergentes. Y así como se radicalizaron sectores de los trabajadores y de las clases medias, también había otros trabajadores y otras clases medias.

Desde ya, la concepción "ortodoxa" que creía que la izquierda peronista no representaba nada y que sus miembros eran "infiltrados" es un espejo invertido y simétrico de sus adversarios internos. Tampoco la derecha peronista podía entender la heterogeneidad del peronismo. Por eso puede decirse que los protagonistas de Ezeiza no habían entendido el peronismo en su complejidad. Tenían sólo sus versiones parciales, corporativas, sectarias.

Montoneros se encontró en una encrucijada. Contribuyeron a que Perón volviera, incluso pueden considerarse como un factor decisivo. Pero cuanto más cerca estuvo Perón, más se alejó políticamente de la organización. La distancia física era inversamente proporcional a la distancia política. Para Perón el desafío era gobernar y para eso necesitaba el encuadramiento y el Pacto Social. La renuncia de Cámpora y la presidencia de Lastiri fueron sólo la muestra evidente de algo más profundo. Perón conducía pero Montoneros comenzaba a percibir un desfasaje en la forma en que concebían su peso político y la marginación que sufrían en la participación de cualquier instancia política. En ese marco imaginaron la escena del retorno en 1973, la escena de Ezeiza, como una oportunidad para mostrar su capacidad de movilización, como un modo de presionar al General.

Sin embargo, para ese momento, Perón conocía algunas diferencias políticas clave entre su proyecto político y el de Montoneros y no existe un solo indicio de que pudiera

modificar su posición por la cantidad de manifestantes. Además, Montoneros no evaluó las debilidades organizativas y de movilización de sus adversarios. Verbitsky afirma que el hecho de que la CGT no fuera capaz de rodear el palco con centenares de miles de seguidores es lo que impulsó a organizar una banda armada para "defenderlo". Pero, si ese fue el caso, aun así no existía un plan previo de que hubiera muertos en Ezeiza, sino que el plan era tener el control del palco a través de una movilización que finalmente no pudo organizarse (sería en "esa penuria de los sindicalistas para movilizar a sus afiliados [que] debe buscarse una de las causas de la masacre"; Verbitsky, 1986: 53). Como ya se citó, la consigna de los hombres de Osinde "era impedir que se acercaran columnas con carteles de la Juventud Peronista, Juventud Universitaria Peronista, la Juventud Trabajadora Peronista, las FAR, Montoneros y otras agrupaciones menores" (Verbitsky, 1986: 84). Hay que tomar esta frase al pie de la letra. ¿Era un acto autoritario y prepotente? Sin lugar a dudas. Ahora bien, ¿su consigna era atacar o era impedir que se acercaran columnas? Es evidente que ambos objetivos se convierten en uno solo si se acercan columnas, pero no se combinan en absoluto si eso no sucede.

¿Cómo pensaron Ezeiza en aquel momento los dirigentes Montoneros y cómo lo pensaron después? Entonces no era posible percibir que Ezeiza había sido el punto más alto de la movilización popular en la Argentina de los setenta. Durante dieciocho años se había construido un mito popular acerca del regreso de Perón y esta vuelta, con un gobierno peronista, significaba su retorno al poder. Significaba que el mito se hacía realidad. Antes de los disparos, Ezeiza era la vuelta de Perón y para los aproximadamente dos millones o más de concurrentes era una fiesta, la verdadera celebración del mito. Su masividad se relacionaba con la diversidad de corrientes peronistas y con la trascendencia del peronismo

más allá de la militancia. No era una acción de combate, era una acción positiva, legal, apoyada en el voto popular.

A inicios de los años 2000, Firmenich relató que la columna de Montoneros estaba detenida a unos cien metros de las vallas ubicadas delante del palco, porque no se podían mover por la cantidad de gente. Afirma, al igual que otros testigos, que entre el palco y el frente donde estaban los millones de personas no hubo disturbios de ningún tipo, que todos los episodios sucedieron detrás del palco. Contó que desde el frente escuchaban alguna bala silbar y que una persona cayó por una bala perdida, pero que ellos no supieron qué había pasado hasta el día siguiente, cuando hablaron con sus compañeros de La Plata y de la columna sur, "que fueron los que por simple error entraron por detrás del palco y no por delante, porque fueron cortando camino por el bosque, y ellos vivieron en realidad todos los episodios que se conocen como la Masacre de Ezeiza".[38]

Firmenich agrega:

> La gente se fue con una tristeza y una desazón que no olvidaré jamás. [...] Nosotros no fuimos preparados para un enfrentamiento armado. [...] No teníamos ni noticia ni conciencia de que hubiera una organización paramilitar que hubiera copado el palco y que estuviera dispuesta a protagonizar una masacre como la que se hizo. [...] Nosotros sí fuimos con un plan político bien deliberado, que cumplimos, que era copar políticamente el acto. [...] A lo mejor, así como para nosotros era absurdo pensar que hubiera una banda de mercenarios enquistada en el palco dispuesta a tirar, también para ellos habrá sido absurdo pensar que estos jovencitos pudieran copar el acto más grande de la historia argentina. Lo copamos. El acto más grande de la historia argentina fue un acto, no digo montonero, un acto peronista

> dominado políticamente por la expresión de los montoneros (cit. en Pigna, 2016: 225-227).

Esta interpretación, enunciada tantas décadas después, resulta –por decirlo de algún modo– muy original. Primero, porque en las frases resuena el orgullo de haber ido "con un plan político bien deliberado, que cumplimos, que era copar políticamente el acto". ¿Qué noción de "copar" un acto implican estas afirmaciones? Queda claro que "copar" no es dominar la situación, no es imprimirle un significado al acto, no es controlar el movimiento de las columnas. "Copar" parece aludir a tener más gente o carteles más grandes, aunque el dominio de la situación y el sentido de los sucesos se escurra de las manos y regrese como un búmeran. Incluso hay una originalidad en considerar a Ezeiza como un "acto". Porque esa movilización inmensa estaba preparada para ser un acto, pero pasó a la historia como el acto que no fue.

Unas semanas después se realizó un acto frente a la CGT en el que desfilaron todos los sectores de los peronismos –incluyendo a Montoneros– durante muchas horas. Perón estuvo presente. Se produjo en "paz". O sea, hubo un acuerdo político para hacerlo. Si ese evento se desarrolló en paz porque estaba presente la experiencia de Ezeiza, también era factible que Ezeiza se hubiera desplegado en paz. Se podría haber llegado a algún acuerdo que no se buscó pactar, porque, en todo caso, lo que se intentó fue ocupar espacios, protagonizar y controlar la situación.

La derrota de la potencia del mito

El plan Montonero para Ezeiza fracasó. Aquello que se pensó sería una avanzada se convirtió en una gran derrota. Esa multitud había concurrido allí por un solo motivo. Como señalamos, la vuelta de Perón se había convertido en un mito a lo largo de dieciocho años de proscripción, incluyendo el frustrado intento de retorno en 1964 y el regreso en el contexto dictatorial de 1972. El "Luche y

vuelve" había ocupado las ilusiones y fantasías de millones de argentinos. Cuanto más se desmoronaban los gobiernos de la proscripción, más se alimentaba la idea de que solamente el retorno de Perón podría traer soluciones para las grandes mayorías.

Los mitos pueden ser performativos: construyen realidades. En este caso, en dos sentidos diferentes. Primero, se concreta el regreso de Perón. No pudo ser el 17 de noviembre de 1972, porque la dictadura militar impidió que hubiera grandes manifestaciones. En cambio, en 1973 Perón regresaba después de que el peronismo ya había vuelto al poder.

El acontecimiento estaba anunciado y programado. Era el día por el que habían luchado. Perón en Argentina ante el pueblo. La potencia del mito llegaba a su plenitud. Los manifestantes habían viajado decenas, centenares o miles de kilómetros para participar en el encuentro legendario. Habían caminado y caminado para llegar hasta allí. Una inmensa energía se condensaba en la ilusión de que quedaban atrás los peores días de la historia del país.

Cuando se anuncia que Perón no llegará a Ezeiza, que descenderá en la base de Morón, esa multitud se retira cabizbaja y en silencio. Perón está en la Argentina pero no hay reencuentros. No hay abrazos populares. En esa tristeza inmensa ya se sentía una derrota. La participación a través de la presencia física, la acción de poner el cuerpo para vivenciar el mito, se diluyó en una confusión, con tensiones entre organizaciones, tiros y muertos. El 20 de junio de 1973 tuvo lugar la movilización más multitudinaria. Desde aquel día, nunca se volvería a repetir.

En el discurso del día posterior, Perón desplegó en sólo diez minutos aspectos centrales de su perspectiva y su proyecto. Mencionó una "revolución pacífica", planteó "una paz constructiva sin la cual podemos sucumbir como

nación". Y agregó: "Si alguno pretendiera alterarla con cualquier pretexto, que se le opongan millones de pechos y se alcen millones de brazos para sustentarla con los medios que sean precisos". Ya la cuestión de los *medios* para enfrentar a quienes no se advinieran a la paz constitucional apareció dos veces en ese discurso. "Quien altere este principio de la convivencia sea de un lado o de otro será enemigo común que debemos combatir sin tregua." "Los peronistas tenemos que retornar a la conducción de nuestro movimiento", afirmó como si hasta ese momento esa conducción estuviera vacante. Agregó que los peronistas debían

> neutralizar a los que pretenden deformarlo desde abajo o desde arriba. Nosotros somos justicialistas, levantamos una bandera tan distante de uno o como de otro de los imperialismos dominantes. No creo que haya un argentino que no sepa lo que ello significa. No hay nuevos rótulos que califiquen a nuestra doctrina o a nuestra ideología.

Con esa explicación descartaba el rótulo "socialista" para aludir a la patria de Perón. "Somos lo que las veinte verdades peronistas dicen."

> Los que ingenuamente piensan que pueden copar nuestro movimiento o tomar el poder que el pueblo ha reconquistado, se equivocan. Ninguna simulación o encubrimiento por ingeniosos que sean podrán engañar a un pueblo que ha sufrido como el nuestro... Por eso, deseo advertir a los que tratan de infiltrarse en los estamentos populares o estatales que por ese camino van mal. Así aconsejo a todos ellos tomar el único camino nacional.

Si se lee con cuidado, con el desapego que permite el medio siglo transcurrido, puede señalarse que había algo en lo que difícilmente pueda discutirse que Perón tenía razón:

poco después la nación sucumbió. Vale la pena notarlo, porque no fue la única vez que lo dijo. Pero más allá de eso, el discurso de Perón incluye entre quienes comparten lo que él afirma a la "juventud que levanta banderas revolucionarias". Es decir, no excluye allí a los jóvenes ni a la palabra "revolución". Sólo que la revolución es "pacífica"; no es lo que va a suceder, sino lo que está sucediendo. La juventud, como todo argentino, tendrá responsabilidades, pero debe encuadrarse en el difícil proyecto que él encabeza. Además, al final del discurso, cuando se refiere a "los que tratan de infiltrarse", los convoca a sumarse al "único camino nacional". Es decir, toma partido contra ellos y al mismo tiempo los interpela para "recapacitar" y adherir a su programa. Ahora bien, dejando abiertas esas posibilidades (sobre las que insistirá en otros momentos), su discurso es muy claro respecto de cómo define el peronismo, su oposición al socialismo y a la lucha armada, a través de términos como "infiltración" y mediante la advertencia de que se recurrirá a los medios necesarios para enfrentar a los enemigos de la paz.

Con perspectiva histórica, el significado de las palabras de Perón (estas y otras que repetiría) era evidente. La pregunta es cómo hizo la izquierda peronista para no entender esa posición y en función de eso elaborar la propia. Montoneros, en cambio, inventó la "teoría del cerco", según la cual Perón estaba rodeado por la derecha. La estrategia era encontrar formas de "romper el cerco" para que así pudieran abrazarse el líder y la juventud. Pero en el mismo discurso Perón rebatió la teoría del cerco al asegurar que estaba perfectamente al tanto de lo que sucedía en el país. En un sentido más general, se puede afirmar que todo líder está rodeado de las personas que escoge para que lo rodeen. Ante esas posiciones, Montoneros debía elegir entre Perón y la revolución socialista. La "teoría del cerco" era la coartada

para no decidir: permitía continuar sin someterse a la voluntad de Perón ni romper con él.

Rucci

El 6 de septiembre de 1973, el ERP había copado el Comando de Sanidad del Ejército. Montoneros criticó la acción en su publicación *El Descamisado*:

> Ahora está Perón. [...] Un pueblo votó. Nos estamos movilizando. [...] Si esto se ignora, ocurre que se produce la desviación propia de los que pelean desde el lado del pueblo: el ultraizquierdismo, que consiste en querer forzar el proceso al margen de las masas. Eso produce también un único resultado: quedar aislado de las masas [...] se producen hechos que objetivamente le hacen el juego al imperialismo (*El Descamisado*, nº 17, 11/9/1973).

Esta postura explica que cuando tres semanas más tarde fue asesinado José Ignacio Rucci, la reacción espontánea de militantes y cuadros claves de Montoneros fue discutir quién podía haber sido el autor de lo que consideraron una provocación. Las hipótesis que se barajaron fueron tres: el ERP, López Rega o la CIA.

Ricardo Grassi, entonces director de *El Descamisado*, estaba llegando desde Chile esa mañana. Cuando él y el fotógrafo que lo acompañaba se enteraron de la muerte de Rucci, "nos quedamos helados. ¿Quién podría haberlo hecho? Pensamos que no podía ser otra cosa que una provocación del ERP" (Grassi, 2015: 206). Cuando llegaron a la revista, otros compañeros también creían que había sido el ERP "para hacernos pelear con Perón" (2015: 209). Esto indica que aquel mismo día las consecuencias políticas del hecho resultaban claras. Después se sumó otra hipótesis: Rodolfo Walsh pensaba que había sido la CIA. Y otros sostenían que era obra de López Rega. En la redacción,

habían comenzado a bocetar el título para la tapa del próximo número de *El Descamisado*: “PROVOCACIÓN”.

Recuerda Grassi:

> Fue al atardecer cuando, con la sonrisa de siempre y el maletín-escudo que nunca abandonaba, Firmenich llegó a la revista. Nos encerramos en mi oficina con él, Jarito y Yaya. Dando por sobrentendido el motivo de su presencia, le fue suficiente decir “fuimos nosotros” para sumirnos en el silencio (2015: 211).

Y agrega:

> Montoneros no firmaría la acción sino que la ubicaría en el contexto de contradicciones dentro del peronismo. Podía deducirse que Montoneros había calculado que con ese crimen iba a obligar a Perón a negociar. Perón no tuvo dudas. Tampoco el Consejo Superior Peronista, cuando siete días después aprobó un documento que fue el instrumento que dio nacimiento a la Triple A (2015: 211).

Algunas voces han dado a entender que aquellos a los que Ceferino Reato, en su libro *Operación Traviata*, les atribuye el atentado eran militantes de las FAR, que hoy están muertos, y que aún no se habían unificado con Montoneros (por ejemplo, Grassi, 2015: 212). “Montoneros podría haber ‘asumido’ el asesinato sin tener una responsabilidad directa en la planificación ni en la ejecución” (2015: 213). Pero todo eso es una cuestión jurídica. Sobre lo que no cabe duda alguna es que horas después del asesinato de Rucci la conducción montonera estableció la línea de “fuimos nosotros” hacia adentro y se atribuyó por primera vez un atentado sin firmarlo. Y esa decisión produjo un terremoto político.

Ese es el hecho político decisivo. Los montoneros

actuaron en consecuencia con esa decisión y así lo reflejaron en las líneas editoriales de sus publicaciones, en sus manifestaciones o silencios públicos, en el hecho de no enviar una representación al funeral de Rucci, en los cantos previos (que literal o metafóricamente advertían) "te va a pasar lo de Vandor" o los posteriores "Rucci, traidor, saludos a Vandor". Actuar de esa manera indica que tenían la idea de que el asesinato de Rucci forzaría una negociación política, pero en los hechos lo que este atentado consiguió fue clausurar para siempre cualquier posibilidad de diálogo.

"'Nosotros': ¿quiénes nosotros?"

En el libro *La voluntad* queda claro el carácter absolutamente contingente y polémico del asesinato de Rucci. Un dirigente decía: "¿Y qué canta la gente?: 'Rucci traidor, a vos te va a pasar… lo de Vandor'. Y bueno, el tipo fue uno de los máximos responsables de la masacre de Ezeiza, nosotros no tiramos la primera piedra" (cit. en Anguita y Caparrós, 1997: 186). Aquí aparece una idea sorprendente pero reiterada en otros testimonios: la venganza y los cantos como fundamento de la estrategia política. "La gente" canta muchas cosas en muchos lugares. La pregunta es cuándo los cantos se convierten en una estrategia política. También aparece en una discusión de Juan Pablo Ventura con Elvio Vitali:

> Tala, acaba de pasar un compañero a informar que fuimos nosotros. ¿Cómo? Sí, dice que era una operación justa y que Rucci era un traidor. Pero estamos todos locos. Era un traidor, pero matarlo ahora no tiene sentido, es una burrada desde todo punto de vista (cit. en Anguita y Caparrós, 1997: 186).

Por su lado, Cacho El Kadri dijo que iría al velatorio porque era la manera de demostrar que ellos no tenían nada que ver, que su asesinato fue un gran error y que pese a todas las diferencias Rucci era el secretario general de la

CGT y el que lo nombró para ese cargo "fue el General, no Magoya". Otro militante le dice que está loco, y que si llega a ir lo van a agarrar los matones sindicales y lo van a matar. Después, en una reunión, otro vuelve a decir: "Empezá a entenderlo, fuimos nosotros". Y otro responde: "'Nosotros', ¿quiénes nosotros? Que yo sepa, yo laburé todo el día en el diario" (1997: 189). En este punto ya aparece otro nivel del debate, dado que se pone en cuestión la propia identidad. Quiénes "somos nosotros".

> Esa noche, Nicolás [Casullo] estaba entre indignado y descorazonado. Se pasó horas escribiendo un largo texto donde se preguntaba por ese nosotros que de pronto se le había hecho ajeno, sospechoso. Por primera vez, el nosotros del que formaba parte actuaba con una voluntad que él no podía entender ni compartir (Anguita y Caparrós, 1997: 189).

Cuando la propia identidad política tiende a ser perturbada por una acción, junto con preguntas por la identidad (como "¿nosotros quiénes?") aparecen justificaciones y explicaciones inauditas. Un ejemplo de aquel momento fue:

> De ahora en adelante los burócratas traidores van a pensarlo mucho más antes de sentarse a negociar con los patrones, con el imperialismo. Esto establece un precedente y les enseña que el pueblo organizado tiene cómo defenderse de sus traiciones (Anguita y Caparrós, 1997: 194).

Más allá de las dimensiones jurídicas y morales, el asesinato de Rucci era el mayor error político de Montoneros hasta ese momento. Aunque públicamente nunca se reconoció la autoría del asesinato, no se lo reivindicó ni condenó, en diferentes situaciones la conducción se lo adjudicó: "Fuimos nosotros". Fue un hecho

que dividió a las filas montoneras y marcó un antes y un después en la historia de esa organización.

Esa crisis derivó en la formación de “La Lealtad”, integrada por agrupaciones que escogieron la estrategia de acompañar a Perón y guardar las armas. Se trató de “los montoneros que quedaron con Perón” (Duzdevich y otros, 2015). Otro sector se radicalizó y creyó que había espacio para la ruptura con Perón. También se produjeron procesos de disgregación.

Este debate, la escisión y el desgaste estuvieron asociados a tres problemas de Montoneros. Primero, la autoproclamación, esa idea de que “somos nosotros los que vamos a hacer la revolución”, que es además un viejo problema de la izquierda argentina. Segundo, el vanguardismo, que en la dirección montonera era muy fuerte. Tercero, el sectarismo, o sea, la convicción de que no se puede trabajar conjuntamente con otros.

La capacidad de movilización e influencia de Montoneros había ido en ascenso hasta el 20 de junio de 1973. Cuanto más se distanciaron de la posición de Perón, más se restringió su potencial político. La muerte de Rucci exacerbó debates que ya antes habían surgido. Después del 1º de mayo de 1974, cuando la Plaza de Mayo estuvo de hecho dividida en dos, la capacidad de movilización de Montoneros menguó. La gigantesca expectativa de un Perón socialista se desvaneció con la presencia de Perón, y eso implicó una derrota política. Esa ilusión voló en mil pedazos en pocos meses y, para quien la conservara, murió con Perón el 1º de julio.

Aunque esa ilusión quedó destrozada y se produjeron derrotas políticas desde Ezeiza en adelante, nunca se plantearon interrogantes acerca de los presupuestos que habían generado esa situación. Los militantes y dirigentes que querían abrir esas preguntas debieron abandonar la

organización, mientras para unos y otros se iniciará el momento más trágico de la Argentina, el momento más trágico para el campo popular y para las izquierdas.

El contraste brutal entre la escena del fusilamiento de Aramburu y del asesinato de Rucci refleja la distancia entre una organización Montoneros que inicia un proceso de atracción de organizaciones más pequeñas y vive su mayor ascenso político, y una organización Montoneros que inicia su proceso de declive y de fraccionamiento. Sólo tres años separan a uno y otro escenario.

Supongamos por un momento que la dirección montonera no planeó el asesinato de Rucci. ¿Es posible que en unas pocas horas, entre el asesinato y la afirmación “fuimos nosotros”, hayan decidido “aprovechar” una acción sin firma realizada por otro para un objetivo propio? Es bastante inverosímil –al margen de que revelaría otros problemas políticos– pensar que estarían dispuestos a avalar el asesinato del dirigente sindical más cercano a Perón y a mentirle en la cara a miles de cuadros con el “fuimos nosotros”. Parece más factible concebir el asesinato de Rucci como consecuencia de una estrategia de la dirección montonera. Están leyendo una derrota que no aceptan, que no procesan políticamente. Están leyendo que quedaron excluidos. El plan de Montoneros había fracasado: Perón no los reconocía ni siquiera como interlocutores, mucho menos como parte de la conducción. Ante la derrota, el asesinato de Rucci aparece como un intento de “romper el cerco” a balazos.

Aquello que habían escrito sobre la acción del ERP unos días atrás, acerca de quedar aislados de las masas y hacerle el juego a la derecha, ahora podían escribirlo sobre ellos mismos. A lo cual se le agregaban algunos detalles políticamente cruciales. Primero, el hecho sucedió de inmediato después del triunfo electoral de Perón. Segundo,

su objetivo no fue el Ejército, sino el secretario general de la CGT: un peronista había sido asesinado. La dirigencia sindical era considerada por la izquierda como "burocracia sindical". Para considerarlos "usurpadores" de la representación obrera, no eran necesarios procesos literales de usurpación, sino grandes diferencias políticas. Y esas diferencias eran juzgadas moralmente a partir de la acusación de "traición", que se convirtió en una fórmula repetida.

El asesinato de Rucci fue clave para modificar la idea acerca de cómo podían dirimirse las diferencias políticas y las luchas de poder al interior del peronismo. Pero además, el hecho cambió la relación de Montoneros consigo mismo. Primero, porque hubo una ruptura política. Segundo, porque muchos que no rompieron experimentaron su primera diferencia profunda con la dirección montonera. Tercero, porque al modificar la relación de Montoneros con la violencia política y con la política en general, se produce un impacto que va más allá de su relación con Perón. Cambia la idea de Perón acerca de hasta dónde pueden llegar los problemas con Montoneros. Y de allí surge su respuesta: la Orden Reservada del Consejo Superior Peronista del 1° de octubre de 1973.

Fernando Vaca Narvaja afirmó:

> Lo de Rucci en ese momento está fuera de contexto de lo que estaba operando la organización, o de lo que debería haber estado operando la organización. [...] A nosotros, eso, en ese momento político, no nos beneficiaba para nada. Al contrario, nos perjudicó enormemente y benefició a López Rega (Pigna, 2016: 237).

Más allá de discusiones morales y jurídicas, la conducción montonera es responsable política de sus acciones. En ese sentido, nunca pudo construir una estrategia que quebrara la

lógica de aquella etapa histórica. Una lógica que implicaba un laberinto con consecuencias espeluznantes. Cuando el proceso histórico se encaminaba hacia un golpe de Estado y hacia la masacre estatal de la militancia política, la única política de izquierda era aquella que pudiera contribuir a detener y evitar la catástrofe. En cambio, la estrategia que busca imponerse, triunfar cuando eso resulta imposible, queda encerrada en el laberinto que conduce a la derrota.

Perón, el adversario

La creencia de los montoneros "en el revolucionarismo de Perón era absolutamente sincera" (Gillespie, 1987: 72), pero cambia de manera explícita desde septiembre de 1973. En reuniones y documentos la conducción comenzó a plantear que Perón era su adversario político, que quizás tendrían que romper con él y empezaron a preguntarse qué sucedería si eso ocurría.[39] En ese mes se produjeron definiciones novedosas en la "Charla de la Conducción Nacional ante las Agrupaciones de los Frentes".[40] La definición principal fue: "Hoy Perón está aquí, Perón es Perón y no lo que nosotros queremos" (en Baschetti, 1996: 271). En la charla, los dirigentes señalan que ellos no habían estudiado en profundidad el pensamiento de Perón con anterioridad, que ahora sintetizan de este modo: "Lo que Perón define como socialismo nacional es el justicialismo". Por ello, "la ideología de Perón es contradictoria con nuestra ideología porque nosotros somos socialistas [...] para nosotros la comunidad organizada, la alianza de clases, es un proceso de transición al socialismo". Para explicar la política que habían tenido hasta ese momento, afirman que "estas contradicciones nosotros las hemos descubierto hace muy poco y creemos que Perón también".

¿Y cuál sería entonces la nueva estrategia? "La contradicción con Perón es insalvable", afirma la conducción en el documento. "Su solución ideal sería que Perón optara

por admitir que la historia va más allá de su proyecto ideológico y que nosotros somos los hijos objetivos del Movimiento Justicialista; y que entonces resignara su proyecto ideológico adecuándose a esa realidad". Y agrega: "Perón sabe que nuestra posición ideológica no es la misma que la de él, y de ahí que tiene una contradicción que vaya a saber cómo la resolverá" (en Baschetti, 1996).

De este modo se relata una de estas reuniones en *La voluntad*:

> Firmenich fue a Mendoza y preguntó qué tenía que hacer Montoneros frente a Perón, qué posibilidades tenían si se los ponían en ciertas situaciones concretas. La pregunta central no estaba claramente formulada pero sí aludida. Si pensaban que los Montoneros podrían convertirse, llegado el caso, en una alternativa al General. La mayoría de las respuestas en la reunión eran entusiastas (Anguita y Caparrós, 1997: 223).

A partir de leer documentos de Montoneros de septiembre de 1973, Perón citó a Juan Manuel Abal Medina y le dijo: "Lea esto usted, donde me están tratando a mí como enemigo". Así lo cuenta Firmenich y afirma: "Nosotros no lo tratábamos a Perón como enemigo, sino que él nos trataba como enemigos a nosotros" (Pigna, 2016: 211). Mientras Montoneros creía que la muerte de Rucci les permitiría negociar con Perón, Perón interpretaba esa muerte como un ataque a la clave misma de su proyecto político.

La ofensiva de Perón

En octubre de 1973 se publicó el documento de una reunión reservada del gabinete en el cual se anuncia un combate abierto a todos los sectores armados que estuvieran amenazando el orden constitucional. Se establece que el gobierno tiene que actuar de manera implacable en contra de la "subversión" y de la "infiltración".

En la biografía de Perón, Page (1999) plantea que el general se consideraba el gran árbitro de todas las diversidades del peronismo, a sabiendas de que había alentado las contradicciones, sobre todo en los últimos años. Creía que al retornar sería capaz de poner bajo su mando esas diferencias. Y estaba indignado con Cámpora, porque no lo consideraba capaz de organizar y disciplinar a los sectores del movimiento. Sólo a su regreso Perón advirtió que no era factible allanar las diferencias realmente existentes.

En lugar de creer que Perón siempre tuvo planes predefinidos, parece más adecuado considerar cómo su postura fue girando de manera vertiginosa a medida que la posición de arbitraje se tornó inviable. Cuando asume que el disciplinamiento es imposible, va a procurar someter completamente a los sectores más combativos y rebeldes de la izquierda peronista, que al mismo tiempo iban construyendo la idea de Perón como su adversario. Después de Ezeiza, el asesinato de Rucci y más aún después del asalto del ERP en Azul, Perón tomó partido de manera terminante.

Page afirma:

> En la media luz de las horas del alba de su tercera presidencia, Juan Perón confrontaba el dilema de tener que dar cumplimiento a las expectativas contradictorias de millones de votantes. Para ellos su restauración en el poder era un triunfo de la fe, alimentada con la esperanza cifrada de un hombre anciano y enfermo que había estado ausente del país durante dieciocho años y quien, según muchos, podría resolver los problemas de la nación. Una demostración, en suma, de que los argentinos tienen la capacidad de creer en milagros (1999: 570).

Es evidente que Perón necesitaba a Montoneros para regresar. No le preocupaba que pudiera haber desacuerdos.

Perón estaba muy acostumbrado a pensar su conducción en el marco de diferencias. Lejos estaba de ser la primera discordancia que tendría que enfrentar, en realidad su carrera había sido sobreponerse a ellas. O ir a la confrontación abierta como con Vandor en 1965. Lo que no supo captar Perón era que la naturaleza de este conflicto iba a tener dinámicas que nunca había experimentado. Hasta el caso de Rucci, nunca un peronista había asesinado a alguien de la máxima confianza de Perón.

Jorge Antonio señala:

> Perón estaba convencido de que los Montoneros le iban a responder siempre. Yo le aseguré que no, porque yo tenía mucho más contacto con Montoneros que él. [...] Yo le advertí a Perón: "Mire que esto es riesgoso. No le de tantas alas en el país porque después usted va a tener un problema". Él me dijo: "No, Jorge, quédese tranquilo que cuando lleguemos al país y lleguemos al poder, si los muchachos se ponen ariscos –fueron textuales palabras– yo voy a agarrar un vaso de agua, micrófono, hablaré y se irán tranquilos a su casa" (cit. en Pigna, 2016: 245).

En otras palabras, aquí hay un rasgo de toda la etapa histórica, que es la excesiva consideración que tenía Perón de su autoridad y de su propio poder. Esa valoración se basaba en su experiencia, que entre 1943 y 1955 había sucedido en un país muy diferente.

1º de mayo

A pesar de Ezeiza, a pesar de Rucci, el increíble fenómeno argentino del peronismo marcharía el 1º de mayo de 1974 a un acto que Perón había organizado dos décadas atrás. No lo harían unidos, sino al mismo sitio. Allí llegaron las columnas sindicales y de la Tendencia, y cada una ocupó la mitad de la Plaza de Mayo. Montoneros había acordado con Lorenzo

Miguel que no hubiera enfrentamientos armados. En esa plaza se escuchaba gritar: “Vea, vea, vea, qué cosa más bonita, Rucci dio la vida por la patria peronista” y también: “Rucci, traidor, saludos a Vandor”. Y “Rucci, leal, te vamos a vengar”.

Como se había dispuesto que no habría banderas políticas pero sí sindicales, la Juventud Peronista no tenía manera de identificarse.

> Entonces –dice Firmenich–, nosotros recurrimos a una triquiñuela. Recurrimos a la vieja imagen del Caballo de Troya. Dentro de los grandes bombos –se usaron bombos gigantes para esa ocasión– con los que se accedía a la Plaza de Mayo para acompañar los cánticos, llevamos banderas, aerosoles, letras de las insignias que queríamos poner y concurrimos con grandes banderas argentinas sin inscripciones. [...] Cuando Perón salió al balcón, las banderas argentinas súbitamente se convirtieron en banderas con las inscripciones políticas que habitualmente llevábamos a todas las movilizaciones. Esto enardeció a Perón. Reaccionó emocionalmente con insultos que no forman parte del discurso político. Eso desencadenó una tragedia (cit. en Pigna, 2016: 247).

En esta visión, la larga guerra de Troya tenía ese día la forma de una disputa al interior del peronismo.

Desafiado, Perón dijo en su discurso que cuando veinte años atrás había recomendado desde ese mismo balcón

> que ajustasen sus organizaciones porque venían días difíciles, no me equivoqué ni en la apreciación de los días que venían ni en la calidad de la organización sindical, que se mantuvo a través de veinte años, pese a estos estúpidos que gritan. Decía que a través de estos veinte años las organizaciones sindicales se han mantenido inconmovibles, y hoy

> resulta que algunos imberbes pretenden tener más mérito que los que durante veinte años lucharon.

Los previos elogios a la juventud maravillosa eran reemplazados por otros a esas organizaciones sindicales. Pocos años antes algunas agrupaciones habían desafiado la autoridad de Perón y en esa experiencia se basaba la juventud para formar su idea de "traición". Por eso, los jóvenes revolucionarios habían interpretado el enfrentamiento de Perón con Vandor de otra manera. No como un problema de conducción, de verticalismo, del proyecto de un peronismo sin Perón. Sin embargo, ahora Perón explicitaba que él escogería a los "leales" y que estos no se definían a través de teorías o ideologías, sino por su aceptación de la posición del líder. La identificación de una persona como "traidor" no es algo definitivo e irreversible en el peronismo. Por eso, los leales de ayer podrían ser traidores de hoy y viceversa. Por cuestiones elementales de gobierno, Perón necesitaba a su lado a los continuadores de Vandor tanto como a los de Rucci. El nuevo secretario general, inicialmente criticado por el ala más sindicalista de politizar demasiado a la CGT, terminó disciplinando a un sindicalismo que se ubicaba bajo las órdenes de Perón.

El proceso era tan vertiginoso que la tensión entre el "sindicalismo peronista" y el "peronismo sindical" parecía resolverse cuando el gobierno era peronista. Los sectores más reacios a acatar las órdenes de Perón, de abierta confrontación en el contexto dictatorial, fueron su base de sustentación cuando el propio Perón protagonizó el escenario político argentino de 1973-1974. Aquel Perón que mandó a Isabel a hacer frente a Vandor en 1965, que después habilitó a las guerrillas como "formaciones especiales" en la convicción de que serían una herramienta para desestabilizar a la dictadura, logró el primer paso de su cometido. Y cuando consiguió su objetivo, ya no estuvo en

posición de desestabilizar a un gobierno ilegítimo, sino de gobernar el país.

En el tramo siguiente del discurso del 1° de mayo aparece una referencia a Rucci:

> Quiero que esta primera reunión del Día del Trabajador sea para rendir homenaje a esas organizaciones y a esos dirigentes sabios y prudentes que han mantenido su fuerza orgánica y han visto caer a sus dirigentes asesinados, sin que todavía haya sonado el escarmiento.

Como si eso fuera poco, Perón agregó que vendría la liberación no sólo del colonialismo, "sino también de estos infiltrados que trabajan adentro, y que traidoramente son más peligrosos que los que trabajan desde fuera, sin contar que la mayoría de ellos son mercenarios del dinero extranjero".

Montoneros cantaba "Qué pasa, qué pasa, General, que está lleno de gorilas el gobierno popular". Es probable que su conducción imaginara otra vez que la movilización podía torcer la voluntad de Perón. Pero nuevamente sus cálculos políticos fueron errados. Perón los insultó, reivindicó a los sindicatos y trajo al centro de su discurso el asesinato de Rucci.

Sobre la reacción de Perón después del acto hay dos versiones que parecen contradictorias. Firmenich y Vaca Narvaja cuentan que Oscar Alende, que estaba en el palco con Perón, lo vio apesadumbrado. En la anécdota que relata Firmenich, Alende le preguntó a Perón si no creía "que se le había ido la mano". Y Perón le dijo que no se preocupara, que era un lavado de cabeza a los muchachos, o un tirón de orejas, "pero yo voy a arreglar esto". Este tipo de anécdotas parecen denodados esfuerzos por mantener viva la narrativa montonera, porque según ella el 1° de mayo no fue un evento decisivo, sino un suceso menor.

Jorge Antonio, en cambio, cuenta otra historia.

> El 1° de mayo a las tres de la mañana, hora española, me llama Perón por teléfono a mi directo. [...] Y me dice: "Lo felicito, Jorge Antonio. Ya se habrá enterado de lo que me hicieron los imberbes. Usted tenía razón. Es mi deber y mi obligación recordárselo y reconocérselo. Usted los conocía mejor que yo". [...] Perón toma el 1° de mayo como una agresión, una falta de respeto total a él. Él se da cuenta en ese momento que había estado arando en un terreno resbaladizo (cit. en Pigna, 2016: 245).

Retrospectivamente ambas historias son verosímiles. Ante un político como Alende, Perón responde como político: "olvídese, yo lo manejo, no pasa nada". Minimizar los problemas en presencia de sus pares es parte de la profesión del político. Los dirigentes montoneros recuerdan esa anécdota porque les permite afirmar que la ruptura con Perón no era definitiva, que todo podría encaminarse. Muchos militantes de aquellos años narran otras anécdotas en el mismo sentido, y afirman que pocos días después de la muerte de Perón había agendada una reunión con dirigentes montoneros. Pero historias como estas alimentan las ilusiones propias del laberinto de los setenta y ocultan lo que estaba ocurriendo. ¿Qué podría haberles dicho Perón a los montoneros en una eventual reunión en julio de 1974? Que se ajustaran a su plan político y que dejaran de desafiar su autoridad. ¿Podía acaso Montoneros ajustarse al plan de Perón? De ninguna forma.

Hay, sin embargo, una coincidencia en ambos relatos. Según Vaca Narvaja, Perón le indicó a López Rega delante de Alende que lo hacía responsable de que no hubiera consecuencias del enfrentamiento político que acababa de ocurrir. Y en el relato de Jorge Antonio resulta claro que se trata de una ruptura política, no militar. No sabemos qué

implicaba para Perón "hacer sonar el escarmiento". Pero sabemos que ese 1° de mayo dijo públicamente, después de gobernar seis meses, que aún no había sonado.

Parecería que a la fórmula que pretendía "mucho tiempo para que no hubiera sangre", a esa altura Perón ya no le encontraría la vuelta.

Firmenich afirma que además de las diferencias políticas hubo "una dificultad de comunicación, de diálogo o una ruptura generacional. Faltaba una generación en el medio y había imágenes congeladas en el tiempo". Afirma que "a Perón le costó entender que la relación con nosotros era distinta. Y a nosotros nos costó entender que el Perón de carne y hueso era distinto al de la síntesis histórica". Esta declaración, formulada como crítica y autocrítica, resulta bastante forzada. Primero, porque el Perón de carne y hueso era el que tenía un proyecto político, y el de la "síntesis histórica" era una fabricación. En realidad no había dos Perón, había uno. Segundo, porque Montoneros pretendía que la relación con ellos fuera distinta, pero eso es justamente lo que el Perón de carne hueso no quería.

Sin embargo, en la hipótesis contrafáctica hay algo interesante:

> No hubo la posibilidad o la capacidad de un mecanismo de comunicación para discutir en los términos más racionales posibles, discutir abiertamente sin que pudiera considerarse una falta de respeto y sin que nosotros considerásemos que éramos marginados (cit. en Pigna, 2016: 202).

¿Habría rendido sus frutos un debate claro y frontal? Es legítimo dudar, sólo nos queda interrogarnos al respecto.

En cualquier caso, una respuesta a esa pregunta la ofrece el propio Firmenich cuando afirma que en ese momento "la patria socialista era inviable por la voluntad social" (2016:

209). Pero, si esto era así, ¿qué implicancias podía tener un diálogo racional cuando la política que proponía Montoneros era inviable? ¿Estaba en condiciones la conducción montonera de carne y hueso de 1973 de sacar esa conclusión y barajar todas sus consecuencias?

El proyecto político de Perón para su regreso

Con perspectiva histórica, es interesante preguntarse si alguno de los proyectos que se esbozaron a inicios de 1973 era efectivamente viable. El de Montoneros, el de Perón o cualquier otro.

Muchas veces se repite la fórmula que reza que *Perón regresó en 1973 como último recurso para frenar la lucha social*. Esa idea, discutida incluso antes de 1972 por sectores de la izquierda, partía de la premisa de que en la Argentina había una revolución en marcha, un proceso que Perón vendría a detener y derrotar.

Si bien había ilusiones, utopías, radicalización de amplios sectores y *voluntad*, como mostró la historia, no estaban dadas las condiciones sociales ni políticas para una transformación revolucionaria de la Argentina. Los niveles de conflictividad eran extremadamente altos, pero en retrospectiva podemos comprender que el primero de todos los equívocos de aquella época fue creer que una revolución era una posibilidad que se medía en meses o escasos años. No fue un error por falta de lucidez, pues había en aquel entonces, como ya dijimos, un espíritu de época, una configuración de la sensibilidad basada en muchos fenómenos nacionales e internacionales que tornaba verosímil la salida revolucionaria.

¿Podemos reconstruir el pensamiento de Perón y su plan de aquel momento? En el contexto de la Guerra Fría, Perón buscaba una estrategia para impulsar un desarrollo productivo que le diera mayor autonomía al país. No pretendía tomar medidas en dirección a alguna idea

socialista, sino que se proponía crecer para después redistribuir. ¿Cómo crecer? Perón sugirió en varias reuniones la disponibilidad de capitales árabes o europeos para promover el desarrollo. Pero esos capitales, en realidad, estarían disponibles eventualmente en un mediano plazo. En lo inmediato, a Perón le tocó asumir el gobierno con la crisis del petróleo de 1973. Eso no significa que sin esa crisis las cosas habrían funcionado, pero el hecho es que la situación se agravó con rapidez. Sin embargo, su problema era mucho más político que económico. Porque si el golpe de Onganía se basaba en la idea de tres tiempos (primero concentrarse en el crecimiento, luego en lo social y sólo después exponerse a elecciones), Perón era la única persona que podía comenzar por las elecciones porque todos creían –incluido él mismo– que podía ser la síntesis del amplio espectro peronista.

Esa es la clave del plan de Perón. Había sido árbitro en 1945 y 1946 entre sectores muy distintos del naciente peronismo y su autoridad se había impuesto por una década. Después del golpe de 1955, en realidad nunca más existió un verticalismo completo en el peronismo y siempre hubo, hasta 1973, variantes más o menos poderosas de "peronismos sin Perón", sectores más o menos relevantes que tenían líneas de acción y estrategias diferentes. Perón creía que desde el gobierno podía resolver ese problema y volver a sintetizar heterogeneidades, ocupar nuevamente una posición de arbitraje político y ser quien saldara las diferencias al interior de las distintas fracciones del movimiento, al encabezar un proyecto de desarrollo, de crecimiento, de industrialización, de autonomía. Pero no sólo no pudo. Analizado desde el presente, resulta claro que era imposible. Los montoneros creyeron que podían conducir junto con Perón, y él creyó que podía conducir a

los montoneros. Tal como se dieron los sucesos históricos, ambos se equivocaban.

Conducir, sintetizar, ser árbitro implicaba lograr el Pacto Social: congelar precios, aumentar salarios hasta un límite, cancelar negociaciones salariales por dos años. El Pacto se firmó durante el gobierno de Cámpora. Al principio logró reducir la inflación, pero en 1974 la economía se vio sacudida por un nuevo aumento de precios, se desplegó la difícil coyuntura internacional por la crisis del petróleo y los reclamos salariales fueron en aumento. Desde las semanas y meses posteriores a la firma, los cuestionamientos al Pacto se manifestaron tanto a través de ocupaciones de establecimientos fabriles como mediante fuertes declaraciones de algunos de los dirigentes más combativos.

Si examinamos los hechos hoy, podemos caer en el anacronismo de creer que inexorablemente Perón iba a regresar. Pero si nos situamos en 1972, no había nada predeterminado que garantizara su regreso. Puede realizarse un ejercicio contrafáctico. Si Perón hubiera cedido a las presiones de Paladino, su delegado personal que mantenía un diálogo con el gobierno y una buena relación con algunos sectores sindicales (los más "pragmáticos" y opuestos a Rucci), tal vez nunca habría vuelto. Si Perón hubiera inhabilitado y roto con los montoneros, desautorizándolos, no sabemos cuál podría haber sido la dinámica. Entre esas dos opciones, Perón caminaba por una cornisa y construyó una estrategia que suponía no romper con nadie, decir a cada uno lo que quería escuchar, alimentar las posibilidades de movilización, alimentar el mito recurrente de otro 17 de octubre (que nunca sucedió). Incluso, si en función de las condiciones impuestas por Lanusse en el llamado a elecciones, que implicaban la proscripción de Perón, él hubiera elegido –como algunos sugerían– el camino del

boicot electoral, tampoco es sencillo vislumbrar cómo se habrían desencadenado los acontecimientos.

Con su estrategia, Perón derrota a Lanusse. Vuelve cuando ya gobierna el peronismo y termina al mando de la presidencia. Pero su proyecto fracasa. Después de dieciocho años de proscripción, con toda la mística del "luche y vuelve", con todos los peronismos, con el apoyo de otros partidos que forman el Frejuli, Cámpora obtiene el 49%. En esa elección, si se suman los votos de la UCR, los votos de Manrique y de la Alianza Republicana, casi el 40% de los sufragios son antiperonistas. No hay consenso pleno en absoluto en la sociedad argentina y además sabemos de la heterogeneidad del 49% que vota a Cámpora en marzo. Sin embargo, en ese momento vertiginoso el peronismo logra ampliar la ilusión con el regreso de Perón y su candidatura supera el 60% de los sufragios en septiembre.

La situación era tan laberíntica que con el mayor caudal electoral que jamás obtuviera un candidato en la Argentina, el carisma inmenso fue insuficiente, las tensiones acumuladas volvieron la síntesis inviable, y el verticalismo se develó ilusorio. En sus discursos, Perón señalaba que el país estaba quebrado y endeudado, que acababa de salir de una guerra civil. Una y otra vez pedía paciencia, afirmaba que la recuperación llevaría muchos años. Pero en la sociedad argentina muy pocos tienen paciencia. Perón entendía correctamente: su plan sólo sería viable si todos aceptaran tener paciencia. Perón también se equivocaba: si los argentinos hubieran tenido esa paciencia, no habría existido la sociedad de los setenta, que en parte él desconocía. Uno puede preguntarse cómo pudo creer Perón que aquietaría las aguas con su presencia. Pero en realidad esa pregunta abarca a todos los actores de ese momento histórico. ¿Cómo pudieron creer lo que creyeron?

Quizá porque, a pesar de los enfrentamientos, había una

creencia compartida. La derrota parecía haber quedado atrás, la disputa ahora era quién controlaba al peronismo para imponer su impronta al proceso. Esa confianza en la invencibilidad del peronismo se repetiría luego en otros momentos históricos.

Exotizando esos mitificados años setenta, resulta claro que era un laberinto sin salida. El laberinto no estaba colocado allí de modo mágico. Fue el resultado de las intervenciones de diferentes actores y de las fuerzas efectivas que cada uno logró reunir, siempre por debajo de sus expectativas iniciales. Entonces, el plan de Perón fracasa. Y cuando muere su proyecto, fallece el propio Perón. Podría afirmarse que *el presidente que no fue* fue el "león herbívoro". Al devenir león, o antes de devenir león (el debate será eterno), perece. Perón no fue exitoso por la voluntad de uno u otro sector, ni por la conspiración de este o aquel grupo. En el contexto de 1973, ni siquiera la identidad peronista, ni siquiera el carisma de Perón, pudieron detener el *in crescendo* de la confrontación.

Para julio de 1974, su proyecto político de disciplinar a los peronismos bajo su figura, aplacar el conflicto social, conseguir la lealtad de todos los sectores principales que habían apoyado su votación, dar una inyección revitalizante a la economía y empezar al menos levemente a revertir alguna de las situaciones más angustiantes para la mayoría de los argentinos era inviable.

Si bien Perón mantuvo algunas actitudes ambivalentes, si se hubiera pretendido entender lo que estaba pensando y haciendo, si se hubiera tenido en cuenta las personas con las que se reunía o las órdenes que impartía, la disyuntiva entre confrontar con Perón o colocarse bajo su conducción se habría planteado tiempo antes.

Montoneros era peronista porque consideraba que el pueblo era peronista y porque creía que sólo a través del

peronismo se podía lograr la liberación nacional y el socialismo. Y creía que era posible hacerlo a través de una revolución, no mediante elecciones. Si uno regresa a 1970, a 1971, puede preguntarse hasta qué punto un militante escribe "Perón o muerte" creyendo que Perón vuelve o que no vuelve. Y si puede pensar que, si vuelve, no es seguro que encarne la revolución y que eso abra una nueva etapa de disputa política. En ese sentido, los sucesos se desarrollaron en un contexto de incertidumbre para todos, también para la conducción montonera. Si Perón no volvía, parecía factible construir un peronismo sin Perón, un peronismo revolucionario, y la estrategia montonera podía desenvolverse sin la contradicción evidente de que Perón los confrontara.

Esas escenas están hoy en carne viva en la generación de los setenta. Por eso hay quienes afirman que Perón echó a los montoneros de la Plaza el 1° de mayo de 1974 mientras otros sostienen que se fueron por voluntad propia. Si se interpreta que se retiraron, lo hicieron después de ser tildados de "imberbes". Pero muchas de esas controversias parten de supuestos equivocados. Por ejemplo, que la mitad de la Plaza vacía significaba que la mitad del peronismo adhería a Montoneros. Hay tanto en juego en términos biográficos y personales que muchos debates resultan imposibles.

Perón subestimó lo que implicaban los reclamos sociales y la radicalización política, y también a Montoneros. Mientras Montoneros, por su parte, se sobreestimaba de modo abrumador, creyendo que haría una patria socialista, Perón no comprendió que la heterogeneidad peronista había ido demasiado lejos para poder sintetizarla. Cuando finalmente cayó en la cuenta de que la síntesis era imposible, quiso hacer "tronar el escarmiento" y alentó la persecución de los grupos de izquierda (véase capítulo 5).

Perón dejó atrás su estrategia de arbitraje y tomó partido. Creyó que era su chance de imponerse. Pero en realidad en ese paso, su programa anterior estaba derrotado. Metafóricamente, Perón murió porque era imposible hacer lo que quería hacer. Su proyecto había muerto.

Breves hipótesis contrafácticas: era un laberinto sin salida

Generemos algunas hipótesis contrafácticas. Primera: se impone el Gran Acuerdo Nacional de Lanusse. ¿Había alguna oportunidad de que esto ocurriera? Muy pocas, pero básicamente habría sido necesario que Perón llamara al boicot electoral por la cláusula proscriptiva contra su persona. Imaginemos un lanussismo electo por fraude electoral: eso implicaba un fortalecimiento político de la guerrilla hasta derivar en una proto-guerra civil, o en una guerra civil. En la medida en que la polarización se hubiera profundizado, o el propio Lanusse asumía un dispositivo cualitativamente más represivo o las Fuerzas Armadas lo desplazaban para imponerlo. Es decir, con esta hipótesis el país se encaminaba hacia 1976.

El segundo planteo es más rebuscado. Perón impone su plan: el Pacto Social. De alguna manera, como insinúa Nahmías (2013), reconciliado con la dirigencia sindical, con la oposición y las Fuerzas Armadas, es el espíritu del Gran Acuerdo Nacional (GAN) pero bajo el liderazgo de Perón. Es un GAN que no se apoya en el Ejército, sino en la historia, en su experticia como líder y en el intento de saldar las tensiones de su movimiento. Este segundo escenario se basa en una suposición contrafáctica más difícil de sostener: que Montoneros hubiera tenido otra política. ¿Qué habría sucedido si se llamaban al verticalismo? A una actitud un poco más clásica de los peronismos clásicos: tensionar en lo social, movilizar en el reclamo sectorial, pero sin provocar una disputa política abierta. Sin desafiar abiertamente a

Perón. Nadie sabe qué habría sucedido si Montoneros hubiera tomado ese camino. Con seguridad, los sectores más radicalizados lo habrían criticado y hasta podría haber perdido algunos apoyos más de la izquierda. Perón no los habría impugnado en la Plaza el 1º de mayo, habría muerto sin una ruptura abierta con Montoneros. Pero la pregunta es si Montoneros expresaba a su conducción o un fenómeno cultural y político más profundo. En ese sentido, la pregunta contrafáctica es: ¿si Montoneros hubiera tenido otra política, otra de las organizaciones habría cumplido el papel que tuvo Montoneros? Sólo si esto último no hubiera sucedido, habría empezado una Argentina sin Perón, sin esa ruptura.

Mientras el peronismo clásico es el resultado de cómo Perón logra conducir una ebullición social inédita, los peronismos de los setenta son la expresión y el resultado trágico de cómo ni Perón ni nadie consigue conducir esa presión y esa ebullición.

¿Era posible hacer una revolución socialista en cualquier acepción del término en la Argentina de 1973? Podrá haber especulaciones eternas. Si se observa el conjunto de América Latina podría concluirse que era imposible que no hubiera ilusión revolucionaria al mismo tiempo que era inviable una revolución. En casi toda la región hubo fuerzas revolucionarias en esa década, pero sólo hubo un triunfo revolucionario en Nicaragua. Ahora, regresando a la Argentina, los hechos son autoevidentes respecto de que no sería Perón quien encabezaría una hipotética revolución. Entonces, sólo cabe la pregunta: ¿podría darse una revolución confrontando con el propio Perón?

La acumulación política de Montoneros hubiera sido inviable sin considerarse los intérpretes revolucionarios de Perón. En ese sentido, Montoneros crece al generar esa ilusión en un sector social. Crece al crear un camino sin salida. Porque los hechos históricos no sólo mostraron que

Perón nunca iría en esa dirección política, sino que iría más bien en la dirección contraria. En realidad, con Perón en la Argentina sólo había dos posibilidades. Alineamiento de Montoneros con la política de Perón, lo cual iba completamente en contra de su concepción teórico-política. O ruptura. Hasta aquí, la ruptura aparece como la única consecuencia factible del encuentro entre Perón y Montoneros en la misma tierra.

La concepción que tenía la conducción montonera del movimiento obrero y de los dirigentes sindicales, y viceversa, también llevaba a una escisión y a un nivel de enfrentamiento absoluto. No había chances de negociación. En parte porque uno puede distinguir cualquier crítica política a un dirigente sindical de una crítica moral. Cuando esta es del orden moral (como “traidor”, “vendido”, “cipayo”, “vende patria”), no es posible dialogar. El diálogo con los traidores sería traición, un arreglo con ellos arroja a todos al territorio de lo inmoral. Lo mismo sucede con los dirigentes sindicales, que sostienen una acusación moral contra la juventud: los “infiltrados”.

Por eso, este recorrido contrafáctico permite llegar a una conclusión: sólo un acuerdo entre los considerados “infiltrados” y los considerados “traidores” podría haber tenido alguna posibilidad de salvar al gobierno peronista. Pero como eso era imposible, la situación argentina de 1973 era un laberinto que terminaría en tragedia.

En aquel contexto, el surgimiento de Montoneros y de gran parte de la izquierda revolucionaria de los setenta era inevitable, y su proyecto, inviable. Esa fue su tragedia.

Nunca hubo tanta gente con más potencia, voluntad e imaginación en la Argentina. Nunca tantos creyeron que un cambio que consideraban maravilloso era inminente. Pero a la distancia sabemos que no era posible y también que, en aquella época, no lo podríamos haber visto de ese modo.

Así, ninguno de los principales actores políticos del escenario de 1973 ganó la pulseada. No se impuso ninguno de los proyectos y de esa derrota múltiple emerge la Argentina de 1976.

Cuando el gobierno peronista fracasa, todos los peronismos fracasan. Y habrán de pasar otros trece años, con tragedias inconmensurables y con la oportunidad más importante que la UCR tuvo desde Irigoyen, para que la sociedad volviera a escoger a un gobierno peronista. Pero antes ese fracaso se hizo patente y definitivo cuando el régimen más espeluznante de la historia argentina inició su gobierno.

---

[33] A diferencia de Montoneros, que era una organización, la Tendencia Revolucionaria era una referencia que abarcaba a diversas organizaciones, corrientes y figuras que abogaban por un peronismo revolucionario y por la patria socialista.

[34] Entrevista realizada en 2002 y emitida en el programa de la Televisión Pública *Lo pasado pensado*, conducido por Felipe Pigna.

[35] El análisis de las derrotas políticas tiene una larga tradición de las fuerzas populares y de izquierda. Para ser breves, señalemos que los análisis políticos realizados en los últimos años de vida de Rodolfo Walsh son elocuentes (véase Jozami, 2006). Asimismo, es imposible comprender los aportes teóricos y políticos de Antonio Gramsci sin entender que este autor parte de la pregunta por las razones profundas que terminaron en las derrotas de las revoluciones europeas de la primera posguerra. Por último, después de la Masacre de Avellaneda, cuando el 26 de junio de 2002 fueron asesinados Maximiliano Kosteki y Darío Santillán, el MTD Aníbal Verón publicó un libro que conjuga a la vez la denuncia con una reflexión autocrítica.

[36] Había quienes, como Rodolfo Walsh, tenían una visión muy crítica de Perón en los años previos a 1973 (véanse Mestman, 2007; Jozami, 2006). Sobre la conducción, sólo constan las diferencias documentadas a partir de septiembre de 1973, a las que nos referiremos más adelante.

[37] La primera referencia de Perón a las formaciones especiales y sus funciones es muy anterior al surgimiento de Montoneros, se encuentra en un Documento Interno firmado por él con fecha 20/8/1964 (véase Yofre, 2015: 261).

[38] La entrevista de Felipe Pigna a Mario Firmenich fue realizada en 2002, está disponible en Internet y algunos fragmentos fueron publicados en el libro de Felipe Pigna *Lo pasado pensado* (2016).

[39] Véase Anguita y Caparrós (1997: 222-223); también Duzdevich y otros

(2015).

[40] Este documento integra la compilación de fuentes llevada a cabo por Baschetti (1996).

5. Perón y López Rega, el personaje maldito de la historia peronista

Durante años, López Rega ha sido el hecho maldito del país peronista. Un personaje inenarrable, respecto del cual la única posición peronista podía ser el silencio. En el otro extremo, ha representado también la fiesta antiperonista, porque era el ejemplo que a sus ojos “demostraba” hasta dónde podía llegar el peronismo. En esa lógica se ha argumentado durante mucho tiempo. Pero como indica la antropología, para comprender el peronismo en sus complejidades también es necesario abordar la cuestión López Rega.

¿Acaso será posible abordar a un asesino en sus detalles y contingencias? Quizás hay quien no pueda leer más que denuncias bien documentadas sobre los crímenes de la Triple A. En este capítulo nos proponemos un recorrido muy diferente. Para llegar a 1973, la intención es reconstruir aspectos desconocidos de la vida de López Rega. Entender cómo construyó su poder, cómo ascendió y desde dónde.

Secretario privado de Juan Domingo Perón y posterior ministro de Bienestar Social entre 1973 y 1975, López Rega creó la fuerza paramilitar Triple A, que se dedicó a perseguir, amenazar y asesinar a personas y grupos de izquierda, antes del golpe militar de 1976. Ese hecho atroz produjo tanto un silencio sobre su figura como denuncias por sus crímenes. Ahora bien, la antropología –pero no sólo ella– busca comprender incluso aquello que es aborrecible. Comprender el mal, que puede o no ser banal, pero que adquiere en algunos casos intensidades inauditas.

José López Rega gobernó la Argentina entre el 1º de julio de 1974 y el 11 de julio de 1975. Nunca tuvo un cargo

electivo, simplemente tomó las riendas de un gobierno peronista, el de la fórmula Perón-Perón. Las palabras de cinco letras eran idénticas antes y después del guión, pero la primera aludía al presidente de la Argentina entre 1946 y 1955, mientras la segunda hacía referencia a su tercera esposa, María Estela Martínez. Conocida como "Isabelita", nombre que recibió en la esotérica Escuela Científica Basilio, quiso devenir una copia de la segunda esposa de Perón: la Santa Evita. En 1951, después de una inmensa movilización de masas que le pedía a Eva con amor, con ruego, con exigencia, que aceptara ser candidata a vicepresidenta de la nación acompañando a su marido, las fuerzas más reaccionarias que apoyaban o condicionaban a Perón lograron que no se concretara esa fórmula. En cambio, en 1973, en la mayor de las desconfianzas de Perón hacia los diferentes líderes del justicialismo, ninguna fuerza se opuso con éxito al binomio Perón-Perón. El abismo no sólo separaba a Eva de Isabel, sino al enérgico Perón de 1952 de aquel "león herbívoro" cuya salud no le permitiría completar un tercer período presidencial.

La influencia de José López Rega había crecido a lo largo del tiempo. Fue ministro de Bienestar Social desde la primera de las cinco presidencias peronistas que hubo entre 1973 y 1976: Cámpora, Lastiri, Perón, Isabel y Luder. Pero ese ministerio no era nada comparado con su poder. Cuando la breve presidencia de Cámpora llegó a su fin, Raúl Lastiri asumió casi por el doble de tiempo. Era el yerno de López Rega y precedió a Perón. También López Rega era el secretario privado de Perón desde hacía varios años, y había construido un vínculo espiritual indisoluble con Isabel. Así había llegado por primera vez a la casa de Puerta de Hierro y de esta forma se convertiría en una suerte de primer ministro una vez que tuvo el camino allanado después de la muerte de Perón. Hasta el 1º de julio de 1974, López Rega

tuvo mucha influencia, pero el poder estuvo en manos de Perón. Después de su fallecimiento, López Rega tomó el mando ya que gobernaba su discípula, que le guardaba confianza ciega.

Comprender es preguntarse si en las motivaciones de esos y otros actos había algo más que la decisión de "aniquilar a la subversión". Y había algo más. Muchos de los funcionarios que él designó tenían un elemento en común: habían pasado alguna vez por una Casa Rosacruz en Paso de los Libres. Esa ciudad correntina es una pieza clave del rompecabezas, sin la cual una parte de las acciones y relaciones de López Rega no puede entenderse.

En Paso de los Libres realicé el trabajo de campo para mi tesis de doctorado entre 1999 y 2001. Ubicada en la frontera con Brasil, debe su nombre a que un general antirrosista cruzó por ese "paso" en 1843, desde Uruguayana, para derrocar al gobierno correntino. Desde entonces por esa frontera pasaron exiliados, mensajes y "contrabando" político. Allí encontré una trama compleja y sorprendente, uno de cuyos capítulos se extiende hasta la actualidad.

Para el sentido común, los sucesos históricos sólo acontecen en grandes centros políticos. ¿Puede un pueblo, una pequeña ciudad alejada, haber sido un núcleo relevante? Los principales temas de la historia y de la política de las naciones no se llevan bien, a primera vista, con los objetos predilectos de los antropólogos: aldeas, poblados. Menos aún si, como en el caso de una pequeña ciudad correntina como Paso de los Libres, no es un suburbio de un área metropolitana, sino la periferia de la periferia. Esa visión espacial de las jerarquías está muy extendida en la Argentina.

Un presidente de la Nación nacido allí, Arturo Frondizi; el Libertador General San Martín, nacido a sólo sesenta kilómetros; dos presidentes de Brasil, Vargas y Goulart,

nacidos en una cercana ciudad de frontera; la primera reunión entre un presidente argentino y el emperador de Brasil; la batalla inicial de la Guerra de la Triple Alianza y otros sucesos alimentaban una teoría de mis amigos e interlocutores en Paso de los Libres: la periferia es el centro. Así dicha, la frase es responsabilidad mía, pero creo que interpreta de modo adecuado un significado sólido que anuda una cantidad de historias que me relataron a lo largo de los años. La lista es extensa. En 1932, Arturo Jauretche fue allí para participar de la revolución radical y después de la derrota escribió su poema gauchesco "El Paso de los Libres", que en su primera edición prologó Borges. Entre 1945 y 1985, existió allí el único puente que atravesaba mil kilómetros de frontera fluvial entre Argentina y Brasil.

De todas ellas, la que más me impactó fue la de José López Rega, quien vivió en esas tierras un capítulo decisivo del estudio de sus creencias, sus aprendizajes esotéricos y su formación espiritual. *El Brujo*, como se lo conocía popularmente, tenía una formación muy especial y sus conocimientos parecen haber logrado efectos reales. Sus convicciones lo llevaron a creer que podía gobernar la Argentina. Por más desmesuradas que nos parezcan sus creencias, así lo hizo durante un año, designando ministros, dirigiendo la fuerza parapolicial Alianza Anticomunista Argentina y estableciendo la política económica que terminó en el Rodrigazo y que generó una reacción popular que lo eyectó del gobierno. Aunque llevó a Buenos Aires a un *pae de santo* de su confianza para que le diera estabilidad a la presidencia de Isabel, sus habilidades se evaporaron y el poder se le escabulló de las manos.

Entre las personas que pasaron por la Casa Rosacruz que visitaba López Rega están Raúl Lastiri; Celestino Rodrigo, que fue ministro de Economía; José María Villone, que fue secretario de Prensa y Difusión; y Carlos Villone, que era la

mano derecha de López Rega y asumió como ministro de Bienestar Social cuando su jefe tuvo que irse del país. También estuvieron Claudio Ferreira, que ocupó posiciones como cónsul y jefe de la agencia de noticias Télam en Brasil, y José Famá, oficial del círculo del Comisario Villar (uno de los jefes de la Triple A). En esa Casa Rosacruz participaban intendentes de Paso de los Libres y *prefeitos* de Uruguayana. Pasaron por allí Jorge Paladino, delegado de Perón en Argentina, así como algunos oficiales y suboficiales de las Fuerzas Armadas y de la Policía. La razón que los llevaba hasta la Casa de Doña Victoria no era "política", sino "espiritual". Pero en esa espiritualidad compartida, entre ceremonias y rituales, se tejieron relaciones y emergieron formas que tuvieron gran relevancia para la política argentina.

Orígenes y llegada a Paso de los Libres

José López Rega nació el 17 de octubre de 1916. Esta peculiar coincidencia astral lo hacía repetir entre sus amigos que su nacimiento estaba vinculado al propio destino del justicialismo. Su tendencia irrefrenable a la grandilocuencia se vio alimentada cuando le dio significado al año de nacimiento de su única hija: 1945. Había crecido en un entorno humilde, tratando de rebuscárselas sin madre, con trabajos sencillos, y a cuidado de un padre con problemas de salud. Después de vivir varios años en el barrio porteño de Constitución, se instaló en Saavedra, por entonces un barrio humilde de la Capital. Allí se alojó en un pequeño departamento de un ambiente que era "casi una habitación de inquilinato" (Bonasso, 1999: 57). Pareció haber sentado cabeza a fines de los treinta cuando, dos años después de casarse, consiguió un cargo fijo en la Policía Federal. Trabajaba en su propio barrio y en esa época su función social era reconocida por los vecinos. De los primeros treinta y cinco años de su vida quedan anécdotas que muestran una

persona afable, campechana, que quería destacarse ante otros en pequeñas cosas.

Hacia 1950, hubo un giro en su vida. No sabemos si fue provocado por el azar o por un suceso especial. López Rega no estaba conforme con la persona que era. En muy poco tiempo emprendió varios caminos. Por un lado, en 1951 logró que lo designaran a la guardia de la residencia presidencial. En ese año, tuvo la oportunidad de cantar en Radio Nacional. Era algo que solía hacer en reuniones de amigos, pero en esos años se dedicó a estudiar canto y obtuvo una beca del Estado para realizar actuaciones en los Estados Unidos. López soñaba con ser un cantante famoso, pero nunca pudo destacarse. (Recordemos la frustración de Hitler para acceder a la Academia de Bellas Artes en Viena.) Sin embargo, de sus actuaciones en Radio Nacional guardó una relación clave para su formación espiritual: su vínculo con el periodista José María Villone.

Justamente durante esos años de transformaciones personales fue circunstancial integrante del equipo de vigilancia presidencial, cuando Perón y Evita vivían en el Palacio Unzué, en Austria y Libertador. Después, López Rega exageró este hecho jactándose de haber sido el primer agente de la custodia de Perón. Guardaba una foto de esa época que le resultó útil años después.

> Algunos visitantes lo recuerdan de entonces. Nadie ha olvidado un detalle: la pringosidad de López. El cabo es meloso. No tiene orgullo. Se presenta dispuesto a cualquier cosa, a lo humillante incluso [...]. Jorge Taiana recuerda a un cabo de policía que en 1952 se le acerca para ofrendarle su sangre para Evita. Era el monje umbandista (Feinmann, 1986: 58).

Pero no era monje y en ese momento sabía poco y nada del umbanda. Ni siquiera existen los “monjes umbandistas”. Esas etiquetas tan usuales vuelven exótico a López, lo

presentan como un ser misterioso, inexplicable. Capturar algo de su personalidad y sus vínculos requiere del esfuerzo de no pensar en él desde la figura en que se convirtió con el correr de los años.

Eventualmente ascendió a cabo primero. Tras el derrocamiento de Perón, en 1955, fue trasladado a la Guardia de Infantería. Allí conoció a Alberto Villar, que en la tercera presidencia de Perón llegaría a ser el jefe de la Policía Federal. No hay más testimonio del "peronismo" de López Rega. A mediados de los cincuenta, cuando la frontera entre Argentina y Brasil era un hervidero político, primero de exiliados antiperonistas que planeaban el golpe de Estado y después de exiliados peronistas que huían de la represión, López Rega llegó a Paso de los Libres.

En 1957 escribió su primer libro. Pensaba que era una persona muy especial. Creía fervientemente en sí mismo como alguien que revelaba secretos, que sabía de un mundo oculto, tenía conocimientos para aliviar dolores o curar a personas utilizando hierbas medicinales. Cada vez recibía más consultas e intentaba ampliar su experticia y sus poderes. Era respetado en su barrio y en Paso de los Libres. Escribía folletos mecanografiados sobre astrología, países, continentes y religiones, en hojas tamaño oficio abrochadas con una cartulina celeste en la tapa, que llevaban siempre el dibujo de las Manos en Oración, inspirado en la obra de Alberto Durero.

López Rega pidió su retiro en 1962. Hacía algunos años que frecuentaba Paso de los Libres. De allí el nombre que escogiera para sus ediciones: "Rosa de Libres". ¿Por qué fue López Rega a Paso de los Libres? Llegó invitado por José María Villone –que era considerado "un hombre de un conocimiento muy elevado y reservado"– a la Casa de Doña Victoria, quien terminó siendo su maestra espiritual. Victoria García Vázquez, más conocida como Victoria

Montero (por el apellido de su primer marido), había nacido en España en 1893. Llegó a Buenos Aires desde Pelotas, Brasil, en 1942 y se instaló en Paso de los Libres con su segundo marido, Caminero, después de enviudar. Allí fundó una sede rosacruz de la Fraternidad Antiqua. Esa rama se autodefine como "de carácter científico y espiritual", sin relación alguna con "religión, dogmatismo o política". Hay dos elementos muy relevantes en esa definición. Primero, una vocación por el conocimiento. Segundo, no se trata de una dimensión alternativa a las creencias o pertenencias religiosas. Personas de cualquier religión u orientación política podían ser aceptadas y eran bienvenidas allí (véanse Wright, 2018; Ceriani Cernadas, 2018).[41]

Doña Victoria, tal como la recuerdan los vecinos de Paso de los Libres, era una mujer con una fuerte personalidad, que transmitía una energía muy especial, que reconocía los más diversos conocimientos si contribuían a entender el mundo, que manifestaba un sentimiento de solidaridad para con las causas de los más humildes y que practicaba cotidianamente la caridad. Todas las actividades se concentraban en esa casa, incluyendo la meditación, reuniones y algunos rituales especiales. Por ejemplo, los días 27 de cada mes, día Universal de la Espiritualidad, oraban por la fuerza cósmica.

Cuando los libreños relatan esta historia, no hablan tanto de un centro rosacruz como de "la Casa de Doña Victoria". Una casa de ladrillos, cercana al centro (en la calle Rivadavia 1595). Además de los dormitorios de la familia, había otras cinco habitaciones donde podían alojarse quienes llegaran de visita. También tenía un jardín donde todavía en el año 2000 (cuando la visité) crecían plantas originarias de distintos países latinoamericanos que habían donado visitantes de zonas remotas. La unidad americana era uno de sus horizontes y una de las razones de encuentros

especiales. Cada 25 de agosto, celebraban una ceremonia de Confraternidad, para la cual llegaba gente desde diferentes países latinoamericanos y de distintas religiones. Se reunían trecientas o cuatrocientas personas y un representante de cada país daba un discurso. La función de la Casa no era religiosa según sus miembros, sino filosófica. "Todos nosotros en la casa estábamos en búsqueda de conocimiento", me comentó uno de sus miembros. Para Doña Victoria el conocimiento no se alcanzaba de una vez y para siempre; era una búsqueda que requería apertura hacia los influjos más diversos.

Doña Victoria es recordada por quienes casi no tuvieron relación con ella como una gran alma caritativa. Quienes tuvieron mayor cercanía la evocan como un ser único, por su energía, su conocimiento, su claridad y su determinación. La casa era considerada por sus visitantes como un resguardo moral y de consejo. Los miembros sentían que Doña Victoria irradiaba algo, la admiraban e idolatraban. Ella miraba a una persona y sabía perfectamente lo que le pasaba. También tenía conocimientos curativos. Hubo quien le recriminó a su madre que tratara a Doña Victoria "como si fuera Jesús, un maestro"; a lo que la madre respondió: "Es que es una maestra".

Doña Victoria se había afincado en Paso de los Libres al inicio de los años cuarenta con una misión rosacruz que debía durar 27 años. Muchas veces invitaba a oficiales de las Fuerzas Armadas para que no sospecharan de algún desacuerdo, pero la mayoría de los participantes recuerda el rechazo de Doña Victoria a las dictaduras militares. Aunque, como hemos señalado, no manifestaba ideas políticas, sí subrayaba la importancia de los beneficios sociales generados por gobiernos como los de Perón o Vargas. Un miembro brasileño de la casa afirma haberle llevado de niño un almohadón muy bonito de regalo a Vargas de parte de

Doña Victoria. Y un argentino asegura que algunas veces Doña Victoria le escribió a Perón. Otra mujer que se crió en la Casa dice que Victoria consideraba que Perón era un gran hombre, pero mal dirigido.

Victoria prefería vestirse de blanco u otros colores claros. Su sillón tenía una funda blanca impecable. En su cuello siempre llevaba un collar con una cruz y una rosa, símbolo rosacruz. Más allá de las extensas explicaciones que podrían citarse, un miembro de la Casa detalló: "Cristo resucitó, así que no había que llevarlo en la cruz, allí había quedado una rosa que era su sangre".

Entre los colaboradores y visitantes asiduos de la Casa a mediados de los años cincuenta, había algunos suboficiales del Ejército que residían en Paso de los Libres y algunos suboficiales de la Policía Federal, retirados o no, que viajaban desde Buenos Aires. López Rega integraba este último grupo. Después de 1955, José María Villone tuvo que exiliarse, recaló durante poco tiempo en Uruguayana hasta establecerse en Porto Alegre, a setecientos kilómetros, donde consiguió trabajo. Desde allí, mantenía una relación asidua con López Rega. Se encontraban en Paso de los Libres en ocasiones especiales y López Rega también visitó Porto Alegre en esos años. Carlos Villone, el hermano, viajaba con frecuencia a la frontera.

Al principio, López Rega daba la sensación de ser un muchacho sencillo y simple. Después fue mostrando sus conocimientos y sus contribuciones escritas. Entabló allí un vínculo de amistad con muchos de los participantes y una relación muy especial con Doña Victoria. Realizaba sus propias "investigaciones" sobre temas esotéricos y participaba de las actividades de la Casa. Incluso colaboró con la construcción de las habitaciones cuando realizaba sus visitas. Se hospedaba por una semana, para realizar un retiro espiritual y ciertas ceremonias.

En 1962 publicó en su propia editorial un libro de más de setecientas páginas: *Astrología esotérica*, subtitulado “Secretos develados”. Dejó en letra de molde la importancia que para él tenía esta historia. Como escritor, López Rega colocaba frases y párrafos entre signos de admiración, y utilizaba letras mayúsculas para enfatizar una palabra. En la introducción de ese libro sostiene que en la Nueva Era de Acuario los secretos del espiritualismo deben ser develados para todos. Y que el lector debe agradecerle al SEÑOR por el relámpago de iluminación que ese libro posee:

> ¡Se abre ante vuestros ojos un mundo enteramente nuevo y extraordinario! ¡Es el mundo de los SECRETOS DEVELADOS A LA LUZ DE LA ASTROLOGÍA, tal como nadie nunca lo hiciera anteriormente! [...] ¡No he jurado CALLAR ante nadie y por el contrario mi misión es servir a la HUMANIDAD a plena cara descubierta! [...]
>
> ¡Es este, AMIGO LECTOR; tu propio AMIGO MUDO!... Trata de entenderlo con paciencia y ámalo mucho, recordando siempre que la PALABRA PERDIDA que se busca desde la antigüedad en los ámbitos secretos contenía el PODER DE LA MAGIA DIVINA y se ha tornado también MUDA para evitar su manoseo por ALMAS AMBICIOSAS, pero TÚ, estimado LECTOR, recuerda siempre que el MUDO se hace comprender de aquel que realmente lo ama! (López Rega, 1962: 9-14).

Si hay algo que deja a un lado desde el inicio es cualquier modestia y hasta se postula como “bálsamo para cualquier situación en que el mundo se encuentre”. Así, anuncia que publicará una “serie de libros extraordinarios, que serán los mojones de la nueva literatura de acuario”.[42]

Experiencias esotéricas

Conocí a David en mi primer viaje a Libres, en enero de

1999. Ya tenía el pelo blanco, su rostro siempre sin afeitar, y una renguera que indicaba marcas indelebles. Pero lo que impactaba era su mirada vivaz, chispeante, y el tono de su voz, fascinado con los detalles de cada historia. David vivía en un barrio denominado "el Buraco", que en los momentos florecientes había sido el epicentro del comercio con Brasil al borde de la frontera. Luego se convirtió en un conjunto de galpones abandonados, herrumbrados y de casas con calles de tierra. Uno de esos grandes galpones había pertenecido al padre de David cuando se usaba para guardar mercadería y ahora era el enorme vacío que hacía de antesala de su casa. Mucha yerba de ayer secándose al sol y algún resto de torta frita fue lo poco que vi sobre su mesa en las largas horas que conversamos. En una de mis visitas, David me dijo: "Yo no haría una investigación. Acá hace falta imaginación para hacer las cosas". En la frontera, plagada de clandestinidades económicas y políticas, la imaginación resulta una clave para la coherencia de los acontecimientos. "Yo haría una novela sobre Libres." Le pregunté cómo sería esa novela:

> Empezaría con la energía extraordinaria de la loma Valentina y contaría las historias que sucedieron a la luz y la sombra de la loma. Las misiones de Yapeyú y los Tres Cerros. Establecería un triángulo imaginario entre la loma, los Tres Cerros y Yapeyú y trazaría una línea que llevaría a las cavernas del Jarao. Se dice que en Jarao se encuentra depositado un tesoro que sería mayor al tesoro de los jesuitas que estaría entre Libres y Yapeyú.

En efecto, en la zona de Paso de los Libres, las historias de la cultura popular local sobre los tesoros enterrados por los derrotados, jesuitas (expulsados de la zona a mitad del siglo XVIII) o paraguayos (en la Guerra de la Triple Alianza), se combinan con la significación energética que se atribuye a una loma y unos cerros en un paisaje que por lo demás es

completamente plano. Entre los miembros de la Casa de Doña Victoria se concebía que el territorio estaba formado por una serie de triángulos. Uno de ellos uniría los vértices de Paso de los Libres con Salta y Torres, en Brasil. Victoria se instaló en Libres, su hija en Salta y López Rega compraría mucho después varias hectáreas en Torres.

La novela de David sintetizaba, de modo único y peculiar, un vasto campo de la imaginación local. Triángulos, tesoros escondidos, misterios, derrotas políticas. Son retazos de creencias populares que habían permanecido allí durante décadas, que influyeron y que quizás también se vieron algo influidas por la Casa de Doña Victoria.

> En los tres ángulos del triángulo hay tesoros y empiezan a aparecer las relaciones con esta gente que tuvo tanto poder y nació en esa zona. San Borja, que está afuera del triángulo, podría ser una bisectriz. Yo no leí nada respecto de los triángulos energéticos, debe ser la popularización de la energía de las pirámides.

Para ser pura imaginación, son datos muy relevantes y conectan con la importancia dada a la antigüedad egipcia en el pensamiento rosacruz. No sólo porque las fantasías pueden ser tan significativas como las leyendas, sino porque, como imaginar no cuesta nada, el hecho es que San Borja, la "Ciudad de los Presidentes", donde nacieron Vargas y "Jango" Goulart, queda casi en medio del triángulo de Torres, Salta y Paso de los Libres. Aunque David no hubiera escuchado hablar de ese triángulo, aunque yo demorara años en relacionar una cosa con la otra.

Todas estas afirmaciones categóricas, esas señales misteriosas, forman parte del lenguaje local. Y también de la personalidad de López Rega.

A inicios de los sesenta, López Rega y otros miembros de la casa hicieron una expedición a Torres y otra con 27

integrantes al Cerro do Jarau, ubicado a unos kilómetros de Paso de los Libres, en Brasil. En una tercera expedición, 27 personas partieron en 1960 desde la Casa de Doña Victoria hacia los Tres Cerros. Doña Victoria los congregó. El día acordado los hizo aguardar en la Casa hasta el momento exacto y dio la orden de salida. López Rega y Claudio Ferreira lideraron el viaje. Entre las 27 personas, estaban los hermanos Villone, algunos políticos locales y siete miembros de las Fuerzas Armadas y de Seguridad. Debían estudiar el panorama y traer una piedra de cada cerro. Constataron, me contó uno de los asistentes, que había dos cerros masculinos y un cerro femenino, que era el que tenía energía. Allí oraron y rezaron y regresaron a la Casa al atardecer. Las piedras que recolectaron permanecían en su jardín aún en el año 2000.

Un día, uno de mis amigos de Libres, “el Tuna” Favila, hermano menor de David, me propuso ir hasta los Tres Cerros. Mi tema de investigación le despertaba tanta curiosidad como a mí. Llegamos en auto a la laguna de San Joaquín, donde se ve una primera elevación, muy arbolada. Después otro cerro y otro más. Allí encontramos unos gauchos que nos dijeron que en la cima del cerro Nazareno había una cruz que había mandado a poner el exdueño del campo, un oficial. Dijeron también que en ese terreno se había desarrollado una batalla de la guerra de la Triple Alianza y que los paraguayos habían enterrado su oro en el cerro. Nos mandaron a buscar al capataz de la estancia, que nos acompañó al cerro Nazareno. Mientras disfrutábamos de un paisaje espléndido, Mario, el capataz, nos mostró una vieja cruz de madera de años remotos, la cruz de hierro del dueño anterior, una supuesta capilla donde se refugiaban los cuervos, un pozo de piedras que podría ser una gran tumba o el escondite del oro. Pero no llegamos al sitio más

misterioso: un túnel donde ni el Ejército, cuentan, logró ingresar.

La loma Valentina, una pequeña elevación de ochenta metros en las cercanías de Paso de los Libres, es otro lugar clave para la cultura local, que aparece resignificado en la Casa de Doña Victoria. El 17 de agosto de 1865, se produjo allí la batalla del Yatay, la primera gran batalla de la guerra de la Triple Alianza. Los lugareños aseguran que antes de sufrir la derrota en Yatay los paraguayos enterraron sus tesoros allí. La creencia de que los grupos vencidos dejan tesoros escondidos está muy extendida en el Paraguay y en la provincia de Corrientes, y significa para algunos que los grupos derrotados dejan una herencia, un legado para la posteridad. Esta idea pone en evidencia que las ilusiones de los tesoros son individuales y colectivas, a veces vinculadas a la esperanza del futuro (Grimson, 2013). La loma Valentina, que en la mitología popular aparece como un lugar del tesoro y de la derrota, reaparece en la Casa de Doña Victoria de otro modo. Para los rosacruces y para López Rega, era una zona energética particular. Como ya dijimos, era el vértice de un triángulo. Su historia prosperó porque la realidad siguió alimentando la imaginación. Carlos Saúl Menem estuvo en la loma Valentina, el 17 de agosto de 1989, en la primera salida de Buenos Aires después de asumir como presidente de la nación.

Pero regresemos a la batalla del Yatay. Hubo un gran pintor de la guerra del Paraguay, Cándido López, conocido también como "el manco de Curupaití". López llegó tarde a Yatay, cuando ya había terminado la batalla. En esa planicie correntina, le pareció mejor mostrar el encuentro de los dos ejércitos sobre la loma, a punto de chocar sobre ella. Y así pintó lo que no vio. En realidad, la batalla fue a los pies de la loma. Eran tantos miles de hombres los que participaron que no podrían haberse posicionado sobre la loma. Pero la

imaginación pictórica de López tuvo un poder performativo en la imaginación popular, que localmente refiere a loma como epicentro del combate y de los tesoros paraguayos. Valentina ocupó así un lugar relevante en las creencias populares locales, retazos de los cuales López Rega tuvo siempre entre sus fuentes eclécticas.

La búsqueda del conocimiento

Hay una relación directa entre los triángulos y el número 27. Los miembros de la Casa me explicaron que 3 veces 3 es la perfección. 9 es el número de Dios y del poder de Dios. Es el único número que al ser multiplicado y sumando dígito por dígito da por resultado 9. El 9 es para ellos la regularidad total, donde tres triángulos vuelven todo circular.

Uno de los triángulos estaba formado por la loma Valentina, el Jarau y los Tres Cerros. Otro lo formaban Torre, Salta y Libres. En América, había un triángulo conformado por la unión de Lima, Buenos Aires y San Pablo. América, Asia y África también eran tres triángulos. La perfección. La Triple A: Alianza Argentina Anticomunista. Esta fue la relectura que haría López Rega, uniendo concepciones esotéricas, filosóficas y políticas.

El 9 es circular como el ouroboros, la serpiente que se muerde su propia cola, ya presente en las culturas egipcia y griega. Como figura de purificación, el ouroboros representa los ciclos de la vida y la muerte. Es el símbolo primordial de la creación del mundo, porque representa el acto de la autofecundación. El *Libro de Lambspring* dedica unos versos que afirman que "su veneno se convierte en la gran medicina":

> Él consume rápidamente su veneno
> él devora su cola venenosa.
> Todo esto se realiza en su propio cuerpo,
> del cual fluye enseguida el bálsamo glorioso,

con todas sus virtudes milagrosas.

Los días 27 de cada mes, en la Casa se realizaba un ritual peculiar, una ceremonia. “Era el día de ellos”, me contó la hija de una de las “apóstoles” de Doña Victoria. “Antes de la reunión cada uno iba a una habitación con Doña Victoria. Era un día de purificación.” 27 es 3 veces 9, 9 es 3 veces 3.

Victoria falleció a los 79 años, el 27 de abril de 1972. Mi incredulidad ante la fecha fue tal que constaté su partida de defunción. Allí también verifiqué que su nombre no sólo tenía resonancias metafóricas, sino que era literal. En su tumba en Paso de los Libres la placa está firmada por “sus hijos, hijos políticos, nietos, cuñada, sobrinos y sobrinos nietos”. Es que todos los niños que estaban vinculados a ella o a su cuñada Teresita (ambas casadas con dos hermanos) se habían criado bajo su cuidado. Por eso, otra placa dice: “Gracias ‘Mamá’ Victoria. Por el testimonio de vida que nos diste en Cristo Jesús. Tus ‘Hijos’”. “Mamá” e “hijos” entre comillas, a modo de generalización, más allá del vínculo biológico. La placa tiene una rosa, una cruz, un laurel y una flor de lis.

Uno de los miembros de la Casa definió la labor de aquel lugar como una tarea orientada la búsqueda de conocimiento. “Era un trabajo filosófico, no religioso, porque Doña Victoria aceptaba personas de distintas religiones.” Esa búsqueda de “conocimiento” conducía a López Rega y a los otros integrantes de la Casa a investigar diversos libros, religiones y también creencias populares. Tuvieron acceso y distintos grados de adhesión a relatos y mitos populares de toda esa región. Así como había símbolos rosacruces y masónicos, también recogían mitos que reafirmaban sus convicciones. López Rega visitó las áreas que según los habitantes de la zona eran consideradas “misteriosas” o “energéticas”, como el Jarau, los Tres Cerros, Torres o la loma Valentina. Aprendieron sobre el Gauchito Gil y

estrecharon lazos muy fuertes con un *pae de santo* que practicaba el candomblé y el umbanda en Uruguayana.

En sus estudios de las religiones afrobrasileñas, López Rega percibía que ampliaba sus conocimientos (y su dominio relativo) sobre el mundo. En ese sentido, se fortalecía internamente, tanto respecto de sus compañeros rosacruces y amigos más cercanos, como en su autoconfianza para los desafíos y disputas políticas que le tocaba afrontar. Cuando alardeaba sobre sus saberes parecía estar incómodo con su periférico lugar en el universo. En la medida en que se sintió más fuerte en los años posteriores, su grandilocuencia se acentuaría, pero sólo en conversaciones privadas. Daba la sensación de que cuanto mayor poder tuvo sobre Perón e Isabel, más pretendía que su saber y su filiación fueran menos públicos. Es decir, López buscaba aumentar sus conocimientos sobre las religiones para así sentirse más seguro de sus poderes. A simple vista era un hombre abierto a los más diversos influjos. Pero la excepción de esa amplitud será "el comunismo", una categoría que se revelaría demasiado abarcativa para él, ya que podía incluir a cualquiera que se opusiera a su influjo.

López Rega se adentró en territorio brasileño de la mano de su amigo Claudio Ferreira, que participó de la expedición a los Tres Cerros.[43] En un viaje que hice a Porto Alegre me encontré con el *pae de santo* que López conoció en Uruguayana. Allí tuve la oportunidad de entrevistarlo, pero admito que fue un encuentro complejo. Se trataba en esos años de un *pae de santo* muy reconocido. Él mismo y otra fuente indican que estuvo en la Argentina en 1975. Durante un momento de suma fragilidad política de la presidencia de Isabel Perón, él se instaló en Buenos Aires para ayudarla a sostenerse en el gobierno. Su relación con López Rega, por otro lado, había comenzado a principios de los sesenta. También me contó que desde entonces había establecido

lazos perdurables con diferentes dirigentes políticos argentinos. Mencionó varios nombres para demostrar su propia importancia, pero después se arrepintió y me aseguró que si yo los revelaba me demandaría. Es muy probable que algunas de aquellas confidencias me hayan puesto nervioso por tratarse de vínculos con hombres conocidos de la derecha política. Quizás hice alguna pregunta ansiosa, quizás el disgusto se notó en un gesto de mi cara. La cuestión es que el encuentro finalizó porque él dijo que tuvo un "atrito espiritual" (un conflicto espiritual) conmigo. Y se negó completamente a seguir conversando.

En 1975, el empresario y excolaborador de Perón, Mario Rotundo, compró la tierra que abarca la loma Valentina y varias hectáreas más. Tuve una reunión con Rotundo en su estancia La Victoria, en la loma Valentina, en el año 2000. Su momento estelar había pasado hacía ya tiempo. Su fundación y la estancia atravesaban problemas serios. Fue gentil, conversador. Quería contar muchas cosas, al tiempo que quería dejar en claro que no hablaría de algunas otras. Las instalaciones de la finca, con numerosas habitaciones, daban cuenta de un proyecto ambicioso que no había funcionado. Uno, entre varios, incluyendo la construcción de un zoológico. En todos los casos, la loma era un polo de atracción que nunca terminó de tener éxito.

Por supuesto, las versiones en el pueblo son dispares. Una de ellas dice que Rotundo compró esas tierras con dinero del Ministerio de Bienestar Social, como testaferro de López Rega. Que el Ministerio de Bienestar Social de López Rega contaba con grandes cantidades de efectivo y que compraba propiedades es algo que distintas personas me comentaron repetidas veces. En varios diarios brasileños en 1975 se informa de una compra de treinta y ocho hectáreas que hizo López Rega en julio de 1974, muy cerca de Torres (uno de los tres vértices del triángulo). Durante la dictadura militar

que empezó en 1976, López Rega ya estaba prófugo y era acusado de malversación de fondos. En aquel momento, los militares ocuparon las tierras en la loma Valentina durante un tiempo, y acusaron a Rotundo de ser un testaferro. Él asegura que compró las tierras con su propio dinero. Pero su historia no se reduce a ese punto.

Cuenta que llegó de paseo a Madrid en 1970, cuando tenía 20 años. Allí conoció a Perón y entabló un vínculo muy particular con él. Afirma que Perón lo consideraba un hijo, y que manifestó su voluntad de que fuera su único heredero. Rotundo relata que, como creía que debía abocarse sólo a cuidar la salud del General y a asistirlo, nunca participó de actividades del gobierno en los setenta y tuvo intensas discusiones con López Rega. Me confesó que cuando fue acusado y perseguido por el gobierno militar viajó a Italia y fue la única vez que le pidió un favor a Licio Gelli: justicia. Es decir, que le devolvieran la propiedad que le habían quitado. Y así recuperó la estancia La Victoria. "Victoria", palabra polisémica.

En los setenta, Rotundo vivía en un edificio sobre la Avenida del Libertador. La esposa de López Rega (estaban separados de hecho), su hija Norma y su marido Raúl Lastiri vivían en dos departamentos en el edificio de al lado. En 1978, el encargado del edificio le dijo que la exesposa de López pedía verlo. La encontró en una situación económica agobiante, no tenía para alimentarse y pronto le cortarían el servicio de luz. Extrañamente, había recibido un sobre con un nuevo libro de López Rega, editado en los Estados Unidos, que firmaba como el "Hermano Daniel". Rotundo decidió contactar a López Rega para pedirle que ayudara a su exesposa. Buscó su dirección en los Estados Unidos y le dejó varios mensajes, hasta que recibió una respuesta. Se encontraron en Ginebra en 1979, y fue la última vez que lo vio. Caminaron y hablaron durante horas. Cuando Rotundo

le recordó las advertencias de Doña Victoria, que le había recomendado no acercarse a la política, López se negó a hablar de eso. Bebió bastante y sólo le dio para la Chiqui, su exesposa, tres *traveller checks* de mil dólares cada uno.

En aquellos años, Rotundo seguía frecuentando Paso de los Libres, como hasta ahora, y sus relatos de la represión dictatorial aluden a su solidaridad con las víctimas, muchas de las cuales eran amigos. También subraya su desprecio hacia los militares. En la estancia, a mediados de los ochenta, su fundación construyó el Monumento por la Paz y la Amistad de los Pueblos, ubicado en la cima de la loma. Es una obra del escultor libreño Miguel Villalba, que representa las Manos en Oración.

La misma imagen realizada por el artista alemán Alberto Durero estaba colgada en un cuadro en la Casa de Doña Victoria. Cuando inauguró el monumento, realizó un acto público un 24 de octubre. Casualmente, la fecha de nacimiento de Doña Victoria. El acto tuvo cierta repercusión social. Celestino Rodrigo se presentó en su oficina de Buenos Aires para felicitarlo y hablar sobre Doña Victoria. En la estancia estuvo alojada Isabel Perón, que realizó la donación de los bienes de Perón a la fundación de Rotundo. Se trata de un verdadero tesoro que, en diversas ocasiones, ha generado denuncias y juicios. El hecho es que Isabel alguna vez visitó aquel lugar y dejó una placa. También hay otra de Carlos Menem en el monumento. Al parecer, incluso Zulema y Zulemita, exesposa e hija de Menem, alguna vez también se hospedaron en la estancia.

La personalidad de López Rega y el encuentro con Isabel

Para cuando conoció a Isabel en 1965, López Rega había forjado en su vida mil rostros diferentes. Era la persona servil que estaba siempre dispuesta a todo sacrificio. Así como quien podía publicar un libro clandestino a inicios de

los sesenta y ser el el colaborador más cercano del General diez años después. Era discípulo de Victoria o de Perón; en cualquier caso, un alumno dedicado. Pero también podía incumplir las órdenes de sus maestros: Victoria le recomendó que no escribiera y que no se metiera en política, pero hizo caso omiso. Sus desobediencias no eran simples caprichos, sino un reflejo de su avidez de fama y poder, y revelan que su servilismo era una mera máscara para ganarse la confianza de los demás. Su sumisión era aparente: sabía lo que quería, o lo iba descubriendo. Pero desde que vio la luz del poder a mediados de los sesenta, hasta su derrota una década más tarde, López Rega sólo retrocedió para avanzar con mayor impulso. Era un engreído que se creía sabio y se consideraba a sí mismo un médium capaz de cualquier cura, de cualquier logro.

En su ascenso, López Rega supo manejar los rasgos de su personalidad a través del tiempo y en relación con sus distintos interlocutores. Sin embargo, la ambición lo llevó a cometer errores. Cuando se confió, fue entrometido. Al menos una vez Perón lo echó de Puerta de Hierro. Pero López sabía autocontrolarse y tuvo su nueva oportunidad cuando Isabel rogó a Perón que lo perdonase. No la desaprovechó en absoluto. El lustro que va de 1970 a 1975 es el más conocido de su vida.

Se fue convirtiendo en un gran fabulador, que posiblemente creía sus propias fantasías. En 1973, cuando López Rega escribió a Cámpora aceptando ser ministro de Bienestar Social, le dijo que hacía treinta y tres años que acompañaba al General y a Evita. Para lograr ese número tan especial necesitaba remontarse a 1940, cuando Perón y Evita no se conocían entre sí. Contradecía a la vez la llamativa carta que Perón le había escrito a Cámpora dos años antes, tal vez mecanografiada por López Rega, en la

que afirmaba conocerlo desde 1943. Eran fantasías incoherentes.

López Rega había estrechado lazos con Bernardo Alberte, exedecán de Perón. “Su militancia peronista parece arrancar aquel año cuando se vinculó con algunos miembros de la logia Anael”, dice Tomás Eloy Martínez (1996: 138). Su cargo en la empresa Suministros Gráficos le permitió tomar la decisión de publicar un libro del juez Julio César Urien. El juez era el líder de la logia Anael, que significaba Asociaciones Nacionales En Liberación. Había desarrollado la teoría de que la unión de América, Asia y África permitiría la liberación del Tercer Mundo, el final de capitalismo y el comunismo. Era un intelectual nacionalista, que pregonaba la lucha contra el imperialismo a partir de la unión de los tres continentes.[44] 3 triángulos. 3 veces 3, 3 veces 9. La perfección: tres A. Nuevos insumos para las relecturas de López Rega.

Alberte y Urien tenían un vínculo con Perón y ayudaron a su esposa en el viaje de 1965-1966. María Estela Martínez había asistido a la Escuela Científica Basilio en 1954, cuando era joven. Aquel año, Perón se relacionó públicamente con uno de los líderes de la Escuela, en el contexto de la tensión con la Iglesia católica. Ya en 1965, cuando el mayor Bernardo Alberte invitó a López Rega a una reunión en la que estaba Isabel, se produjo una conexión muy fuerte entre ambos[45]. López habría sostenido que el objetivo de todos los presentes era “una misión eminentemente espiritual” y en un encuentro posterior habría prometido transmitirle a Isabel el espíritu de Evita (Larraquy, 2004: 134 y ss.). López Rega siguió a Isabel hasta Madrid y luego convivieron en Puerta de Hierro. Sus conocimientos ocultistas y espiritistas estaban en sintonía con los recuerdos de infancia y el ambiente familiar de Isabel. A partir de esa afinidad, avanzó año a año sobre la intimidad de Perón y su vida privada.

Puerta de Hierro

¿Por qué López Rega fue logrando cada vez más incidencia sobre Perón? ¿Es por la influencia de Isabel sobre Perón? ¿Es porque Perón compartía alguna de sus creencias cósmicas? Quizás haya algo más. Tomás Eloy Martínez entrevistó a Perón en Puerta de Hierro y publicó, además de *La novela de Perón* y de *Santa Evita*, un libro menos conocido titulado *Las memorias del General*. Allí, cuenta su visita a Perón y cita fragmentos de la desgrabación de su entrevista. Se reunía con Perón por las mañanas y lo encontraba totalmente lúcido. Para Tomás Eloy Martínez, Perón iba perdiendo claridad a lo largo del día. Él quería hacer una biografía. Perón, que desconfiaba, le había dictado sus párrafos a López Rega y este iba leyendo en voz alta mientras Martínez grababa: "Y entonces murió Mitre y yo fui a su velorio. Y ahí lo vi a López Rega". Tomás Eloy lo interrumpió: "General, tiene que haber un error porque Mitre murió en 1905 y López Rega nació en 1916. Y Perón lo miró a López Rega y le dijo: 'López, usted estaba ahí, ¿o no?', 'Sí, mi General', 'Siga, López'".

En diciembre de 1971, Perón le escribió a Cámpora una carta para informarle que Isabel y López Rega viajarían a Buenos Aires, y para darle instrucciones. En esas líneas, decía de López Rega:

> Se trata de un hombre de gran fidelidad y lealtad al Movimiento y a mi persona, que hace veintiocho años que está siempre cerca mío o de la Señora. No tiene ambiciones personales y por eso puede ser un observador imparcial (cit. en Bonasso, 1999: 191).

¿López Rega había convencido a Perón de que se conocían desde 1943, año del golpe en el que participó el GOU?

De todos modos, errores como estos, posiblemente originados en momentos donde el General perdía la concentración, no pueden explicar por qué López fue

ministro y, menos aún, por qué adquirió la influencia política y el poder que logró sobre el entorno y sobre la salud de Perón.

Parece claro que ese poder estaba asociado a conocimientos y capacidades reales o ficticios que López Rega alegaba. Amigos suyos lo describen no sólo como un conocedor de ideas filosóficas, sino que también sabía de otras disciplinas como la anatomía. Para alguien que en 1962 afirmaba por escrito que su libro contenía “secretos develados”, no era novedosa la propaganda que hacía de sí mismo.

Ahora bien, lo importante es que López Rega lograba aliviar los dolores de Perón, sobre todo las molestias crónicas vinculadas a la próstata. Esa capacidad tenía una implicancia evidente, por el nivel de intimidad que suponía y, acaso, por la necesidad de su cercanía y su presencia. Por otro lado, López Rega prometía tener la capacidad de transferir el espíritu de Evita a Isabel, lo cual se tradujo en una serie de rituales llevados a cabo en Puerta de Hierro cuando el cuerpo de Eva fue devuelto a Perón. El entusiasmo de Isabel y el hecho de no recibir un solo indicio de resquemor por parte de Perón acerca de esas prácticas resulta otro indicador relevante acerca del tipo de vínculo que se había establecido. Si Perón dependía de López Rega para calmar sus dolores, y si Isabel seguía con devoción las instrucciones del “hermano Daniel”, el camino político del secretario privado parecía allanado.

José Pablo Feinmann escribió un diálogo ficticio pero posible:

> “¿Le duele, General?” “Me duele, López.” “Cálmese General, yo habré de quitarle el dolor.” Y López hacía esto y aquello y el General se calmaba, el dolor se iba, y el General, como todo hombre, temía el dolor y agradecía a quien lo liberaba de él (1986: 56).

Esto implica admitir la verosimilitud de cierta eficacia de los poderes de curación esotéricos de López. E implica, entonces, que no sólo él confiaba en sus poderes, sino que –por la vía de calmar el dolor– el propio Perón comenzó también a confiar. Si este hombrecito podía aliviar su dolor y sabía cómo proceder, ¿no tendría razón cuando anunciaba que se avecinaba un día tenebroso o presentía que aquel grupo peronista preparaba una traición?

> Que López se transformara en la “llave para ver a Perón” es consecuencia de un poder que el monje umbandista había ganado de Perón. López convenció a Perón de que era él –sólo él, López– quien podía saber qué era bueno y qué era malo para la salud. De aquí a seleccionar a los visitantes del general había un paso, o menos aún. ¿Cómo no iba a poseer López las llaves de la Quinta si ya poseía las llaves del cuerpo del anciano general? (Feinmann, 1986: 57).

La virtud de esta interpretación reside en reconocer la efectividad su poder a partir de conocimientos no tradicionales. El defecto es que le quita toda capacidad de acción a Perón, lo ancianiza en extremo y lo coloca sólo como víctima de López. En realidad, incluso en sus últimos años, Perón fue mucho más que eso.

Martínez describe a López Rega como un “feligrés de las ciencias ocultas” que buscaba la aprobación del General para su “difusa doctrina espiritualista, que entretejía el iluminismo Rosacruz y la alquimia de Paracelso con los rituales brasileños de umbanda” (Martínez, 1999: 137). En aquella época, López Rega sobrevivía en Madrid editando una revista de tirada limitada, “sostenida por los avisos compasivos de militantes peronistas”. Después instaló una modesta oficina en la Gran Vía donde dirigía difusos comercios de importación y exportación. Durante las mañanas trabajaba en ese sitio y continuaba con sus planes

editoriales. Además de cuatro libros terminados, tenía manuscritos de otros seis en elaboración. Solía decir que, además de servir al General, “lo único que le proporcionaba felicidad era el acto de escribir” (Martínez, 1999: 142). Por las tardes, se dirigía a la Quinta y trabajaba en los archivos y correspondencia del General.

En ese proceso, su influencia sobre Perón fue creciendo. Martínez propone dos hipótesis verosímiles:

> a) Perón carecía de amanuenses de confianza y tuvo que ir delegando en el laborioso López Rega la clasificación, archivo y cuidado de los cada vez más numerosos documentos que debía manejar, [por lo cual] acabó por convertirse en un auxiliar imprescindible, una especie de memoria portátil para el líder abrumado de trabajos y fatigas; b) Perón necesitaba de un filtro que contuviese a las visitas y mantuviese alejados a sus aliados indeseables (Martínez, 1999: 139).

Esa compuerta fue López Rega, que aprovechó esas tareas en función de su propio proyecto. Para los visitantes, aplicaba uno de los principales poderes que él decía tener, idéntico al que todos adjudicaban a Doña Victoria: “Vemos el corazón de la gente como si lo tuviéramos a trasluz” (Martínez, 1999: 52).

¿Cuál era el proyecto de López Rega? No es posible establecerlo con precisión. Sería sencillo decir que pretendía gobernar la Argentina, pero hay un riesgo de pasar por alto que 1966 no era el año de mayor poder del General, que no había logrado regresar en 1964. Otras conjeturas apuntan más allá. Algunos dirían que su objetivo último era “fundar una religión para el Tercer Mundo, de la que él sería a la vez pontífice y profeta” (Bonasso, 1999: 141). Si volvemos hacia atrás y tomamos en serio las creencias de López, aparece otra hipótesis. Hacia fines de los cincuenta y principios de

los sesenta, López Rega estaba evidentemente entusiasmado con el avance de sus conocimientos esotéricos. Viajaba con frecuencia a Paso de los Libres, donde estaban Doña Victoria y la loma Valentina, cruzaba a Uruguayana a profundizar sus estudios sobre umbanda y preparaba su obra de más de setecientas páginas sobre "astrología esotérica". Entre esa diversidad de grupos esotéricos y religiosos, más de uno podría haber esbozado la necesidad de reemplazar la religión católica institucionalizada por otra que reconociera e incorporara este conjunto de saberes.

Un proyecto de ese tipo, para el López Rega vinculado a la logia Anael, debía inscribirse necesariamente en el "Tercer Mundo" y comenzar por América Latina. Pero, por más engreído que fuera, no podía en ese momento suponer que él mismo sería el nuevo jefe. Desde la Argentina, había sólo una persona imaginable para ocupar ese lugar: Juan Perón, el expresidente que había roto relaciones con la Iglesia y, en 1954, había legitimado a la Escuela Científica Basilio. Esto permite proponer una suposición: ese proyecto y ese antecedente pueden ser el motivo que llevó a López Rega hasta Madrid.

En una carta que López Rega escribió en 1966 a sus amigos en Argentina, decía:

> La batalla es definitiva y así se lo manifesté claramente al Jefe. Le dije, entre otras cosas de mucha importancia, que "mi viaje no fue para acompañar a Isabel [ni] para descansar en su mansión". Vengo en busca de una definición final y no me iré sin ella. Me pidió tiempo de vida para dejar el movimiento en manos institucionalizadas y retirarse como filósofo y patriarca de América (carta de López Rega a Villone y otros, publicada en revista *Somos*, abril de 1977).

La autenticidad de esa carta puede resultar dudosa. Pero

es incluso más difícil dudar de que López Rega, con importantes estudios esotéricos, al dialogar con el líder de Anael, el juez Urien, en 1965, haya descubierto una conexión entre sus creencias y la política que no había pensado antes de ese modo. La relación con Isabel expresa justamente esa vinculación en su plenitud. Se ganó su confianza a tal punto que al llegar a Madrid un año después desplazó con facilidad a José Cresto, referente de la Escuela Científica Basilio, que vivía en la casa de Puerta de Hierro. López entendió muy rápidamente que Alberte y Urien ya habían hecho por él lo que necesitaba y que esas antiguas fidelidades eran más un estorbo que una ventaja. Es posible conjeturar, en función de la propia historia de Isabel, que López Rega pudiera prometerle a ella un lugar trascendental, no solo ser la primera dama y vicepresidenta argentina. También es posible pensar que cuando López comenzó a compartir la cotidianidad de Perón en Madrid y a conocer los pronósticos médicos, imaginó que él mismo terminaría ocupando el lugar de profeta y pontífice del nuevo espiritualismo. No sabemos hasta qué punto López Rega renunció a su proyecto religioso ante el retorno de Perón a la Argentina y al poder, o si, en realidad, vio esos acontecimientos como un paso para concretarlo. Si acaso el propio López Rega tenía un plan definido.

El hecho es que la vinculación entre comunidades secretas y política iba a adquirir un nuevo impulso cuando López Rega resultó la puerta de acceso a Perón para Licio Gelli, líder de la logia Propaganda Due. Las promesas de financiamiento para la Argentina llegaban con una intensidad espiritual y honores inéditos.

A inicios de los setenta, Perón había sido operado de la próstata y sufría otras enfermedades. López Rega solía decir: “Yo soy el pararrayos que detiene todos los males enviados contra esta casa. Cada vez soy menos López Rega y cada vez

soy más la salud del General" (Martínez, 1999: 140). No es extravagante que "un devoto de Antulio y Krishna se imaginara a sí mismo como un vestal de la salud ajena, y que haya logrado convencer a terceros sobre el valor sagrado de su misión" (1999: 140). Esta afirmación tiene implicancias más amplias: supone que la posición de López se encuentra lejos de la impostación; cree con firmeza en su papel, y justamente allí radica su fuerza para persuadir a otros sobre la verdad de ese rol.

Pero ¿en qué creía López Rega? Consideraba que había recibido un poder divino y tenía gran confianza en la eficacia de su magia. A diferencia del universalismo de Doña Victoria, la retórica peronista (y la retórica política de la época) imponía la división entre amigos y enemigos. Así, aseguraba López:

> Si uno recibe poder de Dios, hay que usarlo. No importa cómo se usa, porque si viene de Dios tiene que estar bien. Lo malo es que no lo use. Porque si no lo usa, lo pierde. El enemigo es el enemigo, y hay que tratarlo así, con rigor. Hay hombres que son elegidos por Dios y otros de los que Dios ni se entera que existen. ¿Usted con quién quiere estar? ¿Con la masa o con el que amasa? (Martínez, 1999: 144).

Entonces, por un lado tenemos el poder divino, los elegidos (de los que él forma parte) y, por el otro, dos alteridades: los enemigos y la masa. Contra los enemigos, el rigor. Sobre la masa, el poder.

Después del regreso de Perón, siempre se veía a López Rega parado a un costado cuando el General o Isabel hablaban en la televisión. Durante un discurso de Isabel, de pronto es posible notar que los labios de López

> se mueven y hacen los exactos, precisos movimientos que hacen los de Isabel. Claramente: está diciendo en voz baja el mismo discurso que

> Isabel dice en voz alta. López Rega susurra. Y este susurro tiene un destinatario: los argentinos que miran hablar a Perón o a Isabel. López quiere que sepan que él ya conoce ese discurso que ahora se está pronunciando (Feinmann, 1986: 65).

El detalle fundamental, tanto en discursos de Isabel como de Perón, es que sus labios se mueven antes de que la frase se pronuncie. No está repitiendo: o López dicta o conoce de memoria cada palabra. Y anticipa con sus labios como quien anticipa el futuro del país. “El susurro era la máxima expresión del poder manipulador de López”, era “la exhibición pública de su poder privado” (Feinmann, 1986: 66).

Los poderes de “El Brujo” sobre Perón

Reírse del esoterismo lopezreguista no parece el camino más fructífero para entender su ascenso. Tampoco es una buena vía presuponer un Perón completamente escéptico y burlón. El interés antropológico radica en reconstruir el eclecticismo exuberante y exótico de las fuentes de las que se nutría López Rega. Él bebía de todas ellas: de la cultura popular, de las religiones afrobrasileñas, de las concepciones rosacruces, del ocultismo, el espiritismo o de la cosmología india. Trataba de buscar en esos otros campos todos los saberes posibles sobre lo que fuera para reconvertirlos a sus propios fines.

José López Rega tenía un poder concreto, un conocimiento eficiente que lograba producir un efecto positivo sobre la corporalidad de Perón. En realidad, si tenemos en cuenta los poderes reales que tenían muchas de las personas con las que se formó, la pregunta sería por qué él no habría de tenerlos también después de tantos años de estudio. A su manera, López Rega investigó, estudió y puede haber adquirido saberes que, aunque no fueran conocimientos estandarizados en el planeta académico

occidental, sí eran efectivos de algún modo. Sería necio negarlo, ya que indiscutiblemente se hizo del poder.

El Brujo era la forma despectiva, insultante, como se lo llamó desde que se ganó el desprecio de una gran mayoría. Pero a todas luces López Rega tuvo un saber y un poder. Aunque todos los relatos sobre él aluden a sus torpezas, a su ignorancia, a sus delirios, no debemos permitir que el odio que genera el sistema criminal que montó nos impida comprender qué es lo que López Rega entendió, lo que supo. Lo que este *brujo* pudo *hacer*. No siempre el mal es banal. O, en todo caso, no toda banalidad es una eficiencia burocrática. Hay otras eficacias, menos terrenales.

Así como a veces señalar la banalidad es un modo de subrayar el desconcierto que el mal nos genera, en el caso de López Rega su "banalidad" fue una etiqueta del desprecio intelectual y del menosprecio político. Porque para alguien que en los setenta aún soñaba con políticas basadas en la razón, López Rega representaba la barbarie en su máxima expresión. Y aunque parezca una paradoja, esta lectura es recurrente en la Argentina: una barbarie anticomunista, antimontonera o antipopular. Sin embargo, ninguno de esos rótulos lo expulsó del poder, sino la rebelión obrera y popular que se produjo como reacción a un plan económico. Por eso, aquella etiqueta nada nos decía de López Rega; en todo caso, remarcaba dos rasgos perennes de cierta cultura progresista y de izquierda en el país.

Triple A

En diciembre de 1973, Perón se opuso públicamente a crear "escuadrones de la muerte". Sostuvo que había en el país instituciones y Poder Judicial, y agregó:

> Muchas veces me han dicho que creemos un batallón de la muerte como el que tienen los brasileños, o que formemos una organización parapolicial para hacerle guerrilla a la guerrilla.

> Pienso que eso no es posible ni conveniente. Hay una ley y una justicia y quien delinca se enfrentará a esa justicia por la vía natural que toda democracia asegura a la ciudadanía.

Perón rechazaba de manera explícita las acciones parapoliciales, pero conocía muy bien las ideas para desarrollarlas (“muchas veces me han dicho...”). Y esas ideas provenían de sus colaboradores más cercanos, en especial de López Rega, que lo seguirían siendo (y con nuevos premios) en los últimos meses de su vida. Feinmann escribe que “Perón controlaba los delirios criminales de López. Pero los conocía” (1986: 74). Y en ese contexto mantuvo su poder.

Cuando Perón murió, López Rega continuó su ascenso, hasta llegar a maltratar a la propia Isabel en presencia de testigos. Un mes después, el 31 de julio, la Triple A comenzó a gestar su fama con el asesinato de Rodolfo Ortega Peña. En agosto, removió de sus cargos a los ministros Taiana, Llambí, Robledo y Abras, que fueron sustituidos por lopezreguistas como Oscar Ivanisevich, José María Villone y Adolfo Mario Savino. Entretanto, la Triple A multiplicó muertos y exilados. En octubre renunció el ministro de Economía José Gelbard.

Once meses después de la muerte de Perón, el 4 de junio de 1975, el viejo amigo que acompañaba a “Lopecito” a la Casa de Doña Victoria, Celestino Rodrigo, asumió como ministro de Economía y tomó una serie de medidas que pasaron a la historia: devaluó el peso en un 150%, aumentó la nafta en 172,7% y aplicó otros incrementos de precios similares. El paquete económico, que se conoció popularmente como “Rodrigazo”, provocó huelgas y protestas callejeras. Fue la primera vez que hubo una masiva movilización obrera contra un gobierno peronista. A mediados de junio, López Rega defendió a Rodrigo: “Los que no estén de acuerdo, allí tienen acciones, barcos y hasta les

podemos regalar dólares que no sean de turismo para que se vayan lo más pronto posible”. Previsor, López Rega viajó a Santa Catarina, Brasil, donde concretó una serie de operaciones inmobiliarias. Cuando regresó, el 20 de junio, la presidenta Isabel Perón lo recibió en Aeroparque “con las fanfarrias que sólo se ofrendan a los jefes de Estado” (Martínez, 1999: 159). Los dirigentes sindicales, superados por los acontecimientos, decretaron una huelga general el 27 de junio y rompieron con López Rega, que se quedó sin base social de sustentación. Por su parte, los sectores con mayor poder económico también tomaron distancia. El 6 de julio, el diario *La Opinión* dio a conocer una investigación militar que ligaba a López Rega con la Triple A. Apenas cinco días más tarde, López Rega se vio obligado a renunciar y el 19 de julio abandonó el país en una supuesta misión diplomática.

Después se convirtió en prófugo de la justicia, estuvo en Suiza y en los Estados Unidos. En 1986 fue atrapado en ese país y extraditado a la Argentina, donde murió en la cárcel por complicaciones de su diabetes a los 72 años, un 9 de junio de 1989.

El debate sobre Perón

López Rega estuvo involucrado en la organización de la Triple A al menos desde el gobierno de Raúl Lastiri. El Ministerio de Bienestar Social era el centro operativo. Un arsenal, comprado en gran parte con dinero público, se guardaba en el segundo subsuelo. La ultraderecha peronista, con vocación de enfrentar de modo armado a la izquierda peronista y no peronista, era un fenómeno anterior a López Rega y bastante heterogéneo, pero el ministro tuvo la capacidad política y financiera de unificarlo y dirigirlo. Resulta difícil establecer con precisión cuántos atentados contra la izquierda de 1973 y 1974 fueron realizados por algún sector de estos grupos armados de derecha y cuántos en particular por la Triple A. El 21 de noviembre de 1973, la

Triple A se presentó públicamente con un atentado contra el senador radical Hipólito Solari Irigoyen. Pocas semanas después, difundió una lista de personalidades que serían ejecutadas donde se las encontrara. En mayo de 1974, uno de los jefes de la Triple A asesinó al padre Mugica. Después de la muerte de Perón, la actividad de la Triple A se incrementó hasta la caída de López Rega.

Luego de su regreso, había un Perón que reafirmaba un discurso de unidad nacional con la aspiración de que todos los sectores del peronismo, incluida la izquierda, se ordenaran bajo su conducción, y había otro Perón que perdía los estribos cuando se tornaba evidente que esa concordia era una ilusión inviable. También había un Perón en aquel momento al que se le escapaba el control de los acontecimientos. Pero todo indica que, en cierto punto, Perón se convenció de que permitiendo alguna violencia paraestatal y amenazando con una violencia mayor reduciría drásticamente a las organizaciones guerrilleras.

Según el entonces director de *El Descamisado*, después del asesinato de Rucci Perón era

> un político gigante que se disponía a gobernar con una cantidad de votos aún hoy inédita en la historia nacional. Montoneros en su conjunto era poco más que un eficaz instrumento de combate contra la dictadura que, en ese momento, Perón consideraba innecesario. La capacidad para movilizar gente no era suficiente. Además, [Perón] debió de haberse enterado enseguida de que [Montoneros] estaba partiéndose en dos justamente por la muerte de Rucci. Montoneros estaba fuera de cualquier plato y para siempre. No sólo: para gobernar según su plan, Perón debía eliminar a Montoneros y sus agrupaciones vinculadas (Grassi, 2015: 220).

El 2 de octubre de 1973, como señalamos en el capítulo 4,

una semana después del asesinato de Rucci, el diario *La Opinión* dio a conocer un documento reservado del Consejo Superior Peronista, que se leyó en una reunión de todos los gobernadores con el presidente Raúl Lastiri y en presencia del presidente electo, Perón. El documento denunciaba que

> el asesinato de nuestro compañero José Ignacio Rucci y la forma alevosa de su realización marcan el punto más alto de una escalada de agresiones al Movimiento Nacional Peronista que han venido cumpliendo los grupos marxista terroristas y subversivos en forma sistemática y que importa una verdadera guerra desencadenada contra nuestra organización y contra nuestros dirigentes.

En su tercer punto afirmaba:

> Ese estado de guerra que se nos impone no puede ser eludido y nos obliga no sólo a asumir nuestra defensa, sino también a atacar al enemigo en todos los frentes y con la mayor decisión.

El documento, de un antimarxismo militante, era un paso enorme en una escalada. La lucha contra las heterodoxias en el peronismo iba *in crescendo*.

Perón, ¿creador de la Triple A?

Dos versiones prevalecen cuando se analiza la relación de Perón con la Triple A. Por una parte, la idea de que la Triple A inició sus operaciones después de la muerte de Perón. En otras palabras, Perón no estaba al tanto de nada y se trató de una acción que fue responsabilidad exclusiva de López Rega. La Triple A fue magia o brujería.

La otra hipótesis es que la Triple A fue un plan de Perón ejecutado por López Rega. Esta versión se apoya en algunos elementos históricos. En primer lugar, aquel documento reservado en el que se alude a guerra y enemigos. En segundo lugar, la frase que Gloria Bidegain, hija del

gobernador de la provincia de Buenos Aires en 1973, escuchó en Madrid de boca de Perón: “En la Argentina hay que hacer un Somatén”. El Somatén era una organización armada en España que actuaba por su propia cuenta, un cuerpo paramilitar que el general Miguel Primo de Rivera reflotó durante su golpe de Estado de 1923. Si se desea lanzar una condena veloz a Perón, a estos elementos se pueden sumar los atentados y los muertos políticos durante su presidencia. Gloria Bidegain ha rechazado la afirmación de que esa frase de Perón tenga el significado preparatorio de la Triple A que le otorga Miguel Bonasso.[46]

La polémica planteada en estos términos es estrictamente política, en el sentido de que en un caso Perón se salva de toda culpa y, en el otro, es el responsable absoluto de la Triple A.

Sin embargo, si se busca comprender el pensamiento y los planes de Perón en 1973, es necesario detenerse en algunas cuestiones. La primera es que Perón emergió en la política como un líder anticomunista además de antinorteamericano. Ese rasgo estuvo presente en sus discursos desde bastante antes de ser presidente. Después de haber sido derrocado, Perón residió en la España de Franco. Eventualmente los dos hombres se fueron distanciando ya que el dictador español mostró cierta aprensión respecto de algunas declaraciones de Perón que avalaban acciones de la izquierda peronista concebidas como “formaciones especiales”. Sólo que, como analizamos en el capítulo 4, en el pensamiento de Perón esas formaciones eran necesarias para impulsar su retorno, pero de ninguna manera después de su regreso. Menos aún para lograr una revolución socialista. La idea de Perón como líder revolucionario fue una elaboración de un sector de la izquierda peronista, invención que le resultaba funcional al Perón exilado y que por eso alentaba de manera contradictoria.

Bufano escribe que

> si es necesario reconocer que Perón se cansó de proponer a los jóvenes que se sumaran al justicialismo como ala progresista, abandonando naturalmente el uso de la violencia, también es cierto que sucumbió a la tentación de estimular una maquinaria de represión que inició sus actividades antes de que asumiera como presidente, continuó durante su gestión y mucho después de su muerte (Bufano, 2005: 24).

Esta frase capta una transformación en la postura del propio Perón. En función de los conflictos entre sus partidarios, el 8 de septiembre de 1973 convocó a una reunión a las agrupaciones juveniles en su residencia de Gaspar Campos. Estuvieron presentes Firmenich, Quieto y otros dirigentes montoneros; Envar el Kadri y, además, varios líderes del peronismo ortodoxo. “La reunión se realizó en un clima cordial en el que Perón puso en juego toda su capacidad para armonizar la indisimulable animosidad entre los distintos agrupamientos” (Bufano, 2005: 22). Allí dijo que, aunque algunos quisieran cambiar el sistema, “el sistema no se cambia”. Se trataba de modificar la legislación, no de romper el sistema. “Ustedes quieren hacer igual que Allende en Chile y miren cómo le va a Allende… Hay que andar con calma”. Y por último aconsejó “no jugarse en una aventura generacional y que puede conducir a un desastre. Un desastre en el que ustedes mismos se van a matar unos con otros […]. Eso es lo que hay que evitar”.

Perón era un dirigente político que confiaba (excesivamente en 1973) en su capacidad de persuasión y conducción. Cuando interpretó que ya no lograba manejar a su heterogéneo movimiento, buscó cerrar filas, clausurar diferentes interpretaciones del peronismo, y después de la muerte de Rucci, polarizar contra la izquierda y sembrar el

temor en aquel sector con el documento reservado y con una represión administrada. Para Perón no era una opción política apelar a las Fuerzas Armadas, con las que se había enfrentado durante dieciocho años. Se puso en marcha un grupo parapolicial que debía estar bajo su mando y al cual él creía que podía poner límites, como parece indicar la diferencia cuantitativa y cualitativa de ese accionar antes y después de su muerte.

En vida y durante su presidencia, Perón tomó claramente partido por su plan del Pacto Social y las organizaciones que lo respaldaban. Y rechazó a quienes, según su interpretación, habían arruinado el acto de Ezeiza, quienes habían asesinado a Rucci, a quienes consideraba que habían avalado el ataque al regimiento de Azul por parte del ERP, quienes se resistían a aprobar leyes represivas, quienes criticaban a los dirigentes sindicales, quienes comenzaban a cuestionar su liderazgo. Fue durante su presidencia que la Triple A se hizo pública.

No se puede exculpar a Perón del poder que obtuvo López Rega, de la vicepresidencia de Isabel, de lo que sucedió en su último gobierno, de sus ideas sobre la infiltración marxista en el peronismo. Tampoco se lo debe responsabilizar por aquello que no hizo, ya que sería caer en otra simplificación, tan parcial e incorrecta como la inversa. Esas dos versiones, de un Perón diabólico y de un Perón herbívoro, recorren buena parte de las batallas históricas argentinas, a veces perdiendo de vista los contextos. Los procesos represivos e incluso los procesos bélicos tienen alcances y límites que no siempre expresan la voluntad libre de los protagonistas. Por el contrario, en general revelan fenómenos sociales y culturales más profundos. Corrientes subterráneas y no siempre visibles de la sociedad. También suelen poner de relieve la presión y la capacidad de actores internacionales.

Una historia social de la represión en la Argentina debería

incluir la pregunta acerca de cómo las fuerzas represivas, primero parapoliciales y después del propio Estado, lograron ampliar los alcances de su accionar. Cómo las fuerzas sociales alternativas que ponían ciertos límites a la violencia poco a poco vieron menguar su contundencia y eficacia. Cómo los protagonistas armados paulatinamente perdieron el autocontrol que desembocó de Ezeiza en la Triple A y de la Triple A en la dictadura de 1976.

Desde la muerte de Rucci hasta la de Perón, se contabilizaron 56 muertos y otras 15 víctimas (prisioneros, secuestrados, desparecidos denunciados). Durante el año posterior a la muerte de Perón (en julio de ese año salió López Rega del gobierno), hubo 438 muertos y otras 142 víctimas. En los nueve meses siguientes (hasta el golpe), 541 muertos y otras 595 víctimas. Esto muestra, por un lado, que la idea de que Perón conocía y a la vez establecía un límite al accionar de la Triple A tiene bastante asidero. Basta comparar los dos semestres de 1974 para notar que la cantidad de muertos se quintuplicó después de su fallecimiento.

En ese sentido, una de las interpretaciones más ajustadas a los hechos parece ser la de Inés Izaguirre:

> Nuestros datos permiten suponer que Perón no estaba dispuesto a hacer una gran escalada para aplastar a la izquierda de su movimiento y apostó a la política para reorganizar el movimiento y al país. En mi opinión consideraba suficiente producir una cuota de anticuerpos para hacerlos desistir de sus propósitos hegemónicos, y no dejarse presionar. De acuerdo con su pensamiento político, bastaba con producir algunas bajas ejemplificadoras (Izaguirre y otros, 2009: 95).

También debe tenerse en cuenta que la exasperación de Perón estaba alcanzando límites muy peligrosos. En una

conferencia de prensa, el 8 de febrero, Ana Guzzetti, del diario *El Mundo*, afirmó que “en el término de dos semanas hubo veinticinco unidades básicas voladas, que no pertenecen precisamente a la ultraizquierda, doce militantes muertos y ayer se descubrió el asesinato de un fotógrafo”. Y le preguntó a Perón qué medidas iba a tomar para investigar estos atentados fascistas de grupos parapoliciales ultraderechistas. Ofuscado, Perón se dirigió a uno de los edecanes: “¡Tomen los datos necesarios para que el Ministerio de Justicia inicie la causa contra esta señorita!”. Perón advirtió que “eso de ‘parapoliciales’” lo tendría que probar y agregó que ante el enfrentamiento de la ultraizquierda y la ultraderecha el gobierno garantizaría la actuación policial para entregar a la justicia a quienes ocasionaran disturbios. Guzzetti fue detenida dos semanas después junto con otros periodistas en el allanamiento y clausura del diario *El Mundo*. Luego fue liberada por presión de familiares influyentes. El Poder Judicial la citó a declarar como testigo, no se le inició una querella.

Cuando Perón percibió que sus planes de armonía y pacto resultaban inviables, cuando vio desafiado el lugar de árbitro y de padre de todas las vertientes, comenzó a exasperarse. Todo indica, como dice Izaguirre, que Perón creía que con la amenaza de una mayor represión y con el amedrentamiento resultaría suficiente para “encaminar” la situación. Pero como en otras cosas, en aquello también estaba equivocado. Aunque su principal arma era la política, es legítimo preguntarse si habría habilitado lo que fue la Triple A después de su muerte. Pero ese interrogante puede responderse a la inversa. Como su estrategia política se revelaba inviable, como su autoridad no lograba pacificar el país, la muerte de Perón puede comprenderse como un hecho social y sociológico: el final de un proyecto. Se

evaporaba en esos días cualquier remanente de ilusión por una posible concordia.

Contradicciones

Tanto en el plano de su recorrido personal en Paso de los Libres como en cuanto a la historia del peronismo, López Rega resulta una figura difícil de abordar. Los peronistas no dudarán en reivindicar la extensa historia de su movimiento por las inaceptables acciones de López Rega.

Tampoco lo harían los seguidores de la Casa en Paso de los Libres. ¿Qué pensaría Doña Victoria de ese proyecto, con su gran fiesta para el día de las Américas? ¿Será que alguien que se supone se encontraba tan alejada de instituciones centralizadas no veía con desconfianza esas ideas del cabo retirado?

En Paso de los Libres predominan dos versiones aparentemente contrapuestas sobre la opinión de Doña Victoria acerca de los rumbos políticos de López Rega. Una, en la que coinciden varios miembros de la Casa es que, en algún momento, en un viaje posterior a su estadía en Madrid, Doña Victoria le advirtió: "Aléjese de la política, usted no es para eso, las cosas van a salir mal". La otra versión me la dio un miembro de la Casa, que afirmó que Doña Victoria había anticipado que López Rega tendría las riendas del gobierno. Me entregó una carta escrita a máquina supuestamente por Dora, hija de Victoria, el 8 de octubre de 1974, dirigida a Claudio Ferreira, en la que dice:

> Complacidos recibimos sus envíos en estos días, agradeciendo a Dios y a la Madre Guía Espiritual, la posibilidad de que alcance a todos la aspiración que un día ella marcara cuando en chinelas y con las manos vueltas atrás caminaban como duendes frente a ella y dijera, aunque no les parezca un día van a tener las riendas del Gobierno, y en forma asombrada dijeron ¡Nosotros…! ¡Sí, ustedes…!

La carta está fechada en el apogeo del poder de López Rega. Las otras versiones buscan obviamente separar a Doña Victoria de la actuación del autor de *Astrología esotérica*. Sin embargo, también encontré a un militante del PT brasileño que reside en la frontera, que fue miembro de la Casa y que hasta el momento en que lo conocí defendía a López Rega. Me dijo que él era peronista (como otros brasileños en la zona de frontera) y que el justicialismo era “una mezcla de filosofía rosacruz con política, es casi una religión”. En él sobrevive aún algo que sin duda López Rega pensó en algún momento. Según su visión, “la Triple A fue creada para combatir al comunismo en el plano filosófico, pero López Rega perdió el control y entraron los gángsters”. Estos relatos no deben ser analizados preguntándose si son ciertos, ya que la documentación no demora en desmentirlos. En cambio, hay que tomarlos en cuenta como creencias reales de personas reales. En la mente de López Rega, había una línea de continuidad entre la reivindicación americana de la Casa de Doña Victoria, el tercermundismo de Julio César Urien y su interpretación espiritual del justicialismo.

Otra versión surge del relato de Urien al periodista Marcelo Larraquy. Según él, cuando visitó a Doña Victoria en Paso de los Libres, López ya estaba en Madrid, y ella se despidió con un consejo: “Cuídense de López. Los va a traicionar” (Larraquy, 2004: 199).

Para los diferentes peronismos, la historia de López Rega va de considerarlo un tabú, un tema inefable, un loco asesino, hasta “el rostro oscuro de Perón”. Para quienes rompieron con el peronismo, López Rega sería la revelación de que Perón traicionó al movimiento. Quien asegura que Perón no los traicionó es Mario Firmenich: “Hubo cosas ocultas, pero Perón nos advirtió que había cosas ocultas”. Al finalizar la última conversación que tuvieron en Madrid,

Perón llamó a López Rega y le pidió que les contara a los visitantes lo que tenía que contarles.

> Y López Rega contó un cuento absurdo, esotérico, ridículo. Dijo que debajo de la ciudad de Buenos Aires había toda una ciudad oculta de túneles y que ahí vivían los seres más poderosos de la Argentina, que nadie los veía y que esos seres eran impotentes sexualmente, y que por esta razón en definitiva buscaban a Perón, que era el gran hombre de la Argentina. Perón se descostillaba de risa, pero cuando nosotros lo mirábamos para reírnos, nos decía: "No se rían. Si es muy serio lo que está diciendo. Escúchenlo". Y nos contó que había poderes ocultos, que no necesariamente eran túneles debajo del pavimento, que no necesariamente tenían un problema de impotencia sexual, sino la incapacidad de control del poder, o la falta de poder o de potencia para controlar la situación y que por esto lo iban a buscar a Perón para controlar la situación, y Perón esto nos lo advirtió en definitiva. Claro, de un modo esotérico, que no resultaba comprensible en el momento. [...] López Rega no encontró un mejor lenguaje en su cultura esotérica que el montón de pavadas que dijo, pero que no eran pavadas. Nos estaba advirtiendo de una situación objetiva de negociación con los poderes (cit. en Pigna, 2016: 210).

Quien quiera reducir el peronismo a cualquiera de sus personajes estará perdido. Es muy cierto que el peronismo de la renovación de los ochenta, en la transición democrática, se construyó tratando de dejar atrás cualquier rasgo antidemocrático y de violencia. Buscó establecer un límite, construir su propio "nunca más". La paradoja fue que de ese movimiento emergió la figura de Carlos Menem, un

hecho de cuyas condiciones culturales nos ocuparemos en el próximo capítulo.

---

[41] Los estudios de Ceriani Cernadas (2018) sobre la ideología rosacruz en Buenos Aires en la actualidad presentan elementos comunes con rasgos de la Casa de Doña Victoria, en particular sus fuentes eclécticas como expresión de un carácter antidogmático o sus referencias a la antigüedad egipcia. En cambio, hay diferencias notables que pueden estar relacionadas con sus contextos muy distintos así como con el hecho de que se trata de fraternidades rosacruces diversas, ya que Ceriani Cernadas estudia la Antigua y Mística Orden Rosacruz (AMORC), que tiene un grado de expansión y de institucionalidad mucho mayor.

[42] Un análisis exhaustivo de los textos de José López Rega excede los objetivos de este capítulo, pero se trata de un material valioso que puede revelar otras dimensiones de su pensamiento.

[43] Claudio Ferreira y sus socios inventaron un tónico que supuestamente alargaba la vida. Lo fabricaban en Brasil y lo vendían en la Farmacia Aurora de Uruguayana. En algún momento se utilizó una fotografía de Perón para publicitarlo, acompañado de una leyenda que decía "yo tomo". Pero cuando Perón se enteró ordenó clausurar la campaña. Claudio Ferreira ayudó a López Rega a conocer religiones afrobrasileñas en Uruguayana. Esto fue publicado en diarios y revistas, cuando López Rega era ministro.

[44] En 1972, en una entrevista en la revista *Panorama*, Julio César Urien rechazó las acusaciones de trotskista y marxista que se le habían hecho. Se definía como argentino, como filósofo, como arquitecto de ideas. Creía que se estaba develando una cuarta concepción filosófica y económica y que su inicio "inexorable" sería en la Argentina. "Cuando escribí *La revolución de veras* me dijeron que era un utopista, un espiritista, un astrólogo. Soy un idealista. Todo comenzó con Vargas en Brasil" (7/12/1972).

[45] Alberte –que luego fue designado delegado de Perón– y algunos miembros de la logia paulatinamente adhirieron a posiciones relacionadas con el peronismo de izquierda. La relación con López Rega terminó al poco tiempo de su llegada a Madrid.

[46] *Página/12*, 6/10/2009.

6. El menemismo

El experimento neoliberal y el peronismo

¿Qué fue el menemismo? ¿Puede considerarse una forma histórica más del peronismo o tuvo características distintivas? Si lo observamos en perspectiva, ¿qué dice de la Argentina y de los peronismos? El menemismo surgió en ciertas condiciones culturales y políticas que lo hicieron posible. Marcó una época y, al igual que el período, que comenzó en 1945 o el breve lapso 1973-1974, dejó huellas culturales.

Antes de Menem ya era complicado entender el peronismo. Después, se hizo mucho más difícil aún. Para una concepción del peronismo como "justicia social", como "conciliación de clases", hay dos hechos inabordables: la Triple A y el menemismo. No sólo para un peronismo de izquierda o laborista. Esos hechos son inenarrables como parte de la historia del peronismo para cualquier visión clásica de sus tres banderas históricas: independencia económica, soberanía política y justicia social. Respecto de la Triple A, la única solución narrativa fue culpabilizar a López Rega, pero lo cierto es que hasta los asesinos reales pueden ser a veces chivos expiatorios. Su ascenso, su empoderamiento, el poder para desplegar su plan criminal daban cuenta de que la situación histórica atravesaba problemas más profundos. La diferencia abismal entre ambos hechos es que Menem gobernó diez años con el apoyo de la mayoría de los dirigentes sindicales, de los gobernadores y del PJ, una década en la que logró una destrucción inédita de la industria argentina, de los derechos de los trabajadores y de la protección social del Estado.

Los intentos de ofrecer definiciones del peronismo en

singular y más allá de los contextos fracasan estrepitosamente ante estos acontecimientos. El menemismo, como una de las formas históricas que adquirió el peronismo, sólo puede ser comprendido a partir de la especificidad de una época mundial y nacional. Y comprender, como sabemos, es esencial para nutrir nuestra capacidad de juicio. No para renunciar a él.

¿Qué es exactamente lo "incomprensible" del menemismo? Para algunos puede resultar difícil de entender que un gobierno peronista gobierne contra su orientación de origen. El menemismo ganó en 1989 con la promesa de un "salariazo" (en oposición a los habituales "tarifazos") y una "revolución productiva". En sus diez años privatizó incluso la empresa petrolera YPF, triplicó el desempleo y aumentó la desigualdad.

Sin embargo, en aquellos años hubo otros casos de "partidos populares" que aplicaron en sus gobiernos recetas opuestas a aquellas que los habían distinguido en su historia. De maneras muy diferentes sucedió en México con el PRI, en Bolivia con el MNR, en Perú con el APRA y Alan García. Y hubo otras "defecciones ideológicas", años antes o después, con vastos sectores de la socialdemocracia europea reconvertida a un neoliberalismo "culturalmente progresista".

Es cierto que el caso argentino fue extremo porque a la derecha del menemismo no había otro proyecto, ni en términos económicos, ni en términos de derechos humanos, ni en ningún otro aspecto. También se destacó porque fue incluso más lejos que otros gobiernos neoliberales, como en la decisión de privatizar el petróleo.

Esto plantea ciertas preguntas, pero la inquietud fundamental, la que resultó más difícil de resolver, es por qué las bases históricas y populares del peronismo apoyaron al menemismo y fueron leales con su voto. Menem no sólo

fue electo en 1989, ganó también las elecciones legislativas de 1991 y de 1993, y fue reelecto en 1995. Se ha dicho varias veces que el triunfo electoral de Mauricio Macri es el primer éxito en las urnas de una fuerza de derecha en la Argentina. Sin embargo, ¿qué representaba la candidatura de Menem en 1995, aliado con la derecha argentina, alineado con la política de los Estados Unidos y del FMI? La novedad de Macri es otra: fue la primera vez que un empresario icónico de la Argentina llegaba al poder sustentado por una fuerza no peronista. Una fuerza, ya veremos, mucho más homogénea que el peronismo de los noventa. Porque el peronismo, siempre, incluso en aquellos años, fue heterogéneo. La primera vez que la derecha fue elegida para gobernar en la Argentina a través del voto fue en 1995. No cuenta de ese modo la primera elección presidencial de Menem porque en esa oportunidad se presentó y ganó esgrimiendo banderas clásicas del peronismo, hasta el punto de que luego tuvo que dar explicaciones por el claro incumplimiento de esas promesas electorales. Quedó instalada la idea de que Menem alguna vez dijo: "Si decía lo que iba hacer, no me votaba nadie". Sin embargo, después de aplicar sus políticas por seis años, fue reelegido.

Menem no fue sólo Menem. Por más que él, como cualquier presidente, era el responsable principal, Menem expresó un fenómeno social y cultural de la Argentina de esa época. Y, por eso, comprender al menemismo es necesario para conocer una de las facetas del peronismo y de la Argentina.

Durante mucho tiempo las ciencias sociales insistieron en una pregunta sobre aquellos años: ¿por qué los sectores populares votaban contra sus intereses? Está claro que ese interrogante implica una fuerte presunción: quien lo enuncia cree saber cuáles son "los intereses" de los sectores populares. ¿Y cómo lo sabe? Desde esta perspectiva, en todas

las épocas y regiones los sectores populares tendrían intereses “objetivos”: más empleo, más salario, mayor igualdad, menos concentración de la riqueza. Esto es lo que llamamos una definición “objetivista”. No hace falta escuchar, ni conocer a los sectores populares, ni comprender contextos específicos. Los intereses estarían siempre predefinidos. Desde este punto de vista, es evidente que las políticas del menemismo atacaban los intereses populares.

Sin embargo, a los sectores populares que lo votaron durante años eso no les parecía tan obvio. El problema es que entre el modo objetivista de definir los intereses y los modos subjetivos de concebirlos hay un abismo insalvable. Un abismo epistemológico. Constituyen maneras tan divergentes de entender el mundo que no pueden comprenderse mutuamente. En este sentido, no puede explicarse el voto popular mediante las visiones objetivistas.

Por fuera de esa mirada, entre las explicaciones habituales sobre el voto al menemismo mencionaremos cuatro. Cada una de ellas puede realizar un aporte, pero esa contribución se debilita porque en general no se lo enmarca de manera adecuada en el contexto de los inicios de los noventa. Y porque cada una pretende ser la única causa y pierde de vista la complejidad de estos fenómenos

La primera explicación es que existe una lealtad histórica del voto popular al peronismo. Es decir, hay un voto peronista, de identidad, que resiste los peores momentos, como fue 1983. Esa lealtad electoral explicaría el voto popular que, al sumarse a los sectores medios altos que adhirieron al menemismo después de su giro programático, permitió consolidar una primera minoría o una mayoría según los casos. Esta perspectiva culturalista le adjudica irracionalidad a los sectores populares: son tan leales que votan contra ellos mismos. El peronismo sería similar a una creencia religiosa.

La segunda y la tercera explicaciones son, por el contrario, instrumentalistas. Una es el “voto cuota”, según la cual los electores estaban cautivos, sobre todo en 1995, de la convertibilidad, aunque no necesariamente apoyaran esa política: habían hecho compras en cuotas, en dólares, y tenían pánico al derrumbe del sistema “un peso, un dólar”. La tercera es que la llamada “crisis del tequila”, iniciada en México en 1994 y con repercusiones mundiales, generó en la población argentina temores de inestabilidad. Ante ese panorama, Menem aparecía para muchos como un buen piloto de tormentas. O al menos era preferible a las alternativas realmente existentes.

La cuarta explicación es más compleja y realiza un aporte relevante. En el plano de la microsociología o etnografía, Javier Auyero analizó en zonas muy pobres del conurbano sur a los punteros que operaban en el barrio y resolvían problemas. Su investigación (Auyero, 2001) refutó el concepto habitual de clientelismo. Mostró que lo que llamamos “clientelismo político” está constituido en realidad por redes locales de afinidad, de afecto, de lealtad personal, de parentesco, que implican mecanismos de reciprocidad. Desde el abordaje más tradicional, el clientelismo suele entenderse como el intercambio de favores por votos, donde en una dirección circularían los favores y en la otra los votos. El inconveniente es que esa lectura equipara la entrega del voto a una “venta”, a un acto comercial. La antropología, por el contrario, señala la diferencia entre las relaciones de reciprocidad y el comercio: en las primeras no existe –como en cualquier transacción– simultaneidad, sino que entre una acción y otra transcurre cierta cantidad de tiempo. En el comercio, alguien paga y otro entrega un producto o un servicio, por lo general en el mismo momento en que se realiza la operación. En las relaciones de reciprocidad, en cambio, un día el puntero resuelve

cuestiones relacionadas con medicamentos, otro día vacantes escolares, después logra algo vinculado al agua o a la vivienda. Pero entretanto necesita que lo apoyen concurriendo a actos políticos o a una elección. Así, los punteros no se aseguran el voto de los vecinos mediante trampas con sobres o boletas, sino a través de una relación social. Lo que ha demostrado la investigación es que hay lazos afectivos y lealtades personales en esa circulación. No es un contrato de favores a cambio de votos que puede romperse, sino un vínculo más fuerte, justamente porque es una relación personal.

Los estudios que dieron lugar a la elaboración de esta dimensión pueden ayudar a comprender una parte del voto menemista, pero no pueden pretender ser explicaciones exhaustivas de un resultado electoral como el de 1995. Los votos que consigue el "trabajo territorial" hacen una diferencia, a veces significativa, incluso decisiva, pero no pueden dar cuenta de tendencias históricas más profundas. De hecho, el peronismo perdió en 1997 y en 1999. Si bien su triunfo en la gobernación de la provincia de Buenos Aires sin dudas habría sido imposible sin ese "trabajo territorial", no estuvo en absoluto asegurado por él. El giro derechista del candidato justicialista Carlos Ruckauf en 1999, que sentenció que había que "meterles balas a los delincuentes", también parece haber aportado sus votos.

La construcción de los "intereses"

Necesitamos abordar la cuestión de cómo se construyen los intereses sociales en cada contexto histórico. La definición objetivista de intereses que predominó en el análisis político implicó una descontextualización. Para una teoría contextual de los intereses, subjetiva, que comprenda el punto de vista de los actores y que pueda tener en cuenta cómo se constituyen intereses en situaciones específicas, es necesario entender que "los intereses" siempre están

vinculados a aquello que se considera posible, no a las utopías. Los poderes buscan de manera incesante definir con precisión horizontes de posibilidad y ocultar la contingencia de lo social. Cuando fracasan en esa pretensión, se abren otras oportunidades de transformación.

En ese sentido, se produce un error teórico fatal al leer los grandes procesos revolucionarios como acciones en las que los pueblos quieren imponer una sociedad concebida en términos ideológicos. Las grandes revoluciones del siglo XX, como la rusa, la china o la cubana, nunca tuvieron para las masas populares motivaciones abstractas, sino ligadas a urgencias cotidianas.

Esos momentos de transformación tienen dos características. Por un lado, la vida misma se torna tan inviable para los sectores populares que la contingencia aparece a flor de piel. Es decir, no hay una búsqueda de soluciones comunes porque todo lo establecido deviene imposible. Esas crisis orgánicas, en el sentido de Gramsci, afectan la cotidianeidad de una manera tal que lo instituido pierde capacidad de naturalización.

Por otro lado, en tales circunstancias los procesos revolucionarios suelen atraer apoyo cuando se articulan en términos simples y vinculados con las necesidades de las personas. Por ejemplo, en Rusia en 1917 los soviets y el partido bolchevique apelaban a “paz, pan y tierra”, no al comunismo internacional. Eran demandas elementales que, en esa coyuntura, sólo parecen posibles a través de una revolución. La sobreideologización puede generar la creencia de que la Revolución Rusa se hizo para fundar la Tercera Internacional y la revolución mundial. Pero la verdad es que los bolcheviques triunfaron en 1917 porque ofrecieron la mejor o única alternativa para los problemas más específicos de ese pueblo.

Estas tensiones acerca del corto y largo plazo en relación

con los intereses no tienen vínculo alguno con las teorías que contraponen el "populismo" (que desde esa perspectiva sería "pan para hoy, hambre para mañana") al "desarrollismo" (que sería un plan "racional": "hambre para hoy, pan para mañana"). La voracidad de las clases empresarias y del capital financiero muestra que el cortoplacismo no es una característica particular de una clase social, sino que puede atravesar a todas las clases. La diferencia es que los cortoplacismos populares obedecen a una lógica de la sobrevivencia o de conservación del empleo, mientras los de la lógica capitalista obedecen a su propia incapacidad de estructurar una hegemonía perdurable.

Ahora bien, si aceptamos que salir de la disgregación hiperinflacionaria de 1989-1990 y reducir la pobreza era algo que los actores populares entendían como parte de sus intereses, afirmar que su voto al peronismo expresaba básicamente conductas electorales de lealtad ciega implica no comprender cómo ellos vivían ese contexto histórico específico.

Detener la hiperinflación y reducir la pobreza suponía que amplios grupos se beneficiaran en el corto plazo en términos económicos. En el largo plazo, aquellos que no fueran víctimas directas del incremento de la exclusión (sobre todo, quienes conservaran un empleo estable) podían verse favorecidos también.

En cualquier caso, las investigaciones han revelado que el voto a Menen no era mayormente ideológico. Gervasoni (cit. en Levitsky, 2005) concluyó que casi la mitad de quienes votaron a Menem en 1995 adherían a concepciones económicas "estatistas" y "redistributivas". Es decir, que salvo el núcleo duro de la sociedad promercado, ideológicamente ultraliberal, no había adhesión ideológica, sino que el respaldo electoral respondía a otros condicionamientos. Y a mayor peso de esos

condicionamientos, posiblemente menor fuera la relevancia de los “valores” abstractos.

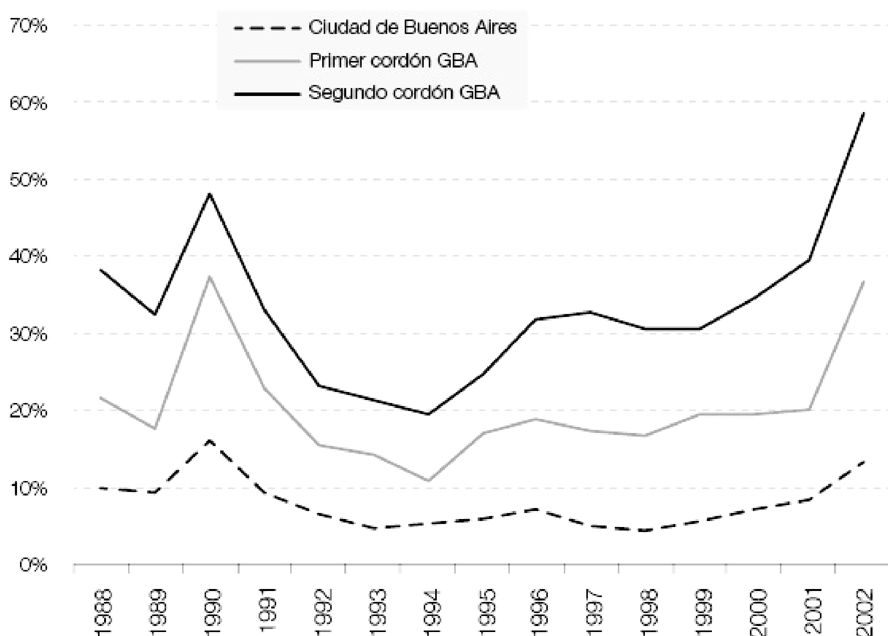
Desde el inicio del gobierno de Menem, hubo algunas medidas simbólicas que tornaron imposible que cualquier dirigente o agrupamiento asociado a las diversas tradiciones progresistas y de izquierda lo apoyara. Primero, para refutar a quienes sostienen que con Macri desembarcaron por primera vez los CEO en un gobierno electo, hay que recordar que Bunge y Born, la empresa agrícola más poderosa del país, ubicó a sus CEO en el Ministerio de Economía de Menem. Además, un economista del establishment más ortodoxo, Domingo Cavallo, fue canciller y después ministro de Economía. Y figuras tradicionales de la derecha argentina, como la familia Alsogaray y su partido, la Ucedé, ocuparon posiciones protagónicas en la gestión. A la vez, es totalmente apropiado señalar que el papel del peronismo o del PJ fue mantener vivas las mediaciones políticas entre sus votantes y esa lógica neoliberal y tecnocrática. En segundo lugar, Menem decretó el indulto a los excomandantes que habían sido juzgados durante el gobierno anterior por su participación en la dictadura militar. Además, fabricó una Corte Suprema a su medida, privatizó las empresas públicas por montos irrisorios. En particular, la privatización del sistema jubilatorio contribuyó a incrementar la deuda externa a niveles inviables. A esto hay que agregar un salto cualitativo en los grados de corrupción conocidos hasta ese momento, así como escenas inéditas de ostentación.

Estos eran los costos que la mayoría de la sociedad pagaría en el mediano plazo por un alivio de la inflación en lo inmediato, por el desinterés por lo público y el patrimonio nacional, por el triunfo narrativo del capitalismo, por los efectos largos de la dictadura. Ya hay suficientes trabajos académicos que señalan el daño estructural que produjo el

menemismo a la economía y la sociedad argentina. Pero no hay tantos análisis que permitan entender las razones del apoyo y el consenso social.

Ahora bien, si uno observa a la sociedad argentina a lo largo de algunas décadas puede inferir ciertas cuestiones. Primero, mientras el nivel de endeudamiento es un tema crucial para las políticas públicas, es una cuestión muy abstracta para la gente de a pie. Las variaciones enormes en las cifras de endeudamiento –que llegaron al máximo en 2001, tocaron el mínimo en los últimos años de kirchnerismo y se incrementaron con nueva deuda durante el macrismo a una velocidad sorprendente– no son las que motorizan principalmente la movilización social. La sociedad se moviliza, se alegra o se enoja por el modo en que repercuten en su vida los niveles de empleo, del salario real, el porcentaje de pobreza, la tasa de delito, la calidad de la educación, de la salud y del transporte. Esto es importante porque Menem disminuyó la tasa de pobreza durante una parte de su gobierno. En el Área Metropolitana de Buenos Aires llegó a su piso en 1994, justo el año anterior a la reelección.

Porcentaje de hogares bajo la línea de pobreza, Área Metropolitana de Buenos Aires



En gran parte, el coeficiente de Gini había crecido antes del gobierno de Menem. El nuevo incremento no fue por una baja de los salarios reales, sino por el aumento sostenido del desempleo. La escalada de la tasa de desempleo expresaba una exclusión inédita en la sociedad argentina, que a su vez tenía impactos políticos complejos. Por un lado, hay que recordar que en la ofensiva ideológica de aquellos años a la persona desempleada se la responsabilizaba individualmente por su situación. Por otro, quienes sí tenían empleo no se veían perjudicados porque no había caída salarial. Además, el aumento del desempleo debilitaba a los sindicatos al tiempo que fortalecía la territorialidad de la política y las redes barriales, en las cuales el peronismo de los años noventa era imbatible (casi no tenía competencia que disputara su posición). La estrategia territorial del gobernador Eduardo Duhalde en la provincia de Buenos Aires favoreció a Menem en 1995.

La identificación de "los intereses" con el largo plazo no

es algo "natural". Puede resultar obvia para los tienen asegurada la comida, el transporte, el acceso a la salud. Pero mucho "largo plazo" puede resultar un sinsentido para quienes se preguntan por su sobrevivencia. No es más inteligente una persona que piensa en el largo antes que en el corto plazo. Salvo que alguien crea muy lúcido ver cómo se muere de hambre un hijo porque el siguiente vivirá en un país perfecto.

Un lector desprevenido puede creer que aquí estamos excusando al menemismo. Señalemos que la destrucción productiva, la exclusión social, la política de impunidad y los niveles de corrupción del menemismo son a la vez impresionantes e injustificables. Lo que estamos haciendo aquí es otra cosa. Intentamos comprender por qué lo indefendible logró construir mayorías en la Argentina durante varios años. Sería un grave error no dar cuenta de los beneficios coyunturales que la convertibilidad llevó a sectores amplios de la población. Podemos comprender la especificidad de la década del noventa al conectar esos beneficios con el relato que el gobierno proponía sobre la inserción en el primer mundo por un lado, y con la destrucción del horizonte de imaginación política a partir del cual el menemismo hizo su viraje fundacional por el otro. Así también podremos entender la particularidad de los peronismos que fueron contemporáneos. Saber cómo terminó la convertibilidad, con la crisis de 2001, no es suficiente para comprender los apoyos en la primera mitad de la década y la persistencia del respaldo al "uno a uno". Al ahondar en ese contexto resulta muy sencillo descifrar por qué en 2015, con la elección de Macri como presidente, la Argentina no regresó a los años noventa. Es otro mundo, aunque haya notables aires de familia en ciertas políticas y en la orientación ideológica del gobierno.

La convertibilidad como parteaguas

Los diez años de gobierno de Menem deben separarse en dos etapas. Desde su asunción en 1989 hay una fase crítica y conflictiva hasta el establecimiento de la convertibilidad en 1991. Luego, esa medida logró una estabilidad económica y política durante una década. Por aquellos años, “estabilidad” fue una palabra clave en la política, el periodismo y en la calle. Abarcó momentos de crecimiento del PBI, de crisis y, hacia el final, una extensa recesión. Se puede hablar de “estabilidad política” no sólo por la continuidad del voto justicialista hasta 1995, sino porque la oposición emergente de los desgastes del menemismo y de las divisiones del peronismo prometió mantener la convertibilidad. Y cumplió su promesa hasta su propia muerte.

Menem asumió el 9 de julio de 1989 en un país convulsionado. Luego de su triunfo electoral en mayo, “hizo pública su decisión de no reproducir las orientaciones de anteriores gobiernos peronistas, aun cuando era notorio que desconocía todavía cuáles serían sus nuevas políticas” (Sidicaro, 2010: 155). Antes de asumir su cargo se reunió con los técnicos y asesores del justicialismo. Salió de ese encuentro muy insatisfecho porque no había una solución clara y definió pactar con Bunge y Born. Es decir, el curso de los acontecimientos no estaba predefinido el 14 de mayo, día de las elecciones. Para adelantar su asunción Menem exigió ciertos acuerdos parlamentarios de la Unión Cívica Radical. En ese marco se aprobó la emergencia económica y la reforma del Estado.

La crisis hiperinflacionaria de 1989 generó una inflación mayor al 3000%. Sin embargo, a principios de 1990 hubo un rebrote y ese año la inflación superó el 2300%. Tanto en el pico de 1989 como a inicios de 1990 se produjeron saqueos a supermercados en diferentes zonas del país. Para marzo y abril de 1990 la popularidad del presidente había caído a niveles muy bajos. En ese marco, el gobierno lanzó una

ofensiva política. En primer lugar, el propio Menem recurrió a los medios para explicar y sostener sus políticas. Una de sus frases iba directamente dirigida a las divisiones y debates que había dentro del peronismo. Menem dijo: "Si están en contra del gobierno que se pongan de una buena vez en la vereda de enfrente". En segundo lugar, en abril se convocó a la "Plaza del Sí", bajo la idea de que existía una "mayoría silenciosa" que quería apoyar al gobierno y que pensaba distinto de aquellos que "se oponen a todo". El periodista Bernardo Neustadt, el sindicalista Luis Barrionuevo y otros tuvieron protagonismo en una convocatoria exitosa con participantes del Conurbano, de un sector sindical y de la Ucedé de Alsogaray. Se congregó una multitud socialmente heterogénea, con manifestaciones populares y otras columnas de llamativa prolijidad que iban a Plaza de Mayo. Todo esto presionaba sobre el PJ que sólo a último momento adhirió a la movilización. Pero en un encuentro partidario se trabajó en su abroquelamiento. Unos meses después esa unificación avanzó. El entonces presidente del Justicialismo y gobernador de la provincia de Buenos Aires, Antonio Cafiero, que había perdido la interna por la candidatura presidencial con Menem, mantenía una actitud que retaceaba el apoyo total a ciertas medidas del gobierno. En agosto convocó a un plebiscito en la provincia para reformar la Constitución y habilitar su reelección. En medio de la crisis de 1990, el acuerdo entre radicales y peronistas que buscaba el Sí perdió por más del 65% de los votos. Derrotado, Cafiero acabó renunciando a la presidencia del Justicialismo.

En aquel momento la izquierda marxista alcanzó algunos de sus mayores éxitos del siglo pasado. El diputado trotskista Luis Zamora, electo en 1989, celebraba el triunfo del No y afirmaba con orgullo: "Estamos en la vereda de enfrente". El 1° de mayo de 1990 su partido, el MAS,

organizó junto con el Partido Comunista la “Plaza del No”, que colmó el sitio histórico de banderas rojas. Su diagnóstico era que en la Argentina había una “situación revolucionaria”. En ninguna de esas ocasiones estuvieron cerca de converger con sectores del peronismo y menos aún consiguieron una adhesión política de una parte de sus bases. A inicios de 1992 el MAS se dividió en dos, para después subdividirse varias veces más.

Cinco meses después de iniciada la convertibilidad, en 1991, el PJ ganó la gobernación de la provincia de Buenos Aires por amplio margen.

Dólar y cultura

La inflación constante de la historia argentina no tiene comparación con los episodios hiperinflacionarios. Estos últimos implican la destrucción de la creencia social en la moneda. Es bastante obvio para cualquiera que un billete es una representación, y que esa representación sólo tiene sentido si quienes interactúan le adjudican el mismo valor. Se supone que en situaciones normales es el Estado emisor el que establece ese valor. Y que la moneda nacional puede cambiarse por otras monedas, como el dólar.

Desde los años treinta, la historia económica argentina está marcada por la abundancia o total escasez de divisas en función de procesos internacionales y nacionales. El dólar vuelve, una y otra vez, a nuestra realidad. Pero a diferencia de países en los que este tema incumbe sólo a economistas e inversores, en la Argentina los recuerdos de crisis en las cuales la clase media o media alta perdieron todos sus ahorros instaló en esos sectores, y en diversa medida en otros más amplios, la ansiedad por conservar el valor de la moneda. El Rodrigazo, la crisis de 1982, la crisis hiperinflacionaria de 1989-1990, la crisis social y política de 2001-2002 son memorias sin reparación posible que no han dejado de operar, en estos años, como un trauma cultural En

este escenario, la compra de dólares es desde hace décadas un recurso para asegurar de alguna manera la reserva de valor. Pero como los pequeños ahorristas no confían en el sistema bancario, almacenan el dinero fuera de él. Tradicionalmente, existía la expresión de “guardar el dinero debajo del colchón”, pero con el tiempo las tácticas se sofisticaron. Un sector muy minoritario, pero con enorme capacidad de adquisición de divisas, envía el dinero a cuentas en el exterior. Se ha discutido si “los argentinos” (este pequeño sector de argentinos) tienen 200 o 400.000 millones de dólares fuera del país. Otro mecanismo clásico son las cajas de seguridad de los bancos, es decir, lugares seguros pero donde ni el banco ni el fisco pueden saber si allí hay dinero ni en qué montos.

A pesar de las desigualdades en las cantidades de adquisición y en las formas de resguardo, las crisis recurrentes generaron que los argentinos sepamos del dólar como nadie y estemos a diario al tanto de la cotización. A menudo se dice que sólo compran dólares las clases altas, un porcentaje ínfimo de la población. Sin embargo, en la hiperinflación de 1989 los trabajadores trataban de comprar algunos dólares con su salario, para ir vendiendo semana a semana y tener algo de dinero hacia fin de mes. Sólo los grandes inversores compran de a millones, pero el dólar les interesa a todos, lo compren o no. Por eso, a diferencia de la mayoría de los países, la cotización se anuncia en los noticieros radiales y televisivos. Importa porque es leído, con o sin razón, como un indicador acerca de nuestro presente y futuro. Es el oráculo de los argentinos.

No es un indicador natural, tampoco científico. Pero cuando el pueblo quiere saber qué está pasando mira hacia el dólar, como si este pudiera decir algo. Si el que apuesta al dólar gana, es porque el país va mal. Si los funcionarios del gobierno aseguran que “el que apuesta al dólar, pierde”,

crece la sensación de que algo está mal y quien puede sale a comprar divisas.

Los argentinos pensaban en dólares desde bastante antes de que Cavallo diseñara la convertibilidad. En ese marco cultural, el "uno a uno" intentó tornar previsible la situación prohibiendo por ley la devaluación del peso. Es decir, se estableció que cada billete era "convertible" a igual valor en divisas. Al inicio la medida pareció exitosa. Fue una solución sui géneris, sin una dolarización que aboliera la moneda nacional, pero con la renuncia a intervenir sobre el tipo de cambio. El Estado argentino generaba confianza porque se comprometía a no establecer en el futuro variaciones sobre el valor de la moneda. La inflación bajó y el mercado celebró. Como el movimiento obrero estaba derrotado y crecía el desempleo, era escasa la presión salarial. Se generó cierta previsibilidad y se creyó que la situación duraría para siempre. Pero el dólar, fijo e inamovible, dejó de responder como un oráculo a las preguntas sobre el futuro. Fue con el dólar fijo y casi sin inflación que la imprevisibilidad reapareció por el lado del desempleo, después por una extensa recesión y, por último, se reflejó en el nuevo oráculo llamado "riesgo país".

A fines de 2001, después de más de tres años de recesión, con una gran pérdida de reservas del Banco Central y sin respaldo internacional que pudiera traer los dólares, Cavallo impuso el "corralito" que prohibía extraer en efectivo más de 250 pesos o dólares de los bancos por semana. Cuando esa estrategia no funcionó, el mercado impuso una devaluación. Miles de personas estaban aterrorizadas porque tenían depósitos bancarios en dólares o porque habían tomado créditos bancarios en esa moneda. Tras la renuncia de De la Rúa y la sucesión de otros tres presidentes en pocos días, el gobierno interino de Duhalde estableció en 2002 la "pesificación asimétrica", que buscaba evitar o suavizar el

impacto de ese conflicto y, supuestamente, beneficiaba a deudores y acreedores. Los deudores pagarían con el peso de la paridad uno a uno, como si no hubiera habido devaluación, y los acreedores cobrarían con un peso de 1,40 o directamente en dólares. La diferencia abismal corrió por cuenta del Estado. El detalle es que no había dólares en el país y por lo tanto el gobierno, como tantas otras veces, impidió que los ahorristas pudieran sacarlos de los bancos. Eso se llamó el "corralón", posterior al corralito.

Ante cada uno de los desastres sociales provocados por esas políticas neoliberales, los economistas encontraban una solución: profundizar esas políticas. Y gran parte de la sociedad, en un marco de inédita exclusión social, mantuvo la ilusión de encontrar una salida que no destruyera el contrato convertible. La pregunta es cómo eso fue posible.

Las cinco condiciones político-culturales del menemismo

Durante su campaña electoral, Menem popularizó un eslogan: "Síganme, no los voy a defraudar". Asumió, defraudó a todos sus votantes y después ganó las elecciones en 1991, 1993, 1994 y 1995.[47] Ni el apoyo de la mayoría de los sindicatos, ni el de la clase media alta y la derecha, ni el "voto licuadora", ni el "clientelismo político" explican tales resultados. En todo caso, cada uno de esos elementos responde a razones mucho más complejas.

Muchos de los mejores textos académicos buscaron explicar aspectos del menemismo desde la sociología o la ciencia política. Pero es necesario complementar estos análisis con una lectura de las dimensiones culturales de la política, es decir, con un estudio de las creencias, las vivencias, los traumas y los imaginarios sociales. En ese sentido, hay cinco condiciones históricas, de carácter político cultural, que fueron necesarias para la emergencia del menemismo con sus características específicas.

La primera ha sido poco analizada: se trata de la cercanía temporal con la dictadura militar, que había terminado apenas seis años antes del comienzo del gobierno de Menem. La segunda, que aún no ha sido discutida, se refiere a las consecuencias culturales de la Guerra de Malvinas. La tercera, muy mencionada y poco estudiada: los efectos culturales de la hiperinflación. La cuarta, a la que se debe dar suficiente relevancia, es la caída de la Unión Soviética y del Muro de Berlín en 1989, año de la asunción presidencial de Menem. Y la quinta, muy poco revisada, es la gran derrota que en 1990 sufrió la movilización social en la Argentina.

Al hacer referencia a estas cinco condiciones la intención no es sólo preguntar por qué triunfó el neoliberalismo en la Argentina. En realidad, el neoliberalismo, con revolución conservadora o con “tercera vía”, triunfó en toda América y Europa. La pregunta es por qué en la Argentina llegó a ciertos extremos que en otros lugares no pudo alcanzar. Y por qué el gobierno que llevó adelante el proyecto mantuvo el apoyo de los sectores más humildes y de los trabajadores.

Cuando señalamos que la primera condición cultural fue la dictadura de 1976-1983 no nos referimos en términos generales a un gobierno autoritario y represivo. Nos referimos a la desaparición física de una generación de cuadros, militantes y activistas, una gran parte de ellos delegados gremiales. Hablamos del terrorismo de Estado como un sistema de disgregación de la sociedad y de sus organizaciones. De la falta de densidad organizacional y de experiencia política del antimenemismo, concentrado especialmente en la militancia surgida a partir de 1982. Es decir, de la escasa capacidad militante, de pensamiento y acción estratégica para generar alternativas en ese momento histórico específico.

La segunda condición cultural que posibilitó el

surgimiento del menemismo estuvo definida por el trauma de la Guerra de Malvinas, que dio origen a uno de los principales legados culturales de la dictadura militar que, sin embargo, no ha sido analizado en sus complejos efectos. El terrorismo de Estado se desplegó mediante la construcción de un discurso nacionalista contra la "subversión apátrida", que tuvo un capítulo especial con el Mundial de Fútbol de 1978. Malvinas fue el punto culminante de esta instrumentalización del nacionalismo. Ningún país sale indemne de una derrota bélica. Pero si la población cree y se compromete apasionadamente en la causa mientras los líderes se roban hasta las bufandas donadas, si los ciudadanos se movilizan para expresar su apoyo al tiempo que los líderes estaquean soldados propios, si los medios convencen de que "vamos ganando" y la derrota calamitosa es un alud que cae inesperadamente, entonces puede suceder lo que ocurrió en la Argentina. Malvinas fue una situación traumática que atravesó la sociedad. Una experiencia nunca elaborada, nunca saldada.

"Malvinas", que durante décadas fue un símbolo que estaba por encima de las disputas entre los argentinos, un símbolo que esgrimieron Alfredo Palacios, Arturo Illia, gobiernos y políticos de orientaciones diversas, quedó fuertemente asociado al episodio bélico. En esa identificación se perdió la distinción entre una reivindicación justa, vinculada a un sentimiento anticolonial, con un episodio trágico, en el que todas las manipulaciones, improvisaciones e irresponsabilidades militares se hicieron presentes. Este trauma instituyó un nuevo fantasma: lo nacional es militar, lo militar es dictatorial.

En otras palabras, uno de los éxitos más profundos y duraderos de la dictadura fue identificar lo nacional con el autoritarismo, y a las Malvinas con la corrupción y la violación de derechos elementales. Esa experiencia brutal

sedimentó en una escisión crucial de nuestra configuración de cultura política: la separación, durante al menos dos décadas, entre el campo semántico de “democracia” y de “nación” (Grimson, 2007). Está claro que, desde 1983 en adelante, a toda idea nacionalista se la juzgaba como antidemocrática y vinculada a la retórica militar. En los ochenta y noventa ninguna defensa de los intereses nacionales lograba escapar a un tufillo un poco “facho”, un poco anacrónico, bastante “milico”. Comprender esto resulta clave porque, en ese contexto, lo nacional era considerado de extrema derecha y, por lo tanto, se encontraba obturado.

Entonces, en 1983 la inmensa mayoría de las personas consideraba que todo lo que tuviera que ver con la nación y el nacionalismo era militar, dictatorial, represivo, autoritario, bélico, irresponsable; un intento de manipular los sentimientos de la población. Un legado cultural crucial de la dictadura fue que la sociedad pasó a considerar el nacionalismo como algo puramente negativo que, además, en aquella época se oponía a lo más valorado por los argentinos: la democracia. En ese contexto, democracia y nación parecían divorciadas de modo irreconciliable.

Así, el erotismo de las “relaciones carnales” con los Estados Unidos, el absoluto silencio ante el regalo del petróleo y de gran parte del patrimonio nacional, el sometimiento al FMI hasta que el país voló por los aires, la renuncia a la soberanía monetaria, son acontecimientos que no se explican por la maldad de un gobernante y la complicidad de unos cuantos gobernadores y dirigentes. Tampoco por el “voto cuota” o la adhesión irracional al peronismo. Se explican porque la sociedad había obturado la posibilidad de una “respuesta nacional”. Esa herencia fue tan abrumadora que, al combinarse con la caída del Muro de Berlín en 1989, incluso la mayoría de los intelectuales

consideraba a la "globalización" (neoliberal) como un fenómeno inexorable.

Al mismo tiempo, el relato de la convertibilidad era otra forma de un nacionalismo engreído. Hilvanaba la idea de ingresar en el primer mundo, movilizaba sentimientos antiguos y fundacionales de una Argentina europeísta, de un orgullo de un país que consumaba su destino en el matrimonio con el dólar y que fue desplegando con creciente potencia discursos xenófobos contra bolivianos, paraguayos y peruanos. El menemismo no estaba fuera de la historia, sino que era la encarnación específica de un nacionalismo anterior, aquel de la civilización contra la barbarie, el de la joya más preciada de su majestad. El peculiar patriotismo de ser amado y mimado por el imperio.

Hiperinflación

La hiperinflación fue una experiencia de disgregación de la sociedad, de destrucción de lazos sociales básicos y de la confianza más elemental, cuyos efectos culturales constituyen la tercera condición que acompañó el surgimiento del menemismo.

Para quien no haya atravesado estos acontecimientos es realmente difícil comprenderlos. El terrorismo de Estado implica una incertidumbre completa acerca del propio cuerpo y de la propia vida. El terrorismo económico de la hiperinflación implica una incertidumbre completa acerca de otra dimensión de la cotidianidad. El símbolo de la economía, de la nación y del intercambio, se evapora de las manos de manera constante y vertiginosa. La moneda pierde la mitad de su valor en treinta días, dos tercios de su valor el mes siguiente y así la devaluación se vuelve imparable. ¿Qué es un salario, un ingreso, una previsión semanal de compras en esas circunstancias? No hay tiempo que tenga sentido más allá de un día o dos.

Los efectos culturales de la hiperinflación trascienden la

imaginación económica. Como devaluación "cotidiana", "diaria", que literalmente se produce en cuestión de horas, la hiperinflación transforma todas las nociones de tiempo, en especial del presente, del futuro y la planificación. Todos los días los consumidores buscaban en el supermercado ganarle de mano al empleado que a toda hora estaba encargado de remarcar los precios. A cada minuto el dinero que tenían guardado en el bolsillo les permitía comprar menos productos. ¿Quién iba a ahorrar en esas circunstancias? ¿Quién podía planificar? Las ideas de futuro y de plan se desarman. Al ser imposible saber cuánto va a costar un producto, cuál va a ser el salario, hasta cuándo podrán sostenerse ciertas rutinas, ninguna tarea social que trascienda la semana o el día es pensable y cumplible.

En otras palabras, uno de los grandes impactos culturales de la hiperinflación es el cortoplacismo. Nadie piensa en "inversiones" de largo plazo: ni en empresas, ni en comercios, ni en su propia casa, ni en las instituciones en las que trabaja o estudia. La hiperinflación alentó concepciones cortoplacistas en las que el resultado inmediato era más relevante que una inversión a plazos que no cabían en la imaginación. El cortoplacismo implica que el horizonte de la vida social y política se achica hasta desaparecer. La convertibilidad no revirtió (ni podía hacerlo) ese cortoplacismo. El temor a retornar a estas experiencias traumáticas afecta los sentimientos, la imaginación y las prácticas de los argentinos hasta la actualidad. Fue el fantasma hiperinflacionario el que generó las condiciones para que la mayoría de los argentinos apoyaran, a través de su voto o su pasividad, el sistema de convertibilidad, a costa de incrementar hasta niveles siderales el endeudamiento externo del país. Así, mientras los argentinos compraban electrodomésticos y celebraban el fin de la inflación, el pago

de los intereses y capital del endeudamiento externo se acercaba en 2001 al 40% del presupuesto nacional.

En 1998, la economía argentina sufrió una fuerte recesión y, luego de tres años, los argentinos comenzaron a preguntarse si realmente el desempleo cercano al 20% y el deterioro constante de la situación del país eran la única alternativa a aquel recuerdo angustiante de la hiperinflación. Sólo entonces, algunos se animaron a cuestionar la convertibilidad y el pago puntual de la deuda externa, por su parte, no exenta de corrupción. Era demasiado tarde para planificar una salida ordenada de la paridad uno a uno. El país estalló antes de que se pudiera pensar en otra opción.

Si resulta evidente que la convertibilidad no era viable antes de la hiperinflación, necesitamos estudiar cómo el hecho de que los argentinos pensaran en dólares desde antes de la convertibilidad constituyó un elemento decisivo para lograr un consenso que no se quebró hasta la consumación de un desastre económico sin precedentes. Un dato: durante 1999 y 2000 (ya en plena recesión) la palabra "devaluación" era un gran tabú político. Algunos de los economistas más críticos y audaces durante esos años sólo se animaban a insinuar la necesidad de considerar eventuales "variaciones en el tipo de cambio" (siempre dicho con eufemismos).

Se trató de una situación de socavamiento de las bases más elementales de la vida social. Se asoció a la convertibilidad con la "estabilidad" de modo inextricable, al punto de que cualquier cuestionamiento del modelo implicaba una amenaza de reactualizar el dolor del trauma. Fue precisamente eso, convertir en tabú cualquier opción al modelo, lo que obturó a la vez el debate, el análisis y la investigación sobre las vivencias sociales de la hiperinflación. Y, por lo tanto, el estudio de cómo la década del noventa constituyó la institución silenciosa de un pacto de no retorno al abismo de la "hiper". Un pacto que incluía

la resignación ante varios años de recesión, ante una creciente desocupación y exclusión, al punto de que la mitad de la población económicamente activa llegó a verse afectada por problemas de empleo. Es decir, el terror a la hiperinflación generó las condiciones sociales y políticas para que la protesta fuera periférica, segmentada, mirada como algo exótico, prácticamente hasta que esa hegemonía neoliberal se agrietó en sus propios fundamentos más básicos, porque ya no pudo garantizar la reproducción de la vida diaria ni idea alguna de estabilidad.

Todo eso planteó en la población argentina un nuevo "nunca más" que, sin embargo, no fue reconocido como tal. La sociedad había dicho "nunca más" al terrorismo de Estado y a la manipulación bélica nacionalista. Ahora decía "nunca más" a la hiperinflación. Estos son tres fantasmas clave en la imaginación política argentina, que dejaron huellas profundas en nuestra sociedad, sobre todo en el fracaso estrepitoso del Estado y de cualquier pretensión de integración. Se convirtieron en experiencias constitutivas de nuestra cultura política, en dispositivos de memorias traumáticas con capacidad configurativa que establecieron límites y presiones en las dinámicas de los procesos políticos.

Derrotas

La cuarta condición cultural y política que puede explicar el surgimiento del menemismo tuvo que ver con la ofensiva inédita, en los años noventa, de un discurso único que impactó con firmeza sobre las militancias políticas. Aunque el modelo soviético nunca se consideró mayoritariamente como una alternativa al capitalismo argentino, la avanzada ideológica y cultural que originó la caída del Muro de Berlín tuvo sus efectos en nuestro país, en el sentido de que se buscó reforzar la concepción de que el capitalismo y la democracia eran formas de organización "natural".

El peronismo se había fundado sobre la idea de la "tercera posición". Ahora bien, ¿cómo podría esta consolidarse si había desaparecido la "segunda"? El discurso único fue abrumador: la economía debía manejarse "técnicamente", las ideologías habían muerto, la globalización neoliberal era inexorable. Era el fin de la historia, de las naciones, de las clases sociales, de las utopías. Y en la Argentina el nuevo gobierno peronista parecía encarnar ese final como nadie, porque era el partido con arraigo popular y sindical que venía a decir que la etapa de los conflictos había quedado atrás. Se preparaba una nueva Argentina en la que el peronismo se abrazaba con el almirante Rojas para ingresar juntos al primer mundo. Solamente los "locos" o los "anacrónicos" podían afirmar a inicios de la década del noventa que el Consenso de Washington era contingente, que su capacidad hegemónica un día se extinguiría.

Esta cuarta condición cultural se tradujo en que no hubiera debate ideológico dentro de un peronismo que nunca había encajado en las disyuntivas planteadas en términos de izquierda y derecha, pero sí se caracterizaba hasta ese momento por una postura antiliberal, a favor del rol preponderante del Estado. La "comunidad organizada" no apuntaba al libre juego del mercado. El debate ideológico tampoco tuvo peso por fuera del peronismo. Durante aquellos años cualquier defensa del rol del Estado, de su regulación económica, de su papel distributivo, aparecía como un ridículo anacronismo, como frases vetustas. Lo viejo había fracasado, eso resultaba claro, y lo nuevo llegaba con un impulso internacional arrollador. Muchos de los intelectuales más importantes de distintas regiones creyeron que la globalización, el fin del Estado, de las naciones, de las fronteras, eran inevitables. La opción política hegemónica en el mundo coronó su triunfo cuando quienes tenían la tarea de desnaturalizar habían naturalizado a las clases y al Estado

nación como cuestiones del pasado. Incluso con vocación supuestamente crítica, cuando trataban de promover también "globalizaciones desde abajo" (que en varias ocasiones se revelaron exitosas e importantes), no comprendieron que el curso de los acontecimientos no era inevitable, sino el resultado del triunfo de una opción. La palabra "posmodernidad", que existía desde tiempo atrás, se puso de moda al comparar esa etapa con los años finales del siglo XVIII. Con la facilidad que tienen los seres humanos para caer en la tentación de creer que a ellos les ha tocado en suerte "vivir un tiempo único", esta visión se exacerbó y facilitó el camino a la vía neoliberal.

No hacía falta adherir al absurdo de Fukuyama sobre el "fin de las ideologías", o el fin de la historia. Varios autores señalaron que se inauguraba una nueva etapa histórica. Eso podía ser discutible y opinable, pero lo criticable es que esas ideas contribuyeron a naturalizar decisiones políticas como el retiro de la protección social del Estado o la apertura comercial indiscriminada en nombre de la globalización. No existía tanto un debilitamiento definitivo de todas las ideologías como una derrota de la ideología que se había postulado como alternativa al capitalismo.

La novedad teórica del momento era que dejaba de existir la identidad nacional o la de clase. En el pasado había existido el Estado y grandes efervescencias políticas y movilizaciones de masas; en el futuro desparecerían. La sociedad posmoderna era ajena a las pasiones políticas, era el puro reino del consumo, de la red sin fronteras. En cuanto diagnóstico de una coyuntura histórica estas afirmaciones eran debatibles, pero no surgían de la nada, sino que fueron planteadas como una teleología, como un cambio de época que marcaba un destino ineluctable. Y en ese punto aquellos supuestos fallaron en términos empíricos, porque sus bases teóricas eran de barro. Las sociedades no avanzan de manera

inexorable en una dirección. Los procesos son más enrevesados.

El menemismo no fue viabilizado y facilitado por la globalización, sino por el consenso abrumador acerca de la teleología de la globalización. Esa narrativa contribuyó a solidificar una serie de elementos cruciales, en especial bloqueando las alternativas.

Puede mencionarse además que a inicios de los años noventa una parte significativa de los intelectuales estaba aún preocupada por realizar un balance crítico de la década del setenta y difundir el ajuste de cuentas con el marxismo de aquellos años. Sin embargo, los jóvenes que asistían a sus clases en las aulas universitarias o que leían sus libros, en su mayoría no tenían una formación marxista. Una cantidad relevante de las teorías y los textos en boga en ese momento tenían mucho más un efecto despolitizador que de apertura a una nueva imaginación política.

Resta analizar una quinta condición cultural y política para el surgimiento del menemismo. Aun en este escenario ideológico planteado, durante el año 1990 se presentaron en la Argentina fuertes resistencias sociales al programa neoliberal. Tomemos como ejemplo el caso de la telefonía. Desde fines de 1989 estaba a cargo de la empresa estatal Entel María Julia Alsogaray, símbolo de la derecha. Aunque el gobierno había cooptado a un histórico dirigente telefónico que controlaba el sindicato nacional, los trabajadores de Foetra Buenos Aires decidieron resistir la privatización en una lucha que se extendió por varios meses. En agosto declararon un paro por tiempo indeterminado. El gobierno lanzó una ofensiva en la que declaró ilegal la huelga, despidió trabajadores y amenazó con quitar la personería al gremio, al tiempo que intervino con las Fuerzas Armadas las operaciones telefónicas. Aislada Foetra respecto de las confederaciones sindicales y grandes

sindicatos, se produjo una derrota que allanó el camino para avanzar en una privatización emblemática. Un tiempo después la cantidad de empleados telefónicos se redujo a menos de la mitad.

Asimismo, como parte del “achicamiento del Estado”, el gobierno de Menem atacó los ferrocarriles, cerrando ramales y despidiendo trabajadores. En febrero y marzo de 1991, los trabajadores ferroviarios realizaron una huelga que se extendió por 45 días. El gobierno descontó los días de paro, continuó con los despidos y amenazó con la militarización de los ferrocarriles. La huelga estaba sostenida por seccionales de base, mientras que los máximos dirigentes de los sindicatos ferroviarios se oponían. Es difícil exagerar la importancia social que tiene el ferrocarril en un país de la extensión de la Argentina, por lo cual muchos pueblos que dependían de él rechazaban las medidas que perjudicaban a estos trabajadores. Si bien en 1991 la huelga se levantó sin despidos y con un aumento salarial, la disputa continuó. Al año siguiente, el gobierno triunfó. El propio presidente pronunció, ante un conflicto, una de sus frases famosas: “Ramal que para, ramal que cierra”. Más de ochenta mil ferroviarios fueron despedidos y los kilómetros de vías pasaron de treinta y cinco mil a ocho mil. Muchos pueblos y economías regionales quedaron destruidos. Al margen de que la Argentina nunca pudo recuperarse plenamente de esa devastación, en aquel momento el fracaso de los ferroviarios tuvo un significado mayor. Amedrentó de modo eficaz a cualquier sector que intentara oponerse a los planes oficiales.

La derrota de los ferroviarios y los telefónicos fue análoga a otros grandes fracasos de luchas sociales que cambiaron la situación política: la huelga de los mineros británicos contra Thatcher, la huelga contra el golpe militar en Uruguay, la toma del Frigorífico Lisandro de la Torre en Argentina en

1959. El thatcherismo no habría existido tal como lo conocimos sin ese revés en las luchas sociales. (Y tampoco habría existido sin su triunfo en Malvinas. Extrañamente, Malvinas fue lo opuesto en Argentina y en Gran Bretaña, pero en ambos casos tuvo como consecuencia inmediata o mediata la consolidación del neoliberalismo.)

Poco antes o poco después de estos eventos hubo cierres o privatizaciones de empresas públicas muy relevantes como la compañía minera estatal Hipasam en Sierra Grande, Somisa y distintas empresas de servicios públicos. La ofensiva ideológica que pregonaba la "ineficiencia" de la gestión pública y de los trabajadores tenía uno de sus voceros principales en Bernardo Neustadt, quien desde su programa de televisión le hablaba a la figura imaginaria de "doña Rosa". Los problemas muy reales en la gestión de los servicios públicos, que no eran responsabilidad de los trabajadores, contribuían a fortalecer la posición oficialista. Ante los déficits crónicos de los cuales los usuarios eran víctimas, la derecha tenía una propuesta "transformadora" que prometía soluciones, mientras los trabajadores que se oponían eran retratados como sujetos a la defensiva, que trataban de "conservar" lo existente sin poder brindar alternativas que respondieran con precisión a los reclamos de los usuarios. Este es un tema clásico ya en la Argentina y en otros países donde ha existido o existe un peso fuerte del Estado en distintos ámbitos. Los sectores de derecha adjudican todos los inconvenientes y problemas de los servicios a su carácter público y se presentan con "soluciones" salvadoras, mientras que los sectores que defienden lo público muchas veces hacen justamente eso: defenderlo, pero sin proponer cambios que beneficien a la sociedad.

Con estrategias múltiples que incluyeron retiros voluntarios y distintos niveles de negociación y

enfrentamiento, el gobierno avanzó sobre las derrotas de los trabajadores. Más allá de las decisiones y capacidades de confrontación de cada caso, el triunfo del gobierno se dio en el plano de la "opinión pública". Esa batalla cultural y política fue la que le aseguró imponer su política en todos los terrenos.

Estas cinco condiciones culturales y políticas del menemismo permiten reconstruir los factores que intervinieron en la constitución de un modo de mirar el mundo, de imaginar cuáles eran las opciones posibles. Estos factores ayudan no sólo a comprender motivaciones cruciales en el voto y el apoyo, sino también por qué las diversas oposiciones no pudieron, no supieron o no quisieron cuestionar el sentido común de la época.

Heterogeneidad

Algunas de las medidas más potentes del menemismo, como los indultos, el protagonismo inicial de Bunge y Born en las decisiones de política económica, la privatización de YPF, o la suma de todas ellas, llevaron a que algunos peronistas, más ligados a la izquierda social, hablaran en aquellos años de su identidad peronista como algo del pasado. Un grupo acotado de dirigentes rompió con el PJ y formó el Frente Grande y después el Frepaso, en el que había peronistas, experonistas y no peronistas. Al observar las unidades básicas y la militancia justicialista de la segunda mitad de los años noventa, como lo hizo Levitsky, queda en evidencia que dentro del propio partido o movimiento siguió existiendo una sorprendente heterogeneidad ideológica. Si se considera la escasamente reconocida diversidad presente en los orígenes del peronismo, el capítulo de disputa interna de los años setenta y la poco visible pero importante pluralidad de fines de la década de 1990, es evidente que la heterogeneidad es un rasgo constitutivo de la historia del peronismo.

Levitsky (2005) señala que la capacidad del PJ para mantener el apoyo de sus militantes descansa sobre dos elementos. Por un lado, algo obvio, el mayor acceso los recursos del Estado. Por otro, una estructura partidaria descentralizada, derivada de la idea de movimiento. El movimientismo es en apariencia contradictorio con el verticalismo. Y es por completo contradictorio cuando la heterogeneidad y el verticalismo operan en el mismo nivel. Por ejemplo, cuando –como pasó muchas veces en la historia del peronismo– el presidente exige que los diputados voten una ley, pero un grupo de legisladores no está de acuerdo con el proyecto y lo rechaza.

En el caso de la relación entre el líder y los grupos de base, lo esperable es que el discurso del líder se ubique por encima de las contradicciones entre agrupaciones, y mantenga una ambigüedad tal que a todos les resulte sencillo considerarlo en esa posición de liderazgo. Pero en algunos momentos de la historia esto deviene imposible y se produce una discordancia insalvable entre el líder y un sector, como sucedió entre Menem y el Grupo de los 8. Pero eso estaba lejos de agotar la heterogeneidad. Las unidades básicas estudiadas por Levitsky en 1997 tenían posiciones ideológicas diferentes, realizaban diversas actividades y tenían distintas relaciones con los grupos con los que trabajaban, pero todas ellas podían permanecer en la estructura del PJ si así lo querían. No es por la vía del centralismo que se asegura el verticalismo. La cohesión sólo importa allí donde tiene consecuencias. Esa combinación entre recursos estatales y autonomía local permitió a los críticos de Menem continuar con las prácticas peronistas tradicionales aun cuando a nivel nacional el partido las abandonara.

En el plano ideológico Levitsky describe la heterogeneidad al distinguir “izquierdistas”, “nacionalistas”

y “ortodoxos”. A pesar de esa diversidad los peronistas coincidían en su oposición al libre mercado. Y en ese sentido, en una encuesta a más de seiscientos militantes peronistas en Capital, La Matanza y Quilmes, Levitsky encuentra la siguiente gama de posiciones:

1. el 10% discrepa del programa de Menem, pero respalda al gobierno por lealtad partidaria;
2. el 10% discrepa del programa neoliberal, pero piensa que no hay otra opción;
3. el 49% discrepa de algunos aspectos fundamentales del programa de Menem y cree que existen otras opciones;
4. el 20% se opone al programa de Menem por considerarlo una traición a los ideales peronistas.

La misma investigación documenta heterogeneidad de unidades básicas y posiciones muy distintas también en el plano de dirigentes nacionales del PJ (Levitsky, 2005: 266 y 287). Es importante señalar que la mayor parte de esas encuestas se realizaron cuando ya comenzaba el desgaste del gobierno de Menem. Seguramente la intensidad y la cantidad de los críticos habrían sido menores unos años antes, así como aumentaron poco tiempo después. Pero mientras las proporciones de los grupos cambian, lo que no se modifica es la composición heterogénea. Y lo que muestra ese estudio es que tal heterogeneidad se mantuvo incluso durante el menemismo.

La multiplicidad de posturas fue evidente también entre los gobernadores, algo que no era un fenómeno específico de los años noventa, ya que anteriormente también hubo distintos peronismos en diferentes provincias, desde versiones del “conservadurismo popular” hasta vertientes del laborismo, desde gobernadores cercanos al sindicalismo

combativo y a la izquierda peronista hasta otros ligados a élites provinciales tradicionalistas.

En el proceso inaugurado en 1983, la creciente estabilidad institucional fue acentuando rasgos del PJ como una confederación de partidos provinciales, ya sea oficialistas u opositores a nivel provincial, pero con algún senador nacional y algunos diputados en el Congreso. Esto implicaba tensiones constantes entre tendencias a la autonomización de los gobernadores y tendencias a su disciplinamiento por parte del gobierno nacional. Ese disciplinamiento operó (y opera) a través de negociaciones y manipulaciones de los financiamientos, lo que en forma habitual se llama el "manejo de la caja". De ese modo, el PJ fue estructurando cada vez más una trama heterogénea, con niveles variables de aceptación del juego político, pero con momentos de cierre y unificación como partido de gobierno.

Erosión

Los análisis críticos del neoliberalismo tienden a señalar que es un sector muy pequeño de la sociedad el que se beneficia de sus políticas, mientras inmensas mayorías son excluidas. Un debate atento a los números quizá requiere reponer una dimensión estrictamente ideológica. Un ejemplo que se destaca es el modelo neoliberal chileno, que de hecho redujo la pobreza en ese país a lo largo de muchos años. Por eso, se pierde audibilidad de las críticas, a la vez que se tornan más imprescindibles, al menos para quienes buscamos apuntar a una sociedad más igualitaria, más preocupada por el conjunto, con formas activas de solidaridad y vida pública, sin represión cultural y policial recurrente.

Puede realizarse un ejercicio imaginario: un modelo que beneficia a dos tercios de una población a costa de sacrificar a la absoluta exclusión al tercio restante. Si la mayoría de la población se beneficia, ¿cómo podría abordarse la disputa

hegemónica, por el sentido común o la lucha electoral? ¿Cómo oponerse a un modelo que aumenta la desigualdad? Por supuesto, sólo es factible hacerle frente con una apelación a valores. En la argumentación también pueden incluirse cuestiones instrumentales como la posibilidad cierta de que los beneficiados terminen siendo víctimas de los excluidos. Pero por sobre todas las cosas resulta imprescindible contar con un modelo de desarrollo alternativo que beneficie a más sectores y que no genere exclusión. Como si eso fuera poco, además esa propuesta debe resultar creíble. Todo eso es tan dificultoso que en la Argentina nadie pudo formular un proyecto así antes de que el país estallara en 2001.

Hay que señalar que hubo distintas caras del menemismo. La más relevante fue la que pretendió el modelo de país centrado en el primer mundo, el peso convertible, la desideologización, despolitización y la farandulización de la política. Las contracaras fueron una deuda que crecía a niveles inviables y una exclusión galopante. El triunfo cultural más estruendoso del menemismo fue que no se lo enfrentara, en vida, en términos de su modelo de desarrollo. La crítica se acotó a denunciar la corrupción, más intolerable aún por la inédita ostentación. Si bien llegaba a niveles impresionantes que incluyeron denuncias de tráfico de armas, la explosión de la fábrica militar de Río Tercero y las injerencias en la investigación sobre el atentado terrorista a la AMIA, sus opositores afirmaban que sin corrupción el modelo de la convertibilidad era viable y juraban poder sostenerlo. Y lo sostuvieron. Así, el menemismo se desdibujaba pero dejaba su modelo como herencia indisputable. Ningún dirigente político de peso la cuestionó abiertamente, hasta que la situación del país se hizo insostenible.

Cuando se produjo la debacle en diciembre de 2001, la

cultura operó de un modo diferente. Mientras la crisis se profundizaba como nunca antes, los significados del peronismo también se trastocaban. Ni los analistas de la coyuntura ni los intelectuales podían imaginar que nuevos capítulos de alta intensidad vinculados a las identidades peronistas aguardaban en el futuro. Y tenían sus razones para que ese resurgimiento resultara impensable. Esto nos lleva a analizar en el próximo capítulo los movimientos sociales y los orígenes del kirchnerismo.

[47] Votos del PJ a diputados nacionales: 1989, 44,7%; 1991, 40,2%; 1993, 42,5%; 1995, 43%; 1997, 36,3%. En las elecciones para convencionales constituyentes de 1994, el PJ baja a 38,5%, que es su piso de estos primeros años.

7. Los orígenes del kirchnerismo

El peronismo y la recuperación de la política

Si el peronismo es un fenómeno difícil de comprender, el kirchnerismo no es más sencillo. Además, al tratarse de una etapa muy reciente, viva, de la historia argentina, el análisis se vuelve más complejo. Cuando se estudia el peronismo clásico existe la ambivalencia entre su identificación con "el hecho maldito del país burgués" y la "comunidad organizada". ¿Fue el peronismo una herida a la sociedad jerárquica y racista o un proyecto de armonía social? ¿Se trató básicamente de la irrupción de las masas en la vida pública o de un nuevo orden? ¿Debemos hablar de disrupción o de organización? Hemos intentado mostrar en este libro que todos esos fenómenos son parte constitutiva del peronismo, que se encuentra lejos de ser el único hecho ambiguo y cambiante de la política comparada. Sobre el kirchnerismo han sobrevolado otros fantasmas. Si el peronismo estableció su fecha de nacimiento el 17 de octubre de 1945, el kirchnerismo fue hijo del clima social y político que irrumpió con la crisis de 2001. 1945 se constituyó en el reclamo por Perón y todo lo que simbolizaba. 2001 arremetió contra toda la clase política. El kirchnerismo supo construirse en ese escenario tan peculiar que enfrentaba a toda representación.

Hay un debate clásico acerca de si existen modos neutrales de narrar la historia. Las posibilidades de perder de vista elementos relevantes son mayores cuando esa historia ha sido vivida por el propio autor y por muchos lectores. En este caso, escribir sobre el kirchnerismo es, a conciencia, el capítulo más difícil, dada la excesiva cercanía, y a la vez por

eso mismo el que puede suscitar mayores polémicas. (En cualquier caso, para quien quiera evitar polémicas la recomendación es no escribir sobre peronismo.) Seguramente habrá quien no crea que los porteños de 1945 fueron racistas. Pero podríamos decir que en el medio siglo que transcurrió desde que Ratier hizo esta afirmación y que Luna la ratificó con hechos, ha ido creciendo el consenso académico sobre ese punto.

¿Se puede esperar un consenso académico sobre el kirchnerismo? Es mucho pedir. Ha habido y hay académicos para cada una de las posiciones políticas que existen acerca del kirchnerismo. Por eso, separaremos esta etapa en dos capítulos. En este, la pregunta central es acerca de los cambios en los significados del peronismo cuando estalló la crisis de 2001 y su tensa relación inicial con el fenómeno emergente del kirchnerismo. En el siguiente capítulo, en cambio, examinaremos el kirchnerismo desde las derrotas electorales que sufrió ante Macri en 2015 y 2017. Y allí ingresaremos en el desafío (no menos polémico) de analizar las razones de ese revés.

Para hacerlo, como en el resto del libro, no esperamos que se evalúen nuestros aportes desde la neutralidad, sino desde una posición argumentada y documentada. O, allí donde no existen documentos y sólo pueden formularse hipótesis, con la honestidad de distinguir un hecho de una suposición.

Las circunstancias y sus hombres

Un viejo debate acerca del peso que pueden tener ciertas personalidades en el desarrollo de los acontecimientos históricos se ha actualizado en algunas perspectivas muy kirchneristas y muy antikirchneristas sobre el rol de Néstor Kirchner. Es necesario evitar tanto el error de desconocer cuál fue su papel específico a partir de 2003, como el de no comprender la importancia de las circunstancias, de los contextos, de la cultura.

Un célebre sociólogo del siglo XX, Erving Goffman, que para tranquilidad de todos los argentinos no era kirchnerista ni antikirchnerista, afirmaba como regla de análisis: “No los hombres y sus momentos, sino los momentos y sus hombres” (Goffman, 1991), en una formulación que hoy incluiría sin duda a las mujeres. ¿Es un juego de palabras? En absoluto. Aplicado a nuestro tema, implica reconocer que Kirchner no asumió su presidencia con características ya predefinidas. Hubo un contexto histórico, cultural y político en el cual el nuevo presidente terminaría siendo el Néstor Kirchner que conocimos.

El procedimiento opuesto es el más habitual. Se trata del método que denominamos “biografismo”: consiste en estudiar la trayectoria de una persona y, a partir de allí, tratar de pronosticar cómo se comportará a futuro. Se basa en una presunción muy equivocada para el análisis de trayectorias políticas: busca una supuesta coherencia que sobresale ante las cambiantes situaciones históricas. Aplicado tanto a Perón como a Kirchner, el biografismo ha fallado de modo estrepitoso. No logró captar una característica compartida, por ellos y por otros: su capacidad de leer una situación histórica excepcional, su olfato político fuera de lo común y su habilidad para tomar decisiones estratégicas en momentos fundacionales. Así, el Kirchner de 2003 no era sólo el militante estudiantil de la izquierda peronista de su juventud, ni el abogado en los años de dictadura, ni el gobernador de Santa Cruz de su madurez. En un país convulsionado, donde no había gobierno que tuviera la suerte asegurada (detalle que se encargaron de recordarle desde antes de asumir), Kirchner estructuró un proceso político que gobernó por doce años. Imposible de minimizar.

El análisis centrado en los individuos y sus trayectorias no incorpora una dimensión social decisiva: los liderazgos políticos no se generan a partir de seres excepcionales que

cambian el mundo de la nada, sino que surgen en situaciones sociales particulares que algunas personas saben leer y dirigir en un rumbo determinado. Perón no inventó 1945, fue la persona específica que lideró esa situación social. Significativamente menor fue el protagonismo de Kirchner antes de 2001 o 2003. Sin embargo, la autoridad presidencial podría haber recaído en varias otras personas que no pudieron o quisieron aceptar el desafío, antes de quedar en manos de Kirchner.

Por eso, se trata de pensar las circunstancias históricas que construyen personas. Sin dudas, este abordaje va contra el sentido común. Existen millones de personas en cada situación, pero cuando un liderazgo emerge es porque una personalidad y su vocación se intersecan con algo menos visible: una relación social de fuerzas, un contexto político-cultural, una nueva manera de leer el mundo. Si bien los sucesos argentinos fueron peculiares, hubo procesos similares en otros países de Sudamérica. Y pocos años antes o poco después, nuevos gobiernos con similitudes y diferencias. El kirchnerismo fue el modo en que se tradujo en la Argentina esa tendencia sudamericana, sobre la que se debatirá durante años.

Alguien podrá creer que Menem nació neoliberal, y Kirchner, "populista", y que al asumir sus presidencias llevaron a cabo esos programas personales. Pero esto puede desmentirse con facilidad. Primera casualidad: en los años de Menem todos los gobiernos de la región eran neoliberales. Segunda casualidad: en los años de Kirchner llegó a haber ocho gobiernos "progresistas" o "populistas" en Sudamérica. Resulta evidente que había algo más denso en las circunstancias y en las épocas en las que cada uno llegó al poder.

Ni Menem ni Kirchner pretendieron cultivar eminentemente una coherencia que colisionara contra la

política real. Menem era en los años setenta un gobernador con guiños hacia la Tendencia, con relaciones muy variables con Montoneros. La dictadura lo persiguió y fue preso político más de un año. A pesar de esa biografía, fue quien indultó a los excomandantes.

Tampoco había elementos contundentes en la biografía de Kirchner que permitieran suponer la impronta que le dio a su gobierno. Por un lado, porque no había manifestado preocupación por las cuestiones de derechos humanos hasta su asunción, después de la cual se declaró "hijo de las Madres de Plaza de Mayo" y promovió la política de "memoria, verdad y justicia". Además, como gobernador de una provincia periférica y petrolera había apoyado la convertibilidad, a Menem y la privatización de YPF. Más tarde consideró que había sido un grave error respaldar la privatización. Y fue el gobierno de Cristina Kirchner el que, después de otros intentos, decidió la nacionalización de la empresa.

El biografismo como método se reveló absurdo nuevamente cuando Bergoglio se convirtió en Papa. La dificultad de prever en su larga trayectoria la impronta de su papado se tradujo en el análisis político argentino que alude a los nombres de Bergoglio y Francisco para enfatizar esas diferencias y subrayar el contraste entre un Arzobispo con rasgos de centro conservador y un Papa que denuncia injusticias y adquiere rasgos que han llegado a ser considerados "populistas".

Entonces, ante la imposibilidad de pronosticar sobre la base de trayectorias, surgió otra técnica de interpretación, llamada popularmente la "teoría de la lapicera". Esa interpretación es antibiografista y asegura que las verdaderas intenciones de un dirigente sólo se revelan en el momento en que asume el poder. La "lapicera", que es la firma de un presidente o un Papa, simboliza ese poder. Aun

así, la teoría de la lapicera cae en otra simplificación antisociológica. La idea sería que el político hábil paulatinamente crece y accede al poder, resguardando en silencio su verdadera voluntad. Hay una parte de verdad en esta visión que podría sintetizarse en la frase de Menem que confesaba que si decía lo que iba hacer nadie lo habría votado. Quizá la frase podría aplicarse a Francisco, en el sentido de que no es en absoluto claro que quienes eligieron antes a Ratzinger quisieran un cambio tan fuerte en la orientación del Vaticano como el que encarnó Francisco. En cambio, la frase no puede aplicarse al Kirchner de 2002 y 2003, ya que sus análisis y proyectos anteriores sí señalaban aspectos centrales de la orientación que finalmente imprimió a su gobierno. Pero en la Argentina del "que se vayan todos" de 2002, totalmente descreída respecto de los dirigentes políticos, nadie prestaba mucha atención a –ni confiaba en– las promesas y los proyectos de los candidatos presidenciales.

Nada de esto quita a estas y otras personas su propia responsabilidad o mérito. De hecho, en ciertas circunstancias, en las que los caminos conducen a políticas inaceptables, hay muchos hombres y mujeres que no podrían nunca ser protagonistas. Los momentos establecen tendencias generales –como el neoliberalismo mundial de los años noventa o las políticas redistributivas de inicios del siglo XXI en América del Sur– hasta tal punto que producen el derrumbe de gobiernos que se niegan en absoluto a encarar esas demandas de la sociedad. Esto no sólo pasó en la Argentina de fines de 2001, ocurrió también en Bolivia, más de una vez en Ecuador y en otros países durante esos años.

Las circunstancias buscan a las personas. Por eso, cualquiera de los candidatos que resultara electo presidente de la Argentina en 2003 tenía dos alternativas: o sintonizaba

con la tendencia general de la región, provocada por el agotamiento del neoliberalismo clásico, o era deglutido por el proceso histórico. Entre todos los que podían ser, fue Kirchner. Y él supo conectar con esas tendencias y este es el motivo por el cual triunfó en las elecciones legislativas de 2005, traspasó el poder a Cristina Kirchner en 2007 y se retiró de la presidencia con una popularidad inédita.

En ese sentido, comprender las condiciones culturales y políticas del surgimiento del kirchnerismo está muy lejos de reducirse a hacer referencia a un contexto de suba de las *commodities*. En un juego de espejos con las condiciones culturales que fueron escenario del origen del menemismo que analizamos en el capítulo anterior, habría que mencionar al menos cinco transformaciones. En primer lugar, el desplazamiento del contexto internacional: de la caída del Muro de Berlín y la hegemonía estadounidense a la conjunción de la crisis de legitimidad del neoliberalismo en la mayor parte de Sudamérica con el surgimiento de potencias como China. En la región perdió peso el discurso único y el FMI y los Estados Unidos quedaron profundamente desacreditados. El rechazo al ALCA en 2005 es un símbolo de ese nuevo clima de época, cuya otra cara fue la creación de la Unasur. En segundo lugar, la experiencia traumática más reciente dejó de ser la hiperinflación y pasó a estar representada por la crisis de 2001-2002. En tercer lugar, mientras en 1989 la dictadura era un hecho muy cercano históricamente, en 2003 hubo condiciones y decisiones (de Kirchner, del Congreso y de la Corte Suprema) para reabrir los juicios y derogar las leyes de impunidad atendiendo así a un reclamo crucial y pendiente. En cuarto lugar, los años ochenta estuvieron marcados por la desnacionalización vinculada a la experiencia de Malvinas, en cambio la crisis de 2001-2002 sugirió preguntas acerca de la viabilidad de la nación y

planteó fuertemente la necesidad de alguna noción de comunidad. En quinto lugar, el antiguo orgullo soberbio de ser parte del "primer mundo" –que Menem ligó a la desnacionalización–, registró un fuerte golpe asestado por la consigna inicial de Kirchner: la aspiración de convertir a la Argentina en "un país normal" (sin crisis, hambre ni desocupación).

Las condiciones político-culturales del kirchnerismo

Por todo lo dicho, el análisis de este capítulo acerca de las circunstancias que dieron origen al kirchnerismo no repite los conocidos relatos acerca de la trayectoria de Kirchner. Por el contrario, procura ahondar en las consecuencias culturales y políticas de la crisis de 2001. Es decir, busca conectar las experiencias nacionales y los fantasmas culturales que se activaron en ese momento y la dinámica que forjaron en los primeros años de kirchnerismo.

Para eso resulta necesario analizar sedimentaciones históricas de la configuración de cultura política que llamamos "Argentina". La crisis de 2001-2002 fue una cuarta experiencia configurativa, tan relevante como las otras tres a las que aludimos en el capítulo anterior: la dictadura, Malvinas y la hiperinflación. Estas cuatro experiencias colectivas tienen en común haber sido momentos de disgregación de la sociedad. Y las cuatro han dejado la vivencia compartida del fracaso del Estado. Estas situaciones traumáticas han devenido constitutivas de la configuración cultural argentina. Son fantasmas vivos en el imaginario social que establecen límites y presiones en la dinámica de los procesos políticos.

Los significados y los roles que juegan estos fantasmas cambian a través del tiempo. El ejemplo más evidente es que el terrorismo de Estado no sólo produjo la eliminación física de miles de personas, sino que estableció un límite muy concreto a la relación social con la política y con la protesta,

difundido en la expresión masiva del “no te metas”. Sin embargo, a partir de las luchas de los movimientos de derechos humanos, uno de los logros culturales más impresionantes es la intolerancia social que existe en la Argentina hacia la violencia estatal contra la protesta social. De hecho, el 19 de diciembre de 2001 la declaración de estado de sitio por parte del entonces presidente De la Rúa produjo una reacción popular por completo contraria a la que se buscaba: la ciudadanía salió espontánea y masivamente a las calles. Ese efecto inverso se explica por muchas razones, como la crisis económico-social o la pérdida total de legitimidad política del gobierno. Pero entre sus condiciones necesarias se encontraba la intolerancia a la represión social y política que se estaba viviendo.

Seis meses después, los asesinatos de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán en la estación ferroviaria de Avellaneda provocaron una fuerte reacción social y una crisis político-institucional que obligó a Duhalde, presidente interino en aquel momento, a adelantar el llamado a elecciones. Si se analizan esos hechos en comparación con otros que ocurrieron en distintos países latinoamericanos, podrá constatarse que en la Argentina la tolerancia hacia las muertes políticas y la represión es significativamente baja (Grimson, 2013). En otras palabras, un fantasma que tuvo un rol desmovilizador muy poderoso se convirtió, por la intervención extendida en el tiempo de movimientos muy concretos, en un propulsor de obturación de procesos autoritarios.

El 19 y 20 de diciembre de 2001 se produjo una explosión de los fantasmas vinculados a la represión, a la nacionalidad y a la hiperinflación. No en el sentido de que dejaron de tener peso (aún son relevantes), sino en el sentido de que en esos días los tres fueron procesados y resignificados. El corralito, la ratificación de Cavallo y del rumbo de la política

económica, así como la continuidad de la recesión y la desocupación generaron las condiciones para una pérdida de legitimidad política. La evaporación de esa legitimidad podría haber sido más rápida o más lenta, pero se topó con el primer fantasma. Ante los saqueos a los supermercados y las protestas, las palabras “estado de sitio” en boca del presidente dispararon el recuerdo de la dictadura en su constelación semántica relacionada con los derechos humanos. Aquellos que creyeron que el 19 de diciembre las personas salieron a la calle para reclamar por sus ahorros no entendieron qué significaban esas palabras para quienes se dirigían a la Plaza de Mayo. Represión y muertos eran parte de un panorama masivamente rechazado, cuestión que el gobierno no comprendió y que produjo los hechos del 20 de diciembre. Numerosos testimonios indican que muchos de los que estuvieron el 20 en la Plaza de Mayo o sus alrededores, incluidas organizaciones sociales que el 19 no habían participado más allá de la espontaneidad, decidieron encaminarse al centro cuando vieron por televisión la represión policial contra las Madres de Plaza de Mayo. ¿Qué relación hay entre esos relatos y el corralito?

En aquellos dos días y en las semanas subsiguientes, el fantasma de la nación también fue sacudido por los acontecimientos. Una interpretación simplista había recorrido los debates universitarios pocos años antes: con el acelerado debilitamiento del Estado en el cambio de siglo, las ideas y sentimientos asociados a la nación sólo habían sobrevivido en expresiones colectivas como el fútbol. Fue una interpretación equivocada. El hecho histórico de que los sentimientos nacionales hubieran sido fabricados desde el Estado hacia la sociedad no significaba que no hubieran sedimentado o que la sociedad no pudiera, como sucedió, resignificarlos. En aquel momento, esa nacionalidad cada vez más implicó que ser argentinos se identificara con el

derecho a protestar y el derecho a trabajar, con el derecho a la democracia y el derecho a vivir en una comunidad sin la exclusión neoliberal. Durante muchos años las banderas argentinas sólo aparecían en protestas esporádicas o en eventos deportivos. Pero en aquellos días de diciembre los manifestantes no deseaban marchar detrás de banderas de partidos políticos o de organizaciones: la nación era la única hipótesis de comunidad y por ello los colores de la bandera regresaron a las protestas y las movilizaciones, lo que indicaba que los significados de la nación, de los fantasmas intensificados por la experiencia de Malvinas, inauguraban un nuevo período. Cuando el país parecía en peligro de desaparecer, ese proceso de desnacionalización que había tenido su auge durante el menemismo llegó a su fin.

Por último, el 2001-2002 instituyó un nuevo fantasma que será crucial en la vida política de la década: la experiencia devastadora del desempleo, el hambre y la recesión, inédita para generaciones de argentinos, se convirtió en otro núcleo duro configurativo. Se conformó un conjunto de nuevos miedos que desarrollaron la capacidad de regular los límites de las prácticas, de las expectativas y de los deseos.

En la Argentina, los gobiernos, en cualquiera de los modelos que quieran construir, necesitan disciplinar una sociedad compleja y altamente conflictiva. Es decir, mantener sus reclamos y sus formas de acción dentro de ciertos márgenes. No se trata sólo de los reclamos de carácter sindical, sino de los fantasmas que imponen un freno a la voracidad de las élites económicas. Una crisis general como la de 2001 y 2002 replanteó en el país las condiciones de la construcción de hegemonía. Mientras la hegemonía política alfonsinista se constituyó en oposición a la dictadura, y la hegemonía menemista, en oposición a la hiperinflación como síntesis de la incapacidad estatal en la

economía, la hegemonía kirchnerista se conformó en oposición a las consecuencias sociales del neoliberalismo.

El fantasma de la "hiper" ha provocado muchas contradicciones en sectores de trabajadores. Cuando la vida cotidiana está atravesada por el alza de precios, se torna presente la ambivalencia entre la coacción que empuja a participar de manera activa en la puja distributiva y reclamar aumentos de salarios para evitar la pérdida de capacidad de compra, y los temores (anudados a los fantasmas) de que eso ayude a generar una crisis y una pérdida mayor, cualitativamente incomparable. Así, los fantasmas funcionan como reguladores de necesidades y deseos. Si se observa el escenario sindical y político se podrá constatar un abanico de posiciones, más combativas o negociadoras, que lidian de maneras diferentes con esas contradicciones.

El fantasma de 2001-2002 se hizo presente también de modo ambivalente o matizado. Por una parte, durante los años kirchneristas el gobierno, como ya señalamos, construyó la narrativa de sus logros en contraste con aquella crisis. En un plano cultural el 2001 inducía a preservar lo logrado, en el sentido de que se sabía muy bien que existía una vida mucho peor, que habíamos experimentado pocos años atrás. El miedo al regreso del desempleo generalizado, del hambre y la pobreza masiva operaba como herramienta de moderación. Pero era, al mismo tiempo, la moderación de un reclamo que se sabía poderoso. Porque a diferencia de lo que sucedió en 1989, 2001-2002 también fue la experiencia del poder de la protesta y de la movilización. Así, en la plaza de la ciudad sanjuanina de Jáchal se erigió en 2002 un monumento con el lema "Funcionario: la cacerola vigila" (Svampa, 2005).

El fantasma de Malvinas, como pánico latente de que una identificación con la nación fuera manipulada para fines

bélicos o autoritarios, ha tenido su rol en la formación del antikirchenismo. La política diplomática argentina ante el reclamo por la soberanía de las islas fue explícitamente pacificista ("No hay guerras buenas", afirmó Cristina Kirchner). En 2012, justo cuando comenzó el declive del ciclo, intelectuales y periodistas cuestionaron la demanda argentina y aseveraron que jamás se podría separar la idea de Malvinas de la experiencia de la guerra. Justamente el kirchnerismo se construyó en tensión con la postura del rechazo de todos los nacionalismos, que fue hegemónica hasta 2001. Buscó exorcizar esos fantasmas; por ejemplo, a través de la celebración del Bicentenario en 2010 o de la nacionalización de YPF, que despertó un apoyo inédito. La renegociación de la deuda y su reestructuración mostró que había decisiones soberanas y democráticas que afectaban intereses extranjeros. El kirchnerismo sostuvo como ningún ciclo desde 1973 que no podía (o no debía) haber democracia sin soberanía nacional. Señalar este rasgo está lejos de evaluar los aciertos o errores del kirchnerismo, simplemente implica que tales resultados no son adjudicables a una claudicación ante poderes extranjeros. Fueron aciertos o errores propios.

El fantasma de la represión política, por su parte, cobró nuevos sentidos con los asesinatos de Kosteki y Santillán. Néstor Kirchner asumió en 2003 leyendo de manera adecuada la situación: ningún gobierno resistiría un muerto político. Ordenó que la policía fuera desarmada a las protestas sociales. Recibió duras críticas por no poner "orden", pero Kirchner sabía que la legitimidad de la represión política estaba pulverizada por la experiencia reciente y su relación con los derechos humanos. El próximo muerto político célebre provino cuatro años después de la asunción de Kirchner y fue un hecho perpetrado por la policía de Neuquén en 2007, dependiente de un gobierno

opositor al oficialismo nacional. La víctima fue Carlos Fuentealba, un maestro que participaba de una huelga y su protesta. Al igual que con el caso de Kosteki y Santillán, los autores materiales fueron juzgados y condenados. Por la muerte de Fuentealba hubo huelga general de la central obrera minoritaria (la CTA) y paro nacional por una hora de la central mayoritaria (la CGT). Un muerto político en una provincia alejada de la Capital generó una protesta formal y masiva de todos los trabajadores. Esto no es habitual en otros países. Era un maestro, lo cual condensaba además varias implicancias en la Argentina.

Sin embargo, la productividad política de ese fantasma fue interpelada con mayor frecuencia en años recientes y respondió de modos heterogéneos. La legitimidad de la represión y de la muerte varía según la región del país y el tipo de persona que sea víctima de la acción estatal. El asesinato de Mariano Ferreyra, militante del Partido Obrero y estudiante universitario, en 2010, produjo una verdadera conmoción política que terminó con el secretario general de la Unión Ferroviaria, José Pedraza, preso (lo cual es inédito). Según el hijo de Néstor Kirchner, además, ese asesinato fue una de las causas del fallecimiento de su padre: “A mi viejo lo mató la muerte de Mariano Ferreyra”, dijo. En un discurso en la Casa Rosada, Cristina Kirchner afirmó que “Máximo siempre dice que la bala que mató a Mariano Ferreyra también rozó el corazón de su padre y yo creo que tiene razón”. Lo cierto es que Kirchner luchó durante todo su mandato para evitar muertos en manifestaciones y lo cierto es que hubo sólo una semana entre el asesinato de Mariano y su propio fallecimiento.

Un mes después, en noviembre de 2010, la policía de Formosa, provincia al mando de un gobernador que pertenecía al sustento justicialista del kirchnerismo, desató una represión contra los qom, un pueblo originario que

lucha por tierras ante el avance de la frontera sojera. Roberto López, un indígena de la zona, resultó asesinado. Sin embargo, el hecho no tuvo ningún impacto político en la provincia, ni en la nación, ni en la Casa Rosada. El gobernador no perdió votos, la CTA y la CGT no intervinieron (seguramente porque no se trataba de un trabajador en huelga), los funcionarios del gobierno nacional no tuvieron ninguna intervención destacada, los partidos de izquierda que convirtieron a Mariano Ferreyra en una figura conocida no asumieron una actitud análoga con López. De hecho, incluso en los mundos más politizados se habla del "muerto qom", pero no tiene nombre y apellido. Ni rostro. Se abrió un proceso judicial y se imputó a dos oficiales, pero los qom estuvieron meses en Buenos Aires sin respuestas oficiales. Es una situación regular en la cultura política argentina. Un contraste similar experimentaríamos durante el gobierno de Macri con la movilización masiva que desató la desaparición y muerte de Santiago Maldonado y el silencio que se produjo ante el asesinato de Rafael Nahuel.

El fantasma de la represión política, cuya productividad desató hechos profundamente democráticos, encuentra su límite en las desigualdades categoriales sedimentadas en la sociedad argentina. El 19 y 20 de diciembre de 2001 abrieron una nueva etapa política con alcances y con limitaciones persistentes.

Piqueteros, peronismo y PJ alrededor de 2001

Además de estas dimensiones culturales, necesitamos estudiar los cambios en las identidades de los sectores populares a partir de 2001. Eso implica mirar *desde abajo* las condiciones del surgimiento del kirchnerismo, lo que permitirá comprender tanto la estrategia política que Kirchner construyó ante esa situación como su eficacia en los primeros años.

Si bien la identidad peronista ha sido persistente a lo largo

de setenta y cinco años, ha variado claramente su intensidad y la amplitud de sectores que abarcó. Después del menemismo, la identidad peronista se debilitó en potencia e interpelación. Esto se plasmó de modo singular en la crisis de 2001 y 2002. Entre las principales respuestas sociales ante la falta de empleo, surgieron los movimientos llamados "piqueteros", conformados en gran parte por trabajadores desocupados. Comenzaron a aparecer en 1997 en zonas periféricas y ya en 2000 cobraron fuerza en el Conurbano bonaerense. Por otro lado, también crecieron las protestas de jubilados. Entre 1997 y 1999, los docentes instalaron su Carpa Blanca frente al Congreso para reclamar por su salario y la educación pública. Ya abierta la crisis de 2001, surgieron asambleas populares en los barrios de clases medias. Asimismo se fueron multiplicando las redes de comedores, los clubes de trueque y el fenómeno de las fábricas recuperadas por los trabajadores.

Ninguno de esos procesos estuvo marcado por una "resistencia peronista" o por la identidad peronista, como sucedió en la larga Revolución Libertadora. El menemismo había generado una "desperonización", una reducción de la intensidad de esas identidades. Además, la desindustrialización y el desempleo golpearon fuertemente al poder sindical, que fue perdiendo centralidad durante toda la década del noventa. A esto hay que sumar el hecho de que durante el menemismo los grandes sindicatos fueron oficialistas, apoyaron incluso las privatizaciones y algunos de sus dirigentes se convirtieron en sindicalistas empresarios.

En ese escenario, la crisis de 2001-2002 fue una rebelión de masas que no podía tener la capacidad para construir una alternativa política propia. No había fuerzas ni organizaciones con la potencia para aspirar a capitalizar y encauzar todos esos fenómenos novedosos. En el plano

político, el fenómeno más renovador de los años noventa, el Frepaso, era una fuerza de centroizquierda. Muy interesada en acceder al poder prontamente, en 1999 se alió al radicalismo y derrotó al justicialismo en las elecciones. El 2001 estalló en sus manos. Por su parte, los intentos de articulación social y política, como la CTA y el Frenapo (Frente Nacional Contra la Pobreza) estaban muy lejos de aparecer como una opción política. Por último, los antiguos y nuevos grupos trotskistas tenían presencia en asambleas barriales o fábricas recuperadas, pero en la mayoría de los casos hablaban un lenguaje revolucionario que no contribuía a ampliar su influencia en las organizaciones de vecinos y trabajadores.

La rebelión de 1945 se había llevado adelante para liberar a Perón y para que él asumiera el gobierno. La que se inició en Córdoba en 1969 se había hecho contra la dictadura, con una gran diversidad ideológica en la cual el clasismo (referenciado en Tosco) cumplía un papel clave, pero sin lograr traducirlo a la dimensión propiamente política, donde era claro que el peronismo era predominante. Los mismos obreros que respaldaban a Tosco podían tener grandes ilusiones con el retorno de Perón. La nueva rebelión en el cambio de siglo, más multifacética, establecía un límite imposible de traspasar para las políticas neoliberales. En ese sentido, modificaba la relación de fuerzas y marcaba a fuego los años por venir en el siglo XXI. Sin representación política, la rebelión de masas contra el neoliberalismo gritaba “que se vayan todos” como alarido de repudio generalizado. El hecho de estar justificado no lo convierte en un enunciado políticamente productivo. Tal como aconteció, esta masa movilizada estaba destinada a ser encauzada por alguna de las fuerzas políticas existentes.

En los meses y años posteriores a la crisis de 2001 se multiplicaron los análisis que leían los acontecimientos en

sentidos opuestos. Por una parte, estaban quienes sostenían que, sobre todo durante 2002, se había producido un “cambio radical” en la cultura política argentina de los sectores populares. Por otra parte, estaban quienes la consideraron una crisis más, una de las típicas crisis argentinas, en especial cuando el gobernador de Santa Cruz ganó las elecciones de 2003 y se consolidó una estabilización con crecimiento del PBI y una progresiva fragmentación de los sectores populares.

El período 2001-2002 es un caso extraordinario que muestra las diferentes dinámicas entre los cambios en las relaciones de fuerzas, en el sentido común y en las representaciones políticas. Cada una de estas dimensiones tuvo una temporalidad distinta. Un sector que lo evidenció de manera clara fueron las organizaciones de trabajadores desocupados, que en la década anterior habían protagonizado el reclamo por trabajo y políticas estatales con importantes cortes de rutas. Las protestas habían comenzado en ciudades petroleras patagónicas y del noroeste ante el total desamparo de las personas desempleadas. En contrapartida, sin embargo, se obtuvieron pocos beneficios, como los Planes Trabajar. Luego, las organizaciones y protestas crecieron en el Gran Buenos Aires, y colocaron la cuestión de la exclusión y el empleo en el centro de la agenda política.

El gobierno transitorio de Eduardo Duhalde implementó el Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados, que llegó a alcanzar a dos millones de personas en pocos meses. Entre 2002 y el inicio del gobierno Kirchner, prácticamente todas las organizaciones de trabajadores desempleados se habían modificado por ese Plan. Antes su reclamo se centraba en la demanda de trabajo, ahora autogestionaban planes. En una investigación etnográfica de esos años (Cerrutti y Grimson, 2008), afirmábamos que las tres preguntas comunes a

cualquier organización eran cuántos planes tenía, cómo los obtenía y cómo los distribuía. Al igual que los municipios, esas agrupaciones también eran intermediarias en la circulación de planes.

Las fuerzas piqueteras en las que prevalecían posturas autonomistas también recibían y distribuían planes. En 2003, un referente de estos grupos del sur del Conurbano nos dijo: "Hasta la revolución, todo es negociación; cuando ya no es necesario negociar es cuando tenemos más fuerza que ellos". De ese modo, era claro cómo la política del Estado y su capacidad para estructurar dos millones de planes en un lapso breve de tiempo incidía en las concepciones de todas las organizaciones.

En los mismos barrios donde a mediados de los años noventa había una desertificación organizacional, a principios de la nueva década era posible encontrar un enorme florecimiento. En pocos años, habían ocurrido varios procesos. La cuestión del desempleo creciente, que en los barrios pobres afectaba a casi la totalidad de la población, terminó dejando exhaustas y vacías a las relaciones sociales a las que las personas podían apelar. Ya no había amigos ni parientes que pudieran paliar la extendida falta de trabajo. Esto implicó un aumento de las demandas hacia el Estado y las redes políticas del Partido Justicialista. Ahora bien, los recursos del PJ se veían reducidos por la combinación de la crisis de fondos públicos y por la derrota electoral del PJ en 1999. Así se verificaron procesos de desarticulación en las redes barriales, entre los punteros y la población, y a su vez entre los punteros y los municipios. Mientras tanto, surgían grupos de vecinos autoorganizados que intentaban solucionar cuestiones relacionadas con alimentación y empleo, y muchas veces empalmaban con la ampliación de una militancia social que logró articularse con estas estrategias (véase Cerrutti y Grimson, 2008).

En ese marco, se acentuaba la desafiliación política que se había iniciado previamente. Más allá de las relaciones subjetivas que los habitantes de cada barrio pudieran tener con la identidad peronista, las organizaciones en las que participaban no tenían esos símbolos y referencias. Este punto es crucial, porque aquel momento fue el más débil para la identidad peronista en sus setenta y cinco años de historia. Cuando los jubilados y los desempleados salieron a protestar de modo creciente desde fines de los años noventa, utilizaron banderas argentinas y símbolos nacionales. La exclusión social había puesto en cuestión la idea de comunidad nacional y era en nombre de la pertenencia a ella que reclamaban por sus derechos. Esta tendencia podía observarse en los barrios humildes y, desde diciembre de 2001, también en los sectores medios.

La desafiliación respecto de identidades partidarias se remontaba a varios años atrás. A diferencia del peronismo, del alfonsinismo o del kirchnerismo, el menemismo no produjo una identificación masiva y orgullosa. Era una variación política y una hegemonía en una etapa dentro del peronismo. Pero incluso entre quienes se beneficiaban y quienes preferían votarlo por razones prácticas (como mencionamos en el capítulo 6), jamás generó algo que persistiera como "minoría intensa" (un término que utilizó José Natanson para referirse al kirchnerismo).

El proceso de distanciamiento del Partido Justicialista y el creciente acercamiento masivo a organizaciones sociales autónomas del peronismo, en un contexto de aguda debilidad sindical, favorecía interpretaciones de la crisis de 2001 como una ruptura en la cultura política argentina. Sin embargo, el análisis etnográfico en los barrios populares mostraba algunas líneas de continuidad. Como señalamos, las organizaciones de trabajadores desocupados luchaban por objetivos como "trabajo genuino", pero en los hechos lo

que conseguían era obtener planes sociales, organizar comedores y algunas iniciativas productivas que en su mayoría tenían comprometida su sustentabilidad económica. Eso implicaba que, en el marco de miseria inaudito, la pertenencia a estas organizaciones era un modo de resistir y obtener al menos un pequeño beneficio.

Por ello, aunque quisieran evitarlo por sus concepciones ideológicas de lucha y autonomía, durante la crisis esas organizaciones se convertían en mediadores eficaces entre sus bases y el Estado, al estructurar todo un vínculo de reciprocidad, en términos de afectos, lealtades y batalla por la subsistencia. En aquel momento, distinguiendo las identidades (como formas de pertenencia) de la cultura (como formas habituales de relación social), nos preguntamos

> hasta qué punto el peronismo es, mucho más que un modo de identificación, una cultura relacional popular que opera como polo de atracción de otros procesos organizacionales que no sólo se le escapan, sino que incluso se le oponen (Cerrutti y Grimson, 2008: 105).

En otras palabras, los habitantes de esos barrios se habían distanciado de las redes justicialistas, pero su cultura relacional se había modificado mucho menos. Los referentes de las nuevas organizaciones territoriales podían considerar que los miembros no obtenían sus beneficios a través de una lealtad política ligada al voto, sino a través de la lucha, el enfrentamiento y la negociación. Sin embargo, los estudios sociológicos que buscaron escapar a los prejuicios del "clientelismo" mostraron que esas relaciones políticas del Conurbano son redes personalizadas de ayuda mutua (Auyero, 2001). En ese sentido, afirmábamos,

> nada garantiza que los miembros de los grupos piqueteros decodifiquen las lecciones de la lucha

> colectiva en los términos en los cuales los líderes querrían que lo hicieran. Una hipótesis plausible es que una parte importante de las bases piqueteras leen el vínculo con la organización a partir de sus experiencias con el municipio y la Unidad Básica (Cerrutti y Grimson, 2008: 105).

Eso no niega que, tal como mostraban Svampa y Pereyra, en aquella etapa el movimiento piquetero se construyó "por fuera –y en oposición– de las estructuras sindicales tradicionales, mayoritariamente vinculadas al Partido Justicialista" (Svampa y Pereyra, 2003: 13), a veces en una pelea "cuerpo a cuerpo" en los barrios en contra de las estructuras de ese mismo partido (2003: 14). Había cambios claros en las demandas, en los repertorios de lucha, en las identidades de las organizaciones. De las agrupaciones más numerosas, sólo uno de los referentes se consideraba a sí mismo "peronista", aunque en oposición al PJ.

No se observaban transformaciones tan evidentes en la cultura de las redes de reciprocidad asimétrica, desde las cuales el vecino desempleado buscaba mediadores que le permitieran acceder a un beneficio. Algunos jóvenes que recibían los planes a través de estas organizaciones los percibían como "el laburo que conseguí por ahora". Es decir, cuatro horas a cambio de 150 pesos: un trabajo de medio tiempo. Para trabajadores con larga trayectoria y años de desocupación, también ese "empleo" se asociaba a veces a recuperar la dignidad perdida. En otros casos, era un recurso más (aunque bien importante) en la diversificación de estrategias de supervivencia. Muchos sentían que los planes eran un don del movimiento, una ayuda, tal como muestra Quirós (2006) en una etnografía que permite comprender estos fenómenos al disociar "la participación en los piquetes de supuestas conversiones ideológicas", como dice Lygia Sigaud (2006). Se trataba del "deseo pertinaz de vivir con

dignidad en un mundo en el que, para muchos, trabajar por un salario dejó de ser una posibilidad".

Se pueden señalar procesos de transformación de las intensidades, significados y usos de las identificaciones peronistas en el cambio de siglo. Hacia 1997, como ejemplificamos con las investigaciones de Levitsky, el peronismo estaba vivo entre los sectores populares. En la medida en que la recesión iniciada en 1998 se fue agudizando durante cuatro años, las referencias peronistas podían incidir en una votación (pero aun así sufrieron una derrota de medio término en 1997 y otra presidencial en 1999). Sin embargo, a diferencia de otras épocas –y como consecuencia del menemismo–, el peronismo ya no constituía el epicentro del lenguaje social de la resistencia o de la lucha social. Si bien podrá debatirse el papel de las redes del peronismo en la crisis de 2001, sus banderas y símbolos no eran relevantes ni en las movilizaciones piqueteras ni en otros procesos.

En 2002, cuando se produjo el pico de la movilización, de protestas y de cortes de ruta, las calles no eran peronistas, ni tenían una identidad política definida. Es muy acertado afirmar, como han mostrado Ferraudi Curto y Quirós, que "piqueteros" no constituyó una identidad equiparable a las sindicales o partidarias. Los habitantes de los barrios populares, más que "ser piqueteros" podían "estar en un piquete". "Vamos de piqueteros" fue la frase que captó Ferraudi Curto (2007) en su trabajo etnográfico. El piquete es una acción más que una identidad, y esa acción se enmarca en las reglas de reciprocidad específicas que proponían esos movimientos (véase Quirós, 2006). Era percibido como una herramienta crucial para la sobrevivencia, no como un horizonte político de integración. Se trataba de un espacio en el que líderes con formación de izquierda buscaban construir organizaciones de modos muy diferentes a las

tradiciones partidarias jerárquicas. Sin embargo, eso no plasmó en una identidad política de nuevo tipo. Si el neoliberalismo extremo hubiera retomado las riendas del país nadie sabe cómo podrían haber hecho eclosión formas organizacionales e identidades políticas. Pero cuando el gobierno de Duhalde implementó los dos millones de planes era sólo una parte de un giro más profundo. El Estado intervenía de manera masiva para aplacar la crisis.

Más allá de cualquier valoración que quiera hacerse de Néstor Kirchner, o del "viento de cola" de su gobierno (por la suba del precio de las exportaciones argentinas), su presidencia partió de dar continuidad a esas políticas previas (con el mismo ministro de Economía que Duhalde por más de dos años), que permitieron un crecimiento del PBI, del empleo y del empleo registrado, así como una baja de la desocupación, la pobreza y la indigencia.

Mientras continuaba mis estudios etnográficos sobre grupos piqueteros, en mayo de 2004 noté:

> Si la situación política actual no se modifica es posible que los piqueteros sean derrotados en su disputa con el gobierno, [...] en el sentido de que las organizaciones de desocupados han ido perdiendo apoyo y consenso social en sus reivindicaciones y luchas (Grimson, 2004).

Esto no se debía sólo a la incidencia del aparato represivo en 2002, al desalojo de la fábrica Brukman en abril de 2003 o a la persecución judicial. Señalaba entonces que se iniciaba la recuperación económica, la reducción del desempleo, el cambio del clima social y la mejora de las expectativas. También apuntaba que la solidaridad de sectores de las clases medias hacia los piqueteros había quedado atrás, y en cambio surgían nuevas preocupaciones por la inseguridad.

Por último, pero no menos importante, el Estado había logrado imponer a los movimientos sociales sus tiempos, sus

espacios y un sentido de su identidad. El máximo logro de las organizaciones de desocupados en años de lucha fue la obtención, autoadministración y resignificación de planes de empleo. Ese logro implicaba una dependencia permanente y cotidiana del Estado. Básicamente, en la medida en que las organizaciones crecían se veían compelidas a pedir más planes, y esto debían reclamarlo en las calles. Y cuando el gobierno daba de baja planes, estaban obligados a tomar las mismas medidas, más allá de si consideraban que en ese contexto era una buena o mala estrategia política.

Eso modificó los tiempos de la protesta, porque dejó de ser, como antes de 2002, un acontecimiento imprevisible, una irrupción en la vida cotidiana, para convertirse en una rutina, algo de todos los días. Parte del paisaje. También alteró el espacio de las demandas, cuyo lugar paradigmático era la frontera entre la Capital y el Gran Buenos Aires o rutas importantes. Se trataba de un reclamo político contra la exclusión que se realizaba en zonas liminales. Sólo en 2002 ocurrió la primera manifestación piquetera que ingresó en la Capital. En cambio, poco después el reclamo de los planes se hacía frente a los ministerios, en los espacios céntricos habituales de las protestas, y cada vez más comenzaron a cortar avenidas en vez de rutas. "Los piqueteros fueron integrados al sistema tradicional de protestas. Primero a través del tiempo y después a través del espacio", escribí entonces (Grimson, 2004).

Así, la protesta piquetera comenzó a dejar percibirse como aquel desgarramiento de la Argentina sin trabajo, un reclamo político por un país sin exclusión. La propia situación hizo que su demanda asumiera un carácter básicamente gremial sobre la obtención y administración de planes. Y esa es la razón por la cual perdió potencial político. La interpelación política originaria contra la exclusión masiva devino con el tiempo una lucha de decenas de

organizaciones diferentes por planes. Aquella situación implicaba una derrota de esos nuevos movimientos, que en aquel momento denominé "la ciénaga piquetera" (Grimson, 2004). Esa dinámica entre "peronismo" y piqueteros fue analizada por Quirós, que inició su trabajo de campo en Florencio Varela en enero de 2005:

> "Antes trabajaba para los peronistas, ahora me anoté con los piqueteros", me decían algunos de mis interlocutores de campo. "Yo estaba en un movimiento, pero ahora me pasé con el intendente", decían otros; "Trabajé mucho para los peronistas, ahora estoy con los piqueteros"; "Antes nosotros éramos un movimiento piquetero, ahora somos un movimiento político", me explicaba un dirigente del Movimiento Evita, organización piquetera que en 2004 se alinea políticamente con la gestión del gobierno de Néstor Kirchner, y pasa a formar parte de lo que varios medios de comunicación dieron en llamar "piqueteros K" (Quirós, 2011: 20-21).

En estos testimonios Quirós lee la equivalencia en las percepciones sociales acerca de los diferentes tipos de mediadores. De allí, lo interesante de los desplazamientos. Según nuestros propios registros, los más habituales hasta 2003 fueron desde el PJ y los municipios hacia los piqueteros. Y después de 2003 y 2004 crecieron en la dirección inversa, además de la transformación de algunos movimientos sociales en base de apoyo del nuevo presidente. Salvando las distancias, el apoyo que Perón había buscado sesenta años antes en los sindicatos, Kirchner lo buscó no solo allí, sino también en movimientos piqueteros. Más allá de la valoración que se le dé a este vínculo (hay quienes lo consideran reconocimiento y quienes lo critican como cooptación), el hecho es que Kirchner procuraba construir una base social y política.

Quirós afirma que era un error, como creían algunos, que pudiera oponerse la figura del *piquetero* (del movimiento social) y la del *puntero* (del peronismo), porque para sus interlocutores esos rótulos guardaban continuidades, y sus diferencias podrían resultar irrelevantes. “La expresión ‘estar con’ (los piqueteros, los peronistas), que las personas usaban para referir a lo que hacían, revelaba el carácter relacional y situacional de sus pertenencias colectivas” (2011: 21). Ese carácter fuertemente situacional y cambiante era toda una definición de la época. No había sentimientos de pertenencia profundos. Se podía “estar con los peronistas” más que “ser peronista”. Esta forma de considerar la propia identidad contrasta de manera abismal con la *resistencia* o con los participantes de *Ezeiza*.

Se trató de un período en el cual “el nosotros” estaba en suspenso, en reconsideración, en duda. Esas ambivalencias se vinculaban con que las demandas urgentes podían (o no) resolverse a través de diversos canales prácticos, pero ninguna de esas acciones condensaba en una identidad política de alta intensidad. En tal contexto, el nosotros político, el sentimiento de pertenencia, no constituía una frontera clara y relevante para la resolución de problemas ni para la cristalización de formas de organización social.

Kirchner y la construcción de hegemonía

Kirchner interpretó con enorme lucidez el contexto político en el que se inició su presidencia. Leyó las demandas de la sociedad, la dinámica de las identidades políticas y respondió de modo extremadamente eficaz. Recordemos que tenía el deseo de ser presidente y un plan concreto para arribar a ese cargo en las elecciones de 2007. Pero en la Argentina a los años se los comen las crisis. Su postulación inicial en 2003 pretendía instalar su candidatura para otro momento. Pero la negativa o incapacidad de eventuales candidatos de la centroderecha peronista a

presentarse a las elecciones generaron un escenario imprevisible. Si Duhalde ansiaba (como nada) derrotar a Carlos Menem, su única opción disponible resultó este poco conocido gobernador de Santa Cruz.

Kirchner asumió enviando señales de sintonía hacia diversos grupos sociales. Buscó que el crecimiento se sintiera en los diferentes sectores populares comenzando por la creación de puestos de trabajo, acordó de inmediato con los gremios en huelga (como los docentes) y aplacó fuertemente los niveles de conflictividad. Reconstituyó la autoridad presidencial y cerró la fase aguda de la crisis de representación política. No volvió a escucharse "que se vayan todos". Respondió las demandas de memoria y justicia, dentro de lo cual tuvo gestos simbólicos muy relevantes como bajar los cuadros de Videla y Bignone en el Colegio Militar o la entrega de todo el predio que rodea a la ex Esma para actividades de derechos humanos y culturales. Aliado con otros gobiernos sudamericanos, fue protagónico en el rechazo al ALCA, y canceló la deuda con el FMI.

Logró que Cristina Kirchner triunfara en 2005 en la provincia de Buenos Aires y que fuera electa presidenta por primera vez en 2007. ¿Cómo se relaciona este fenómeno con la crisis de 2001? Por una parte, Kirchner buscó presentarse como un *outsider* de la política. Rompió aquella vez (y tantas otras) el protocolo y se mezcló con los manifestantes que celebraran su triunfo en las urnas. Al asumir, se reunió con dirigentes piqueteros y con organismos de derechos humanos.

En los primeros tiempos de su presidencia, no contaba con el apoyo del Partido Justicialista y de los gobernadores. El término "transversalidad" fue su opción en aquel entonces para incorporar a su proyecto a sectores de la centroizquierda peronista y no peronista, para construir una

base de cuadros propia, desplazar a las viejas ramas del PJ y promover un viraje hacia la centroizquierda.

Intuía o conocía hasta qué punto se habían dislocado las identificaciones políticas. En sus primeros años a cargo del gobierno no le resultaba claro en qué medida el Partido Justicialista o el peronismo podían ser parte de “lo viejo”, de lo que había sido enterrado por la movilización social y la crisis. El lugar de enunciación ligado a la “transversalidad”, que fue una respuesta al debilitamiento de la identidad peronista, generó alianzas con sectores progresistas de diverso signo. En los actos en los que participó durante sus primeros años como presidente estaba prohibido cantar la marcha peronista o utilizar imágenes de Perón o del PJ. No se podía dar por sentado hacia dónde iba a dirigirse toda esa potencia cultural y política de la crisis.

Su propia debilidad política fue una condición crucial para impulsar esa apertura hacia las demandas de la sociedad. La fragmentación y la multiplicidad de las organizaciones sociales y políticas era un rasgo de la época. Desde el Estado, Kirchner pudo articular una gran parte y neutralizar otras. En la militancia kirchnerista es común usar la metáfora del colchón y las bolitas. Cuando Kirchner hundió con fuerza su brazo en el colchón la mayoría de las bolitas se juntaron en el nuevo polo de atracción.

Hacia 2004 sólo las primeras bolitas comenzaron a desplazarse. En ese entonces una referente piquetera me dijo que había mucha discusión interna sobre Kirchner, pero que a ella no le preocupaba: “¿Qué tenemos nosotros que ver con Kirchner?”. La certeza de la distancia ideológica le impedía darse cuenta de que la disputa por hegemonía se da siempre en territorios compartidos. Así, algunos grupos se integraron, otros se replegaron, otros generaron organizaciones políticas, otros se disolvieron.

Más allá de sus convicciones y sentimientos personales,

Kirchner tenía un enorme olfato político y muy escaso capital electoral. No podía rechazar ni menospreciar ninguno de los posibles apoyos que le aseguraran gobernabilidad. En los primeros meses de su presidencia, reemplazó a la cúpula de las Fuerzas Armadas, impulsó la reapertura de juicios por violaciones a los derechos humanos, promovió la sustitución de jueces de la Corte Suprema, estableció una clara distancia con el mundo de las finanzas internacionales. Sin votos de origen, su popularidad crecía. Más aún cuando reestructuró con éxito la deuda externa y derrotó los augurios equivocados de los economistas ortodoxos y el FMI. Así logró una exitosa sintonía con el clima político.

Para comprender cuánto habían cambiado las cosas en aquellos años, quizá conviene recordar que los dos candidatos opositores más votados en las presidenciales de 2007 fueron Elisa Carrió, que era en aquel entonces una figura del progresismo de origen radical, y Roberto Lavagna, exministro de economía de Duhalde y Kirchner. No había espacio, como tampoco lo hubo en 2011, para una candidatura que prometiera un retorno al neoliberalismo.

A pesar de su convicción en la "transversalidad", por diversos motivos, después de la elección presidencial de Cristina Kirchner y luego de iniciado el famoso "conflicto con el campo", Kirchner asumió la presidencia del Partido Justicialista. Varios procesos y factores incidieron en esa decisión. Es muy interesante detenerse en cómo analizaba esa dinámica Juan Carlos Torre ya en 2005.

La caracterización que había realizado Levitsky del PJ (que estudiamos en el capítulo anterior) se ratificó, pero con una dirección inversa. La débil institucionalización del partido y sus reglas laxas facilitaron el tránsito hacia otra orientación programática lanzada desde un nuevo liderazgo. Otro elemento impulsaba este desplazamiento, afirmaba

Torre (2005): el fuerte agnosticismo ideológico del fenómeno justicialista. Para Torre esto se ajustaba al dicho "los políticos levantan ideas para llegar al poder en lugar de buscar el poder para llevar a la práctica ideas" (2005: 15). Desde las filas del justicialismo se inició un fuerte intento por adaptarse a los cambios después de 2001. En ese sentido, Torre compara el común desafío de Perón y de Kirchner: "Construir a partir de las alturas del Estado poder político-partidario o, lo que es lo mismo, ganar apoyos políticos organizados en la sociedad a los efectos de consolidar su dominio sobre las instituciones de gobierno" (2005: 21). Dos factores cruciales en esa empresa son la existencia de demandas insatisfechas en la sociedad y las características de las ofertas partidarias disponibles.

Atender a esas demandas insatisfechas, respecto del empleo, de derechos humanos, del FMI, los poderes fácticos y una serie de actitudes con gran carga simbólica le otorgaron a Kirchner el favor de la opinión pública, pero sin brindarle aún apoyos partidarios equivalentes. En los primeros años, casi no contaba con legisladores que le respondieran de manera incondicional.

A fines de 2005, Torre sostenía que los intentos de "transversalidad" no habían sido exitosos por varias razones. En principio, por una característica "muy propia de la izquierda argentina, que es su tendencia a desenvolverse en pequeños agrupamientos" (2005: 27). En segundo lugar, por la dificultad que plantea la organización política de los sectores medios. Kirchner procuró, pero no encontró, el apoyo necesario en el Congreso del PJ de Parque Norte. También buscó sin grandes resultados el respaldo de los gobernadores para la elección de 2005. Fue así que definió que el centro de su estrategia sería traducir su capital en un enfrentamiento abierto con la maquinaria electoral más importante de ese momento, liderada por Eduardo Duhalde.

El triunfo de Cristina Kirchner en esa elección en 2005 definió la lucha al interior del justicialismo y consolidó su liderazgo. El “kirchnerismo” dejó de ser un espacio virtual y una mera hipótesis.

La tensión izquierda-derecha y sus combinatorias

El kirchnerismo, entonces, volvió a mostrar las complejidades históricas de los significados de los peronismos. Su capacidad de articulación de heterogeneidades y de construcción hegemónica se destacó sobre todo en sus etapas de debilidad política, como al inicio, o después del conflicto con el campo y de la derrota electoral de 2009. Inversamente, cuando su sobrevivencia política no parecía amenazada, como después del triunfo electoral de 2007 y de 2011, mostró menos sensibilidad para comprender las demandas sociales y para generar divisiones en sus adversarios. Tanto en 2009 como en 2013 tendió a abroquelarlos. Por eso, el kirchnerismo permite retomar algunas consideraciones sobre las dimensiones de la política analizadas en los capítulos anteriores.

El eje izquierda-derecha tiene relevancia para comprender los peronismos si esa dimensión se considera en *combinaciones históricas particulares* con otras dimensiones. Si no, nada del peronismo ni del antiperonismo resulta comprensible. Por un lado, las izquierdas peronistas constituyeron sus luchas e identidades en contraposición a la “burocracia sindical” y la “ortodoxia peronista”. Por otro, estos sectores en muchas ocasiones también definieron su identidad y procuraron preservar sus posiciones enfrentándose a las izquierdas tanto peronistas como no peronistas.

Sin embargo, si el eje izquierda-derecha es necesario, pero no suficiente, para estudiar los peronismos es porque ha habido numerosas coyunturas políticas en las cuales estas vertientes, desde ciertas perspectivas en apariencia

irreconciliables, han actuado en el marco de elecciones (con el Frejuli, Menem en 1989, el Frente para la Victoria en 2007 y 2011), en las cámaras del Congreso o en las calles de manera conjunta.

En efecto, hay coyunturas políticas que aparecen definidas por algunos ejes que diferencian a la izquierda y la derecha dentro del peronismo. Existieron tensiones entre visiones combativas o acuerdistas respecto de gobiernos neoliberales, medidas políticas de gobiernos peronistas o disputas en la agenda pública. Por ejemplo, las posiciones del peronismo ortodoxo y el peronismo de izquierda sobre el Pacto Social promovido por Perón en 1973 fueron cada vez más distantes, del mismo modo que sus posturas ante el gobierno de Isabel y la Triple A. En cambio, acerca de las medidas del Rodrigazo, ambos sectores coincidieron en la oposición, más allá de que la izquierda considerara que los dirigentes sindicales se habían visto desbordados por sus bases. La posición sobre las principales medidas del gobierno de Menem nuevamente distanció a la izquierda y la ortodoxia del PJ, al punto de que amplios sectores de la entonces centroizquierda peronista fueron protagonistas de la construcción de la segunda fuerza electoral en la reelección de Menem en 1995 y de la alianza con los radicales que derrotó al candidato justicialista en 1999.

Es más fácil, para matrices de lectura muy ejercitadas en la tensión izquierda-derecha, comprender estas diferencias que entender cómo el campo peronista pudo volver a articularse. En efecto, desde una presidencia que nació débil por la cantidad de votos y la situación crítica del país, Néstor Kirchner buscó incorporar a los más amplios sectores peronistas y no peronistas para construir así una fuerza de centroizquierda basada en la idea de "transversalidad". En ese marco, logró grandes éxitos electorales en 2005 y 2007 que le permitieron integrar a otros sectores y mantener una

distancia respecto de la estructura del Partido Justicialista. Sin embargo, a partir de la derrota electoral de 2009, después de la llamada “crisis del campo”, Kirchner fortaleció la articulación con espacios del partido, aunque con una variada agenda que incluyó la estatización del sistema de jubilaciones, la ley de servicios de comunicación audiovisual y la ley de matrimonio igualitario.

¿Qué se pone de relieve con esto? Nótese que si en términos de alianzas Kirchner parecía apoyarse en sectores más moderados o conservadores, su plan de gobierno giró en dirección contraria. Es decir, la articulación o ruptura izquierda-derecha, la capacidad hegemónica de un proyecto y la agenda de gobierno no siempre guardan una coherencia unidimensional. Por ejemplo, la “crisis del campo” puede ser leída, como a menudo propone el kirchnerismo, en términos de un enfrentamiento con las grandes patronales agropecuarias. Al mismo tiempo, puede mencionarse otro elemento, vinculado al pragmatismo: la negativa del gobierno a diferenciar impositivamente a los grandes de los medianos y pequeños productores, hasta que se sometió la ley a votación en la Cámara de Diputados, donde el bloque oficialista se vio obligado a introducir esos cambios para evitar perder la votación.

Aquí se pueden distinguir dos concepciones opuestas del pragmatismo: el poder concebido como la capacidad de imponer una medida incluso si se la considera perfectible o como capacidad de generar sustentabilidad política en el tiempo. El kirchnerismo construyó una “testadurez” que a su vez evitaba por igual todas las presiones: tanto las de sus adversarios como las de quienes podían no serlo. Muchos creen que si esa impermeabilidad era trocada por permeabilidad, las presiones terminarían por destruir la agenda de gobierno. Cualquier escena de “diálogo” en ese sentido preanunciaría un fracaso. Según esta postura, había

que rechazar rotundamente la idea de “consenso” porque detrás de ella sólo podían esconderse grandes intereses corporativos.

En el caso del aumento de las retenciones, no hay que olvidar otra dimensión pragmática: la cuestión fiscal. En el plano de la recaudación, el gobierno perdió. Desde ese punto de vista, la pregunta contrafáctica que podemos hacernos es qué habría ocurrido si el gobierno hubiera enviado desde un inicio el proyecto de ley tal como se aprobó en Diputados. No lo sabemos. Pero habría apostado por dividir “al campo”, tal como lo hizo en la práctica en los años posteriores.[48] Y seguramente se habría ahorrado un inmenso desgaste político.

Con esa crisis, con el abandono de la transversalidad y la rearticulación con el PJ, el gobierno perdió algunos aliados no peronistas de centroizquierda. A pesar de ello, su agenda posterior marcó un giro a la izquierda al ocuparse de demandas que ya existían en la sociedad para recomponer de esa manera su capital político. En cualquier caso, el kirchnerismo fue modificando sus significados sociales con las medidas de 2009 y 2010, y generó una amplia militancia política juvenil. Es decir, aunque perdió apoyos de centroizquierda, incorporó otros.

Muchos sectores kirchneristas no admiten el error de la 125. Pero aquellos que lo hacen afirman que sin esa derrota es improbable que el gobierno hubiera tomado otras medidas muy progresivas y relevantes en los años posteriores. Ese tipo de argumentos muestra otros rasgos de la “testarudez”, que rechaza analizar y conceptualizar los errores no forzados. Uno de los problemas es que, en cualquier espacio político, las reivindicaciones acríticas a veces hacen muy difícil comprender las propias derrotas.

Los análisis hipervalorativos del kirchnerismo son muy conocidos. De un lado, el relato épico, centrado en la figura

de Néstor. De otro, el análisis penal que afirma que “vinieron a robarse el país”, o el ideológico fanático que supone que “vinieron a hacer una Venezuela”. La sociología, la antropología, la historia social –esperamos haber mostrado aquí– tienen un trabajo que hacer para dar cuenta de los orígenes de esta fuerza política más allá de amores y odios. El kirchnerismo es un fenómeno social e histórico que existe porque responde de modo eficaz a un contexto específico. La popularidad que Kirchner mantuvo al concluir su presidencia es elocuente respecto del cambio operado en la Argentina entre 2003 y 2007, así como el estremecimiento social y la movilización que se produjeron el día de su fallecimiento, el 27 de octubre de 2010. Al igual que la crisis, y a pesar de sus detractores, el kirchnerismo había calado hondo. Hizo sentido y generó grandes emociones.

La pregunta acerca de por qué esa capacidad hegemónica inicial no pudo sostenerse en el tiempo se aborda en el próximo capítulo. Pero quienes deseen una valoración moral o una celebración épica pueden ahorrarse la lectura. Puede haber y habrá análisis del kirchnerismo desde distintos puntos de vista. Ahora bien, para comprenderlo, en sus ascensos y descensos, un análisis que busque conjugar la distancia crítica y la cercanía crítica resulta necesario.

---

[48] Si bien muchos dirigentes kirchneristas parecen oponerse por principio a cualquier autocrítica pública, las gestiones de Julián Domínguez en Agricultura y de Axel Kicillof en Economía estuvieron orientadas a distinguir entre los productores agropecuarios grandes y pequeños con medidas muy específicas.

8. El peronismo y el kirchnerismo en sus laberintos

Del 54% a la derrota de 2015

En los últimos años de gobierno de Cristina Kirchner, y en los primeros de Mauricio Macri, una de las disputas más intensas giró en torno a la relación entre dos términos: peronismo y kirchnerismo. Dos palabras que dicen mucho, al menos mucho más de lo que pueden compartir dos personas con posturas divergentes.

¿Es el kircherismo el peronismo del siglo XXI? ¿Es una corriente del peronismo entre otras? ¿Un peronista cree que tildar a alguien de kirchnerista "le baja el precio"? Al crear Unidad Ciudadana para competir en las elecciones legislativas de 2017, ¿el kirchnerismo se retiró del peronismo? Hacia el Bicentenario aparecieron las mamushkas peronistas. Dentro de Perón estaba Evita, después seguía Néstor y la muñeca más pequeña era Cristina. Unos años después aparecieron mamushkas con el orden inverso.

A diferencia de categorías como radicales y peronistas, que para los actores sociales son mutuamente excluyentes, peronismo y kirchnerismo han presentado diversas tensiones e intersecciones.[49] Por más que ahora podamos encontrar dirigentes que se consideran peronistas en diferentes estructuras políticas, el peronismo y el kirchnerismo fueron derrotados en 2015. Este capítulo busca comprender diversos aspectos sobre ambos a partir de aquel fracaso electoral.

Muchas veces, de mejor o peor manera, se responde a la pregunta sobre qué es el kirchnerismo a partir de sus decisiones de gobierno o de sus discursos. Están quienes sostienen que el kirchnerismo se define por ciertas medidas

con las que la mayoría de los argentinos estuvo y está de acuerdo (como la estatización de las AFJP, la Asignación Universal por Hijo, la reestructuración de la deuda, la Ley de Matrimonio Igualitario). Por otro lado, están quienes dicen que el kirchnerismo se define, en cambio, por la corrupción, la destrucción del Indec, el verticalismo, la discrecionalidad en el uso del poder. Algunos creen que el kirchnerismo fue demasiado, y otros, demasiado poco.

Este capítulo no interviene en esos debates, sino que trata de captar los últimos años de gobierno de Cristina Kirchner, analizados desde la derrota de 2015 ante Cambiemos. Durante aquella etapa, así como durante los primeros años de su actuación como oposición a Macri, el kirchnerismo vio cualitativamente debilitada su capacidad de construcción hegemónica, esa capacidad que lo había distinguido durante el gobierno de Néstor Kirchner y que pudo recuperar entre mediados de 2009 y fines de 2011 tras haberla perdido a raíz del conflicto con el campo.

Este enfoque permite analizar las concepciones que prevalecieron en el kirchnerismo de ese momento acerca de la sociedad y del peronismo. Primero, la dificultad que tuvo para captar las nuevas heterogeneidades que implicaba el crecimiento de "las clases medias". Segundo, los problemas para comprender que sus triunfos políticos eran el resultado de articulaciones de su corriente con otras, muy distintas. Esos dos elementos son centrales para entender por qué no pudo construir una hegemonía política sustentable en el tiempo. En tercer lugar, el kirchnerismo adoptó la idea, en línea con la tradición gramsciana, de que un capítulo decisivo de la lucha política es la "batalla cultural". Sin embargo, y en este punto nos detendremos más adelante, en muchas de sus acciones esa batalla se planteó en términos de enfrentamientos de fuerzas e identidades partidarias y no como disputas en el plano del sentido común.

Dentro del kirchnerismo, las explicaciones más habituales adjudicaron la derrota de 2015 a factores exógenos. En primer lugar indagaremos en tales interpretaciones, justamente porque este capítulo busca mostrar la doble relevancia política de la subjetividad: por un lado, el análisis de las concepciones, ideas y estrategias que prevalecen en los protagonistas de los gobiernos; por otro, las subjetividades en lo que concierne a las sociedades nacionales y sus distintos sectores.

El dolor a flor de piel

El 10 de diciembre de 2015 Mauricio Macri asumió como presidente de la Argentina, después de haber obtenido el 51% de los votos en el ballotage contra el candidato oficialista Daniel Scioli. Su gobierno impuso una clara orientación neoliberal, en diferentes etapas. Fue la primera vez en la historia que un partido de derecha sin vinculación con el peronismo llegó al poder en la Argentina. ¿Cómo explicar el triunfo de Macri? Ciertamente, en el contexto de este libro, es una pregunta que interesa para comprender las complejidades de los peronismos desde un nuevo punto de vista: no sólo las victorias permiten dilucidar fenómenos intrincados. Entender las derrotas de los proyectos políticos es clave para vislumbrar sus diferentes dimensiones.

No nos detendremos aquí en las explicaciones antikirchneristas que dicen que, al votar a Macri, la sociedad, harta del "populismo", habría decidido liberarse del riesgo de una dictadura y del peligro de que la Argentina se convirtiera en Venezuela. Tampoco nos detendremos en dos argumentaciones muy instrumentales, de fines de 2015 y 2016, que se desmintieron con el paso del tiempo. Me refiero a la idea de que el resultado 51% a 49% en el ballotage entre Macri y Scioli en realidad fue un empate. Tan extraño, habría que agregar, que como consecuencia de ese supuesto "empate" una fuerza gobierna y otra no. Otro argumento

que tuvo mayor perdurabilidad fue que no se presentó un candidato presidencial kirchnerista, sino Daniel Scioli; y quien perdió fue el candidato, no el peronismo o el kirchnerismo. Explicaciones de ese tipo ocultaban el hecho de que no hubo elecciones internas, sino una fórmula acordada, con un dirigente kirchnerista, Carlos Zannini, como candidato a vicepresidente. En todo caso, cabía preguntarse (sobre lo que regresaremos) por qué en doce años de gobierno el kirchnerismo no pudo generar una sucesión dentro de la propia fuerza política. A este panorama se agrega que el kirchnerismo protagonizó en 2015 la derrota por la gobernación de la provincia de Buenos Aires que, en elecciones libres, el peronismo sólo había perdido una vez en sus setenta y cinco años, en 1983. Así y todo, entre los simpatizantes del kirchnerismo permaneció durante dos años la creencia de que Cristina Kirchner era una figura imbatible en las urnas. Hasta que el nuevo oficialismo la derrotó en las elecciones a senador de 2017 en la provincia de Buenos Aires.

En los meses posteriores a la asunción del nuevo gobierno hubo sectores de dirigentes y militantes que aseguraban que la política neoliberal terminaría inexorablemente en una crisis igual a la de 2001 y que entonces el kirchnerismo recuperaría el poder. También en esos sectores se percibía un enojo profundo con la sociedad por haber votado a un personaje como Macri. En ese marco surgían las hipótesis o teorías que afirmaban: “Perdimos por nuestros aciertos, no por nuestros errores” o “Perdimos por el candidato”. Todo ello se traducía en una deriva política, que abordaremos al final del capítulo, que buscaba la intensificación de la identidad kirchnerista a costa de interpelar a otros sectores de la sociedad.

Como a todo ser humano, a toda fuerza política nunca le resulta fácil hacerse cargo de los errores propios. Cuando

Macri avanzó con decisiones que iban contra medidas políticas que habían sido símbolos del kirchnerismo, cuando la derrota devino incuestionable, en su militancia y sus simpatizantes el dolor estaba a flor de piel. Y también despuntaba la bronca, quizá para algunos sectores incluso el desprecio, contra el gobierno y sus votantes.

Así fueron surgiendo otras explicaciones, similares a las que se recurrió en diversos países que habían tenido gobiernos del llamado "giro a la izquierda".

Tres explicaciones de la derrota

Esas hipótesis o teorías acerca de la derrota pueden agruparse en tres tipos. La primera explicación se refiere a la caída en los precios de las *commodities*. Es decir, la idea es que el "giro a la izquierda" se quedó sin combustible económico. Se trata de una interpretación extrema y claramente economicista. Podría suponerse que sólo hay gobiernos heterodoxos en coyunturas excepcionales que contradigan la tesis de Prebisch acerca del deterioro constante de los términos del intercambio internacional para los países periféricos.[50] Sin embargo, la historia muestra algo diferente. Muchos de los gobiernos sudamericanos que protagonizaron el "giro a la izquierda" llegaron al poder antes del *boom* de las *commodities*, en respuesta a crisis relacionadas con la inviabilidad económica y política del modelo neoliberal. El caso extremo fue la nueva Constitución bolivariana de Venezuela aprobada en 1999 con el precio del barril de petróleo por el piso. Es muy distinto plantear que el precio de las *commodities* facilitó (o dificultó) el proceso redistributivo que sostener, de modo fatalista, que no puede haber políticas redistributivas sin contextos internacionales excepcionales. Pero además esta tesis supone que la matriz productiva de los países es estática, y que su dependencia de dólares es una constante que no

puede modificarse. En otras palabras, evita analizar logros y fracasos en el necesario cambio de la matriz productiva.

Una segunda explicación ha planteado que la derrota se debió al efecto de los medios hegemónicos que manipularon a los ciudadanos con información distorsionada o directamente falsa; incluso se habló de una "dictadura mediática", o del surgimiento de una nueva coalición entre esos medios, los grupos económicos concentrados y sectores del Poder Judicial. Los procesos de concentración de los medios de comunicación fueron impresionantes y las actuaciones del Poder Judicial, altamente cuestionables y en varios casos escandalosas. Sin embargo, esta hipótesis no ofrece una explicación de por qué esos u otros poderes tuvieron capacidad conspirativa en la coyuntura de 2015 pero no cinco o diez años atrás, cuando también hubo intentos de desestabilización en varios países (y que en Sudamérica habían sido exitosos en el caso del golpe parlamentario contra Fernando Lugo en Paraguay). Si bien los medios y otros factores tuvieron un papel relevante, aquí afirmamos que, como argumentaremos después, hubo procesos mucho más profundos y complejos. La interpretación más extrema de esta hipótesis plantea el riesgo de que afloren sectores de izquierda que descrean de la democracia y que consideren que sus errores consistieron en no restringir las libertades de expresión y opinión que justamente permitieron el surgimiento de esas campañas contra los gobiernos.[51] Esta lectura tendría efectos fatales para el futuro de las fuerzas transformadoras.

Una tercera explicación muy frecuente es que los procesos de inclusión y movilidad social ascendente modificaron las demandas de la población e impulsaron cierto "giro a la derecha". En ese sentido, una parte de los sectores beneficiados por las políticas económicas, sociales y redistributivas no habría tenido "conciencia" política. Y los

gobiernos habrían perdido así popularidad por sus aciertos, por sus logros, y no por sus equivocaciones. En su acepción más aguda, esta interpretación rechaza la relevancia de cualquier debate acerca de los errores cometidos, ya que los gobiernos habrían sido víctimas de sus propias políticas. Si se toma en serio este argumento, se trata de un pesimismo extremo: no hay modo de construir procesos sostenidos de transformación social, ya que toda mejora económica implicaría una derechización de la población.

Como denominador común, estas tres explicaciones comparten el hecho de que evitan hacer un balance político que incluya las propias acciones del gobierno, sus errores, sus fallas, sus limitaciones. No puede desconocerse la influencia de los sectores poderosos en la derrota, pero ese poder era idéntico cuando el kirchnerismo obtuvo el 54% de los votos en 2011. Tampoco puede desestimarse el problema de la restricción externa y la baja de las *commodities*. Pero debe incluirse también la pregunta acerca de cuáles fueron las políticas económicas del gobierno ante esos obstáculos, y también cómo se desarrolló la comunicación con la sociedad. Desde 2013, cuando los problemas macroeconómicos ya eran evidentes, el gobierno argentino buscó opciones para tener acceso al mercado financiero internacional, intento que el escandaloso fallo del juez Thomas Griesa logró impedir. Pero más allá de instrumentos económicos más o menos eficaces, la principal dificultad fue política: el gobierno concentró su discurso en reivindicar la "década ganada" e insistió hasta el cansancio en la comparación con la crisis de 2001. Renunciaba así a construir un discurso sobre el futuro, que propusiera un programa claro para resolver los inconvenientes que percibía la sociedad.

La idea de que preocuparse o indignarse ante la inflación, la pobreza, el delito o la corrupción son sensibilidades "de derecha" es un gravísimo error político. Las agendas sociales

surgen de una interacción compleja entre la experiencia cotidiana y las capacidades mediáticas. Los medios, como la política, tienen intenciones, voluntades y estrategias. Pero estas intervenciones no resultan exitosas en el vacío. Dependen de las vivencias diarias y de luchas entre interpretaciones diferentes de esos problemas. La peor de todas las acciones para ganar esta disputa de interpretaciones es negar cuestiones que sectores sociales consideran relevantes. Es sobre ese déficit político que se fue generando un vacío, a partir del cual la oposición y sus aliados desplegaron su estrategia.

En estas hipótesis pueden encontrarse explicaciones que contribuyen a comprender los procesos, pero a la vez constituyen negaciones sistemáticas de los problemas subjetivos. Por eso, adolecen de dos dificultades. Primero, sólo enfatizan problemas "exógenos", externos a la fuerza política de gobierno. Segundo, cuando se las absolutiza como justificaciones monocausales implican interpretaciones que pueden llevar a conclusiones políticas equivocadas y riesgosas.

Resulta necesario un análisis político cultural más abarcativo del resultado electoral de 2015, lo que requiere incluir necesariamente dos cuestiones que aquellas explicaciones han invisibilizado. Por un lado, los problemas subjetivos, "endógenos", de la fuerza política en el gobierno. Por otro, los modos en que cada espacio político reaccionó ante los tres factores exógenos que mencionamos: la baja de las *commodities*, los poderes corporativos y las transformaciones sociales.

Si se observa "el giro a la izquierda" sudamericano en su conjunto, se advierte que las circunstancias de las que emergieron algunos de estos gobiernos acentuaron debilidades políticas y de concepción que fueron características de la etapa histórica mundial. Se puede

afirmar que había más claridad respecto de qué se rechazaba que de una teoría económica y política capaz de afrontar los nuevos desafíos. En los primeros años de cambio de siglo, dos fracasos estrepitosos saltaban a la vista: el soviético y el neoliberal. Pero no se percibían otros "modelos" ni grandes conceptualizaciones. La imaginación política radical había estado más cercana a "cambiar el mundo sin tomar el poder" (Holloway, 2002) o a las vertientes autonomistas. Esas tendencias podían ofrecer opciones más o menos eficaces para "escapar" al capital, pero no para regularlo o domesticarlo (véase Ollin Wright, 2016). No constituían aportes para asumir el gobierno o definir políticas estatales viables en países fracturados y en crisis.

Nuestro interés aquí es preguntarnos por qué los proyectos de reformas sociales y económicas que esos gobiernos se propusieron no tuvieron sustentabilidad política. Lejos estamos de pretender realizar un análisis de orden moral o una crítica de los objetivos que se planteaban.

Después del 54%

Para considerar los motivos específicamente políticos, conviene partir de que cuatro años antes de la asunción de Macri, en 2011, el kirchnerismo parecía un fenómeno imbatible. Cristina Kirchner había obtenido el 54% de los sufragios en la primera vuelta, con su oponente más cercano ubicado en el 17%.[52] En 2003, Néstor Kirchner había alcanzado sólo el 22% de los votos, y en 2007, Cristina Kirchner, el 45%. El kirchnerismo siempre debió construir articulaciones para sus éxitos electorales. En 2003 Kirchner hizo un acuerdo con el entonces presidente Duhalde y con Daniel Scioli. En 2007 logró el apoyo de todo el Partido Justicialista y de un sector de la Unión Cívica Radical (Cobos y otros). Sin embargo, después de ganar en 2011 perdió de vista la heterogeneidad de ese 54% que incluía a numerosos dirigentes que poco después se desplazarían a la oposición:

Hugo Moyano, Sergio Massa y el peronismo cordobés, entre otros.

Señalemos de manera breve dos destacados conflictos previos. En 2008 los productores agropecuarios se opusieron con grandes protestas a la Resolución 125 que establecía retenciones móviles a las exportaciones. Fue el mayor conflicto político desde 2002, dividió intensamente a la sociedad, inauguró la llamada “grieta” y produjo una ruptura entre el gobierno y el Grupo Clarín. Al igual que el peronismo y el kirchnerismo, el conflicto por la 125 es complejo. Desde cualquier visión progresista o de izquierda es evidente que los grandes productores agropecuarios deben pagar altos impuestos por una lógica de progresividad fiscal. Además, las retenciones a exportaciones agrícolas son un instrumento clave para establecer regulaciones públicas sobre los precios de los alimentos en el mercado interno. Sin embargo, en un análisis unidimensional izquierda-derecha los grandes productores deben pagar más que los medianos o pequeños. Aun así, en la Resolución 125, al igual que sucede en otros aspectos fiscales argentinos, no se establecía distinción alguna en términos de progresividad. Eso sólo se modificó luego de meses de conflicto, cuando se votó el proyecto de ley en la Cámara de Diputados, por la sencilla razón de que si no se modificaba la postura, se perdía. Por lo tanto, el proyecto que Cobos rechazó con su voto “no positivo” era más progresivo que la medida que había iniciado la larga disputa.

El desgastante enfrentamiento culminó en una derrota para el gobierno. Incluso está bastante aceptado el rumor de que la noche en que el vicepresidente desempató la votación en el Senado contra la Presidenta, los Kirchner analizaron renunciar, y durante un tiempo parecían decididos a hacerlo. La inmensa pérdida de capital político de esos meses fue consecuencia de un cambio en la ecuación terquedad-

pragmatismo que el kirchnerismo había mostrado hasta ese momento. El caso Blumberg (la masiva movilización al Congreso para exigir leyes más duras “contra la inseguridad”), en 2004, había sido afrontado con gran –y muchos pensaron que excesivo– pragmatismo por Néstor Kirchner. Algunos errores, como no mencionar a Alfonsín en el discurso que dio en la ex ESMA al crear allí el Museo de la Memoria, ese mismo año, intentaron ser corregidos (en ese caso, con un pedido de disculpas). Pero la 125 mostró que aquella terquedad que con gran éxito había guiado la reestructuración de la deuda contra el establishment ortodoxo aparecía una vez más, pero sin “purismo” ideológico (sin abrir la posibilidad a una segmentación progresiva). Se trataba de postular que las decisiones gubernamentales no eran negociables.

En fin, ese fracaso de la 125 terminó combinándose con la crisis económica internacional. Y culminó en una derrota en las elecciones legislativas de 2009. Néstor Kirchner, que se había retirado en diciembre de 2007 con una popularidad inédita, perdió la elección legislativa en la provincia de Buenos Aires.

En los años siguientes el gobierno desplazó sus políticas hacia la izquierda en varios planos, buscando una agenda que le permitiera retomar la iniciativa y articular con diversas demandas sociales. En primer lugar, procuró una fuerte ampliación de las políticas sociales: instauró el derecho a cobrar un ingreso para todos aquellos que no tuvieran trabajo y tuvieran hijos (con la condición de que los niños asistieran a la escuela y se vacunasen); llevó adelante la estatización de los fondos de jubilaciones y la ampliación de la cobertura; impuso aumentos salariales todos los años en función de la inflación real (o incrementos mayores), incluso para las empleadas domésticas; y aplicó otras medidas similares. También se volcó a la ampliación de

derechos civiles como el matrimonio igualitario y la Ley de Identidad de Género. Trabajó además en una nueva Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, que recogía banderas de democratización de los medios y que los grupos más concentrados percibieron como una declaración de guerra. Prácticamente todas esas leyes fueron acompañadas por sectores de la oposición.

Cuando en 2011 Cristina Kirchner inició su segundo mandato, tanto "el campo" como los grandes medios eran parte activa de la oposición, que también integraban sectores pequeños y poderosos de la derecha tradicional. Su segunda presidencia se inició en un contexto económico muy distinto al crecimiento que marcó los años 2003-2007 y 2010-2011. Se agravaba la "restricción externa", es decir la falta de dólares en las economías en desarrollo. Una parte de las divisas se perdía por la creciente importación energética. La decisión de nacionalizar el 51% de YPF, la principal compañía de petróleo que había sido privatizada en el auge neoliberal de los noventa, planteó una fuerte tensión con España, pero recibió un amplio apoyo local. En cambio, las crecientes limitaciones a la compra de dólares para ahorro crecieron hasta su prohibición taxativa (lo que se conoció como "cepo cambiario") y fueron incrementando la antipatía de las clases medias urbanas.

Como explicamos en el capítulo 6, el dólar funciona en la Argentina de un modo muy diferente a otras sociedades. Por sus crisis recurrentes y la desvalorización de la moneda nacional, con picos agudos (1975, 1982, 1989 y 2002), nuestras clases medias y altas buscan tener sus ahorros en moneda extranjera. Eso plantea, en especial cuando el dólar se encuentra comparativamente barato, una constante compra de moneda extranjera. Además, los argentinos sacan ese dinero de los bancos por desconfianza y lo colocan en cajas de seguridad o lo envían al exterior. Como resultado,

esto implica una fuga constante de capitales del sistema financiero. Por ello, el dólar barato termina en algún momento debilitando las reservas del Banco Central y su contrario, la devaluación, se traduce en procesos inflacionarios también endémicos.

El proyecto de re-reelección

A estas crecientes dificultades económicas se agregó un grave problema político. Con la muerte de Néstor Kirchner en octubre de 2010 y la imposibilidad de nueva reelección de Cristina Kirchner por impedimento constitucional, el Frente para la Victoria no tenía, a inicios de 2012, un candidato que pudiera aglutinar al conjunto. Sin embargo, podía construir una nueva figura en los cuatro años de gobierno, ya que los grupos más afines al oficialismo no deseaban aceptar la candidatura de Daniel Scioli, exvicepresidente de Néstor Kirchner y gobernador de la provincia de Buenos Aires entre 2007 y 2015. Una parte relevante de estos sectores interpretó el resultado presidencial del 54% en 2011 como una fuerte oportunidad para lograr una reforma constitucional que habilitara una nueva candidatura de Cristina Kirchner. Buscaban repetir o mejorar su posición en las nuevas elecciones legislativas de 2013. Aunque incluso un gran desempeño del kirchnerismo en 2013 no era suficiente para conseguir los dos tercios que requiere la Constitución, ante la ausencia de una alternativa, soñaban con que el proyecto reeleccionista (que nunca llegó a enunciarse en público) se tornara políticamente viable.[53]

Así, en 2013 se planteó una situación política paradojal. Mientras dirigentes kirchneristas se ilusionaban con la reforma constitucional, la oposición tocaba un tema sensible de la opinión pública al agitar ese temor. Numerosas sociedades de América Latina se mostraron renuentes a habilitar reelecciones indefinidas. El caso argentino no sería una excepción. La situación llegó al punto de que si el

kirchnerismo deseaba imponerse en 2013, sólo podía hacerlo renunciando abiertamente a la reelección presidencial. Al mismo tiempo, explicitar esa renuncia planteaba la perspectiva de un gobierno "pato rengo". Parecía un laberinto, pero tenía una posible salida "por arriba": afrontar el proceso sucesorio y resignar cualquier pretensión de reelección. Pero al no poder resolver esta paradoja, en parte por dificultades para entender los humores de la sociedad, la propia capacidad hegemónica del kirchnerismo quedó muy restringida.

La fuerte alianza entre el gobierno y el sindicalismo había comenzado a resquebrajarse con el alejamiento del líder de la CGT, Hugo Moyano. Otros líderes importantes, como el gobernador de Córdoba, José Manuel de la Sota, o el exgobernador de la provincia de Buenos Aires, Felipe Solá, también se distanciaban poco a poco. Pero la principal escisión fue la que encabezó para las legislativas de 2013 Sergio Massa, exjefe de Gabinete de Cristina Kirchner, en aquel momento intendente del próspero municipio de Tigre. Massa articuló un frente electoral que incluyó a sectores radicales y sindicales y contó con el apoyo de Mauricio Macri. Derrotó en las legislativas de la provincia de Buenos Aires al Frente para la Victoria. Sin embargo, en aquellos años la distribución de fuerzas políticas era muy fragmentaria. La fortaleza del gobierno seguía emanando de la división de la oposición.

La concepción política

Con la derrota en las elecciones legislativas de 2013, sólo dos años después del 54%, la ilusión reeleccionista quedó descartada. Dirigentes muy relevantes del kirchnerismo, con quienes he conversado, consideran que esta interpretación sobre el proyecto reeleccionista y el proceso centrífugo de sucesivas escisiones pierde de vista dos cosas. La primera es que no había referentes kirchneristas que midieran bien en

las encuestas. Sin embargo, es un debate imposible porque habría que considerar el rol de Cristina en facilitar o complicar la construcción de esa sucesión. En Brasil, Dilma no tenía votos propios antes de que Lula la proclamara como candidata presidencial. Tampoco en Venezuela Maduro podría haber ganado la elección sin la designación de Chávez. Ese camino en la Argentina no se intentó.

El segundo problema que señalan dirigentes kirchneristas es que esta interpretación ignora las presiones y chantajes reales de los poderes fácticos y de los aliados oportunistas. Según su punto de vista, cuando las autoridades legítimas sufren "aprietes" deben confrontar abiertamente. Así, por dar un ejemplo, si un "aliado" llama por teléfono durante el velatorio de Néstor Kirchner para enviar el mensaje de que "ahora vamos a ayudar a gobernar", ese gesto debe entenderse no sólo como una falta de respeto, sino como una presión inaceptable. La batalla ha estallado y el alejamiento será inevitable.

Aunque se trate de un debate contrafáctico, hay al menos dos puntos que resultan de gran interés. Primero, ¿no queda otra opción que la ruptura con quien chantajea en un momento tan dramático? Antes de apresurarse a responder "por dignidad", ¿pueden evaluarse los costos para el proyecto político y para el país? Si así y todo se concluye que el alejamiento es ineludible, ¿cómo se operacionaliza un gran quiebre político? ¿Cuáles son las estrategias? ¿Es el enfrentamiento abierto que empuja al abroquelamiento de todos los adversarios? ¿Tanta certeza se tiene de la propia infalibilidad? ¿Acaso no se mostró fatal esa extrema confianza?

La segunda cuestión apunta a lo siguiente. Se puede argumentar que a líderes como Lula, Correa o Chávez, que sí promovieron una sucesión, no les fue mejor, por razones muy distintas. No cabe duda de que se trata de experiencias

históricas sobre las que hay que reflexionar. Pero el caso que me interesa es el de Lenín Moreno, en Ecuador. Porque su derrotero político presidencial comenzó convocando al "diálogo" y proponiendo dejar atrás la etapa de enfrentamientos. Y terminó, sin embargo, en una disputa con Correa y con avances de su gobierno.[54] Con lo cual, Moreno podría ser un ejemplo excelente para quienes creen que no hay sucesión ni diálogo posibles. Porque si "dialogar" significa conceder lo esencial, sólo se podría gobernar *à la* Laclau, en pugna permanente con una alteridad muy viva y que responde con fiereza. Incluso porque, como mostraremos después, esa alteridad pone orden en el frente interno.

Sin embargo, esa interpretación supone que los gobiernos que no se caracterizaron por una oposición dicotómica no existieron. Me refiero al de Néstor Kirchner, al de Lula o la segunda etapa –menos beligerante– del gobierno de Evo Morales. Eso implica que las celebraciones del Bicentenario, que movilizaron una estampida de masas sin identidades partidarias, tampoco existieron. También significa que la posición de Cristina Kirchner de 2011 tampoco sucedió. ¿Qué tuvieron de similar el primer gobierno de Kirchner, el final de la primera gestión de Cristina y otras experiencias latinoamericanas? Que en vez de centrarse en la dicotomización, buscaron identificar su propio lugar discursivo con los intereses generales de la nación. ¿No había construcciones de alteridad? Sí, pero en la Argentina, por ejemplo, esas alteridades estaban en el pasado, ya sea en la dictadura, en el neoliberalismo o en 2001. O eran indiscutiblemente no nacionales, como el FMI o los intereses extranjeros sobre los recursos naturales. Esa postura de enunciación no implica que no haya conflicto con factores de poder. Implica que, para dar esas contiendas, se busca no aglutinar a todos los factores de poder y, al mismo tiempo,

ampliar por fuera de la identidad política la base de apoyo social al gobierno.

En este punto surgen dos cuestiones conceptuales sobre la política, para las cuales el kirchnerismo es un laboratorio extraordinario. La primera se refiere a dos dimensiones constitutivas de todo proceso político: su legitimidad pública y los factores de poder. En los extremos, puede haber tanto una figura política avalada por todos los sectores más poderosos que sin embargo no consiga aceptación en la sociedad, como una figura política que sí despierte gran adhesión en contraposición con esos sectores influyentes. Evidentemente, entre estos dos extremos transcurren la mayor parte de los procesos políticos, combinando distintos niveles de aprobación y articulaciones con factores de poder.

Sin embargo, uno de los problemas más desafiantes para todo dirigente político es que la traducibilidad entre estas dos esferas es verdaderamente difícil. La distancia inexorable entre cómo entiende las cosas un dirigente político y cómo las comprende la sociedad (o los distintos sectores sociales) plantea un enorme reto. En ciertas etapas de los últimos años del kirchnerismo esta dificultad de traducción se perdió de vista. En ese sentido, situaciones que ellos vivían como presiones de factores de poder generaban denuncias, enojos, indignaciones o incluso proyectos de ley. Si es obvio que esto implicaba una controversia mayor con los actores poderosos, no es nada obvio que esa confrontación siempre fuera interpretada por la sociedad de modo idéntico a cómo lo hacía el gobierno.

Las sociedades son heterogéneas y las interpretaciones son siempre un terreno de disputa. Ante la reforma judicial –una serie de leyes de lo que se llamó “democratización de la justicia” que el gobierno kirchnerista envió al Congreso y logró aprobar en 2013, algunas indiscutibles y otras muy polémicas–, la oposición argumentaba que era el fin de la

división de poderes. Sería extenso e inútil analizar cada discusión y pretender establecer en cuáles el gobierno lograba apoyos sociales significativos y en cuáles no. Esa lógica puso al kirchnerismo arriba de un ring, en el que no había estado hasta 2008 y que supo evitar para las elecciones de 2011. La "grieta" era la división social y política entre quienes apoyaban a uno u otro contendiente, pero el esquema de conflictividad se fue naturalizando como la percepción de la política en cuanto relaciones de fuerza entre poderes fácticos, antes que entre legitimidades sociales. O como si la legitimidad fuera una consecuencia automática por el tipo de poderes con los que se confronta.

En sociedades democráticas, la pregunta es cómo se logra que los poderes económicos no consigan traducirse en capacidad electoral. Es obvio que cuando Cristina Kirchner dijo que "si quieren cambiar el modelo económico lo que deben hacer es organizar un partido político, presentarse a elecciones y ganarlas", justamente consideraba imposible que la mayoría de la sociedad adhiriera a ese tipo de proyecto. Sin embargo, la dinámica centrípeta de alianzas y los trasvasamientos de apoyos electorales hicieron que esa frase se hiciera realidad. En ese sentido, podemos afirmar que el kichnerismo nació no sólo de manera pragmática, sino con gran audacia política. Y aun así, su derrota fue consecuencia de un antipragmatismo que sectores de su militancia llegaron a considerar parte de su propia identidad.

La segunda cuestión conceptual sobre la política refiere al papel de las emociones, que ha sido un tema muy teorizado respecto de las masas, en particular en los liderazgos carismáticos, pero mucho menos en torno a los movimientos que se presentan a sí mismos como modernos e ilustrados. Hay, en particular, una función de las emociones que tiene que ver con la circulación de vínculos afectivos entre los miembros de la élite política y corporativa. Nos referimos a

sentimientos de lealtad, deslealtad, superioridad, bronca, rencor, amor, odio, desprecio. Es necesario señalarlo aquí porque al analizar la racionalidad de las acciones políticas aparecen zonas incomprensibles. Algunas de ellas pueden ser adjudicadas a errores en la ecuación entre los factores de poder y la legitimidad social. Pero cabe preguntarse si el proceso centrífugo, de escisiones y rupturas, que caracterizó el período 2012-2015 no estuvo vinculado a la lógica propia de las emociones. Dicho de manera elíptica, si el odio no provocó odio, si el rencor no alimentó más rencor, la desconfianza más desconfianza, en un círculo vicioso. Por dar el ejemplo más evidente, resulta difícil captar una racionalidad de puros intereses en el conflicto entre Cristina Kirchner y Hugo Moyano sin considerar una dimensión emocional. Otro caso que parece ilustrativo es el rechazo de Florencio Randazzo a postularse a gobernador de la provincia de Buenos Aires en 2015.

Hay todavía una tercera cuestión. Si se considera el resultado electoral de 2013, el kirchnerismo había perdido la provincia de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, la ciudad de Buenos Aires y otros lugares clave. Sin embargo, no era posible distinguir un ganador. Las características de esas oposiciones fragmentadas hacían muy difícil, en 2013, imaginar que alguien pudiera vencer al Frente para la Victoria en las elecciones presidenciales de 2015. En el kirchnerismo se aludía al PRO y a Macri diciendo que eran como el subterráneo: no salían de la ciudad de Buenos Aires. Un partido meramente local. Durante 2014 y los primeros meses de 2015 la posibilidad de que el PRO pudiera tener un alcance mayor parecía muy remota. Y además en ningún momento, hasta las primarias a gobernador de 2015, parecía factible que el peronismo pudiera perder la provincia de Buenos Aires.

Por eso mismo, se libró una batalla campal en las

elecciones primarias bonaerenses, lo que permite formular una hipótesis ya adelantada en el capítulo 4. En los contextos en que el peronismo no tiene una alteridad clara y fuerte, en los momentos en que siente autoconfianza en su fuerza social y política, es proclive a que sus disputas internas cobren una intensidad y un protagonismo que pueden resultar fatales (por supuesto, ahora sin la violencia de 1973). Más allá de que se trata de contextos sumamente distintos, es relevante considerar el papel crucial que ese otro político tiene para el ordenamiento o la regulación de las disputas internas del peronismo. Cuando esa alteridad se desdibuja, las luchas internas pueden desatarse con una potencia autodestructiva. Y luego –como sucedió durante la dictadura, pero también durante parte del gobierno de Alfonsín– esa alteridad no permite que los daños sean reparados con rapidez.

La paradoja de la "década ganada"

Al consolidarse los problemas económicos, la falta de dólares, la imposibilidad de avanzar en nuevos procesos de redistribución que hasta entonces habían colaborado en reducir el desempleo, la pobreza, el trabajo no registrado y la desigualdad, el gobierno lanzó una nueva narrativa. La presidenta focalizó cada vez más su discurso en lo que llamó la "década ganada", en alusión al crecimiento económico y a la inclusión social. Por supuesto, el punto de comparación era el año de asunción de Néstor Kirchner, 2003, después de las consecuencias de la crisis 2001-2002. En la política y en las ciencias sociales se ha debatido mucho acerca de qué porción de razón podían tener en sus argumentos el oficialismo y la oposición. Son discusiones fascinantes, cuando se sostienen con datos y argumentos, acerca de las conquistas y deudas de esos años (véase Kessler, 2013).

Aquí nos interesa otro problema. Más allá de la valoración de los logros, hay una pregunta político-cultural respecto de

las percepciones sociales no sólo de esos éxitos del pasado, sino de las nuevas agendas de futuro. Desde que comenzaron a agudizarse las dificultades económicas, el gobierno se volcó a "defender lo logrado", sin registrar adecuadamente las demandas que crecían en la sociedad ni dialogar con ella a partir de la construcción de un plan de cambios.

Es muy cierto que a estas complicaciones deben sumarse problemas externos de gravedad. Uno de los logros más notables de los gobiernos de los Kirchner había sido la exitosa reestructuración de la deuda externa argentina. Entre la oferta de 2005 y su actualización de 2010 más del 92% de los acreedores habían aceptado la propuesta argentina. Y una deuda que era imposible de pagar pasó a ocupar un lugar manejable del presupuesto público. Se redujo la relación entre deuda y PBI, aumentó la proporción de deuda interna al sector público y disminuyó la deuda en moneda extranjera. Ante la nueva falta de divisas, el gobierno buscó regresar a los mercados internacionales de crédito. Con ese objetivo, llegó a un acuerdo por deudas en el Ciadi, con el Club de París y con Repsol por la expropiación de YPF. Después de eso, el juez Thomas Griesa emitió su famoso fallo en favor de los *holdouts* o "fondos buitre", que bloqueó incluso los pagos de la Argentina hacia el 92% de los bonistas reestructurados. Mientras estos habían aceptado una quita inmensa sobre el valor nominal de sus papeles, la justicia de los Estados Unidos, aun en la instancia de apelación, afirmó el derecho de los litigantes para cobrar el valor nominal más los intereses.

Mauricio Macri, entonces jefe de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires, declaró que había que cumplir de inmediato y pagar según la sentencia. El gobierno de Cristina Kirchner nunca pudo cerrar este tema ni regresar a los mercados de crédito. Eso limitó su accionar económico, lo obligó a

realizar una devaluación en 2014 y a convivir con una inflación constante.

Sin embargo, esto no explica problemas subjetivos e intersubjetivos. Es interesante observar en el caso boliviano que, inmediatamente después de la derrota en el plebiscito para habilitar la reelección de Evo Morales, el vicepresidente publicó una autocrítica en la que afirmaba que se habían cometido varios errores. Uno de ellos habría sido confundir la construcción de hegemonía con la continuidad del liderazgo. El desafío de elaborar valores compartidos, una cierta visión de mundo y un sentido común no deberían traducirse en la búsqueda constante de reelección, escribió Álvaro García Linera (2016).

Señaló, además, que ciertas políticas públicas habían generado cambios sociales, pero el gobierno había continuado haciendo política como si esos cambios no se hubieran producido. El crecimiento, las políticas laborales y sociales aumentaron en varios países de la región la inclusión y el poder adquisitivo. Eso no sólo modificó los ingresos, sino también la autopercepción de clase. De aquí surge la aparente paradoja de la "clase media". Si toda mejora del poder adquisitivo de la población implicase su derechización, tendríamos –como dijimos más arriba– la tesis fatalista de que cualquier proceso de redistribución está condenado a infligirse su propia derrota política.

Sin embargo, aquí aparece uno de los nudos intersubjetivos. Porque mientras la mayoría de los dirigentes considera que "clase media" son profesionales o pequeños comerciantes que ahorran en dólares y viajan al exterior, la gente de a pie utiliza el término "clase media" para referirse a otro universo humano: todos aquellos que no están excluidos. Una encuesta del Área Metropolitana de Buenos Aires (13 millones de habitantes) indicaba que en 2011 el 78% de los habitantes se autoconsideraba parte de la clase

media, media baja y media alta (Grimson, 2015). En otras palabras, gran parte de los argentinos volvía a considerarse parte de las clases medias. No por eso iban a pasarse la vida agradeciendo a los líderes oficialistas, como a veces parecía que estos pretendían. En realidad, comenzaban a plantear nuevas demandas y a incubar nuevas ilusiones.

Quienes tenían capacidad de ahorro querían preservar su valor. Los plazos fijos bancarios estaban a tasas menores a la inflación real y los dólares eran inaccesibles por vía legal. Eso impulsaba el consumo, pero dificultaba el ahorro. Por otro lado, por la cantidad de trabajo que se había generado, urgía una mejora cualitativa en el transporte público. En ese contexto se produjo en 2012 el trágico accidente ferroviario en la estación de Once, del cual el gobierno salió golpeado. En ese momento comenzó (tardíamente) a modificar su política ferroviaria. Como suele suceder cuando las urgencias del desempleo y el salario están resueltas para gran parte de la sociedad, los temas ligados a la seguridad y la corrupción afloraron en la agenda pública. Si es muy evidente que sobre estas cuestiones los medios concentrados hicieron "periodismo de guerra" (como declaró años después en una entrevista Julio Blanck, uno de los editores y columnistas más influyentes del diario *Clarín*), también es cierto que el gobierno tomó una postura defensiva en lugar de encontrar respuestas políticas adecuadas. Más allá de cuánto podía satisfacer algunas de esas demandas, el gobierno no logró protagonizar la construcción de una nueva agenda para esta etapa. Por el contrario, se concentró –como mencionamos– en "defender lo logrado". La agenda del cambio quedaba en manos de sus adversarios, aunque todavía fragmentados.

La cuestión de las clases medias

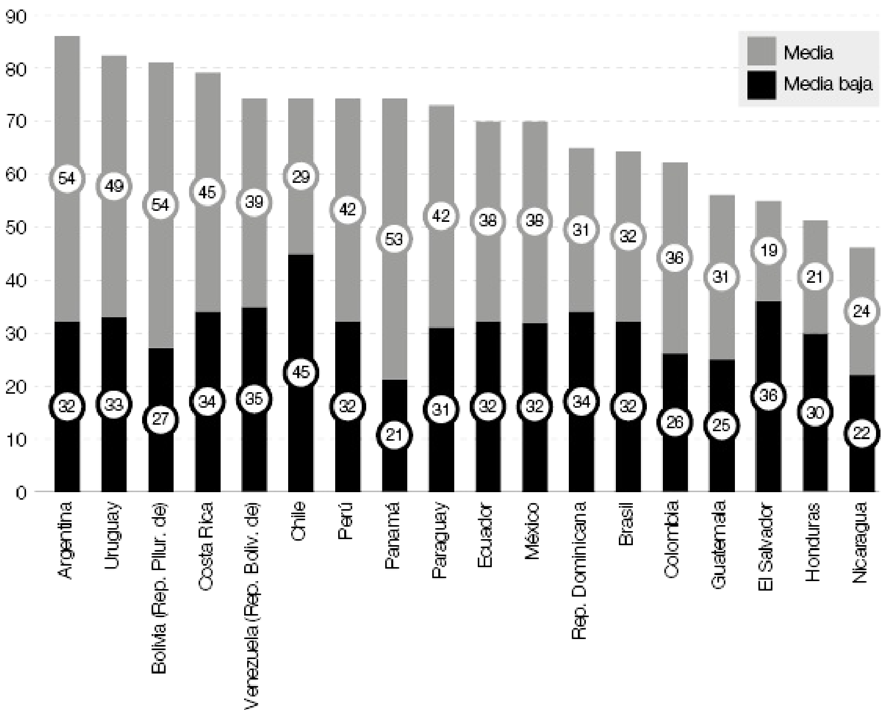
Si se quiere pensar las dimensiones subjetivas de los procesos políticos y las dificultades para construir una

capacidad hegemónica sustentable en el tiempo, resulta clave la cuestión de las clases medias. En los noventa en la Argentina, durante el auge neoliberal, fue cada vez más frecuente escuchar que la clase media estaba "en proceso de desaparición". Esto se relacionaba con la creciente polarización social que separaba a ricos y pobres. En cambio, durante el kirchnerismo, así como sucedió en otros países sudamericanos, las clases medias se expandieron. En general, las políticas neoliberales tienden a erosionar y debilitar a los deciles intermedios de la población, mientras las políticas redistributivas generan un piso más alto para los deciles más bajos y amplían las clases medias.

Ahora bien, hay que distinguir entre las concepciones sociológicas objetivas de las clases medias por tipo de empleo, nivel educativo o niveles de ingresos, por un lado, y las autopercepciones de clase, por el otro. Estas últimas refieren a las percepciones subjetivas que las personas o grupos pueden tener respecto de su propia posición o pertenencia de clase. Mientras en los análisis sociológicos objetivistas cada persona o familia es parte de una clase o estrato, en las visiones subjetivas hay dos diferencias cruciales. Primero, las personas utilizan otros elementos para considerarse a sí mismas dentro de una clase: tener o no un trabajo, la calidad del empleo, de la vivienda, si se es propietario o no, la asistencia de sus hijos a la universidad, la posibilidad de irse de vacaciones, aunque sean modestas. Segundo, para el objetivismo cada persona sólo puede pertenecer a una clase. Pero si uno observa cómo se autoperciben los trabajadores asalariados notará que muchos de ellos consideran que pueden pertenecer a dos clases simultáneamente. Mientras "clase alta" y "clase baja" para las personas siempre son términos mutuamente excluyentes, "trabajadores" y "clases medias" no lo son. No en todas las sociedades, no para todos sus miembros. Ya en el

surgimiento de los "trabajadores de cuello blanco" la sociología había percibido esa distinción o diferenciación. Pero cuando encontramos trabajadores de "cuello azul" con niveles salariales relevantes al interior de los asalariados (como existen hoy), son muy riesgosos los análisis que observan sólo indicadores objetivos para analizar los procesos políticos.

Sentimiento de pertenencia a la clase media y media baja en América Latina (18 países), 2011 (en porcentaje)



Fuente: Cepal, a partir de tabulaciones especiales de la base de datos Latinobarómetro 2011.

Según la visión más tradicional (todavía con peso político), sólo los profesionales, pequeños comerciantes y agricultores son clases medias. Quizá también los trabajadores de cuello blanco. Los datos de la Cepal acerca del sentimiento de pertenencia a la clase media baja y a la clase media en América Latina muestran el abismo entre esa concepción y los modos en que las personas perciben su

posición de clase. Según las mediciones de Latinobarómetro en dieciocho países de la región, en 2011 el 26% se consideraba de “clase baja”, 31% de “clase media baja” y el 38% de “clase media”. Si se observa el cuadro de la Cepal, con los recaudos metodológicos necesarios, se entenderá que es imposible construir una estrategia política adecuada sin tener en cuenta estos sentimientos de pertenencia de la población. Y menos aún en la Argentina, donde esta autopercepción como parte de las clases medias está más extendida, aunque ya sin los contrastes tan fuertes en el imaginario nacional que tenía el país con el resto de América Latina.

Según esa misma investigación, quienes se consideran parte de las clases medias y clases medias bajas tienen una inserción laboral heterogénea. En el caso argentino, el 24% son trabajadores por cuenta propia, el 14% realiza trabajo doméstico no remunerado, el 34% son asalariados y el 28% tiene otra situación laboral. Si el 86% de los encuestados en Argentina se autopercibe como parte de las clases medias o clase media baja, de ese total un tercio son asalariados, y un cuarto, trabajadores por cuenta propia. Es evidente que las clasificaciones objetivistas y las autopercepciones de clase son dos mundos inconmensurables.

Muchas fuerzas políticas no han tomado nota de este cambio cultural en el lenguaje coloquial. Puede haber personas que al acceder a trabajos fijos, comprar una vivienda, adquirir una moto o enviar a sus hijos a la universidad, ya no se consideren parte del nivel social más bajo. Por lo tanto, no se definen como “clase baja”, sino “clase media baja”. Esto incluye a gran parte de los trabajadores sindicalizados. Y según el tipo de trabajo o de otros factores, o simplemente en otros contextos, el término “baja” puede evaporarse y algunos trabajadores se consideran parte de la clase media a secas.

Para entender las consecuencias políticas de estas clasificaciones, es necesario distinguir a las personas que tradicionalmente se reconocieron parte de las clases medias de aquellas otras que sólo empezaron a utilizar estas definiciones a partir de cambios ocurridos en el siglo XXI.

Imaginarios y emociones de las clases medias tradicionales

Los sectores asentados en las franjas más altas de la pirámide social no sólo pretenden preservar y eventualmente incrementar sus ingresos. Una parte significativa también desea mantener o aumentar sus distancias simbólicas con los sectores que se encuentran más abajo.

Esto plantea un problema cultural y político a cualquier estrategia redistributiva, incluso si no afecta la economía de las clases medias altas. "No afecta" en el sentido de que no les ocasiona una pérdida de dinero, aunque acaso no ganen tanto como desearían. En la Argentina y otros países ha habido redistribuciones de ingreso en contextos de crecimiento, pero no redistribuciones de riqueza ni de patrimonio. De hecho, por ejemplo, no hubo una reforma impositiva progresiva. Sin embargo, en el mediano plazo el hecho de no ser perjudicados en el aspecto económico no reduce la oposición de las clases más acomodadas a los cambios redistributivos. Porque su oposición a estos gobiernos no deriva sin más de cálculos matemáticos acerca de ganancias o pérdidas. Se relaciona también, y en ciertas coyunturas de modo crítico, con su percepción respecto de su jerarquía social, su capital simbólico, sus formas de distinción de las grandes mayorías (véase Costa, 2017).

Estos sectores detestan la carga impositiva y la perciben como una intromisión indebida del Estado en su dinero, que en su imaginación es puro resultado de sus propios méritos, y que les ofrece la capacidad de distanciarse en diferentes

planos de la vida social de los sectores mayoritarios. Prefieren gastar mucho más dinero en salud, educación y seguridad privadas que un sistema impositivo que garantice una protección social del Estado. Desde ya, siempre insistirán con que a los impuestos se los roban los corruptos, incluso si sus hijos asisten a la universidad pública, si viajan por autopistas o líneas aéreas estatales, o si su comercio florece gracias al aumento de los ingresos populares.

Nada de eso será suficiente y ni siquiera será apreciado como una situación positiva, si estos sectores ya asentados sienten amenazada su exclusividad. Es decir, cuando sus lugares de ocio y consumo, sus *shoppings*, sus bares y sus clubes, quizá las plazas, las playas, los estadios y hasta las universidades los ocupan cada vez más sectores que en general han percibido menores ingresos, a los que ellos consideran inferiores y sin los cuales no pueden concebirse superiores. Es evidente que aparece aquí una dimensión cultural e identitaria crucial para la política. Para los sectores tradicionales, la propia identidad de clase media puede resultar amenazada ante el ascenso económico y el empoderamiento social y político de nuevos grupos.

Si además agregamos los extendidos y profundos imaginarios europeístas, racistas y clasistas de estos sectores medios asentados, podemos entender muchas de las reacciones emocionales. Así como las sociedades sólo soportan, en cada momento histórico, ciertas formas de la desigualdad, también hay un límite de las igualdades que resultan socialmente tolerables.

Los sectores medios tradicionales son una minoría en todos los países. Pero una minoría muy relevante numéricamente en algunos casos y con influencia en la opinión pública, la legitimidad y la construcción de agendas. Las preguntas políticas y culturales tienen distintos niveles. Por un lado, cuál es el grado de homogeneidad política de las

clases medias. Por ejemplo, el kirchnerismo implementó políticas universitarias, culturales y científicas que favorecieron a sectores medios. En ese plano, se asemejó más al gobierno de Lula que al peronismo clásico.

Por otro lado, ¿qué grado e intensidad de rechazo generó el gobierno kirchnerista en estos sectores? Algunas expresiones públicas, como las protestas contra la 125 o las manifestaciones opositoras de fines de 2012 e inicios de 2013, mostraron la intensa emocionalidad de esas reacciones. Artistas y humoristas cercanos al kirchnerismo, como Diego Capusotto, Pedro Saborido, y especialmente el dúo "Telma y Nancy" –dos mujeres que parodian las posiciones antikirchneristas de la clase media– tematizaron ese rasgo emocional. En una entrevista para *Infobae* realizada por Luis Novaresio (6/8/2017), Cristina Kirchner defendía la libertad de expresión que hubo durante su gobierno afirmando que se pegaron carteles que la acusaban de ser "yegua, puta y montonera". El periodista, muy crítico del kirchnerismo, afirmó que él vio y condenó esos carteles.

Las acusaciones racistas, tan comunes en el lenguaje coloquial de los argentinos, no estaban dirigidas ni contra Néstor Kirchner ni contra Cristina Kirchner. En realidad, apuntaban a quienes ellos dejaban protestar (porque se negaban a reprimir) o a los beneficiarios de sus políticas. Pero cuando la CGT opositora declaró una huelga general en 2014 contra el impuesto a las ganancias, no se escucharon discriminaciones similares. La Argentina es un caso desnudo en el cual la política rige las clasificaciones raciales y su uso.

En los otros términos utilizados específicamente contra Cristina Kirchner aparecen dos dimensiones: una vinculada al sexismo y la misoginia, y otra, a cuán viva se encuentra la década del setenta en la memoria de los argentinos. La belicosidad verbal de esos años, no exclusiva de ninguna de

las partes en disputa, parecía propia de un país que nunca había saldado diferencias abismales.

El sector decisivo de las clases medias emergentes

Como señalamos antes, una de las tres tesis más conocidas para explicar la derrota de 2015 es que estos gobiernos fueron víctimas de los beneficiarios de sus políticas. Algunos intelectuales plantearon el problema de un modo fatídico: afirman que como los sectores sociales más bajos accedieron al consumo y a un nuevo nivel de ingresos, entonces "se derechizaron".

A través de un mecanicismo economicista asombroso, se sostiene que las grandes mayorías no siempre pueden apoyar procesos redistributivos. ¿Por qué? Porque se dice que en la medida en que los gobiernos habilitaron procesos de inclusión y movilidad social ascendente, los beneficiarios de estas políticas atribuyeron esos logros al esfuerzo personal de cada uno y no a las políticas de Estado. La ecuación sería: a más clases medias, menos votos para los gobiernos que las generan. Este es un razonamiento objetivista y defensivo que evita analizar las limitaciones políticas de esos gobiernos.

Al igual que lo que ocurrió en otros países, el kirchnerismo redujo drásticamente la indigencia, disminuyó hasta un límite la pobreza e incrementó la autopercepción de ciertos sectores como clases medias. Como hemos mencionado, una vez que esas personas y sectores sociales notaron una transformación en su situación, ya no reclamaron por lo que estaba resuelto y sí plantearon otras preocupaciones. Entre las nuevas demandas hubo varias relacionadas con servicios públicos como transporte, seguridad y educación (véase Natanson, 2017) y con las aspiraciones de consumo.

La explicación de que los beneficiarios de las reformas redistributivas "se derechizaron" plantea problemas

conceptuales serios. En ese sentido, esta afirmación de García Linera sobre Bolivia parece que no fue comprendida en varios países:

> Han surgido otras colectividades sociales entre las clases populares y en las diversas clases medias de origen popular, mas volátiles, por residencia, por estudio o por comunidad virtual, que se mueven por otros referentes e intereses, muchas veces de carácter individual. Como gobierno revolucionario habíamos ayudado a cambiar al mundo; sin embargo, en la acción electoral, en una parte de nuestras acciones, seguíamos aún actuando como si el mundo no hubiera cambiado. Acudimos a medios de movilización y de información insuficientes para la nueva estructura social de clases y, en algunas ocasiones, empleamos marcos interpretativos del mundo que ya no correspondían al actual momento social (García Linera, 2016).

Según esta formulación, las acciones del gobierno generaron cambios sociales que tuvieron implicancias culturales y políticas. Pero como el gobierno no captó las modificaciones que había logrado, cometió errores que llevaron a una derrota electoral. Es decir, hay transformaciones subjetivas en la sociedad que es necesario comprender. Cuando este rasgo es menospreciado, se genera un problema intersubjetivo, de comunicación.

No se trata de idealizar a las clases medias emergentes. Viven, como todos, en un mundo donde parece imposible imaginar el fin del capitalismo, en una cultura global que marca el prestigio personal y familiar en torno al consumo. Cambian su posición social en contextos de expansión del consumo, desean acceder a bienes o servicios con los que sólo habían soñado. Son seres humanos que viven en una

cultura desigual y, como tales, pueden desear también distinguirse de aquellos sectores que están debajo de ellos.

Al salir de cualquier idealización y de cualquier condena moral, nuestro análisis pretende devolver a estos sectores sociales al escenario de la disputa política. En ella resultaron decisivos, tanto por su peso electoral como porque una parte del cambio social consistió justamente en el surgimiento de esta nueva clase media.

Los dirigentes políticos vieron debilitada su capacidad de interlocución porque no supieron comprender a estos nuevos sectores. Los condenaron moralmente, y así perdieron contacto y se distanciaron de una numerosa población. Eso exacerbó la frustración de quienes se autoproclamaban como única representación del pueblo, pero no parecían dispuestos a entender las heterogeneidades de ese "pueblo".

Al no asumir como propia la construcción de una nueva agenda para esta etapa, y concentrar su estrategia en reivindicar los logros gubernamentales, el kirchnerismo corría el riesgo de que una derecha que se presentara como "moderna", con un marketing del *catching all*, se apropiara del discurso del cambio. De hecho, una parte del éxito cultural y político de la "revolución neoconservadora" de los ochenta se asentó sobre esa operación: colocar a las izquierdas a la defensiva y apropiarse de la narrativa de lo nuevo.

Los gobiernos posneoliberales fabricaron "clases medias", pero no las comprendieron. Debería resultar claro que un proyecto que no incluya las demandas de servicios, de transparencia y que satisfaga ciertos niveles de consumo tendrá grandes dificultades si pretende ser mayoritario en la Argentina. En realidad, podría serlo después de nuevas consecuencias neoliberales pero sólo mientras reparan esos daños. Un programa que se proponga ir más allá, necesita

comprender las percepciones, sensibilidades y demandas de una sociedad con más sectores medios y con menos exclusión.

Las dinámicas aspiracionales producen no sólo nuevas demandas, sino identificaciones de niveles socioeconómicos menos privilegiados con otros más favorecidos. Ese problema muy real no se resuelve mediante el rechazo y el enfrentamiento con la "aristocracia obrera" o con las "clases medias". Se debe abordar analizando sin cegueras las múltiples causas del malestar (que puede incluir problemas gubernamentales como corrupción, tozudez, verticalismo, actitudes autoritarias, ineficacia). Es decir, el desafío es encarar el arduo trabajo para desarticular las equivalencias oposicionales, en lugar de alentarlas con binarismos que socavan la capacidad hegemónica propia.

Aquellas fuerzas políticas que se conciben a sí mismas como representantes de las "grandes mayorías" necesitan desplegar una sensibilidad que les permita entender los sentimientos y autopercepciones de clase de las poblaciones que pretenden representar.

La batalla cultural

Las distintas cuestiones que abordamos hasta aquí se relacionan con otro problema: la concepción de la batalla cultural como "dicotomización" de identidades. Las matrices culturales que impulsaron dinámicas de polarización binarias, reclamando la identificación del pueblo con los actores políticos que pretendían representarlo, perdieron de vista las incidencias paradojales de la cultura política.

Así como existen la restricción externa (falta de divisas) y la interna (oposición de poderes corporativos), hay una tercera restricción que los actores sociales ignoran: la cultural. Los humanos somos seres culturales, incluidos los importantes empresarios, dirigentes sindicales o presidentes. También ellos tienen un sentido común, como los ministros

y funcionarios, y hablan una lengua, entre las miles que existen en el mundo. Y cada una de ellas (como cada dialecto político) permite e impide pensar y decir ciertas cosas.

Cuando los políticos no registran la restricción cultural, la cultura opera sobre ellos más que ellos sobre la cultura. El lenguaje, los símbolos instituidos, los imaginarios sociales y su propia imaginación acerca de qué es deseable y qué es posible constituyen un límite cultural para la acción pública.

Las creencias sociales acerca del Estado, de la educación, de la inclusión y de la desigualdad establecen fronteras para la política. Por un lado, innumerables avances pueden evaporarse porque no se asientan en cambios profundos en el sentido común. Las propuestas económicas y políticas sólo pueden sostenerse cuando se enraízan en intensas transformaciones culturales. Por otro, también una política de libre mercado y contra los sistemas de protección social sólo es viable si genera las condiciones culturales que la hagan posible

Por ejemplo, es evidente que hacia 2015 algunos sectores de las derechas latinoamericanas, después de años de fracasos, habían concluido que no podían disputar con chances de ganar las elecciones sin presentarse de modo menos virulento ante el electorado, debían aceptar ciertos logros de los gobiernos de izquierda y moderar su discurso. En su campaña electoral, Macri tuvo que ceder ante las convicciones sociales a favor de un Estado activo. Esta concesión discursiva no indica ningún cambio ideológico de las derechas, pero sí señala cambios culturales profundos en las sociedades y en las estrategias políticas de las derechas en ese momento. En un contexto diferente, comenzaron a alumbrar otras tácticas, la más revulsiva de las cuales fue la de Jair Bolsonaro en Brasil.

Si hay algo evidente es que desde hace varios años la "batalla cultural" ha sido entendida de un modo equivocado.

Las luchas por los valores e imaginarios no se ganan ni con buenas intenciones ni con ubicarse en el lugar "correcto". Tampoco debe exagerarse el lugar de la "información" como si se tratara de una lucha entre datos, o entre verdades y mentiras. Las verdades acerca de los logros sociales pueden verse corroídas cuando se pierde credibilidad en cuestiones de Estado, como las estadísticas o la transparencia. En el momento en el que la derecha se apropió del término "transparencia", la izquierda perdió una batalla pública relevante.

Además, los modos de vinculación entre los líderes políticos y la población tienen un papel decisivo. Cuestiones como el sacrificio, el agradecimiento, la honestidad, la humildad o la soberbia son cruciales en la dimensión cultural. ¿La población se cansó de toda pugna y se ilusionó con un consenso vacío? ¿O percibió un enfrentamiento identitario que le reclamaba más de lo que estaba dispuesta a dar cuando empezó a encontrar resultados menos efectivos que antes?

Nuestra hipótesis es que la épica kirchnerista fue tomando distancia ante las crecientes restricciones económicas y sus consecuencias. Pero ese error no significa que los argentinos estaban prestos para retomar la épica neoliberal de los años noventa. Por eso, como en 2015 ganó la derecha en las urnas sin un giro a la derecha en la sociedad, otras disputas culturales continuaron intensificándose.

La reacción simbólica de "defender lo logrado", subrayando los contrastes con la crisis de 2001, dejó al kirchnerismo (que nunca quiso debatir reformas impositivas, ni leyes que den transparencia a la política, ni la autonomía del Indec) aferrado a un pasado que la sociedad percibía había conseguido varios triunfos, pero también situaciones inaceptables que eran igualmente defendidas.

La primera derrota cultural sucedió cuando la derecha se

apropió del discurso del cambio y el futuro. Así fueron las revoluciones neoconservadoras de la década del ochenta. Los éxitos neoliberales comienzan cuando, en la izquierda, el discurso sobre la educación o la salud pública se queda en un plano sólo defensivo y se renuncia a construir una agenda propia del cambio.

En un contexto de crecientes dificultades económicas y de intensificación de la división política de la sociedad, a diferencia de los años previos –en los que el oficialismo se había visto beneficiado por ese panorama fragmentado–, desde 2012 la polarización comenzó a producir efectos distintos. El tercio de la sociedad que nunca había sido kirchnerista ni antikirchnerista fue rechazando crecientemente el estilo del gobierno. Hacia el final, la presidenta Cristina Kirchner reconoció esto en algún nivel, y dijo que quizá su estilo personal no gustara. Pero, insistió, se trataba de discutir la sustancia, no las formas. Después, en su campaña electoral de 2017, hizo una autocrítica bastante acotada: "Alguien llegaba a su casa, encendía el televisor y veía que la presidenta era una persona enojada, crispada u ofuscada, y no era lo mejor para un presidente. No advertí que por las formas iba a ser atacada y criticada, e invalidar lo que era importante".[55]

La mayoría de ese tercio de la sociedad vio en las formas algo sustancial. Así, las extensas y frecuentes cadenas nacionales generaron un *boomerang*. Mientras el gobierno consideraba que sólo así podía comunicar sus logros, amplios sectores sociales comenzaron a molestarse por los discursos largos, dedicados en buen grado a una confrontación que se iba percibiendo como ajena, en la medida en que se desconectaba cada vez más de las vidas cotidianas.

Eso no significa que los resultados de esa disputa no tuvieran repercusión objetivamente en la vida de la

población. Por el contrario, tendrían impactos inmensos. Pero el hecho es que un gobierno que con anterioridad supo comunicar muy bien algunas de estas cuestiones, se aferró a recursos equivocados en sus últimos años. Hubo muchísimos temas que despertaron polémica, como el Indec, la minería, la represión a los Qom o la designación de Milani. Sus opositores más entusiastas afirmarán que todos esos hechos definían al kirchnerismo. Sin embargo, en el análisis conviene dudar –sea el gobierno que sea– y preguntarse qué elementos son esenciales a un proyecto político y qué medidas son consecuencia de errores de interpretación o de gestión. Eso formará parte abierta de un debate sobre “la esencia” del kirchnerismo, distante de nuestras preocupaciones aquí. Lo cierto es que esas decisiones llevaron al kirchnerismo a un creciente alejamiento y desgaste. Así como a grietas de credibilidad.

Todo esto indica que, después del 54% de 2011, al gobierno saliente cada vez le costó más transformar las restricciones culturales y quedó atrapado en históricos condicionantes argentinos, rasgos que en distintas circunstancias han atravesado al peronismo y al antiperonismo: la dicotomía, la incomprensión de los apoyos sociales que logra el adversario, la identificación de “tener razón” con el triunfo asegurado, el paulatino aislamiento y un potente verticalismo completamente ineficaz en términos de éxitos políticos.

La paradoja es que de una cultura política como la argentina no puede esperarse la sustentabilidad de un proyecto de transformación. Se trata de una cultura que genera dicotomías tan absolutas que hace imposible incorporar elementos de las críticas de los adversarios, lo cual lleva a la derrota a proyectos con logros innegables. Una cultura obsesionada con sus pasados remotos del siglo XIX, una cultura en la que anidan ilusiones

primermundistas, una cultura en la que también existe una minoría intensa que promueve la exclusión social de sectores de la población, una cultura política en la que ningún actor relevante se empeña en trascender el doble estándar, entre muchas otras características que podríamos enumerar.

Sin embargo, no hay proyecto de cambio –ni liberal ni de justicia social, ni ningún otro– que pueda desplegarse sin apoyarse en dimensiones vivas de la propia cultura política. Por eso, un plan de desarrollo con justicia social requiere a su vez sustentarse en los aspectos positivos de la cultura argentina y apuntar a la transformación de problemas muy arraigados en la tradición nacional. ¿Acaso podría alguien que proviene de esa misma cultura transformarla realmente? Existe la posibilidad, pero hay que explicitarla. Sólo sería factible si, por presión de otros actores sociales e institucionales, se despliega una mirada crítica y reflexiva sobre la propia cultura. Si no se transforman las bases de la imaginación social y política, todo lo sólido podrá desvanecerse en el aire.

Los tres tercios

En los últimos años, la sociedad argentina ha estado dividida en tres sectores. Antes de 2015, alrededor de un tercio era firmemente oficialista, otro tanto, opositor, y otro, votantes sin una preferencia fija, indecisos, que cambiaban de opinión. Muchos de estos últimos votaron a Cristina Kirchner en 2011 y a Mauricio Macri en 2015. Con variantes en los porcentajes de adhesión a cada polo, esta división tripartita se mantuvo por mucho tiempo.

En la última etapa del kirchnerismo, el gobierno se dirigió cada vez menos al tercio de indecisos, que resultaba un grupo clave. Y cada vez más radicalizó su discurso en términos de amigo-enemigo, reforzó la convicción de los ya "convencidos" y generó una creciente distancia con el sector

intermedio. Los discursos de la presidenta por cadena nacional, algunos programas de televisión, la publicidad oficial y otros símbolos conformaron lo que la oposición designó despectivamente como el "relato kirchnerista" que, desde el punto de vista del kirchnerismo, contribuyó a otorgar un carácter épico a las políticas oficiales y a forjar una esfera de adhesión intensa. Hacia el final del segundo mandato de Cristina Kirchner, ese discurso tuvo dos problemas. Por un lado, la épica se engrandecía mientras las percepciones sociales de las dificultades de la realidad económica iban en sentido contrario. Por otro, la institucionalización de mentiras y distorsiones con respecto a ciertas políticas y problemas debilitaba la capacidad del gobierno de defender su relato. En efecto, desde 2007 el gobierno había destruido parte de las estadísticas oficiales, ya que había manipulado el índice de inflación, que terminó siendo una tergiversación asumida por todos que arrojaba una dato inflacionario que era la mitad o menos de lo que sucedía en la realidad.

El gobierno negaba la inflación real, superior al 25%, no sólo en sus discursos, sino en la falta de explicaciones sobre sus causas y de políticas que buscaran contrarrestarlas. Los funcionarios llegaron a tener prohibido admitir que había inflación. Se sumaron otras negaciones como la de la pobreza –cuando el gobierno se rehusó a publicar las estadísticas– y del persistente incremento del delito. Mientras tanto, eran los sectores medios y más pobres los que estaban en la posición más proclive a ser víctimas de estos problemas. Esa negación de aspectos que se vivían cotidianamente en las calles se combinó con la negación de actos de corrupción.

Al relato antikirchnerista que despreciaba cualquiera de los logros alcanzados al grito de "inseguridad, inflación, corrupción", se le respondía con listados de conquistas como

si fuera un diálogo de sordos. Cuando los argentinos vieron por televisión al exsecretario de Obras Públicas, José López, tratando de esconder bolsos con millones de dólares en un convento en horas de la madrugada, todo se puso en duda, incluidos éxitos indudables del gobierno. Y como en muchos otros países, por ejemplo Brasil, la denuncia de la corrupción se convirtió extrañamente en una bandera de la derecha. "Extrañamente" porque no sólo en el caso de Brasil y la Argentina existe una aguda corrupción en esas fuerzas que se presentan como abanderadas de la "ética", con denuncias en los Panamá Papers, contratos turbios con el Estado, aportes falsos a las campañas electorales, coimas vinculadas a la obra pública. "Extrañamente" porque en Sudamérica es imposible desligar la corrupción de la historia del capitalismo y del neoliberalismo. Sin embargo, fuerzas neoliberales, al menos por un tiempo, se apropiaron de esa consigna con una hipocresía y un doble estándar impresionante, pero eficaz.

Quizás ese haya sido uno de los efectos más devastadores de las ofensivas antikirchneristas. Ante esas crisis, el gobierno, en vez de diferenciar aquello que era innegociable de lo que podía revisarse –así como de distinguir lo esencial de lo no esencial–, tendió a rechazar a toda la oposición por igual, y contribuyó a una polarización que tornaba la disputa política cada vez más dificultosa. La posición discursiva generaba una creciente distancia entre las percepciones de la sociedad y las del gobierno. La lucha política debilitó a una gestión que aparecía como insensible a problemas reales.

Durante más de una década, con mejores y peores momentos, el kirchnerismo había logrado articular sectores heterogéneos y fue eso lo que en gran parte había colaborado a que deviniera hegemónico. Cuanto más homogéneo se tornó después de 2011, menos apoyo logró suscitar.

Los límites hegemónicos del “populismo”

Hasta aquí evitamos a conciencia mencionar el concepto de “populismo”, ya que se ha convertido en una noción tan polisémica y encasillada que a veces es mucho más lo que oscurece que lo que aporta. Si por un lado el conflicto social es inherente a todas las sociedades complejas, democráticas o no, el populismo *à la* Laclau (2005)[56] tiende a organizar esa conflictividad a través de un dispositivo de polarización muy específico. Si el populismo se considera, como es obvio, representante del “pueblo”, su alteridad no puede ser otra que el “antipueblo”. Así, la división del campo político se plantea crecientemente en términos identitarios y no en términos de acceso a derechos. Esta sola distinción no puede ser comprendida si no se acepta que la heterogeneidad económica, social, cultural y política de los sectores subalternos desborda a una identidad populista. Lo cual implica que esta debería constituirse siempre en expansión y en alianzas con aquello que la excede.

La paradoja del discurso populista es que se sustenta en el postulado de su representación política del pueblo, de la nación, de la totalidad, para enviar al territorio del antipueblo y la antipatria a todo lo excluido de las propias fronteras identitarias. Es muy obvio que en contextos electorales cualquier experiencia política o proyecto disputa la obtención de la mitad más uno de los votos. En ese sentido, la idea de que la mitad podría ser la totalidad plantea una inestabilidad representacional y, al mismo tiempo, un distanciamiento de los sectores más cercanos de la mitad excluida.

Gerardo Aboy Carlés propone pensar el populismo a partir de la coexistencia de dos tendencias contradictorias: “La ruptura fundacional (que da paso a la inclusión de lo excluido), pero también la pretensión hegemónica de representar a la comunidad como un todo (la tensión entre

plebs y *populus*; esto es, entre la parte y el todo)" (Aboy Carlés, 2010).

A su vez, en la medida en que realmente los dirigentes y militantes de movimientos con influencias populistas creen representar al todo, carecen de herramientas teóricas y políticas para comprender la posibilidad de un fracaso electoral. Puede haber derrotas en lugares específicos, que serán vistos –a partir de ese momento– como centros antipopulares, lo cual de por sí potenciará la distancia entre el movimiento populista y esos territorios. Una ciudad que se ganó en una etapa y se perdió en otra puede ser estigmatizada como "de derecha". Pero la derrota a nivel nacional es impensable. Y de ahí la necesidad de absolutizar los factores exógenos para explicarla.

Un problema adicional, derivado de esta concepción de la representación política, refiere a la naturalización de la idea de pueblo y de sus intereses, y de la consecuente constitución del sujeto político. En este sentido, la crítica de Quijano (2015) a la noción de clase del materialismo histórico, por su naturalización y homogeneización, es totalmente aplicable a esa conceptualización del pueblo. Cualquier conceptualización de "trabajadores" o "asalariados" alude a una realidad estructural heterogénea (véase capítulo 2). El concepto de pueblo intensifica el carácter heterogéneo de esa referencia, ya que inexorablemente tiene dos opciones. O bien incorpora a los asalariados, a los trabajadores precarizados, a los indígenas, a los afro, a los desocupados, al trabajo no remunerado, la dimensión de género y a las clases medias, o expulsa a alguno de estos sectores. En otras palabras, o acepta la heterogeneidad constitutiva del "pueblo" o fabrica una homogeneidad excluyente.

Por otra parte, no existe naturalidad alguna en la constitución del sujeto político, ni en términos de clase, ni

étnicos, ni raciales, ni populares. Como trabajo de articulación es sólo una posibilidad histórica que, cuando se constata, implica que aquello que deviene pueblo es un conjunto altamente heterogéneo (en términos estructurales, económicos, culturales y de poder). “Deviene pueblo” porque “pueblo” como representación nunca es un hecho dado, sino una potencia contingente.

En los momentos de mayor capacidad hegemónica, en el sentido de englobar la heterogeneidad que lo desbordaba, el kirchnerismo vinculó sus políticas económicas, sociales o de derechos humanos a las necesidades nacionales. Mientras que, cuando esa capacidad disminuyó, buscó relacionar –de manera inversa– sus necesidades políticas con las de la nación.

Si se quiere entender cómo operó ese desplazamiento entre las máximas referencias políticas, podría establecerse una secuencia esquemática. Ante decisiones aparentemente riesgosas que se revelaron muy acertadas (como la reestructuración de la deuda o el rechazo del ALCA), o ante medidas más polémicas pero que el gobierno consideraba imprescindibles por razones fiscales o de la propia gobernabilidad, de manera creciente el kirchnerismo percibió acciones destituyentes (o las interpretó como tales) por parte de corporaciones económicas, institucionales o mediáticas. En lugar de enfrentar esas acciones buscando ampliar su base de sustentación social y política, sobre todo después del éxito electoral de 2011, la estrategia fue intensificar la polarización, apuntando a una creciente homogeneización de la propia fuerza política. Como mencionamos más arriba, se concentró en convencer aún más a los ya convencidos; pero esta jugada, en vez de fortalecerlo, lo debilitó.

Si hubiera una plena identificación entre el pueblo y el movimiento político, el primero no podría expresarse sino a

través del segundo. Pero si, como hemos mostrado, el "pueblo" es siempre una heterogeneidad irreductible a una identidad política, en todos los contextos hay más o menos sectores populares no peronistas o no kirchneristas. Si un discurso populista reclama el monopolio de la representación homogénea del pueblo, genera una rispidez, una distancia, un malestar de los sectores no identificados. En la medida en que esa frontera se profundiza, se genera una ruptura y una confrontación. La interpretación identitaria de esa tensión la coloca en la dicotomía pueblo y antipueblo. Pero eso no hace más que agudizar, por motivos estrictamente políticos, una división que es imaginada de otra manera.

Eso genera procesos de adhesión y expulsión de dirigentes, agrupamientos, sindicatos e individuos. La fidelidad tiende a ser total, o el antagonismo tiende a ser absolutizado. La escisión o el desplazamiento a la oposición de dirigentes y agrupaciones fueron maniobras que líderes kirchneristas despreciaron en la etapa de ampliación de la base electoral. Pero se tornó un problema de primera magnitud ante grandes contiendas electorales.

Esa concepción se manifestó aun después de la derrota de 2015. Uno de los cánticos kirchneristas que más energizaban a sus filas era "vamos a volver". Cuando cada vez más sectores sociales comenzaron a oponerse a medidas económicas y políticas del gobierno de Macri, esa consigna no podía unificar, sino dividir a la oposición. La idea de que la reivindicación de su identidad política debería allanar el camino para el retorno no capta que esa afirmación identitaria no sólo generó lealtades, sino también rupturas. Tampoco tiene en cuenta que esas escisiones, cuya resolución aparece como una condición para la derrota de Macri, no pueden ser reparadas desde una lógica identitaria.

Esa política identitaria concibe a las sociedades

fragmentadas en dos. Por eso mismo pierde de vista al amplio sector que no adhiere a ninguna de las principales alternativas políticas. También lleva al error no forzado de construir una épica que niega los problemas que la sociedad percibe. Esa distancia se traduce en desconfianzas. En ese sentido, todo gobierno necesita construir una narrativa propia y proponerla a la sociedad. Pero la pregunta política es hasta qué punto ese relato es verosímil y los diversos sectores de la población acceden a creer en él o no.

Detrás de estrategias políticas equivocadas, hubo problemas de conceptualización. La dicotomización puede funcionar contra el ALCA, el FMI o los genocidas. Pero cuando el "nosotros" se refiere a una corriente política, reduce los espacios intermedios y los matices, expulsa las críticas puntuales, las diferenciaciones específicas. Ni el sectarismo ni las formas de autoproclamación contribuyen a generar alianzas que construyan una mayoría que debería incluir a otras identidades políticas o agrupamientos sin identificación partidaria.

Para construir esas mayorías el camino a recorrer es muy diferente. Se trata de vislumbrar las reacciones populares a las políticas neoliberales en toda su heterogeneidad de sectores, identidades, tradiciones, organizaciones y repertorios de lucha. El desafío es que ese malestar y esa batalla a los planes neoliberales, por todo lo que hemos explicado, no tiene una deriva mecánica en el plano de la representación política. Para saldar el abismo que puede haber entre la oposición a esas medidas y la representación, el primer paso es reconocer las heterogeneidades constitutivas para elaborar formas de articulación que expresen esa pluralidad y, así, puedan ser efectivas.

Cada uno de los peronismos en ascenso constituye un capítulo de una articulación de heterogeneidad. Y cada una

de sus derrotas es un caso de ruptura o estallido de esa heterogeneidad.

Néstor Kirchner no podría haber llegado a la presidencia si no era protagonizando una alianza política muy heterogénea, en la cual las nuevas ideas y rostros se mezclaban con otros más conocidos y tradicionales. Si bien la idea de pertenencia a una generación (la del setenta), que había entregado la vida intentando cambiar el mundo, fue un rasgo clave de cuadros relevantes del gobierno, también hubo amplios sectores que ocuparon posiciones importantes sin tener vínculo alguno con esa sensibilidad o esa perspectiva. Tal como sucedió en otros países, los acuerdos que viabilizaron gobiernos dispuestos a romper la "normalidad neoliberal" incluyeron distintas vertientes y lógicas, desde la *real politik* de sectores políticos tradicionales hasta complejas relaciones con movimientos sociales. El desafío de conceptualizar la heterogeneidad de las propias fuerzas políticas es crucial para preservar o ampliar esa diversidad, o bien para reducir los riesgos centrífugos de ruptura.

Si, tal como sucedió, esa heterogeneidad de las fuerzas y sectores fue una condición necesaria de los gobiernos kirchneristas, la sustentabilidad política de sus proyectos estaba constantemente desafiada. Porque, además, sus adversarios también jugaron y procuraron generar hendijas y rupturas en la articulación de aquella multiplicidad.

Cuando este elemento se pierde de vista, crece la tentación de creer que los liderazgos personales fuertes expresan fuerzas políticas homogéneas. Si así fuera, el líder sólo debería poner en escena su carisma para convencer a la sociedad de una medida o una postura. Sin embargo, las intensidades con las cuales los sectores de la sociedad escuchan esas palabras son diversas. También varían en coyunturas históricas distintas. Además, en algunos

momentos, sectores sociales y políticos que forman parte de esas alianzas pueden elevar voces más o menos disonantes. Ante lo cual, la peor actitud política es la condena moral a esa disonancia, ya que es negar el síntoma de procesos profundos, de heterogeneidades constitutivas.

El antikirchnerismo

En el capítulo 2 señalamos que el antiperonismo de mediados del siglo XX fue el resultado de una conjunción de la perspectiva patronal, la perspectiva civilizatoria y la tradición antifascista. Quizá no pueda ofrecerse una versión tan compacta sobre el antikirchnerismo, aunque sí contó con fuertes elementos que combinaban la reacción de las patronales agropecuarias con los productores asociados en la Federación Agraria. Eso le daba su matiz "de campo". También recogió gran parte de las tradiciones antipopulistas, en todas las críticas a los programas de transferencias monetarias (contra los "planeros", "esos vagos"), sin cambios importantes en sus tintes racistas y misóginos. Sin embargo, el antikirchnerismo se hace complejo porque, así como el antiperonismo dividió a la izquierda, aquí se escindió al progresismo.

La noción de progresismo en general alude a capas medias urbanas que se preocupan por una menor desigualdad social, por el respeto de los derechos humanos, por ideas de tolerancia a la diferencia y por un rechazo a la corrupción. Sus límites son difusos hacia la izquierda y hacia el centro. En los años ochenta comenzaron apoyando a Alfonsín y se desilusionaron. Detestaron a Menem por el indulto, las privatizaciones, por moldear la Corte Suprema a su medida y por la corrupción, pero también por su forma de hablar (la tonada riojana), por sus modales y sus gustos "poco refinados". Simpatizaron con el Frepaso y con Chacho Álvarez y se dividieron en dos ante el kirchnerismo. En los términos de Ostiguy (1997), el progresismo se ubica en una

centroizquierda alta, con sensibilidades muy variables hacia “lo bajo”.

Algunos progresistas leyeron el kirchnerismo como la concreción de muchos de sus sueños: la reivindicación de los derechos humanos, el mejoramiento de las universidades, la promoción de la cultura en alianza con el sindicalismo y el peronismo. Sueños que creyeron inalcanzables se hicieron posibles. En cambio, otros progresistas interpretaron al kirchnerismo como una impostación, una exageración o una falsificación.

Esa escisión en el progresismo se reflejó tanto en dirigentes políticos como en intelectuales. Aquí es una característica que nos interesa como uno de los elementos necesarios para comprender la especificidad del triunfo de Macri. Porque el camino que lo llevó a formar Cambiemos y romper su techo electoral histórico tiene una protagonista clave: Elisa Carrió. La diputada, asociada al progresismo antes de la asunción de Kirchner, supo construir una figura de “fiscal de la República” que la ubicó en un lugar de jerarquía moral. Denunciaba todo, lo cierto, lo dudoso y lo inverosímil, con una vehemencia única. Sabía aprovechar los generosos espacios a los que accedía en los grandes medios, con frases estridentes y beligerantes como “los Kirchner se robaron el país”. En 2007 había declarado que quería unir a toda la oposición, pero que tenía un límite: “Mi límite es Macri”. En 2015 decidió cruzar esa barrera y fue clave en la construcción de un frente electoral llamado “Cambiemos”. Después de competir en elecciones primarias con resultado asegurado, Macri apareció como el candidato de la unidad antikirchnerista, pero con potente efecto de limpieza “moral”. Así y todo el electorado dudó y entre las primarias de agosto y la primera vuelta de octubre de 2015 lo elevó sólo diez puntos, del 24 al 34%. Esos diez puntos fueron un apoyo significativo, pero poco decidido: si el candidato

oficialista hubiera alcanzado el 45% establecido en la Constitución, ese crecimiento habría resultado insuficiente.

Una parte de la estrategia electoral de Macri fue posicionarse junto con Carrió como "fiscal de la transparencia". Pero, además, para que la sociedad creyera que un empresario que pertenece a una familia que siempre hizo grandes negocios con el Estado podía representar el cambio, "Mauricio" buscó que lo llamaran por su nombre y diluir así su apellido. Con eso no alcanzaba. También prometió no atacar nada de lo que se había "hecho bien": juró duplicar la inversión científica, mantener la AUH, y la estatización de Aerolíneas e YPF. Al mismo tiempo, fue desplegando estrategias de comunicación para mostrarse como lo opuesto a ciertos rasgos del kirchnerismo.

Utilizó las ambigüedades de los peronismos y las escisiones sucesivas para incorporar dirigentes de los que hacía gala u ocultaba según los mandatos del marketing. Días antes de las elecciones inauguró un monumento a Perón junto con Eduardo Duhalde y Hugo Moyano. Dijo que "el peronismo es la búsqueda de igualdad de oportunidades" y que "Perón marcó varias guías para mí".

El nombre de su fuerza política, "Cambiemos", estaba formulado en primera persona del plural. Incluía al propio candidato.

El espejo invertido y su límite

Una regla general del gobierno de Macri fue aparecer como la contracara del kirchnerismo. Cuanto más crítico era el funcionamiento de la economía ya bajo su mandato, más se concentró en atacar al kirchnerismo, en hablar de la "pesada herencia" recibida, en describir a la Argentina como un país "quebrado" y "vaciado". Polarizar al extremo y profundizar la grieta era la carta disponible ante los recurrentes fracasos de lo que el presidente había bautizado

–en alusión a su gabinete– "el mejor equipo de los últimos cincuenta años".

¿Durante cuánto tiempo puede el gobierno echar las culpas a la llamada "pesada herencia"? Después de la elección de medio término, en 2017, era esperable que más sectores sociales consideraran que ya era suficiente. A partir de marzo de 2018 hubo graves problemas en la economía, con una crisis cambiaria que generó una megadevaluación, pérdida de reservas, un nuevo acuerdo entre el gobierno argentino y el FMI y un proceso de recesión con alta inflación. Carlos Pagni, analista político, afirmó que un ministro le dijo: "Si no hay pan, que haya circo" (*La Nación*, 3/8/2018). Y el estallido de nuevos espectáculos de la corrupción de funcionarios kirchneristas siempre fue una importante colaboración. Pero, para quienes estuvieran dispuestos a escucharlo, el presidente Macri explicó que era hora de resolver un problema que había nacido setenta años atrás. No mencionó explícitamente la palabra "peronismo". No sólo porque se supone que hay peronistas que integran su "equipo", sino también porque su gobierno y los periodistas oficialistas inventaron la nueva categoría de "peronismo racional" dentro de la cual ingresan todos aquellos que aprueben las leyes más polémicas del gobierno y sólo mientras las apoyen. Pero Macri fue claro con las siete décadas, la cuenta es transparente.

Esa estrategia tiene algunos inconvenientes serios. En primer lugar, no sólo la comunicación no puede hacer funcionar la economía. Quienes se supone que tendrían que hacerla funcionar, es decir, los economistas, tampoco lo han logrado después de tres años de gobierno. Su potente ortodoxia entiende que con los "costos argentinos" (que es lo que los derechos sociales significan para ellos) no puede haber lluvia de inversiones. Muchos simplemente se ilusionan, como sucede desde hace setenta años, con reducir

el poder adquisitivo y social de los trabajadores. Otros creen de forma genuina que, a menores costos laborales, habrá mayores inversiones: una regla que sólo existe en su cabeza, porque en los países más desarrollados es donde hay más derechos sociales, y los países que se incorporan al desarrollo terminan generando esos derechos.

El segundo problema es que la única forma de implementar medidas drásticas de flexibilización laboral y de reducción del poder adquisitivo es mediante una modificación de la relación de fuerzas con la que asumió el gobierno. El voto a Cambiemos en 2015 no fue la consecuencia de un giro ideológico hacia la derecha de la sociedad argentina. La mayoría (según las encuestas conocidas) no desea una política neoliberal clásica, ya que la experiencia de los años noventa fue desastrosa. La mayor parte de la sociedad quiere un Estado presente en la economía. Y por otro lado, no quiere retroceder en los avances de derechos humanos.

De hecho, aunque el gobierno de Macri ha logrado imponer grandes aumentos de tarifas, restringir las paritarias, aprobar una reforma previsional negativa para los jubilados y pensionados, firmar el acuerdo con el FMI y reducir el poder adquisitivo con la megadevaluación, tuvo que lidiar con una sociedad constantemente movilizada, con masivas protestas sindicales, manifestaciones de las organizaciones sociales ligadas a "los trabajadores de la economía popular", en contra de los intentos por conmutar penas a los represores juzgados y encarcelados, de docentes y universitarios, en protesta ante los avances represivos, y otras cuestiones.

El tercer problema es que el crédito de Carrió tenía y tiene una contradicción insalvable. Hay un apoyo a Cambiemos que deriva del odio que generó tanto la corrupción real como la ficticia. La real es aquella que de hecho existió, pero

paralelamente hay además una narrativa ligada a la idea de que “se robaron el país”, que postula que todos los funcionarios y legisladores kirchneristas fueron corruptos, lo cual es falso por completo. Pero el problema es que con Macri se recurrió al viejo mito de que “como es millonario no viene a robar”. Hay que señalar que en ese punto un sector de la sociedad volvió a mostrar una capacidad asombrosa para *olvidar*, para disfrutar de su ceguera voluntaria sobre historias muy conocidas acerca de ciertas fortunas. Y en sucesivos episodios (el Correo, los Panamá Papers, Iecsa, el dinero fuera del país, la falsificación de aportes a la campaña electoral), fue posible apreciar que el doble estándar está instalado de modo irremediable en intelectuales y periodistas argentinos.

Los balances y los peronismos de oposición

La política es un arte extraño en el cual no siempre hay que responder con las armas que propone el adversario. Justamente los gobiernos son eficaces no cuando evitan que haya oposición, sino cuando logran que el debate se despliegue en los términos que el propio gobierno propone.

El desafío que debe afrontar la oposición es hallar el modo de romper estos juegos de alteridad, este territorio de disputas. Para poder así desplazarse del pasado al futuro. Virar hacia soluciones que enamoren o que al menos sean seductoras. Como en otras encrucijadas, hasta ahora no se encuentra la salida del laberinto. Es riesgoso que los múltiples sectores de la oposición sólo enamoren de sí mismos si ven en el espejo su fragmento particular. Si ven la imagen completa de los opositores en plural, muchos se espantan. Se puede afirmar que en caso de que haya “unidad”, como articulación de heterogeneidades, inexorablemente habrá perturbación y dolor.

Los peronismos, como oposición al gobierno de Macri, fueron relacionando sus distintos balances de la experiencia

kirchnerista con sus posicionamientos políticos. Las tres dimensiones de la política que señalamos en la Introducción aparecieron con fuerza en distintos sectores: izquierda-derecha, alto-bajo, dogmatismo-pragmatismo. Por una parte, la importante protesta social contra medidas del gobierno generó múltiples figuras de representación gremial o sectorial. Sin embargo, en aquella contraposición entre "lo bajo" y "lo alto", ninguna voz podía devenir estrictamente política, con capacidad hegemónica, si permanecía en el espacio de la protesta.

En el plano político, los distintos balances se ligaron a proyectos opuestos. Una buena parte de los gobernadores y de líderes vinculados a ellos consideraron que la mayoría electoral se perdió porque Cristina había ido demasiado a la izquierda en sus medidas, lo cual era visto como sinónimo de falta de pragmatismo. Su poder personal, que juzgaron excesivo, no les daba tampoco margen de acción. Y, además, al estar a cargo de sus provincias se vieron en la necesidad de negociar y acordar con el gobierno nacional para asegurarse los fondos imprescindibles para evitar problemas graves en sus territorios.

Ahora bien, si el lugar de cualquier gobernador hace difícil en la Argentina asumir una posición de confrontación, también es cierto que muchos dirigentes que no cargaban con esas responsabilidades identificaron la moderación con mayor pragmatismo. Para ellos, distanciarse del kirchnerismo se traducía en adoptar una posición más dialoguista con el nuevo gobierno. Desde su punto de vista, oposición frontal, izquierda y sectarismo identitario eran idénticos.

Es decir, en numerosos sectores peronistas de la oposición prevaleció –al menos durante un tiempo– una visión de la política que denominamos "unidimensional". Esta perspectiva unidimensional también se verificaba en los

postulados de algunos sectores del kirchnerismo que asimilaban una oposición tajante a las políticas neoliberales con la reivindicación de los doce años y con su propia identidad política. Como era evidente que en las movilizaciones de protesta social, sindical, de derechos humanos y en la inmensa movilización feminista de la marea verde no había una identidad política definida, la estrategia regida por el "vamos a volver" generaba otra vez dificultades en la articulación de heterogeneidades para un proyecto alternativo al del gobierno.

Una vez más se planteó el problema de la capacidad hegemónica. O bien se enfatizaba una dicotomización de identidades políticas, al contrastar los aspectos positivos de los gobiernos anteriores con los ajustes neoliberales, o bien se hacía hincapié en una amplia y diversa coalición plural para defender y ampliar derechos, buscando las trabajosas maneras en que esa pluralidad pudiera resolver el problema de la debilidad de la representación política.

De allí que resulte tan crucial la cuestión de la subjetividad en su doble acepción: la de las fuerzas políticas y la de los distintos sectores sociales. Cuando son derrotadas, a las fuerzas políticas se les presenta el desafío de evitar que la nostalgia, la melancolía o el enojo dominen sus estrategias. Deben impedir que la catarsis y el desprecio hacia los votantes o ciudadanos que se opusieron en la etapa final a sus gobiernos guíen sus intervenciones y orientaciones. Se trata de recuperar la política en toda su dimensión, con toda su complejidad, para afrontar con la máxima eficacia posible la batalla a los proyectos neoliberales. Se trata de comprender que protagonizaron gobiernos con coaliciones variadas y heterogéneas, porque ni en aquel momento ni ahora están dadas las condiciones para construir poder y gobernar sin un incesante trabajo hegemónico. Es la heterogeneidad constitutiva de la

sociedad la que pone una y otra vez la capacidad de generar hegemonía en el orden del día, también para darle un impulso potente a una nueva relación con distintos movimientos sociales y organizaciones populares. Todo esto es imprescindible para revitalizar fuerzas políticas que a veces quedaron muy afectadas por los procesos de gestión y por lógicas verticalistas.

La oposición enfrenta dos dilemas que es necesario conceptualizar. El primero es la necesidad de jerarquizar la alteridad neoliberal y reconocer la heterogeneidad constitutiva de quienes rechazan las políticas oficiales. Sólo un cambio profundo de la concepción política permitirá construir confluencias y frentes contra el neoliberalismo. Incluso, si lograran resolver ese dilema tendrían que lidiar con el segundo: ¿cómo gobernar a partir de la experiencia que otorga la derrota? Para eso, es necesario un balance, abrir más que cerrar un debate acerca del programa y la estrategia política para el futuro. Esto tiene relevancia tanto para las fuerzas que protagonizaron los gobiernos como para las fuerzas populares que realizaron críticas a diferentes aspectos y que fueron o terminaron siendo parte de la oposición.

Un triunfo electoral de un frente que se opusiera a las políticas neoliberales agudizaría las preguntas acerca de cómo gobernar, cuáles son las políticas económicas de una nueva etapa, cómo se construyen sentidos comunes y cómo elaborar proyectos políticos transformadores sostenibles en el tiempo. Pero todo esto será inviable si no se comprenden los problemas que debilitaron a las fuerzas que protagonizaron el llamado "giro a la izquierda". Y, a la vez, comprender esos problemas no puede traducirse en "pases de facturas", instrumentos de disputas entre corrientes o agrupamientos.

Por eso, la pregunta acerca de cuál es la relación entre

kirchnerismo y peronismo no puede responderse desde la expresión de deseos. Si se quiere ofrecer un pronóstico certero acerca de si el kirchnerismo y los otros peronismos podrán o no articularse, si son fenómenos coyuntural o definitivamente escindidos, es conveniente recordar las sabias palabras de Raymond Williams. Cuando estas categorías y conceptos se convierten en problemas, no se trata de "problemas analíticos, sino movimientos históricos que todavía no han sido resueltos" (1980: 21). Los procesos políticos son un devenir. Podemos generar hipótesis. Podemos proclamar lo que deseamos. Sin embargo, lo que sin dudas *debemos* hacer es conocer las tramas y complejidades de estas historias, para *saber* que resulta necesario estar abiertos a las contingencias del porvenir. La célebre fórmula de Marx que postula que "los hombres hacen su propia historia en circunstancias que no han elegido" da cuenta justamente de cómo una voluntad, una concepción y una serie de acciones sólo puede acontecer en el marco de lenguajes, identificaciones y alteridades que se inscriben en herencias múltiples.

---

[49] El hecho de que haya un puñado de cuadros peronistas en Cambiemos es irrelevante para nuestro análisis. A diferencia del radicalismo, que le ha aportado no sólo cuadros y gobernadores, sino una proporción relevante de los votos, no hay una corriente peronista dentro de Cambiemos.

[50] Prebisch postuló que los precios de los productos de los países periféricos tendían a deteriorarse respecto de las exportaciones de los países centrales. Con el aumento del precio de las *commodities*, debido en gran medida a la nueva relevancia de países como China en el comercio internacional, durante algunos años esa tendencia se revirtió.

[51] Un artículo del intelectual brasileño Marco Aurélio García, en defensa del camino reformista, puede interpretarse como una respuesta ante el riesgo de que la derrota implique la radicalización de una vanguardia despegada de las masas: "El mal no está en hacer reformas y dejar de 'hacer la revolución' [...]. El problema está en no inscribir un proceso de reformas en una visión de largo plazo de transformación social, política y cultural, capaz de movilizar a una sociedad que no puede ser reducida al papel de espectadora" (García, 2017: 5).

[52] Más allá de las diferencias abismales entre ambos contextos, conviene recordar que un año y medio antes del golpe de Estado de 1955 el peronismo

arrasó en las elecciones de 1954 y también parecía invencible.

[53] Afirma Horacio Verbitsky: "Cuando Cristina logró la reelección en 2011 y se empezó a especular con la posibilidad de que una nueva reforma permitiera un tercer mandato, yo hice un estudio y llegué a la conclusión de que eso era imposible. Se lo mostré a Zannini. Le dije: 'Mirá, esto no va, ni aun sacando el 50% en las elecciones de 2013 lográs los votos para la reforma. Por supuesto, si sacás el 50% tenés la negociación política, pero aritméticamente no da'. Me respondió: 'No lo digas, no lo digas, porque estamos apostando esa carta'" (Verbitsky, 2018: 324).

[54] Explicito aquí que considero avances del gobierno los cambios impositivos progresivos, que afectaban a la ínfima minoría de ciudadanos con más altos ingresos.

[55] "Lo que no voy a defender de las cadenas nacionales es el tono, no el uso para difundir la inauguración de obras y medidas trascendentales. Si digo que no estoy de acuerdo con esto, miento. [...] El tono no era apropiado, porque pensándolo en retrospectiva, muchas veces yo estaba enojada. [...] Ahí me di cuenta de que muchas veces las formas sirven como instrumento para invalidar políticas de fondo. Las formas se convirtieron en cuestiones estructurales. Eso lo debí haber advertido", dijo en la entrevista con Luis Novaresio, el 6 de agosto de 2017.

[56] Aquí me refiero específicamente a la concepción sobre el populismo que desarrolló Laclau en su libro *La razón populista*, que implica continuidades y rupturas con otros aportes anteriores.

Agradecimientos

Este libro no hubiera sido posible sin la universidad pública y el Conicet, donde trabajo hace muchos años con total libertad. Ojalá que esas instituciones y esa libertad que conquistó la sociedad argentina sean duraderas. Mi lugar de trabajo es el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín (Idaes - Unsam) y les agradezco a mis colegas, a las autoridades del instituto y de la Unsam.

Agradezco también a la Universidad Libre de Berlín y a la Universidad de Colonia (Alemania), donde hice estancias de investigación que fueron claves para los dos primeros capítulos de este libro. El Instituto Iberoamericano de Berlín fue un sitio maravilloso para trabajar. Gracias a Barbara Potash, Bárbara Goebel, Sergio Costa y Mariane Braig.

He tenido la oportunidad de dialogar sobre algunos de estos trabajos o estos temas con colegas que han hecho aportes notables como Carlos Altamirano, Juan Carlos Torre, Daniel James, Mirta Lobato, Ezequiel Adamovsky, Omar Acha, Raanan Rein, Diana Lenton, Gerardo Aboy Carlés, entre otros. Agradezco especialmente a Soledad Quereilhac su lectura crítica del capítulo 5. A Roberto Baschetti, por su trabajo y generosidad. A Paula Abal Medina, Sebastián Pereyra, Silvina Merenson, Gabriel Noel. Agradezco a la Red de Estudios sobre el Peronismo y al Cedinpe de la Unsam, que dirige Darío Pulfer, sus invitaciones a disertar y conversar. Ninguno de ellos ni de otras personas a quienes agradezco son responsables de los errores que este libro pueda tener.

Agradezco a centenares de dirigentes y militantes de distintas generaciones con quienes he conversado en todos los años de escritura de este libro. Si bien la opción de escritura fue no citar frases extensas o personalizadas de

esas conversaciones, cada una de esas visiones y emociones generó informaciones y también matices en mis propias interpretaciones.

Agradezco a los estudiantes de mi curso de posgrado sobre "Los peronismos" en el Idaes, en 2016, que con sus críticas a mis exposiciones también contribuyeron a mejorar este trabajo.

Versiones bastante distintas o parciales de algunos textos de este libro fueron publicadas en la revista *Desacatos*, el *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, la revista *Anfibia*, *Open Democracy*, *Aus Politik und Zeitgeschichte* y *Le Monde Diplomatique*.

A todo el equipo de Siglo XXI, por su compromiso y rigurosidad creativa en este y mis anteriores libros. Muy especialmente a Carlos Díaz, a Raquel San Martín –que tuvo a su cuidado la edición de este texto–, a Caty Galdeano, Yamila Sevilla y Paz Langlais.

A mis amigues entrañables, que saben que aquí no puedo nombrar a todes. A mi madre, mi padre, mis hermanos y toda la gran familia, por su afecto. A mis hijos, Matías y Lucas, por el apoyo y el amor. Con su curiosidad quizá participaron más de lo que puedan imaginar en cuestiones importantes de este libro. Y a mi compañera, Lucila, con quien compartimos la vida y nos acompañamos en proyectos hace veintinco años.

Referencias

Abal Medina, P. (2017), “A la izquierda de la pared”, en P. Abal Medina y otros, *¿Existe la clase obrera?*, Buenos Aires, Capital Intelectual, pp. 21-61.

Aboy Carlés, G. (2010), “Las dos caras de Jano. Acerca de la relación compleja entre populismo e instituciones políticas”, *Pensamiento Plural*, 7.

Acha, O. (2004), “Sociedad civil y sociedad política durante el primer peronismo”, *Desarrollo Económico*, 44(174): 199-230.

— (2008), “Migración interna y formación de parejas en Buenos Aires en los años del primer peronismo”, *Anuario IEHS*, 23: 409-429, Universidad Nacional del Centro.

— (2011), *Los muchachos peronistas*, Buenos Aires, Planeta.

— (2013), *Crónica sentimental de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Prometeo.

Acha, O. y N. Quiroga (2012), *El hecho maldito*, Rosario, Prohistoria.

Adamovsky, E. (2010), *Historia de la clase media argentina*, Buenos Aires, Planeta.

— (2012a), *Historia de las clases populares en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana.

— (2012b), “El color de la nación argentina”, *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, 49: 343-364.

— (2013), “La dimensión étnico-racial de las identidades de clase en la Argentina”, en F. Guzmán y L. Geler (eds.), *Cartografías latinoamericanas*, Buenos Aires, Biblos.

— (2014), “La cuarta función del criollismo y las luchas por la definición del origen y el color del *ethnos*

argentino", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, tercera serie, 41(segundo semestre): 50-92.

— (2017), *El cambio y la impostura*, Buenos Aires, Planeta.

Adamovsky, E. y E. Buch (2016), *La marchita, el escudo y el bombo*, Buenos Aires, Planeta.

Altamirano, C. (2001), "¿Qué hacer con las masas?", en B. Sarlo, *La batalla de las ideas 1943-1973*, Buenos Aires, Ariel.

— (2007), *Bajo el signo de las masas*, *(1943-1973)*, Buenos Aires, Emecé.

— (2012), *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 9-138 y 171-252.

Álvarez, S. (2017), *Formas de racismo indio en la Argentina y configuraciones sociales de poder*, Rosario, Pro Historia.

Amadeo, M. (1956), *Ayer, hoy, mañana*, Buenos Aires, Gure.

Amaral, S. y H. Botalla (2010), *Imágenes del peronismo*, Buenos Aires, Eduntref.

Anderson, P. (2016) "Crisis en Brasil", *Viento Sur*, mayo, 4-5.

Anguita, E. y M. Caparrós (1997), *La voluntad*, Buenos Aires, Norma, 1997, 3 ts.

Aronskind, R. (2014) "Restricción externa y restricción interna", *Documento de Trabajo*, inédito.

Auyero, J. (comp.) (1997), *¿Favores por votos?*, Buenos Aires, Losada.

— (2001), *La política de los pobres*, Buenos Aires, Manantial, pp. 19-44, 221-232.

Azzolini, N. (2011), "Democracia, fascismo y

populismo", *Revista de Ciencias Sociales*, 131-132 (I-II): 197-208, Universidad de Costa Rica.

Balbi, F. (2007), *De leales, desleales y traidores*, Buenos Aires, Antropofagia.

Barreiro, H. (2000), *Juancito Sosa. El indio que cambió la historia*, Buenos Aires, Tehuelche.

Baschetti, R. (comp.) (1996), *Documentos 1973-1976*, vol. 1, Buenos Aires, De la Campana.

— (comp.) (1999), *Documentos 1973-1976*, vol. 2, Buenos Aires, De la Campana.

— (comp.) (2004a), *Documentos 1970-1973*, vol. 1, Buenos Aires, De la Campana.

— (comp.) (2004b), *Documentos 1970-1973*, vol. 2, Buenos Aires, De la Campana.

— (comp.) (2005), *Documentos 1978-1980*, vol. 1, Buenos Aires, De la Campana.

Belloni, A. (1962), *Peronismo y socialismo nacional*, Buenos Aires, Coyoacán.

Boivin, M., A. Rosato y F. Balbi (2003), "Frasquito de anchoas, diez mil kilómetros de desierto… y después conversamos. Etnografía de una traición", en A. Rosato y F. Balbi (eds.), *Representaciones sociales y procesos políticos*, Buenos Aires, Antropofagia, pp. 121-152.

Bonasso, M. (1999), *El presidente que no fue*, Buenos Aires, Planeta.

Bufano, S. (2005), "Perón y la Triple A", *Lucha Armada*, 1(3): 20-35.

Burchardt, H. J. (2017), "La crisis actual de América Latina. Causas y soluciones", *Nueva Sociedad*, enero-febrero.

CGT (1945), "Acta de la reunión del Comité Central Confederal de la CGT, 16 de octubre de 1945", en J. C.

Torre (ed.) (1988), *La formación del sindicalismo peronista*, Buenos Aires, Legasa.

Camarero, H. (2007), *A la conquista de la clase obrera*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Camarero, H. y C. Herrera (eds.) (2005), *El Partido Socialista en Argentina*, Buenos Aires, Prometeo.

Campione, D. (2003), *Prolegómenos del peronismo*, Buenos Aires, FISyP.

Cantón, D. y L. Acosta (2013), *Una hipótesis rechazada*, Buenos Aires, Hernández.

Carulla, J. E. (1951), *Al filo de medio siglo*, Paraná, Llanura.

Caggiano, S. (2010), *El sentido común visual*, Buenos Aires, Miño y Dávila.

Carassai, S. (2015), *Los años setenta de la gente común*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Cepal (2014), *Panomara social de América Latina*, disponible en <repositorio.cepal.org>.

— (2016), *Panomara social de América Latina*, disponible en <repositorio. cepal.org>.

Ceriani Cernadas, C. (2018), "La mirada interior. Historia, personal y experiencia en la ideología rosacruz (AMORC)", en P. Wright (ed.), *Periferias sagradas en la modernidad argentina*, Buenos Aires, Biblos.

Cerrutti, M. y A. Grimson (2008), "Buenos Aires, neolberalismo y después", en A. Portes, B. Roberts y A. Grimson (eds.), *Ciudades latinoamericanas*, Buenos Aires, Prometeo.

Chávez, F. (1996), *La jornada del 17 de octubre. Por cuarenta y cinco autores*, Buenos Aires, Corregidor.

Cooke, J. W. (2008), *Correspondencia Perón-Cooke*, Buenos Aires, Colihue.

Costa, S. (2017) “Millionaires, the Established, the Outsiders, and the Poor. Social Structure and Political Crisis in Brazil”, en E. Jelin, R. Motta y S. Costa, *Global Entangled Inequalities*, Routledge, Global.

Correa, E. (2013), “Socialistas, comunistas y trotskistas ante el 17 de octubre de 1945”, presentado en X Jornadas de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Crespo, E. L. (2005), “Madres, esposas y reinas”, en M. Lobato (ed.), *Cuando las mujeres reinaban*, Buenos Aires, Biblos.

Ciria, A. (1983), *Política y cultura popular. La Argentina peronista 1946-1955*, Buenos Aires, De la Flor.

Das, V. (1996), *Critical Events*, New Delhi, Oxford University Press.

Dagnino, E. (2004), “Confluência perversa, deslocamentos de sentido, crise discursiva”, en A. Grimson, *La cultura en las crisis latinoamericanas*, Buenos Aires, Clacso, pp. 195-216.

David, G. (2013), *Lenguaraces egregios. Rosas, Mitre, Peron y las lenguas indígenas*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional.

De Imaz, J. L. (1965), *La clase alta de Buenos Aires*, Buenos Aires, UBA.

De Ípola, E. (1995), “‘Desde estos mismos balcones…’. Nota sobre el discurso de Perón del 17 de Otcubre de 1945”, en J. C. Torre (ed.), *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Ariel, pp. 131-147.

De la Cadena, M. (ed.) (2007), *Formaciones de indianidad*, Bogotá, Envión.

Del Campo, H. (1983), *Sindicalismo y peronismo*, Buenos Aires, Clacso.

Díaz Arias, D. (2015), *Crisis social y memorias en lucha*, San José, UCR.

Di Tella, T. (2003), *Perón y los sindicatos*, Buenos Aires, Ariel.

Duzdevich, A. y otros (2015), *La lealtad*, Buenos Aires, Sudamericana.

Elías, N. y J. Scotson (2000), *Os Establecidos e os Outsiders*, México, Jorge Zahar.

Escardó, F. (1945), *Geografía de Buenos Aires*, Buenos Aires, Losada.

— (1966), *Geografía de Buenos Aires*, Buenos Aires, Losada.

— (1971), *Nueva Geografía de Buenos Aires*, Buenos Aires, Américalee.

Fayt, C. (comp.) (1967), *La naturaleza del peronismo*, Buenos Aires, Viracocha.

Feinmann, J. P. (1986), *López Rega, el lado oscuro de Perón*, Buenos Aires, Legasa.

Ferraudi Curto, M. C. (2007), "Cuando vamos de piqueteros. Una aproximación crítica al concepto de identidad", *La Sociología Ahora*: 53-72.

Ferrer, A. (1977), "La economía política del peronismo", en *Crisis y alternativas de la política económica argentina*, Buenos Aires, 1977 [publicado también en S. Caggiano y A. Grimson, *Antología del pensamiento crítico argentino*, Buenos Aires, Clacso, 2015].

Ferrer, C. (2014), *La amargura metódica*, Buenos Aires, Sudamericana.

Forster, R. (2013), *La anomalía kirchnerista*, Buenos Aires, Planeta, pp. 11-37.

Franceschi, G. (1945), "Odio", *Criterio*.

Fraser, N. (2017), "The End of Progressive Neoliberalism", *Dissent*, 2 de enero, disponible en <www.dissentmagazine.org>.

Frigerio, A. (2006), "'Negros' y 'blancos' en Buenos Aires. Repensando nuestras categorías raciales", *Temas de Patrimonio Cultural*, 16: 77-98.

Gambini, H. (1971), *El 17 de octubre*, Buenos Aires, CEAL.

Gasparini, J. (2008), *Montoneros*, Adrogué, De la Campana.

García, M. A. (2017), "Retomar el ciclo progresista", *Le Monde Diplomatique*, edición especial "América Latina: territorio en disputa", junio-julio.

García Linera, Á. (2016) "Victorias y derrotas", 6 de marzo, disponible en <www.vicepresidencia.gob.bo/Derrotas-y-victorias>.

García Sebastiani, M. (ed.) (2006), *Fascismo y antifascismo. Peronismo y antiperonismo. Conflictos políticos e ideológicos en la Argentina (1930-1955)*, Buenos Aires, Iberoamericana.

Garguin, E. (2007), "El tardío descubrimiento de la clase media en Argentina", *Nuevo Topo*, 4(septiembre-octubre): 85-108.

Gay, L. (1999), *El Partido Laborista en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos.

Gené, M. (2005), *Un mundo feliz*, Buenos Aires, FCE.

Geertz, C. (1987), *La interpretación de las culturas*, Buenos Aires, Gedisa.

— (1996), *Los usos de la diversidad*, Buenos Aires, Gedisa.

Gerchunoff, P. (2018), *La caída: 1955*, Buenos Aires, Planeta.

Germani, G. (1962), *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós.

— (1963), "La movilidad social en Argentina", en S. Lipset y R. Bendix, *Movilidad social en la sociedad industrial*, Buenos Aires, Eudeba.

— (1973), "El surgimiento del peronismo. El rol de los obreros y de los migrantes internos", *Desarrollo Económico*, 13(51): 435-488.

Ghioldi, A. (1946), *El Socialismo en la Evolución Nacional*, Buenos Aires, La Vanguardia.

Gillespie, R. (1987), *Soldados de Perón*, Buenos Aires, Grijalbo.

Goffman, E. (1991), *Los momentos y sus hombres*, Barcelona, Paidós.

González, H. (2011), *El kirchnerismo. Una controversia cultural*, Buenos Aires, Colihue.

Gramsci, A. (1986), *Los cuadernos de la cárcel*, México, Juan Pablos, 6 vols.

Grassi, R. (2015), *El descamisado*, Buenos Aires, Sudamericana.

Grimson, A. (2004), "Piquetes en la ciénaga", *El Rodaballo*, 15, Buenos Aires.

— (ed.) (2007), *Pasiones nacionales*, Buenos Aires, Edhasa.

— (2009), "Etnicidad y clase en barrios populares de Buenos Aires", en A. Grimson, M. C. Ferraudi Curto y R. Segura (eds.), *La vida política de los barrios populares de Buenos Aires*, Buenos Aires, Prometeo.

— (2011), *Los límites de la cultura*, Buenos Aires, Siglo XXI.

— (2012), *Mitomanías argentinas*, Buenos Aires, Siglo XXI.

— (2013) "Caminando sobre el pasado. Una etnografía del secreto y el miedo", *Publicar*.

— (2014), "El sentido común de la discriminación", *Ensambles*: 37-56.

— (2015), "Percepciones sociales de la desigualdad, la distribución y la redistribución de ingresos", *Lavboratorio*, 26: 197-224.

Guber, R. (1999), ""El cabecita negra" o las categorías de la investigación etnográfica en la Argentina", *Revista de Investigaciones Folklóricas*, 14: 108-120.

Hall, S. (2003), "Introducción. ¿Quién necesita 'identidad'?", en S. Hall y P. du Gay (comps.), *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 13-38.

— (2010), *Sin garantías*, Popayán, Envión y otros editores.

Halperin Donghi, T. (1961), "Crónica del período", en J. Paita (ed.), *Argentina 1930-1960*, Buenos Aires, Sur, pp. 23-88.

— (1975), "Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y lo migrantes internos", *Desarrollo Económico*, 14(56): 765-781.

Healey, M. (2013), *El peronismo entre las ruinas. El terremoto y la reconstrucción de San Juan*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Holloway, J. (2002), *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*, Buenos Aires, Herramienta.

Indec (1974a), *Cuadros inéditos IV Censo General de la Nación año 1947*, 2, Buenos Aires, Indec.

— (1974b), *Cuadros inéditos IV Censo General de la Nación año 1947*, 3, Buenos Aires, Indec.

— (1999), *Características migratorias de la población en el IV Censo General de la Nación del año 1947*, Buenos Aires, Indec.

Izaguirre, I. y otros (2009), *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina 1973-1983*, Buenos Aires, Eudeba.

Horowitz, A. (2015) *Los cuatro peronismos*, Buenos Aires, Edhasa, cap. 14.

James, D. (1987), "17 y 18 de octubre de 1945. El peronismo y la protesta de masas y la clase obrera argentina", *Desarrollo Económico*, 27(107): 445-461.

— (2004), *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*, Buenos Aires, Manantial.

— (2010), *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI.

James, D. y M. Lobato (2019), *Berisso obrero. Identidad, memoria y cultura*, en prensa.

Jauretche, A. (2010a [1966]), *El medio pelo en la sociedad argentina*, Buenos Aires, Corregidor.

— (2010b), *Los profetas del odio y la Yapa*, en *Obras completas*, vol. 4, Buenos Aires, Corregidor.

Jelin, E. (2002), *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI.

Jozami, E. (2006), *Rodolfo Walsh. La palabra y la acción*, Buenos Aires, Norma.

Justo, J. B. (1920), "Socialismo", *La Vanguardia.*

Karush, M. y O. Chamosa (2010), *Durham: New Cultural History of Peronism*, Duke University Press.

Kessler, G. (2013), *Controversias sobre la desigualdad*, Buenos Aires, FCE.

Klappenbach, F. (1997), "El 17 de octubre de 1945", en *Congreso nacional de historia argentina*, Buenos Aires,

23-25 de noviembre de 1995, t. II, pp. 259-276.

Kulfas, M. (2016), *Los tres kirchnerismos*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Laclau, E. (2005), *La razón populista*, Buenos Aires, FCE.

Laclau, E. y C. Mouffe (1987), *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid, Siglo XXI.

Lander, E. y S. Arconada Rodríguez (2017), "Venezuela: un barril de pólvora", *Nueva Sociedad*, 269 (mayo-junio).

Larraquy, M. (2004), *López Rega*, Buenos Aires, Sudamericana.

Leiras, M. (2016), "Economía y política en los gobiernos de izquierda en América Latina", en AA.VV., *¿Por qué retrocede la izquierda?*, Buenos Aires, Capital Intelectual.

Lenton, D. (2010), "The Malón de la Paz of 1946. Indigenous Descamisados at the Dawn of Peronism", en M. Karush y O. Chamosa (2010), *Durham: New Cultural History of Peronism*, Duke University Press.

Levitsky, S. (2005), *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 201-302.

Lobato, M. (2004), *La vida en las fábricas*, Buenos Aires, Prometeo.

— (2005), "Belleza femenina y política. Un epílogo", en *Cuando las mujeres reinaban*, Buenos Aires, Biblos.

López Rega, J. (1962), *Astrología esotérica (secretos develados)*, Buenos Aires, Rosa de Libres.

Luna, F. (1971), *El 45*, Buenos Aires, Sudamericana.

Lvovich, D. (2006), "El golpe de Estado de 1943, Perón y el problema del antisemitismo", en M. García

Sebastiani (ed.), *Fascismo y antifascismo. Peronismo y antiperonismo. Conflictos políticos e ideológicos en la Argentina (1930-1955)*, Buenos Aires, Iberamericana, pp. 107-131.

Macor, D. y C. Tcach (eds.) (2013), *La invención del peronismo en el interior del país*, vol. 2, Santa Fe, UNL.

— (2014), *La invención del peronismo en el interior del país*, vol. 1, Santa Fe, UNL.

Mariátegui, J. C. (2007), *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, Biblioteca Ayacucho.

Martínez, T. E. (1999), *Las memorias del General*, Buenos Aires, Planeta.

Martínez Estrada, E. (2005 [1956]), *¿Qué es esto?*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional - Colihue.

Matsushita, H. (1983), *Movimiento obrero argentino 1930-1945*, Buenos Aires, Siglo Veinte.

Mende, T. (1956), *América Latina entra en escena*, Santiago de Chile, Del Pacífico.

Melon Pirro, J. C. (2009), *El peronismo después del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Mestman, M. (2007), "Estrategia audiovisual y trasvasamiento generacional. Cine Liberación y el Movimiento Peronista", en J. Sartora y S. Rival (eds.), *Imágenes de lo real. La representación de lo político en el documental argentino*, Buenos Aires, Libraria, 2007, pp. 51-70.

Michelini, P. (1994), *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Corregidor.

Milanesio, N. (2010), "Peronists and Cabecitas. Stereotypes and Anxieties at the Peak of Social Change", en M. Karush y O. Chamosa, *New Cultural History of Peronism*, Durham, Duke University Press.

Monsalvo, L. (1972), *Testigo de la primera hora del peronismo*, Buenos Aires, Pleamar.

Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón (2003), *Darío y Maxi. Dignidad piquetera*, Buenos Aires, 26 de junio.

Mouffe, C. (2011), *En torno a lo político*, Buenos Aires, FCE.

Murmis, M. y J. C. Portantiero (2004), *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Nahmías, G. (2013) *La batalla peronista*, Buenos Aires, Edhasa, pp. 9-14 y 319-324.

Nállim, J. (2006), "Del antifascismo al antiperonismo", en M. García Sebastiani (ed.), *Fascismo y antifascismo. Peronismo y antiperonismo. Conflictos políticos e ide1ológicos en la Argentina (1930-1955)*, Buenos Aires, Iberamericana, pp. 77-105.

Natanson, J. (2017), "Empate hegemónico en América Latina", *Le Monde Diplomatique*, edición especial "América Latina: territorio en disputa", junio-julio.

— (2018), *¿Por qué?*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Navarro, M. (1995), "Evita y la crisis del 17 de octubre de 1945. Un ejemplo de la mitología peronista y antiperonista", en J. C. Torre (ed.), *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Ariel, pp. 49-169.

Neiburg, F. (1995), "El 17 de octubre de 1945. Un análisis del mito del peronismo", en J. C. Torre (ed.), *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Ariel, pp. 219-283.

— (1998), *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza.

Nun, J. (1994), *Averiguación sobre algunos significados del peronismo*, Buenos Aires, Espacio.

O'Donnell, M. (2005), *El aparato*, Buenos Aires,

Aguilar.

Ollin Wright, E. (2016), "¿Destruir, domar, escapar, erosionar? Cómo ser un anticapitalista hoy", disponible en <www.sinpermiso.info/textos/la-clase-importa>.

Ostiguy, P. (1997), "Peronismo y antiperonismo. Bases socioculturales de la identidad política en la Argentina", *Revista de Ciencias Sociales*, 6: 133-215.

Page, J. (1999), *Perón. Una biografía*, Buenos Aires, Grijalbo.

Pasolini, R. (2006), "'La internacional del espíritu'. La cultura antifascista y las redes de solidaridad intelectual en la Argentina de los años treinta", en M. García Sebastiani (ed.), *Fascismo y antifascismo. Peronismo y antiperonismo. Conflictos políticos e ideológicos en la Argentina (1930-1955)*, Buenos Aires, Iberamericana, pp. 43-75.

Peña, M. (A. Parera Dennis) (1965), "Apuntes para una Historia del Peronismo", *Fichas*, 2(7): 3-21.

Peña, M. (G. Polit) (1964), "El legado del bonapartismo. Conservadorismo y quietismo en la clase obrera argentina)", *Fichas*, 1(3): 70-80.

Perelman, Á. (1961), *Cómo hicimos el 17 de octubre*, Buenos Aires, Instituto Superior Dr. Arturo Jauretche.

Perdía, R. (2013), *Montoneros*, Buenos Aires, Planeta.

Perón, E. (1951), *La razón de mi vida*, Buenos Aires, Peuser.

Perón, J. D. (1947), discurso pronunciado en la Academia Argentina de Letras con motivo del Día de la Raza y como homenaje en memoria de Don Miguel de Cervantes Saavedra en el cuarto centenario de su nacimiento, Buenos Aires, 12 de octubre.

— (1952), *De Perón (Anécdotas, recuerdos,*

conversaciones, citas, relatos, ejemplos), Subsecretaría de Informaciones, Presidencia de la Nación.

— (2010), *La comunidad organizada*, Buenos Aires, CS.

— (2011), *Manual de conducción política*, Buenos Aires, CS.

Pigna, F. (2016), *Lo pasado pensado*, Buenos Aires, Planeta.

Plotkin, M. B. (2007), *El día que se inventó el peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana.

— (2013), *Mañana es San Perón*, Buenos Aires, Eduntref.

Poderti, A. (2010), *Diccionario del peronismo*, Buenos Aires, Biblos.

Portantiero, J. C. (1963), "Política y clases sociales en la Argentina actual", *Pasado y Presente*, 1.

— (1973), "Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual", *Pasado y presente*, 1, nueva serie, abril-junio.

— (1999 [1977]), *Los usos de Gramsci*, México, Grijalbo.

Portantiero, J. C. y E. de Ípola (1981), "Lo nacional popular y los populismos realmente existentes", *Nueva Sociedad*, 58: 7-18.

Potash, R. (1971), *El ejército y la política en la Argentina, 1928-1945*, Buenos Aires, Sudamericana.

Prieto, A. (2006), *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Puciarelli, A. (coord.) (2011), *Los años de Menem*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Puciarelli, A. y A. Castellani (coords.) (2017), *Los años del kirchnerismo*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Quijano, A. (2015) "Colonialidad del poder y

clasificación social", en B. de Sousa Santos y M. P. Meneses (eds.), *Epistemologías desde el sur*, Madrid, Akal, pp. 67-108.

Quirós, J. (2006), *Cruzando la Sarmiento*, Buenos Aires, Antropofagia.

— (2011), *El porqué de los que van*, Buenos Aires, Antropofagia.

— (2014), "Neoaluvión zoológico", *Cuadernos de Antropología*.

Ramírez Gallegos, F. (2017), "Persistencia y transición en Ecuador", *Le Monde Diplomatique*, edición especial "América Latina: territorio en disputa", junio-julio.

Ramos, J. A. (1957), *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Buenos Aires, Amerindia.

— (2006), *Revolución y contrarrevolución en la Argentina. La era del peronismo*, Buenos Aires, Senado de la Nación.

Ratier, H. (1971), *El cabecita negra*, Buenos Aires, CEAL.

Reato, C. (2012), *Operación Traviata*, Buenos Aires, Sudamericana.

Rechini de Lattes, Z. y A. Lattes (1969), *Migraciones en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial del Instituto.

Red de Intelectuales, Artistas y Movimientos Sociales en defensa de la Humanidad, "Respuesta al comunicado de intelectuales contra el proceso bolivariano de Venezuela", disponible en <www.ensartaos.com.ve/es/2017/06/08/red-de-intelectuales-artistas-y-movimientos-sociales-en-defensa-de-la-humanidad>.

Rein, R. (2006), *Juan Atilio Bramuglia*, Buenos Aires, Lumiere.

Rein, R. y C. Panela (comps.) (2014), *La segunda línea: liderazgo peronista, 1945-1955*, Buenos Aires, Pueblo Heredero - Untref.

Riel, M. (1945), *Lo que no dijo Perón... pero yo sé*, Buenos Aires, Democracia.

Reyes, C. (1984), *Yo hice el 17 de octubre*, vol. 2, Buenos Aires, CEAL.

Sarlo, B. (2001), *La batalla de las ideas*, Buenos Aires, Ariel.

— (2011), *La audacia y el cálculo*, Buenos Aires, Sudamericana.

Sarmiento, D. F. (2009), *Facundo o civilización y barbarie*, Cordoba, Eduvim.

Scalabrini Ortiz, R. (1972), *Irigoyen y Perón*, Buenos Aires, Plus Ultra.

Schorr, M. (2013), *Argentina en la posconvertibilidad. ¿Desarrollo o crecimiento industrial?*, Buenos Aires, Miño y Dávila.

Segato, R. (2007), *La nación y sus otros*, Buenos Aires, Prometeo.

Senén González, S. y G. Lerman (2005), *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Lumiere.

Sidicaro, R. (2010), *Los tres peronismos*, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 219-275.

Sigal, S. (2006), *La plaza de mayo. Una crónica*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Sigal, S. y E. Verón (1986), *Perón o muerte*, Buenos Aires, Legasa.

Sigaud, L. (2006), "Prólogo" a J. Quirós, *Cruzando la Sarmiento*, Buenos Aires, Antropofagia, pp. 13-19.

Singer, A. (2012), *Os sentidos do lulismo*, San Pablo, Companhia das Letras.

Spivak, G. (1987), *In Other Worlds. Essays in Cultural Politics*, Nueva York, Methuen.

Stefanoni, P. (2016), "¿Alba o crepúsculo? Geografías y tensiones del 'socialismo del siglo XXI'", en M. Leiras y otros, *¿Por qué retrocede la izquierda?*, Buenos Aires, Capital Intelectual.

Svampa, M. (2005), *La sociedad excluyente*, Buenos Aires, Taurus.

— (2006), *El dilema argentino. Civilización o barbarie*, Buenos Aires, Taurus.

Svampa, M. y S. Pereyra (2003), *Entre la ruta y el barrio*, Buenos Aires, Biblos.

Tarruella, A. (2005), *Guardia de Hierro*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 11-13, 205-239, 273-283.

Terán, O. (2009), *Historia de las ideas en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Torre, J. C. (ed.) (1988), *La formación del sindicalismo peronista*, Buenos Aires, Legasa.

— (ed.) (1995a), *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Ariel.

— (1995b), "Prefacio. El 17 de octubre en perspectiva", en J. C. Torre (ed.), *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Ariel, pp. 7-21.

— (1995c), "La CGT en el 17 de Octubre de 1945", en J. C. Torre (ed.), *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Ariel, pp. 23-81.

— (2005), "¿Qué hubiera ocurrido si hubiese fracasado el 17 de octubre de 1945?", en S. Senén González y G. Lerman (eds.), *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Lumier, pp. 55-92.

— (2011), *La vieja guardia sindical y Perón*, Buenos Aires, SEICS.

— (2012), *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Torre, J. C. y E. Pastoriza (2002), "La democratización del bienestar", en J. C. Torre (dir.), *Los años peronistas (1943-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 257-312.

Troncoso, O. (2005), "Verdades y mentiras sobre el 17 de octubre", en S. Senén González y G. Lerman (eds.), *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Lumiere, pp. 195-220.

Verbitsky, H. (1986), *Ezeiza*, Buenos Aires, Contrapunto.

— (2018), *Vida de perro*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Verdinelli, N. (2012), "Taco Ralo, 44 años después. Recuerdos y reflexiones", Redacción popular.

Wainfeld, M. (2016), *Kirchner, El tipo que supo*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Wallerstein, I. (1991), "La construcción de los pueblos", en E. Balibar e I. Wallerstein, *Raza, nación y clase*, Madrid, Iepala, pp. 111-134.

Williams, R. (1980), *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península.

Winston, C. (1983), "Between Rosas and Sarmiento. Notes on Nationalism in Peronist Thought", *The Americas*, 39(3): 305-332.

Wright, P. (2018) (ed.), *Periferias sagradas en la modernidad argentina*, Buenos Aires, Biblos.

Yofre, J. B. (2015), *Puerta de Hierro*, Buenos Aires, Sudamericana.

Fuentes: Principales diarios y periódicos

La Nación, septiembre-noviembre de 1945.

La época, septiembre-noviembre de 1945.

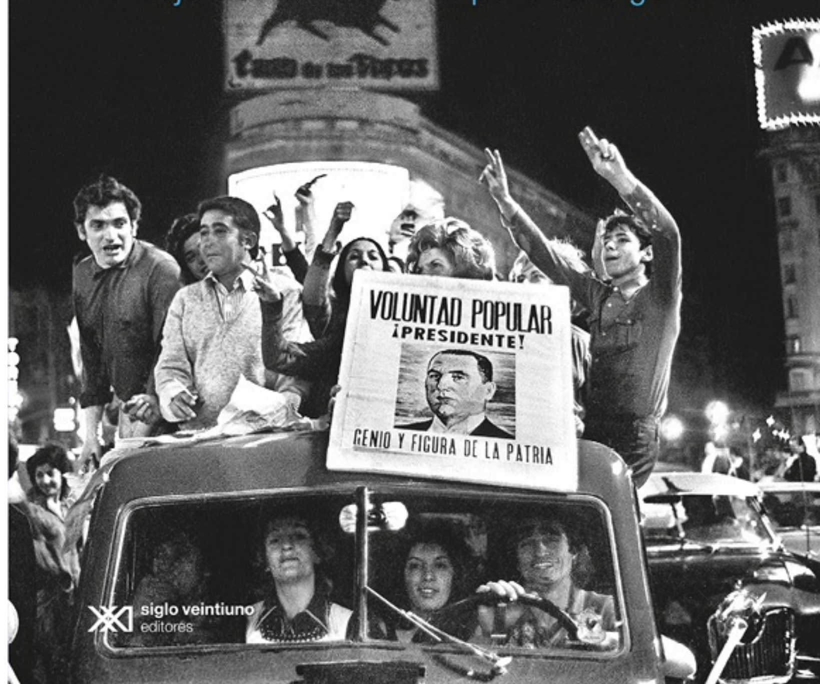
Crítica, septiembre-noviembre de 1945.

Noticias Gráficas, septiembre-noviembre de 1945.
La Vanguardia, septiembre-noviembre de 1945.
Orientación, octubre-noviembre de 1945.
La Capital (Rosario), octubre de 1945.

ALEJANDRO GRIMSON

¿QUÉ ES EL PERONISMO?

De Perón a los Kirchner, el movimiento que no deja de conmover la política argentina



Índice